



UN HOMBRE  
AL QUE ODIAR

MIRIAM FORMENTI

ROMANCE MEDIEVAL

**Un hombre al que odiar**  
**Miriam Formenti**

Traducido por Isabel M<sup>a</sup> Garrido Bayano

“Un hombre al que odiar”

Escrito por Miriam Formenti

Copyright © 2018 Miriam Formenti

Todos los derechos reservados

Distribuido por Babelcube, Inc.

[www.babelcube.com](http://www.babelcube.com)

Traducido por Isabel M<sup>a</sup> Garrido Bayano

Diseño de portada © 2018 Silvia Basile

“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

# Tabla de Contenido

[Título](#)

[Derechos de Autor](#)

[UN HOMBRE | AL QUE ODIAR | Miriam Formenti](#)

[Prefacio de Maria Teresa Siciliano](#)

[PRÓLOGO | 22 de septiembre de 1158](#)

[PRIMERA PARTE | Acontecimientos del otoño de 1158](#)

[1 | Septiembre](#)

[2](#)

[3 | Octubre](#)

[4](#)

[5 | Noviembre](#)

[6 | Diciembre](#)

[SEGUNDA PARTE | Sucesos en la primavera de 1159](#)

[7 | Marzo](#)

[8 | Abril](#)

[9 | Mayo](#)

[10](#)

[TERCERA PARTE | Sucesos en el verano de 1159](#)

[11 | Junio](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[CUARTA PARTE | Sucesos en el invierno de 1159](#)

[17 | Diciembre](#)

[18](#)

[EPÍLOGO | 28 de septiembre de 1160](#)

[Agradecimientos](#)

[La autora](#)

**UN HOMBRE  
AL QUE ODIAR**

**Miriam Formenti**

Título original: Un uomo da odiare

© 2013 Miriam Formenti

Primera edición 1991

<http://www.miriamformenti.altervista.org/>

Todos los contenidos están protegidos por la ley del derecho de autor.

Traducción: Isabel M<sup>a</sup> Garrido Bayano

Cubierta:

Diseñadora gráfica Silvia Basile

[www.bassil.altervista.org](http://www.bassil.altervista.org)

Imágenes de la cubierta:

*Lo sguardo*, de Cristina Gazzotti

*Historic city Wall*, de Petra Winkler

*Sword*, de Silvia Basile



## **UN HOMBRE AL QUE ODIAR**

*Un recuerdo conmovedor para las personas que hace más de treinta años creyeron en mi trabajo y en mis fantasías y que me han animado a continuar por este largo camino.*

# Índice

## Sommario

[Prefacio de Maria Teresa Siciliano](#)

[PRÓLOGO](#)

[PRIMERA PARTE](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[SEGUNDA PARTE](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[TERCERA PARTE](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[CUARTA PARTE](#)

[17](#)

[18](#)

[EPÍLOGO](#)

[Agradecimientos](#)

[La autora](#)

## Prefacio de Maria Teresa Siciliano

La novela salió por primera vez en la editorial Mondadori en 1991, aunque en realidad se escribió antes de *Capelli di luna*. Tras leerlo hoy, lo primero que te impacta es la manera en la que la autora representa la lucha entre las comunas y Federico I. Respecto al resto, sobre todo ahora, a Formenti le encantaba contar historias de amor entre enemigos y también darle la vuelta al punto de vista normal.

Por lo que nos atañe, conocimos ese periodo gracias a la interpretación de Berchet y de Carducci con una perspectiva afin a las comunas, en otras palabras, una perspectiva nacional italiana. En cambio, la autora navega entre el punto de vista germánico y el lombardo, pero aunque me encantó la novela en 1991, este hecho me resultó claramente chocante.

No sé cuándo me di cuenta de que el coprotagonista se llama Bossi. Sin embargo, no hace falta pensar en una reinterpretación en clave Lega Nord de los antecedentes históricos: por un lado porque he descubierto que la coincidencia de los nombres es puramente casual y por otro lado porque en 1991, sobre todo en el momento en el que Formenti concibió el libro, la Lega no había adquirido la notoriedad y la importancia de hoy. Tampoco me parece que los lombardos rebeldes reciban en la novela un tratamiento privilegiado.

La trama se centra en Regina y Stephan: la historia de amor entre los dos es complicada, pues, aparte de que son enemigos, la chica es una presa de guerra y estaba comprometida con Guido. Así que no faltarán malentendidos y dificultades, lo que les hará luchar por entender bien lo que sienten.

En especial, Regina es muy joven y está confusa: descubrir la pasión o aprender a manejar un hombre como el que le ha tocado será muy difícil para ella durante mucho tiempo. Demasiados golpes de cabeza. Quizás.

En cambio, para ser un hombre de la Edad Media, Stephan tiene características superiores, teniendo en cuenta la personalidad de su difunto padre, con el que la lectora tiene a solidarizarse por completo. Sobre el resto, si lo comparamos con Francesco, el protagonista de *Capelli di luna*, no

podemos negar que en su mayor parte asume la fisionomía del héroe caballeresco.

Los otros dos personajes, Guido y Rosa, también tienen aspectos muy interesantes, pero no les voy a anticipar nada.

El tono de Formenti es pacifista. Se ve muy bien en Hans, el hermano de Stephan. Al principio parece un monstruo, porque lo conocemos en la conquista sangrienta y desde el punto de vista de Regina, que está impactada por haber visto morir a todos sus familiares y se la trata como una presa de guerra. Sin embargo, llegaremos después con la protagonista a distinguir al hombre de lo que son los «efectos colaterales» de una guerra. Y, si se piensa en «cosas de la Edad Media», recordarán lo que sucedió durante la Segunda Guerra Mundial con los ejércitos o, mucho más reciente, durante la guerra civil de Yugoslavia.

# PRÓLOGO

**22 de septiembre de 1158**

## **Feudo de San Martino**

Tras las últimas sacudidas de vida, los cuerpos de los tres ahorcados se abandonaron a las espirales del viento, que con la furia de un día de marzo los empujaba con un vaivén trágico.

La chica, arrodillada en el suelo a poca distancia de aquel grupo macabro, no se dio cuenta de que el cruel instrumento que le sujetaba el pelo para obligarla a asistir al ahorcamiento se había soltado, y la cabeza cayó hacia adelante sin nada que la sostuviera.

Ya no sentía nada: ni enfado ni dolor, ni siquiera el miedo que la había perturbado menos de media hora antes cuando, escoltada por varios soldados alemanes, recorrió el camino del pueblo siguiendo los aún orgullosos pasos de su tío y sus dos primos.

Menos de media hora antes, su corazón gritó por la injusticia de su destino. Estaba lleno de odio por esos soldados que saqueaban, violaban y mataban. Tembló de indignación ante los dignatarios de Milán, que permitieron la rendición tras un solo mes de asedio, cediendo así al chantaje del hambre y echando a perder el sacrificio de muchos jóvenes valientes que habían perdido la vida para impedir el avance de los imperialistas, defender la ciudad y evitar que las tierras milanesas cambiaran de manos.

Después de la rendición, San Martino, al igual que tantos otros condados, se había convertido en el tributo que Federico I reclamaba, y los caballeros que se rebelaron, como el conde, que era su tío, y sus hijos, fueron sentenciados a muerte por lo que el emperador consideraba traición.

El cuerpo de su tía, tendido sobre el prado y casi partido en dos por la espada de un soldado, ya no la hacía retorcerse. Ya no había llantos ni lágrimas, solo un vacío que la protegía de todo lo que aún la esperaba.

Un hombre de gran musculatura se puso delante de ella, tapando las figuras de los ahorcados. Llevaba una cota de malla de hierro bajo una sobrevesta roja como la sangre que se había derramado, y levantó la espada, quizás para seguir derramando más.

La chica no reaccionó cuando la espada le rozó el cuello. Levantó la cabeza, siguiendo la suave presión del arma, para encontrarse con la del suabo que había ordenado las ejecuciones, y sufrió con indiferencia la mirada que la recorrió como si fuera un caballo y estuviera calculando su valor. Después de todo, ella, Regina Celeste Balestrieri, culpable solo por estar emparentada con el gobernador rebelde, ya no era más que una presa de guerra.

El imperialista bajó la espada, y tras hacer un gesto un hombre bajo y fornido, que resultó ser un lodisano por su forma de hablar, le ordenó que se levantara.

—¡Levantaos, he dicho! —repitió, levantándola bruscamente cuando se dio cuenta de que no iba a obedecer.

—Aunque seáis una Balestrieri seguís siendo una mujer inofensiva —dijo, repitiendo en un tosco lombardo las palabras que el imperialista le había dicho en su idioma. Y mirando brevemente a la pobre tumbada en un lago de sangre, añadió—: Si no se rebelan contra él, mi señor, Hans Deinburg de Hezen, no mata a las mujeres. Por lo tanto, será generoso y os dejará con vida, y si lo juzga conveniente os devolverá a vuestra gente.

En silencio, con el pelo largo y negro revoloteando al viento, Regina escuchó su sentencia sin comprender qué quería decir en realidad.

—¿Estáis bien, muchacha? —preguntó el hombre con impaciencia—. Solo tenéis que decirme con quién puede el señor negociar vuestro rescate. Si alguien está dispuesto a pagar para recuperaros, os entregará.

El oscuro velo que cubría la mente de la chica se levantó durante unos instantes. Sus familiares estaban colgados en las ramas de un árbol y los muertos no podían pagar nada. Sin embargo, había alguien más que podía intentar rescatarla, alguien que la amaba y que no la abandonaría. Intentó hablar, pero la lengua no pudo dar forma a las palabras y la idea se desvaneció al caer de nuevo el velo.

—Es posible que ya no dé más de sí... —dijo el lodisano con inseguridad mirando a su señor.

El imperialista hizo una mueca, agachó la cabeza y se encogió de hombros. Dijo algo que hizo reír a los espectadores y, con un breve gesto, indicó al lodisano que informara a la chica de lo que había decidido.

—El señor lamenta que no tengáis ningún valor —se resignó a repetir con aire escéptico. Se detuvo, esperando encontrar una chispa de miedo en esos ojos apagados, pero continuó al creer que no lo había entendido—: Piensa que sois bella y parecéis dócil. Así que os entregará a su hermano, el barón de Hezen. Le han herido y necesitará consuelo cuando venga a supervisar el castillo —y con estas palabras, mientras le presionaba los hombros con las manos para obligarla a hacer una reverencia, añadió—: Espero que sigáis siendo la gata muerta que parecéis. Os lo deseo de corazón.



# **PRIMERA PARTE**

## **Acontecimientos del otoño de 1158**

## Septiembre

### Feudo de San Martino

#### En el castillo

Stephan Deinburg, barón de Hezen, esperaba con impaciencia a que los soldados bajasen el puente levadizo al otro lado de las murallas; después, seguido por una decena de hombres, irrumpió al galope en el gran patio y paró al caballo, que levantó nervioso las patas delanteras a pocos pasos del soldado que había ido a su encuentro.

El hombre retrocedió un poco, pero recuperó pronto la compostura e hizo una reverencia.

—Mi señor —dijo—, no os esperábamos tan pronto. Espero que se os haya curado la herida por completo.

El barón se bajó del caballo con un salto rápido y, tras entregárselo a su escudero, se quitó los guantes mientras miraba al soldado con descontento. Su herida se había curado, por supuesto, pero todavía le dolía el brazo donde le habían golpeado y no podía sujetar mucho tiempo la espada en las manos. Además, estaba enfadado: se le había obligado a interrumpir su convalecencia en Lodi para ocupar su lugar en el cuartel de San Martino, pues su hermano había tenido que partir de urgencia hacia Pavía. Y también estaba enfadado porque Hans, durante la temporal ausencia de ambos, había dejado el mando a un hombre del que no se fiaba y del que se quería deshacer muy pronto.

—Estoy bien —respondió bruscamente—. ¿Qué hay del capitán Ulthdrich, Hrodgard? ¿Por qué no está aquí?

—Está herido, señor.

—¿En serio? —Stephan arqueó las cejas—. Creía que ese desgraciado estaba hecho de hierro. ¿Y cómo ha pasado? Sé que no le hirieron durante la toma del castillo.

El soldado no parecía estar cómodo.

—Pues, veréis... —farfulló por fin, buscando las palabras adecuadas—. El capitán...

—No importa, lo sabré —lo interrumpió el barón con impaciencia, acompañando las palabras con un gesto de arrogancia. La incertidumbre de Hrodgard, brazo derecho de Ulthdrich y otro personaje de poca confianza al que no deseaba tener a su servicio, le sugirió una respuesta que no tenía nada de honorable. Al parecer, una mujer había intentado rebelarse contra su voluntad y le había salido mejor que a esa campesina de Hezen que, años antes, le hizo un agujero con una horqueta mientras se subía la ropa después de violarla. Miró a su alrededor y posó la mirada en las murallas.

—No están suficientemente vigiladas. Atiende a Georg —ordenó a uno de sus guardias personales que estaba a su lado—. Y quiero patrullas en los confines del feudo —miró de nuevo a Hrodgard—. ¿En qué estado está el viejo Ulthdrich para no poder venir? Llegamos hasta aquí sin tener problemas.

—En realidad, señor, hay una patrulla fuera. Lamentablemente, nos faltan hombres desde que vuestro hermano y los suyos partieron. El capitán esperaba con ansia vuestra llegada.

—¿Con ansia? —repitió con sarcasmo el joven barón, curvando los labios en una sonrisa breve e imperceptible para la vista—. Me sorprende. De todas maneras, arreglaremos pronto las cosas. Mis soldados se han quedado detrás con los carros y estarán aquí en un par de horas. Hazme de guía, quiero visitar el castillo.

—Estoy a vuestra disposición. Si antes deseáis ver al capitán Ulthdrich... os podrá explicar mejor que yo lo acontecido.

—No lo deseo, no ahora —lo interrumpió el barón—. Empecemos por echar un vistazo a los guardias y las prisiones. Hilda —añadió después, volviéndose hacia la única mujer de su séquito, una sirvienta de unos cuarenta de mirada tímida—, averigua dónde se encuentra la prisionera de la que debes ocuparte y tráela.

La mujer asintió haciendo una reverencia respetuosa mientras el barón volvía a posar la mirada sobre Hrodgard, que parecía estar paralizado.

—Bueno, ¿qué pasa?

—Mi señor, lamentablemente debo informaros de que la chica está muerta.

Stephan Deinburg ni se inmutó. No le importaba mucho la noble lombarda, solo lo concerniente a una posible ganancia, y tenía toda la intención de cederla a cambio de un importante rescate. En su mensaje, Hans la había

descrito como una belleza rara, con ojos de amatista y cabello de ébano, apacible y resignada como un cordero de sacrificio. ¡Una verdadera tentación! Sin embargo, había omitido que los hechos crueles acaecidos durante y después de la toma del castillo le habían dejado sin razón. Se apresuró a decírselo el mensajero, un lodisano que le era fiel y que le había salvado de la muerte bastantes meses antes. Sin duda, su hermano pensaba gastarle una pésima broma, ya que ambos, a causa del tercero de los hermanos Deinburg, le tenían miedo a la locura.

—No importa —comentó con indiferencia—. ¿Lo has escuchado, Hilda? Ve y búscame una habitación con una cama cómoda.

Hrodgard parecía muy aliviado y el barón sospechó, es posible que el otro estuviera intentando engañarlo.

—Se ha matado... —se apresuró a informarle el soldado sin que se lo pidiera mientras se dirigían hacia los guardias. Y contó la muerte de la bella milanese con tantos detalles inútiles que al barón le pareció cada vez más improbable ese suicidio.

Parecía que la chica había intentado huir con la complicidad de una sirvienta, y que al ser descubierta tras asestar una puñalada al capitán Ulthdrich se tiró por la ventana.

Deinburg apretó los labios. Quizás la habían tirado por la ventana. Maldición. ¡Nunca se sabrá la verdad!

El chirrido de una puerta pesada sobresaltó a la figura recostada en el lecho de paja. Se levantó de repente y afinó el oído para escuchar mejor.

Era demasiado pronto para el brebaje que el carcelero le llevaba una vez al día, los pasos que retumbaban en el suelo de piedra del sótano eran aterradores y seguros como la muerte.

Por un momento, la chica mantuvo la respiración con el cuerpo inclinado hacia adelante, la mirada fija en la puerta de la celda y en la oscuridad que la rodeaba. ¡Ulthdrich, maldito! No era demasiado pronto, el suabo venía para consumir su venganza. Día tras día sentía el ansia que le oprimía el pecho y el miedo le nublaba los pensamientos. ¿Cuál habría sido su fin en manos de ese monstruo?

Temblando, escondió la cabeza bajo el ala protectora de los brazos como un pobre pajarito herido. Había salido demasiado pronto de esa confusa inconsciencia que la había protegido tras la muerte de sus padres; la niebla que le había invadido la mente se había diluido de repente, tras solo un día,

dejándole los recuerdos de cada momento vivido durante esa horrible jornada: el choque de las hojas colisionaban las unas con las otras, los gritos de los heridos, el silbido del viento que parecía llevar las voces rabiosas de los muertos. Había vuelto a ver las cuerdas colgando, había vuelto a sentir el helor del hierro bajo la barbilla y la fuerza de las manos que la habían obligado a inclinarse. Y a esa cadena de recuerdos macabros se añadieron otros, no menos horribles, cuando aquel repugnante viejo entró en su habitación con la intención de violarla.

Se defendió. Lo hizo con todas sus fuerzas, vengándose por las heridas que tenía e intentando protegerse de las que quería hacerle.

Cerró los puños hasta hundir las uñas en las palmas y recordó la prepotencia de ese cuerpo que la aplastaba, la violencia de esa boca que buscaba la suya, el frenesí de esas manos callosas y sudadas que le arrancaban la ropa para llegar a la calidez de su piel. Todavía escuchaba esa voz ronca que le prometía momentos obscenos de éxtasis, y recordaba, consternada, las terribles amenazas después de herirle con su propio puñal. Sabía que las mantendría. Herido, ese hombre había mostrado su crueldad cortándole el pescuezo delante de sus ojos a la criada que había acudido por sus gritos, y ordenó que lanzasen ese pobre cuerpo sin vida a la misma celda donde la habían encerrado.

Cuatro días. Durante cuatro interminables días había estado obligada a compartir una celda estrecha con un cadáver, sintiendo miedo, asco, remordimiento e, incluso, el deseo de perderse de nuevo; pero esa indiferencia que la habría bendecido no había vuelto.

Gimió, juntó las manos para rezar y llevó las puntas de los dedos unidas a los labios.

—Oh, Señor, ¡haz que este malvado se aleje de mí! Dame un poco más de tiempo. Dame... —se interrumpió cuando escuchó que se abría la puerta de una celda. Suspiró de alivio y se apoyó con cansancio en la pared de piedra húmeda, levantando la cabeza hacia la abertura que dejaba pasar una línea de luz—. Gracias —susurró.

Gracias a Dios no era para ella.

¿Pero durante cuánto tiempo? Si el nuevo señor del castillo llegase antes de que la herida de Ulthdrich curara...

Recordó al detalle la sentencia que la aguardaba. Las palabras que pronunció el imperialista, el destructor de su familia, se quedaron allí,

congeladas en algún rincón de la memoria, a la espera de que sus facultades mentales las recuperasen de nuevo. Ahora podía decir el nombre de quien quizás podría rescatarla. Su suerte aún no estaba sellada. Todavía podía esperar.

De repente se rio de forma antinatural por el miedo de la locura. Esperar... ¡ella no tenía esperanza! Solo podía desplomarse y perderse para no morir de angustia en sueños inútiles lejanos de la realidad.

Era una fantasía pensar que su amado Guido podría penetrar en el castillo para salvarla. Era la ilusión de una criatura desesperada imaginar al desconocido barón de Hezen como un caballero generoso y justo, que la protegería de las garras de Ulthdrich y la dejaría libre para volver a Milán. O quizás ese suabo también era más codicioso, horrible y cruel que el capitán.

Los suabos eran peor que los animales. Los suabos eran desgraciados sin corazón y, por lo tanto, ella ya estaba muerta, muerta, muerta.

—No... no debo perder el ánimo —se dijo a sí misma para huir del miedo. Estaba todavía muy viva, a pesar de todo estaba resistiendo. Hasta el último momento rezaría y esperaría. Hasta el último aliento.

Cruzó los brazos bajo el pecho y cerró los ojos. No podía dormir, pero podía recordar las cosas bonitas que la habían acompañado en su vida antes de aquellos terribles días. La sonrisa de Guido, sus brazos fuertes, su afecto. Las carreras a caballo en el campo, las risas sobre la hierba, sus promesas. Guido... prisionero en Lodi tras la batalla del esguazo de Corneliano. ¿Qué había sido de él tras la rendición? Se lo habían preguntado miles de veces esos días. ¿Seguiría todavía vivo? ¿Lo habría rescatado su padre de la prisión? ¿Lo volvería a ver? ¿Lo que había sufrido le habría cambiado el cuerpo y el alma? ¿Lo volvería a ver?

El desánimo se abrió paso de nuevo en ella.

—¡No cederé! —dijo con fuerza, cerrando los puños—. No debo... — después respiró profundamente y se pasó una mano por la cara, estaba sudando. ¿Era esa su mano? ¿Y la cara? ¿En qué estado tenía la cara? Metió los dedos por el pelo intentando arreglárselo, pero ya era una masa sucia y enredada. Sabía que se había ensuciado esos días y sintió alivio al pensar que, quizás, el ya afamado Ulthdrich ya no la encontraría tan deseable.

¡Dios lo quisiera! Si tenía que morir, que al menos no tuviese que soportar antes la unión con ese monstruo.

Tenía ganas de llorar, pero el ruido de pasos que se acercaban y se

paraban delante de su celda congeló todas sus emociones.

Vio que se abría la mirilla y tras un breve silencio escuchó voces masculinas. Poco después, la puerta se abrió y un hombre se agachó para entrar.

En cuanto abrió la mirilla para echarle un vistazo a la prisionera encerrada en la celda, el barón reconoció de inmediato el olor fuerte que salía del interior. Lo había oído muchas veces: era el hedor de la muerte.

—¡Hay un cadáver en esta celda! —afirmó toscamente, volviéndose hacia Hrodgard.

El soldado dudó.

—Se trataba de una mujer culpable de rebelión, mi señor. He intentado enterrarla esta mañana en cuanto lo supe.

—¿Y esta? —preguntó el barón una vez más, apuntando hacia la sombra que veía acurrucada sobre el lecho.

—La sirvienta de la que os hablé, barón. Ha matado a uno de nuestros hombres para ayudar a huir a su señora. Es peligrosa como el demonio y... no me sorprendería si estuviese a su servicio —dudó todavía más—. Si deseáis continuar...

Esa pausa y esa prisa hicieron que el barón volviese a sospechar. ¿Y si las cosas no habían sucedido como decía el ansioso Hrodgard? Los placeres que el viejo Ulthdrich se concedía con las jovencitas eran algo conocido. Su padre los toleraba con indiferencia, pero él no, pues tenía apetitos sanos e instintos normales y jamás torturaría a una mujer para obligarla a aceptarlo. Pero para ese cerdo viejo y sádico eran más placenteros esos preliminares depravados que el mismo momento en el que la poseía.

—Abre —ordenó. Cuando se adentró en el interior de la celda, lanzó a Hrodgard una mirada penetrante y añadió con frialdad—: Por el hedor que hay aquí dentro, diría que tu rebelde lleva muerta desde hace al menos tres días —paseó lentamente a su alrededor la antorcha que le habían dado los guardias y la paró para iluminar a la chica. Solo vio una masa enredada de cabello negro que le cubría los hombros y gran parte de la cara que se confundía con su vestimenta oscura.

Se acercó y la miró con atención. La chica tenía la cabeza gacha, escondiendo la única parte de la cara que habría podido ver, pero estaba seguro de que lo estaba observando. ¿Era una bruja peligrosa como decía Hrodgard? Y además... ¿una sirvienta? La vestimenta que llevaba estaba sucia

y raída, pero no estaba hecha de tela áspera de cáñamo. ¿Una sirvienta vestida de seda?

Sin decir nada, le entregó la antorcha al guardia que lo había seguido y levantó a la chica, sintió que se ponía rígida entre los brazos. La llevó fuera de la celda, lejos de aquel hedor, y la puso en el suelo contra la pared.

Regina levantó la cara con asombro, preguntándose si se trataba del nuevo señor del castillo. Era alto y fuerte, iba vestido con una túnica oscura y un cinturón de piel ceñido. Era joven, seguramente no llegaba a los treinta años, y de pelo rubio y liso que le llegaba casi a los hombros. Era guapo de cara, bronceada por el sol del verano que acababa de terminar, con barbilla definida y boca sutil y dura, igual que sus ojos claros, coronados por densas cejas rubias, que en ese momento la miraban con atención.

Sí, tenía que ser él: un extranjero asesino que podría abusar de ella. Pero, a pesar de todo, sintió alivio: el barón de Hezen también podía ser el diablo en persona, pero no era Ulthdrich.

—¿Una criatura del demonio? ¿Este saco de pulgas? —dijo Stephan casi para sí mismo, pero con una voz perfectamente audible, observando la figura aplastada contra la pared.

Regina saltó ofendida. El suabo había hablado en alemán, pero ella conocía un poco ese idioma gracias a una sirvienta bávara; por lo tanto, no se le habían escapado ni las palabras que el hombre había pronunciado lentamente ni el desprecio que estas conferían. ¿El barón creía que encontraría una esclava con olor a rosas después de cuatro días en la prisión? Tendría que quejarse a su hermano por no haber dejado instrucciones claras: su regalo no se había conservado bien. Se esforzó para controlarse, para no gritarle a la cara lo que le había pasado por la mente. Había pasado mucho y no quería seguir sufriendo. Tenía que mostrarse humilde para no ofenderlo y soportar las ofensas, pues él podía ser su salvación.

—¡Lo es, mi señor! —confirmó enseguida el soldado al lado del barón, un hombre que la chica reconocería como el asesino de su sirvienta: un infame que diría todo lo que el capitán le había ordenado que dijera—. Esta mujer es culpable del asesinato de un soldado mientras su señora golpeaba al capitán Ulthdrich a traición.

—¡No! —gritó Regina fijando la mirada desesperadamente en el barón. No estaba segura de haberlo entendido bien, pero si era así, Hroddgard afirmaba que ella era la pobre Nerina, y si el imperialista le creía, si ella no



lograba que la entendieran, su vida duraría muy poco—. Este hombre está mintiendo. Soy Regina Celeste Balestrieri, y no le he hecho nada a nadie si no... —se interrumpió, viendo que el barón la miraba sorprendido. Seguramente se habría expresado fatal y no la entendía. Gimió y lo repitió en latín, el idioma más usado entre las personas de su clase social, un ruego desesperado.

—Una sirvienta culta —comentó el barón con un toque de sarcasmo, volviéndose un poco para mirar a Hrodgard, que se había vuelto pálido—. No hables si no se te pregunta —continuó girándose hacia la chica—. ¿Lo has entendido, Regina Celeste Balestrieri?

La chica se sonrojó y, sin darse cuenta, le dirigió una mirada de orgullo y llena de desprecio. «*Maldito*», pensó. Decidiría cuando quisiera y no la escucharía ni aunque se arrodillase a sus pies. Ya estaba condenada.

Sin apartar los ojos de esa jovencita andrajosa, que se atrevía a mirarlo como lo habría hecho un escarabajo, Stephan Deinburg se preguntó si quizás era esta la mujer que le había regalado Hans. Ciertamente no parecía loca y tampoco domesticada y resignada como un cordero de sacrificio. Parecía más bien una gata vagabunda, lista para usar las garras. Orgullo, cultura y seda en la piel, jamás había visto una sirvienta como esa antes.

—¿Lo has escuchado, soldado? —preguntó con calma, girando un poco la cabeza hacia Hrodgard—. Habla nuestro idioma y afirma que no es la que dices.

Sufriendo la mirada dura de su señor, Hrodgard se aclaró la garganta:

—Miente, mi señor. ¡Miente! Quizás crea que puede salvarse así.

—¡Aquí hay muchas personas que pueden desmentirlo! —se rebeló Regina que, a pesar de la convicción de estar perdida, aún no se había resignado. Dio un paso adelante y se aferró a la túnica del noble suabo—. Os lo imploro, ¡ponedme a prueba! —rogó desesperada, le temblaban los labios y tenía la cabeza inclinada hacia atrás para encontrarse con la mirada del hombre—. No intenté huir. Fue el capitán el que se introdujo en mi habitación para usar la violencia conmigo. Yo... yo le atacé, es cierto, ¡pero solo fue para defenderme!

Stephan la alejó bruscamente.

—¿No te he dicho que no hables cuando no se te pregunta? —siseó. Pero después sus labios formaron una sonrisa—. Sécate las lágrimas, no vas a darme pena. Resignada como un cordero de sacrificio... —añadió con

sarcasmo, ya sabía su identidad. Se dio cuenta de la furia que le recorría el cuerpo, pero ella escondió la cabeza para ocultar sus sentimientos—. Mírala bien, soldado, ¿estás seguro de que no te equivocas? —continuó con el mismo tono, volviéndose de nuevo al ayudante de Ulthdrich, pero sin dejar de mirar a la chica—. ¿Es posible que el fiel capitán haya intentado engañarme llevándose una mujer que sabía que me pertenecía? Está muy delgada, pero sabemos que se contenta con cualquier mujer, siempre y cuando respire.

Hrodgard sintió un escalofrío. ¡Maldito Ulthdrich! ¿Por qué no le había escuchado y no había hecho que mataran a la chica cuando se rebeló contra su voluntad? Habrían tenido menos problemas: los muertos no protestan. ¿Pero quién habría pensado que esa mujer fuera capaz de hacerse entender hasta en su idioma y que habría podido refutar todas las acusaciones? No había hablado antes. Nunca, ni una palabra, solo había gritado como una loca cuando la agredieron y cuando degollaron a la sirvienta. Lloró desesperada durante todo un día tras haberla metido en la cárcel junto con el cadáver de su compañera, ¡pero nunca había hablado! Inquieto, se pasó una mano por la garganta, como si notase el helor de una hoja imaginaria, y tragó. Se arriesgaba a perder el pescuezo por un hombre que no había querido atenerse a las órdenes.

Tampoco quería culpar demasiado al viejo: daban ganas de mirar a Regina Balestrieri. ¿Delgada? La palpó bien cuando la sacó de la celda, estaba muy delgada, eso no lo podía negar nadie, pero tenía los pechos altos y bien compactos y las caderas redondas y suaves. Esa chica era asombrosamente bella. Ninguna poseía esa piel de marfil ni ese pelo sedoso y tan grueso. La cara tenía una forma oval casi perfecta con un hoyuelo provocativo en la barbilla. La nariz sutil y la boca gruesa, casi infantil, no eran insólitas, pero los ojos, coronados por largas cejas oscuras, eran únicos. Cualquier hombre habría recorrido el mundo entero para encontrar un color tan variable, iba del azul intenso al violeta, como gemas de amatista. Pero ciertamente, al estar reducida en ese momento, nadie lo habría dicho.

—Quizás haya podido... equivocarme —balbuceó Hrodgard tras una pausa larga—. No la vi antes de esa noche. Estaba encerrada en una de las habitaciones de la torre para vos.

—Quizás —repitió Stephan con frialdad, sin creer en su mal disimulada inocencia. Imaginó que había querido complacer a su capitán. Si la chica seguía viva, tenía que ser solo porque el viejo quería vengarse con sus propias

manos. Y si no hubiese actuado con crueldad dejando un cadáver en la celda durante quién sabe cuántos días, no se habría dado cuenta nunca—. ¿Cómo serías antes? —dijo acercándose para observarla mejor.

Regina tenía la cabeza gacha. El hombre se acercó tanto a ella que sintió la cálida respiración en la frente. Gritó de dolor cuando le tiró del pelo de la nuca con fuerza para que levantara la cara.

El barón no era tonto y sabía reconocer la belleza bajo una montaña de mugre.

—Sí —afirmó—, pero estás mal, muy mal —vio un relámpago de rabia surcar un instante la mirada de la chica y dejó claras sus intenciones de venganza. Negó con la cabeza y esbozó una sonrisa de placer—. ¡Tú! —ordenó después con un gesto a uno de sus guardias personales—. Acompaña a la... damisela arriba y déjala en custodia de Hilda. Después veré qué hacer con ella.

—¿Me enviaréis con mi gente? —osó preguntar con esperanza.

Dios... si solo hubiera sido así.

—En verdad no —se dignó a responder el barón, siempre con esa sonrisa sarcástica a la que Regina le habría gustado arrancar de los labios con las uñas—. ¿Lo esperabas? Olvida que eres Regina Celeste Balestrieri, por mucho que lo seas en verdad. Los nobles milaneses, más bien todos los milaneses, han sido destruidos.

El guardia agarró a Regina por el brazo y le dio un pequeño tirón para invitarla a que lo siguiera, mientras tanto ella observaba a Deinburg con una mirada de acusación, no tenía miedo. Ya no tenía más ganas de rezar, no había servido de nada. Si tenía que morir, más vale hacerlo con dignidad.

—En el momento en que me destruyas, te merecerás el derecho de una brutal matanza.

—¿Cómo osas? —se entrometió Hrodgard, que no parecía querer entender las ofensas. El barón lo acalló rápido.

—No seas tan impaciente, chica —contestó complacido—. Por el momento no me atraes tanto. Tendrás que hacer algo para convencerme.

Regina se sonrojó, pero comprendió que la habían tomado por tonta. ¡Al barón le seguían atrayendo esas mujeres suabas gordas de piel transparente y cejas blancas! Estando así jamás la obligaría para que se metiera en su cama.

Agachó la cabeza y con tono cambiado murmuró:

—Me someto a vuestra indulgencia, señor —y antes de que el guardia

tirase de ella de nuevo, se dio la vuelta con dignidad y siguió al soldado hacia la salida.

El barón la siguió con la mirada hacia el oscuro pasillo y por la piedra irregular de la escalera. Se podía ver que era débil, pero mientras subía, escalón tras escalón, sin ninguna ayuda por parte del hombre que la acompañaba, parecía una reina, como el significado de su nombre. La sonrisa desapareció de su cara y una luz curiosa parpadeó en la mirada gris. La milanese era impulsiva y orgullosa, defectos intolerables para una mujer, sobre todo enemiga, pero tenía valor, lo que la hacía estimulante. Estaba ansioso por verla limpia y bien vestida. Le atraía mucho el pelo oscuro.

Se volvió hacia Hrodgard en cuanto desapareció la chica de su vista.

—¿Sigues sosteniendo que no es la mujer que mi hermano había destinado a mi placer?

El hombre retrocedió con miedo.

—Tened piedad. He obedecido las órdenes de mi señor.

—Soy yo tu señor.

Stephan inclinó un poco la cabeza y le hizo un gesto a uno de sus hombres. Después se giró y con paso rápido se fue hacia las escaleras, por donde pocos segundos antes había subido la chica. Mientras tanto, un grito de dolor reverberó procedente del sótano hasta apagarse lentamente.

El capitán Ulthdrich se levantó con dificultad de su lecho y observó con temor al barón de Hezen, quieto sobre el umbral de sus aposentos.

Todavía estaba débil por la estúpida herida que se le había infectado. Estaba débil por no haber reflexionado sobre las sugerencias de su ayudante, que le había aconsejado deshacerse de esa perra milanese. ¿Había una venganza mejor que la de dar muerte a quien había osado rechazarlo de forma tan brutal? Había muchos métodos dolorosos para morir, y ni siquiera Stephan Deinburg, siempre tan atento con su hermano, indagaría tan a fondo en la muerte de una rebelde que jamás había visto. Pero la deseaba. Deseaba que se desesperara y temblara en su lecho, y no había sabido calcular los riesgos.

—No os levantéis, capitán —le dijo el barón, avanzando hacia el lecho—. Vuestro hombre me ha dicho que tiene una herida grave, a pesar de no poder decir de haberla contraído en batalla.

Ulthdrich palideció, sintió dentro de sí una mirada inquisitoria que conocía muy bien. Estaba al servicio de los Deinburg desde hacía mucho tiempo y el

viejo barón, al que cuyo hijo mayor se parecía mucho, nunca fue comprensivo con quien osaba desobedecer las órdenes.

—No, mi señor —admitió con voz cansada y permaneciendo rígido en la misma posición. «*Tengo que estar tranquilo*», pensó. No tenía nada que temer. La chica estaba en la prisión y el barón, tras haber escuchado la versión de los hechos en boca de su fiel ayudante ni se habría dignado a mirar por la mirilla a la que creería que era una sierva asesina—. Imagino que ya se os habrá informado de las circunstancias en las que murió la mujer que os esperaba. Me apuñaló tras engañarme para que entrara en su habitación.

—Mientras su sirvienta mataba a un soldado... sí —lo interrumpió Stephan—. ¿Y la otra qué hizo?

—¿La otra?

—La que no he podido ver y que está muerta en la celda. Allí dentro había un hedor muy fuerte a putrefacción.

Ulthdrich tragó, mientras una gota de sudor le bajaba por la frente. Así que el barón había visto a la Balestrieri. Miró hacia la puerta, preguntándose por qué Hroldgard no lo había acompañado. Le habría bastado una mirada para saber qué responder.

—¿No respondéis?

—¿La habéis... visto?

—¿Lo dudabais?

—¿No os ha dicho mi hombre que es peligrosa? Estamos seguros de que es una bruja. Quiero que la quemem en cuanto pueda ponerme de pie.

Stephan lo miró con frialdad.

—Sí... lo ha hecho. Deberíais saber que no creo en estas tonterías. Además... ¿pensáis de verdad que me asustaría estar delante de una mujerzuela? Veo que continuáis sin darme la respuesta que quiero.

—Hroldgard os habrá dicho...

—¡Maldita sea! —lo interrumpió el barón, cansado del mismo juego—. Hroldgard ha dicho mucho. Diría que ha dicho demasiado por vos.

—¿Qué queréis decir?

—¿De verdad no lo entendéis? Sé quién es la chica a la que habéis encerrado en la prisión.

—¡Una maldita sirvienta rebelde! —exclamó Ulthdrich, encontrando fuerza de repente.

Stephan puso una mueca.

—¿Sabíais que se expresa un poco en nuestro idioma? Por no hablar de su latín refinado —avanzó lentamente hacia el capitán—. No, claro, esto no lo sabíais. Creíais que era muda, de lo contrario la habrías hecho desaparecer enseguida.

—Da igual lo que haya dicho que sea, ¡ha mentido!

—Regina Celeste Balestrieri —le informó con calma el barón.

—La Balestrieri está muerta. ¡Se suicidó tirándose por una ventana cuando supo que no podría huir! —rugió Ulthdrich—. Pero antes me apuñaló cuando estaba de espaldas.

—Qué extraño, ella sostiene que no estabais precisamente de espaldas. De hecho, parece que estabais en la posición idónea para violarla.

—¿Vos creéis a una enemiga?

—Sí, si me da una versión más convincente que la vuestra. Y la suya me parece más creíble. Mientras que vos me habéis engañado.

—¡Yo, señor, siempre he sido un devoto servidor de los Deinburg!

—Quizás para mi padre, no para mí. Decidme, capitán, ¿habríais osado tocar a una mujer que le perteneciera?

—No... no, barón. Pero esta, esta... —añadió con desprecio—, es una presa de guerra que...

—¡Que me pertenece! —lo interrumpió bruscamente Stephan—. ¿Cómo habéis podido pensar que soy tan distinto del viejo como para tolerar una trasgresión como esta?

—¿Nunca os he gustado, verdad? —siseó Ulthdrich con agresividad.

—¡No! Sois un buey sin cerebro y completamente privado de conciencia.

—Nunca me perdonasteis el latigazo —comentó el viejo capitán, considerándolo como un hecho.

El barón no tuvo que indagar mucho en la memoria para recordar ese día lejano, cuando siendo un chico intentó proteger a una chica del pueblo y recibió un latigazo por ello.

—Me asombra que os lo hayáis perdonado vos. ¿Creíais que nunca crecería y que mi padre viviría eternamente?

—Por eso la rebelde será un pretexto para libraros de mí.

—Si lo preferís, Ulthdrich —contestó Stephan, cambiando sin piedad la mirada del capitán, que de arrogante pasó a aterrado—. No haré que os ajusticien, no temáis. Sé que sois un buen soldado en los campos de batalla.

En cuanto podáis montar a caballo, os iréis. No os quiero más a mi servicio — añadió antes de darle la espalda.

El rostro de Ulthdrich se volvió cruel. Había estado al servicio de los Deinburg durante veinte años y ahora ese chico...

—¡Maldito! —blandió el puñal que llevaba siempre en la mano y, cogiendo fuerza por la furia, lo lanzó contra el barón.

Intuyendo el peligro, Stephan se apartó a tiempo para esquivarlo. Después se quedó mirando el puñal que se había clavado en la puerta en el lugar exacto en la que se encontraba él. Con un solo movimiento lo sacó de la madera, había sido un tiro débil. Le dio vueltas con las manos y sonrió sutilmente.

—Es vuestro desde hace años —comentó observando el mango antiguo—. Con esto habréis matado a muchos hombres a traición. Es justo que sea su hoja la que os traspase el corazón.

Y lo lanzó con fuerza y precisión.

En cuanto puso el pie en el patio, Regina dudó y entrecerró los ojos bajo la luz brillante del sol de mediodía. Solo un momento después, el soldado que la escoltaba le dio un pequeño empujón para que siguiera, conduciéndola hasta la puerta que daba a las cocinas.

Sin entrar, el soldado llamó a una mujer suaba delgadísima y de cara cadavérica y, tras intercambiar unas palabras con ella, empujó a Regina con un gesto casi amable con la mano.

Con una sonrisa que podría describirse como compasiva, la mujer la invitó a sentarse en un taburete y le hizo una señal para que esperara.

Cuando se alejó, las otras dos mujeres presentes en la habitación, que hasta ese momento habían fingido desinterés, se volvieron de repente hacia ella desatendiendo el trabajo que estaban haciendo. Mientras la más joven, una chica morena y rolliza con rostro angelical, miraba a Regina sin decir nada, la otra, una mujer anciana de mirada amable, corrió hacia ella y le rodeó la cara con las manos.

—Damisela... Dios mío, ¿qué os han hecho?

La señorita intentó esbozar una sonrisa tranquilizadora, pero parecía más bien triste.

—Nada... todavía.

—Decían que estabais muerta y me lo creí. Había mucha sangre en la habitación la mañana que vos y Nerina desaparecisteis —de repente se llevó la mano a la boca—. Nerina... —murmuró.

Regina asintió.

—Le cortaron el pescuezo y su cuerpo estuvo en mi celda durante todos estos días.

—¡Son unas bestias! —siseó la mujer sacudiendo la cabeza gris cubierta con un tocado—. ¡No tienen corazón! —después, tras ese arrebató breve e inútil, volvió a mirarla con dolor—. En qué estado estáis... ¡Matilde! —dijo en voz alta girándose un poco—. Dame un trozo de pan, la damisela Balestrieri tendrá hambre.



—No —respondió la chica de rostro angelical con una mirada que no tenía nada de angélico.

—Si quieren que coma, ya se encargarán los suabos. ¿Quieres morir tú también como la pobre Nerina?

Herida, Regina la miró. No recordaba haber tratado mal a esa chica y no comprendía el motivo de tanto rencor, pero cuando la anciana iba a protestar, la paró con un ligero movimiento de la mano.

—No importa, Orsina, Matilde tiene razón —después no hubo tiempo para discutir, pues entró una mujer alta e imponente, de cabello claro con mechaz grises. Era claramente más importante que la mujer que la precedía: más ordenada y limpia, de modales bruscos, pero no descorteses, y se esforzó por hacerse entender en un lombardo duro pero comprensible, que habría aprendido con dificultad.

—Soy Hilda —se presentó tras observarla con una mirada penetrante y hacer una breve reverencia—. Por favor, venid conmigo —se fue hacia la puerta, pero antes de pasar el umbral se paró y giró la cabeza hacia la figura sucia que se había levantado—. Tendréis ganas de comer, me imagino —sin esperar respuesta, se volvió hacia Orsina, que había fingido que volvía al trabajo, y le ordenó que preparara enseguida una bandeja con abundante comida. Después intercambió unas pocas palabras con la mujer que había ido a llamarla y sonrió hacia Regina para invitarla de nuevo a que la siguiera.

Dejaron la cocina y subieron por las escaleras del vestíbulo que daban al piso de arriba. Tras haber recorrido un largo pasillo con múltiples ventanas que daban al jardín interior, se pararon delante de la habitación que había pertenecido a Regina durante tanto tiempo y que no había presenciado los últimos horrores que había vivido.

Dudosa, la chica permaneció sobre el umbral, mirando con cariño cada objeto que le había pertenecido: la cómoda cama de madera decorada, el reclinatorio, el cofre a los pies de la cama y los cepillos de plata ordenados sobre la mesa, que pertenecieron a su madre y que, milagrosamente, nadie había saqueado junto al oro y las joyas preciosas.

Aparentemente nada había cambiado dentro y, si cerraba los ojos, podía volver atrás en el tiempo, cuando era todavía feliz.

—Me han dicho que esta era vuestra habitación.

Ese acento tan distinto al suyo la hizo volver a la realidad: ya no estaba encerrada en una celda oscura, pero seguiría siendo prisionera para siempre.

—Sí. Os agradezco que me hayáis conducido hasta aquí.

Hilda se sonrojó, le había impresionado la amabilidad de la joven señora lombarda.

—Entrad ahora. Quizás no la encontréis como antes, pero...

—Ya nada podrá ser como antes —la interrumpió Regina con tono cambiado.

La suaba lo entendió. Asintió y sonrió con tristeza.

—Tenemos que aceptarlo.

Regina intuyó que ella también tenía que haber perdido a alguien. Quizás su esposo o un hijo, tenía edad de tener hijos mayores. Sin embargo, no dijo nada y siguió mirándola casi sin verla, sin sentir piedad. ¡Que se murieran todos esos desgraciados! ¡Que ardiesen en el infierno que se merecían!

—Llegué hace unas pocas horas con el séquito del barón Stephan —explicó la mujer, ignorando los pensamientos vengativos de la joven milanesa—. Estoy aquí para ocuparme de vos, porque conozco un poco vuestro idioma.

—Vaya... ¡se ha preocupado de traerme una sirvienta! —exclamó Regina resentida. «*O una espía*», pensó.

Sin entender el sarcasmo, Hilda sonrió.

—Sí, damisela —observó con un poco de pena el pelo enredado, la cara llena de suciedad, el vestido roto...—. Después de comer, os ayudaré a bañaros.

Un baño... Regina cogió entre las manos un pequeño espejo con forma oval que había en la mesa y se miró. Lo necesitaba desesperadamente y lo deseaba. A menudo soñaba con agua las pocas veces en las que pudo dormir en aquella celda: agua infinita como el mar del que solo había escuchado hablar, ríos impetuosos y arroyos transparentes. Deseaba escuchar el agua fluir por su piel, quitarse la mugre del pelo con jabón y sentirlo caer nuevamente suave y sedoso por la espalda. Un baño, por fin, para borrar el desagradable olor que emanaba su persona desde hacía días. Agua y aceite perfumado de rosa sobre el cuerpo, para olvidar el olor de la muerte que sentía todavía en la nariz.

—Vaya... aquí llega Gretchen con vuestro almuerzo —dijo Hilda interrumpiendo el hilo de sus pensamientos y yendo al encuentro de la otra sirvienta suaba, que había entrado en la habitación con timidez. La despidió con un gesto de cabeza autoritario tras coger la bandeja y la posó sobre una mesa en el centro de la habitación. Colocó una silla con respaldo alto al lado y con una sonrisa invitó a Regina a sentarse.

La joven comió lentamente la carne fría y el queso y bebió algunos sorbos de vino, sintiendo las mejillas sonrojarse por el calor que le daba al cuerpo. Después cogió una manzana, disfrutó de su sabor y, tras dejar el corazón en el plato, se dejó caer sobre el respaldo. Sentía que los párpados se hacían cada vez más pesados.

—Podéis descansar un poco mientras preparamos vuestro baño —sugirió Hilda.

—Sí... solo un poco —se levantó lánguidamente, presa del adormecimiento, se fue hacia la cama y se dejó caer encima—. Está caliente... —susurró sintiendo que el colchón de plumas de oca la envolvía—. Y suave... —añadió lentamente antes de dormirse de repente, como nunca antes le había pasado.

—Pobre niña... —murmuró Hilda, cubriéndola con una manta. No sabía qué le había pasado después de que Hans Deinburg la dejase en el castillo, pero sin duda nada de lo que hubiera podido recordar sin miedo. Había algo misterioso a su alrededor o una intriga por la que alguien habría pagado caro, pues estaba segura de haber escuchado bien cuando el soldado declaró que estaba muerta.

Más tarde, cuando las sirvientas calentaron el agua en cubos sobre el fuego de la chimenea y la vertieron en la bañera, no quisieron despertarla y esperaron.

—Damisela Balestrieri... vuestro baño...

Regina abrió los ojos con dificultad y vio una cara pálida y rellena que tardó en reconocer.

—Quién... ah, sois vos —murmuró sin entusiasmo.

—El agua está caliente y en su punto.

Regina se levantó y se acercó a la bañera que había delante de la chimenea con paso vacilante. Se quitó los harapos que la cubrían y se sumergió, feliz por ese placer ingenuo.

Echó la cabeza hacia atrás y suspiró.

—¡Es maravilloso! No sabéis cuánto lo había deseado —se lavó la cara y se alisó el pelo—. Qué extraño... ahora me siento bien, como si hubiese dormido durante horas.

Hilda sonrió.

—Lo habéis hecho. Un día entero.

—Pero... ¡es imposible! —replicó Regina, mirándola con sorpresa.

—Creedme. Tenéis que haber dormido poquísimo durante la encarcelación en los sótanos.

—Cierto —admitió Regina—. Tenía miedo, estaba sola en esa celda y... bueno, ¡suficiente! —no quería revelar que a menudo imaginaba que el pálido cuerpo de su sirvienta se movía solo. Hasta le había parecido ver la pequeña barbilla levantarse para mostrarle la horrible herida que le atravesaba la garganta, como si quisiera acusarla.

Hilda le masajeó el pelo con el jabón.

—Pero ya ha terminado.

—¿Eso creéis? —preguntó Regina.

—¡Claro que sí!

La mujer suaba siguió lavándola, moviendo las manos expertas hacia la nuca y los hombros, donde se notaban numerosos moratones.

—Quien os haya herido no os volverá a tocar. Tenéis al barón, que os protegerá a partir de ahora.

—¿Y quién me protegerá del barón?

La suaba no respondió en ese momento. Cogió un cubo de agua tibia y lo vertió sobre la chica para enjuagarla. Después la ayudó a levantarse y le entregó una toalla de lino para que se la envolviera.

—Estáis segura con el barón Stephan —dijo por fin, quizás demasiado bruscamente.

—Vaya... ¿queréis decir que vuestro señor tiene intereses de otra... naturaleza? —replicó Regina aliviada.

Hilda le lanzó una mirada ofendida.

—Os aconsejo, damisela, que nunca oséis hacer algo parecido delante del barón. Posiblemente no le haga gracia —y retomando un tono más dulce, continuó—: Fiaos de él. Sé que no tenéis motivos para creerme, pues se os ha humillado y herido, pero no todos los hombre de mi tierra son como Ulthdrich, también los hay respetuosos.

—Los hombres respetuosos no aceptan como regalo seres humanos para utilizar a su placer.

Hilda acercó una silla al escalón de la chimenea y la invitó a sentarse con un gesto de la mano.

—Habéis juzgado al barón muy rápido —dijo al fin con tono persuasivo—. No sabéis todavía qué quiere hacer con vos y por ahora os ha sacado de la prisión.

—¿Lo conocéis tan bien? —contestó Regina, sentándose mecánicamente y arreglándose el pelo con las manos frente al calor del fuego para que se secara más rápido.

—No como las campesinas de Hezen o su... —la suaba se interrumpió y se rio con malicia—. Se movían delante de él como flores arrastradas por el viento para que las eligiera. El barón no os tendrá por la fuerza, pero es posible que use métodos más convincentes para conquistar vuestros favores. Es muy atractivo.

Regina se sonrojó. ¿Ceder a las adulaciones de ese maldito suabo? Era ridículo nada más pensarlo.

—¿Creéis que puede resultarme atractivo? ¡Ya estoy prometida! —exclamó—. Como flores arrastradas por el viento... os explicáis con mucha propiedad —añadió con ironía.

—Durante casi un año, tras la muerte de mi esposo, he estado al servicio de una dama de Pavía —explicó la sirvienta sin entender el sarcasmo contenido en las palabras de la damisela lombarda.

—Y cuando el barón os llama, ¿acudís rápido?

—Por supuesto —respondió Hilda, casi asombrada de que alguien lo dudara—. Es mi señor. Nací en Hezen y mi esposo era uno de sus mejores soldados —añadió sin intentar disimular el orgullo—. ¿Deseáis comer ahora? Lo necesitáis, estáis muy delgada.

—Ya me lo han dicho... pero me gusto así —comentó Regina con sarcasmo. Pero como Hilda no podía entender la ironía en un idioma que no fuese el suyo, asintió.

A la suaba le pareció sentir un poco de hostilidad y consideró oportuno cambiar el tema.

—Bien, ahora os buscaré un vestido para que os pongáis. Mi señor ha venido ya a buscaros dos veces mientras dormíais. Sin embargo, no os ha despertado.

«*Cuánta delicadeza*», pensó Regina con amargura mientras Hilda se agachaba sobre el cofre, levantaba la tapa y rebuscaba dentro. Vio que cogía un vestido de terciopelo rojo rubí y recordó con nostalgia habérselo puesto por primera vez la primavera pasada. La querida tía Betta consideraba que las costureras habían cometido un error al hacer un escote demasiado profundo, pero como acababa de cumplir los dieciocho años y estaba a punto de

convertirse en esposa, para acallarla y contentarla decoró los bordes con un filo de plata.

—Esto te tiene que estar muy bien —dijo la mujer extendiéndolo sobre la cama—. El barón Stephan te verá distinta.

El arrepentimiento se apartó para hacerle paso al miedo y la furia. ¡Que Dios la protegiera de aquello! No quería que el suabo la encontrase cambiada, que viera lo que había bajo la mugre, aunque también se dio cuenta de que era inevitable. Pero sobre todo no quería parecerle atractiva. No se pondría ese vestido tan revelador para encontrarse con un enemigo al que odiaba. ¡Jamás!

—¡No! —gritó con tono casi histérico—. Otro, os lo ruego —y viendo que la mujer lo volvía a guardar sin mediar palabra y que sacaba otro azul, que le parecía más casto, suspiró de alivio y se abandonó contra el respaldo de la silla con una sonrisa en los labios.

Ahora todo estaba bien: había dormido y comido, el fuego le calentaba la piel limpia y perfumada y estaba a salvo de Ulthdrich, de todo.

Así la vio Stephan Deinburg cuando abrió la puerta de la habitación. Dudó sobre el umbral, fascinado por la figura envuelta en tela de seda delante de la chimenea y contagiado por la tranquilidad del momento. La guerra, la suciedad, las enfermedades del campamento y la tensión del asedio quedaban lejos.

Regina levantó la cabeza y su mirada se encontró de frente con la del imperialista. No, no estaba a salvo ni en ese valioso momento. Solo era una prisionera, y los prisioneros nunca estaban a salvo.

—¿Cómo osáis? ¡Idos! —ordenó levantándose de repente, había olvidado su condición y que estaba casi desnuda.

Stephan cerró la puerta tras de sí y avanzó hacia el medio de la habitación. En su mirada brilló una luz de aprecio por lo que veía: la milanese tenía piernas largas, esbeltas y bien refinadas y hombros delicados y suaves, que no eran tan escuálidos como pensaba. El cuello era largo y perfecto, sujetando la cabeza oscura más bonita que había visto. Después de todo, su hermano tenía razón.

—Mi señor... la damisela Balestrieri está todavía sin vestir... —osó protestar Hilda. Se puso corriendo delante de Regina para esconderla de la mirada masculina con su propio cuerpo, resignada a esconder bajo el ala materna a esa joven tan impulsiva.

—Lo he visto, vieja mía, y es sorprendente de verdad. Fuera, mujer. Tengo

que hablar con la chica.

—Permitidme al menos ayudarla a vestirse —rogó la suaba.

Deinburg se acercó sin apartar la mirada de lo que aún podía ver de la figura deliciosa que lo miraba con furia detrás de la sirvienta. La chica tenía unos ojos maravillosos, nunca antes había visto unos similares. Se sentó en una silla y apoyó una pierna sobre uno de los reposabrazos, balanceándola con pereza.

—Adelante, hazlo.

Regina odiaba la prepotencia del hombre y maldijo su impotencia.

—¿Queréis disfrutar del espectáculo? —preguntó con seriedad.

—Eres insolente, chica. ¿Acaso es un espectáculo?

Regina se sonrojó.

—Está bien, no voy a mirar, no temas —aseguró.

—¡No os creo!

En cuanto lo dijo, Regina se dio cuenta de su falta de consideración. Había hablado empujaba por una rabia inútil, por el miedo y por un orgullo que ya no se podía permitir. Ni siquiera su tío, siempre tan comprensivo, la habría perdonado por poner en duda su palabra, y ese hombre demasiado rubio, de mirada cambiante, era un enemigo que pertenecía a una raza conocida por su crueldad.

El barón se levantó de repente de la silla, tirándola al suelo, y de un salto se puso frente a ella. La cogió por los hombros y la agitó repetidas veces.

—Maldita, ¿crees que eres irresistible solo porque un insaciable soldado te ha puesto las manos encima? ¿Y tú, Hilda, sigues todavía aquí? —siseó volviéndose para mirar a la sirvienta, en sus ojos brillaba una luz amenazadora que la hizo salir huyendo.

—Os lo ruego... —balbuceó Regina con lágrimas en los ojos.

—¡Maldita estúpida! —gritó con rabia—. ¿Crees que un baño te ha transformado en una mujer deseable? ¡Mírate! —añadió con desprecio mientras le arrancaba la tela que llevaba puesta—. ¡Tus atributos son tan escasos que una niña sería más atractiva que tú!

Regina ni siquiera intentó cubrirse y cerró los ojos para no ver más la cara pálida por la rabia del barón. Sintió que le tiraba algo encima y lo cogió con manos temblorosas.

—¡Vístete! ¿Crees que quiero llevarme a la cama a una chica insignificante e insolente? No me atraes y encima me enfadas. ¡Ningún regalo me había

gustado tan poco!

Regina obedeció enseguida. Se sentía aturdida y no podía pensar, mientras tanto, él seguía con ese acento duro que se combinaba perfectamente con el tono rabioso.

—¡Que me maldigan si no me libero de ti! Alguien habrá que te quiera.

Ulthdrich... ¿quería darla a Ulthdrich?

—No —susurró dando un paso hacia atrás, sacudiendo repetidamente la cabeza—. ¡No podéis entregarme a ese hombre!

—¿Te refieres a Ulthdrich? —preguntó con dureza—. Si siguiera vivo lo haría. Estoy pensando en mis soldados.

La joven abrió los ojos aterrorizada. ¿Quería darla a sus hombres? ¿Se convertiría en la amante de cualquier suabo que la quisiera? ¿Primero uno, después otro y después otro más? Siguió sacudiendo la cabeza, retrocediendo como un animal al que le están dando caza. Pero antes de que pudiera encontrar las palabras para pedir piedad, el barón empezó a arrastrarla fuera de la habitación con brusquedad.

—No... ¡no, no, no! ¡Os lo ruego, os lo imploro! Perdonadme, barón, ¡no me entreguéis a vuestros hombres! —gritó desesperada y sin una pizca de orgullo. Por instinto intentó resistirse agarrándose a la puerta, pero él, sin importarle sus lloriqueos, siguió adelante. Cuando cayó al suelo, la arrastró por todo el pasillo.

Regina estaba segura de que el corazón le iba a explotar. Ya no le importaba humillarse, todo era preferible a aquella amenaza. ¡Todo! Hasta vendería su alma y se convertiría en la esclava del barón suabo.

—¡Tened piedad! —lloriqueó—. Haré cualquier cosa. ¡Lo que sea con tal de que no me hagáis esto!

Stephan se paró delante de la escalera. La miró con ojos llenos de rabia y la obligó a levantarse.

Con un gemido de dolor, Regina cayó encima de él. Con un impulso se aferró a la túnica, escondió la cara en el pecho y, durante un brevísimo momento, los brazos del hombre la abrazaron como para darle protección, regalándole un resquicio de esperanza.

Pero de repente la empujó.

—¿Estás intentando provocarme o ablandarme? —hizo una pausa—. Entonces, ¿cualquier cosa?

—Sí... —murmuró Regina inclinando la cabeza y escondiendo la cara



entre las manos—. ¡Sí, sí!

—¿También morir? —preguntó con dureza—. ¿También convertirte en mi amante y obedecer hasta el más pequeño de mis deseos sin nunca más poner en duda mi palabra?

Regina levantó la cabeza de repente, sus ojos se volvieron tristes al encontrarse con los del imperialista. Le habría gustado encontrar el valor de aceptar la muerte, pero no tenía la fuerza necesaria. Quizás era demasiado cobarde.

—Sí... sí —balbuceó con voz apagada.

La expresión del hombre no cambió.

—Supongo que debería sentirme orgulloso por haberme preferido a mí antes que a mis hombres —dijo con cruel ironía tras mirarla durante un buen rato—. Está bien... veamos si sabes satisfacerme.

Regina se sonrojó, pero no respondió. Estaba en sus manos y lo sabía. Seguramente un día se cansaría de ella y la dejaría libre.

La cogió por un brazo y la empujó con suavidad para que fuera de nuevo hacia su habitación. Cuando llegaron, cerró la puerta con calma.

—Estabas cerca del fuego —dijo con suavidad, invitándola con un gesto de la cabeza para que se acercase a la chimenea—. Y estabas desnuda —continuó mientras le quitaba con un gesto seco el casto vestido que llevaba puesto, desnudándole el pecho y el vientre.

Con un gemido, Regina intentó cubrirse, pero Stephan le apartó los brazos y la desafió con la mirada.

—No me divierten las mujeres tímidas —advirtió—. Pero si todavía eres virgen...

Regina asintió.

—Ah... después de todo eres de primera calidad —dijo dejándola libre.

La chica apretó los labios. Ese perro suabo quería provocarla y se excitaría más si se rebelase, pero no lo volvería a hacer. Con un gesto resuelto se quitó las vestimentas, ofreciéndose desnuda a la mirada masculina, que se encendió de repente.

—Si os gusta así... —contestó—. Lo seré por siempre en mi corazón.

—¿Quieres decir que nunca me pertenecerás? —Stephan la sujetó por la cintura y la tiró hacia sí, mientras sus ojos claros brillaban con una luz peligrosa—. Presta atención, Regina, no sabes ver el peligro cuando crees que

estás fuera de él. Prometiste que harías todo lo que quisiera y que nunca más te opondrías.

—Y no lo he hecho, señor. Estoy aquí por vos, ¿queréis también mi alma?

Stephan se rio. ¿Sería capaz de doblegarla alguna vez?

—¿También posees alma, bruja? —y de repente se adueñó de su boca. Un beso duro, de amo: un beso que poco a poco se hizo más sensual mientras buscaba la lengua con la suya, la acariciaba, la poseía.

Cuando paró, Regina se quedó mirándolo sorprendida. Con un gesto inocente se llevó dos dedos a los labios y retrocedió un paso, consciente de que una extraña emoción, muy lejana a la repulsa, se había apoderado de ella. Su corazón guardaba el recuerdo de los besos apasionados de Guido, pero un calor extraño la había envuelto mientras ese hombre arrogante la presionaba con los labios y la poseía como un amante.

Sin imaginar los pensamientos que en ese momento pasaban por la mente de la joven mujer, él la agarró de nuevo.

—¿Estás intentando rechazarme?

—Yo...

—Siempre puedes elegir entre mis hombres...

—Os lo ruego...

—...o la muerte.

Regina inclinó la cabeza, derrotada una vez más.

Tras una pausa, le levantó la barbilla con la punta de los dedos para poder mirarla a la cara.

—Bésame —ordenó.

¿Qué más habría pedido para humillarla? Durante un segundo, un relámpago de desesperación le cruzó la mirada. Solo un segundo antes de que las largas cejas oscuras lo cubrieran, después se puso de puntillas y obedeció.

—Breve e insatisfactorio —comentó el barón empujándola. Nunca había obligado a una mujer a someterse y no lo haría con esa criatura delicada. La cólera, que ya se había desvanecido, le había hecho tratarla de esa manera. Sí, había querido doblegarla y verla comportarse como una meretriz. Pero ella no lo era y ni siquiera sabía fingir serlo.

—¡Vístete! —ordenó bruscamente.

—¿No me queréis? —murmuró Regina temerosa. Había hecho todo lo que deseaba y no había derramado ninguna lágrima por las mejillas que pudiera ofenderlo—. Yo... aprenderé.

—¿No lo has escuchado? —rugió Stephan. Y mientras ella levantaba el vestido que le había arrancado y lo miraba perdida, sintió algo parecido al arrepentimiento—. ¡Coge otro, chica!

Regina se arrodilló delante del cofre y cogió el primer vestido que vio: el rojo, que nunca habría querido ponerse en presencia del suabo. Después de habérselo puesto, se levantó y lo miró.

—No me tocará ninguno de vuestros hombres —dijo con voz átona—, porque me mataré.

—Sí... quizás lo hagas ahora —asintió Stephan—, pero no te daré a ninguno de mis hombres. De momento, irás a trabajar a la cocina. Quizás al lado de las sirvientas aprendas un poco de humildad y también cómo complacer a un hombre.

Regina no respondió. Las sirvientas de la cocina eran las más humildes de la jerarquía de los siervos, pero era lo mejor que le podía pasar en ese momento.

Después de todo, todavía podía esperar.

## Octubre

### Feudo de San Martino

#### En el castillo

Sentado con despreocupación sobre el borde de una mesa enorme en la Sala de la Justicia, el joven barón de Hezen miró a los recién llegados con aire crítico.

El primero, un hombre de unos cincuenta años, de estatura media, con una selva de pelo blanco y un rostro pálido y delgado, avanzó a pocos pasos de él y se paró tras hacerle una pequeña reverencia. El segundo, más joven, en torno a los veinte años, muy alto, con un físico fuerte, se puso al lado del hombre anciano. Posó una mano en la empuñadura de la espada, pero sabía con certeza que no le daría tiempo a usarla, pues solo era una prueba de valor.

—¿Quiénes sois? ¿Qué queréis? —preguntó con brusquedad, imaginando la razón de la visita: dos milaneses que venían en son de paz y querían pedir clemencia.

—Soy Ulrico Bossi, barón, y este hombre... —dijo indicando a su acompañante—, es mi fiel servidor.

Stephan asintió mientras seguía observando al anciano.

—Hemos venido para negociar la liberación de una jovencita que tenéis prisionera desde hace tiempo. Regina Celeste Balestrieri.

—¿Jovencita? —repitió el barón con sarcasmo. Curiosa definición. Sabía que Regina tenía dieciocho años y muchas otras mujeres de su edad estaban casadas y eran ya madres de al menos un par de hijos—. ¿Por qué queréis rescatarla? Creía que no tenía más parientes con vida.

—De hecho, no los tiene —respondió Bossi—. Pero soy su padrino —mintió—, y quiero hacer algo por ella.

—¿En serio? La chica está prisionera desde hace más de un mes. ¿Por qué os interesáis ahora?

—Debéis saber que los tiempos no lo permitían. Los milaneses hemos tenido que saldar... deudas con el emperador —respondió Bossi entre dientes.

El joven barón sintió de forma tangible su odio y se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de que Milán se rebelara de nuevo.

—¿Cuánto creéis que vale la mujer? —preguntó con frialdad.

—Mucho. Sin embargo, no os puedo ofrecer más de treinta marcos de plata —contestó Bossi con sinceridad.

—¿Qué haríais si quisiera más?

Bossi apretó los labios y después suspiró brevemente.

—Estaría obligado a pedir préstamos a todos mis conocidos y no sería fácil obtenerlos en momentos como este.

—Hacéis mucho por una chica que solo es vuestra sobrina —Stephan se levantó y se acercó a los dos hombres, demostrando que no temía que le golpearan a traición. Estarían locos si lo agredían, no conseguirían a Regina y sus soldados los matarían mucho antes de que llegasen al patio.

—¿La rescataríais bajo cualquier condición?

—¿A qué os referís?

Stephan no respondió y continuó mirándolo.

Bossi palideció, indignado por el significado de la mirada. Sabía bien lo que podría haberle sucedido a Regina durante su encarcelamiento. También lo sabía Guido, pero parecía no importarle: su único deseo tras recuperarse de la fiebre que había sufrido en la prisión de Lodi había sido recuperarla. La habrían herido y ofendido, pero estaba viva y lista para retomar con él su promesa. Jamás había amado a una mujer hasta el punto de quererla a cualquier precio y no terminaba de entender a su hijo, pero si eso era lo Guido deseaba, así se haría.

—A cualquier precio —admitió con reticencia. Posó una mirada firme en el rostro cruel del suabo, esperando una respuesta.

Le pareció ver que el barón estaba contrariado. Regina era muy bella, ¿habría atraído sin querer también a ese imperialista arrogante? ¿La había poseído ya y la quería para él? Por el bien de Guido, esperó que no fuera así.

—En tres días enviaré a Milán un mensajero con la respuesta —dijo al fin Stephan.

—Os lo agradezco. ¿Podría verla antes de irme? Querría que supiera que no nos hemos olvidado de ella.

—La chica está viva. Tendréis que fiaros de mi palabra —afirmó el barón

en tono cruel.

Bossi asintió con rabia.

—Como deseéis. Sin embargo, os ruego que tengáis piedad con su suerte. Es solo una jovencita —hizo una reverencia, su joven acompañante lo imitó y esperó a que los dos guardias de la puertas los escoltasen fuera del castillo.

Stephan los siguió con la mirada hasta que salieron de la sala. Después se sentó delante de la mesa grande y se echó algo de beber.

¿Qué relación tendrían Ulrico Bossi y Regina? Desde luego no era el típico padrino cariñoso por el que se había hecho pasar el milanés, se habría movido antes. Seguramente el hombre actuaba por cuenta de otro, alguien que habría vuelto hace poco a la ciudad, quizás tras ser rescatado. Alguien que quería a la chica a cualquier precio.

Le habría bastado ponerle un vestido y enviarla con su gente. Regina habría sido feliz y él habría obtenido a cambio treinta marcos, quizá más. Pero solo con pensar en liberarla le ponía furioso.

Bebió el contenido de golpe y posó la copa con fuerza. No había podido dejar de pensar en ella. Había tenido en los brazos a decenas de mujeres más guapas que ella, pero todas las noches esos ojos que parecían gemas de amatista lo atormentaban. Se repetía que estaba muy delgada, demasiado para su gusto, pero no olvidaba la perfección de su cuerpo ni la suavidad de la piel sedosa bajo sus dedos. Sentía todavía en los labios el dulzor de los suyos y luchaba contra sí mismo para no obligarla a entrar en su cama. Sabía que quería más de esa mujer rebelde. El alma, quizás.

Regina dejó los cubos en el suelo y con fastidio se apartó hacia atrás un mechón rebelde que no le dejaba ver. Después, con un suspiro, cogió uno de los cubos y lo puso en el gancho para poderlo bajar por el pozo.

Parecía algo muy simple, pero no lo era. Cada vez que lo tiraba al agua del pozo, tenía siempre la sensación de que los brazos se le iban a salir del cuerpo. Se armó de valor y después de que el cubo llegase al fondo empezó a tirar. Fue poco a poco hasta que la cuerda se le resbaló de las manos, arañándole así las palmas, y la soltó con un gemido.

«*Soy una incompetente*», pensó cubriéndose una mano con la otra, como si quisiera borrar el escozor de la herida. Quizás Matilde tenía razón cuando la humillaba diciéndole que era patosa, inepta e inútil. Aunque también le repetía que no era perezosa. Siempre hacía sin demora lo que le decían, igual que las otras sirvientas. Matilde decía también que era arrogante, pero se equivocaba:

nadie hablaba como ella, menos la vieja Orsina, que intentaba protegerla de la malicia que a menudo sufría. En la cocina ya no era la damisela del castillo, pero ni siquiera era una compañera. Era algo que estaba en el limbo. Sola e... infeliz.

Levantó la mirada y la posó con nostalgia en las ventanas de las habitaciones del primer piso. Había camas cómodas, no míseros lechos de paja, y braseros y chimeneas para calentar las estancias.

Se puso alrededor del cuello el trozo de lana áspera que llevaba en los hombros y, tras mirar hacia el sol, que brillaba en el cielo despejado, dio gracias a Dios que el frío no se sintiese todavía con toda su furia. No sería capaz de afrontar el invierno con las vestimentas que llevaba: iba demasiado ligera, con escote y tenía algunos rotos.

Suspiró y volvió a coger la cuerda con las manos intentando ignorar el dolor, pero una mano masculina cogió la cuerda y sin esfuerzo tiró hacia arriba el cubo.

Regina permaneció con la cabeza gacha para evitar la mirada del hombre que le había hecho tal cortesía: no quería tener nada que ver con los soldados suabos. No tenía nada de lo que lamentarse respecto a su comportamiento, pues con ella no se permitían tener la confianza que sí tenían con las otras sirvientas, pero ella tampoco les había dado el permiso con miradas maliciosas y sonrisas seductoras.

Murmuró un agradecimiento y, resuelta a no dirigir al soldado ninguna palabra más, levantó el cubo que había puesto él en el suelo y se giró para irse.

—¿Y el otro? —preguntó el hombre moviéndose un poco para bloquearle el paso.

La chica se sobresaltó. Hacía semanas que no escuchaba esa voz de tonos graves y profundos, pero no la había olvidado.

Había rezado para no volverse a encontrar más al barón y, ahora que lo tenía delante, no entendía por qué el corazón le latía de forma tan frenética en el pecho, al igual que sucedía con Guido en el pasado. «*Es el miedo*», se dijo. Solo el miedo a un enemigo que podría resultar implacable. O, quizás, era la vergüenza que sentía al recordar el momento íntimo que hubo entre los dos.

—Tenéis razón, señor... —respondió, posando de nuevo el cubo—. Pero no os molestéis, lo haré sola. Ya estoy... acostumbrada.

—¿De verdad? Pareces muy frágil. Y te has hecho daño —replicó Stephan

cogiéndole una mano y acariciándola con dedos ligeros.

Regina sintió que un escalofrío le recorría la espalda y retractó rápidamente la mano para esconderla detrás de la espalda.

—No es nada y... no soy frágil —susurró, recordando con fastidio las palabras ofensivas que le había dicho. La consideraba demasiado delgada, insignificante e insatisfactoria, y todavía lo pensaba tras haberla rechazado—. Consigo hacer todo con discreción —añadió con dignidad.

—No te falta la convicción de ser perfecta... ¿tienes miedo de mirarme, Regina?

La chica levantó la cabeza de golpe y se encontró con sus ojos grises, llenos de provocación en ese momento.

—No tengo miedo, señor. Si me lo permitís, tengo que llevar el cubo a la cocina.

—Sigues olvidando el otro —contestó—. ¿Qué sentido tiene sacar fuera dos cubos si luego solo metes uno?

Enfadada, Regina se giró y tras poner el cubo vacío en el gancho lo tiró al pozo. Cuando lo levantó, el barón no se ofreció a ayudarla y Regina tuvo que soportar su mirada mientras cogía ambos cubos. Sabía que era patosa cuando llevaba a la cocina dos cubos a la vez y tiraba siempre mucha agua, pero... ¡al infierno! No le mostraría su debilidad.

Tras dar unos pocos pasos, la paró de nuevo.

—¿Estás bien en la cocina?

El tono provocador la desesperó. Tenía que imaginarse que nadie podía ser feliz trabajando como un esclavo desde el amanecer hasta la puesta de sol. Y aunque supiese bien que tenía que ignorar su sarcasmo, explotó:

—Un poco mejor de como estaba en el sótano.

Stephan se rio.

—¿Es eso una queja?

Regina se mordió el labio inferior. Tenía razones por las que quejarse, eso seguro: todos los días sufría las humillaciones, ofensas y bromas que proferían aquellos que querían vengarse de algo que no les había hecho nunca o quizás por lo que había sido. Todos los días, la lista de enemigos se hacía más grande y las bromas inocuas se habían convertido ya en maldades hechas y derechas. Le habían rasgado las vestimentas de lana pesada que Hilda le había dado y le habían hecho trizas la manta con la que se tapaba cada noche. ¿Qué haría el barón al enterarse de todo eso sino reírse?



—No, no tengo ninguna queja —tosió, aunque habría preferido no hacerlo ante su presencia, y giró la cabeza hacia un lado—. ¿Os podéis ir? Tengo... frío.

—¿No tienes nada más que ponerte? —preguntó el barón bruscamente, dirigiendo la mirada desde el bello rostro sonrojado hacia el trozo de tela que le protegía los hombros, al vestido roto y a los pies descalzos.

Regina lo miró sorprendida. ¿Sentía piedad? Su aspecto tenía que estar muy deplorable para inspirársela.

—Sí —mintió con orgullo.

Stephan pensó que sus ojos, con el reflejo del sol, cogían una tonalidad violeta y que estaba guapísima con esa piel de marfil y las mejillas sonrojadas. A pesar de lo miserable del vestido, estaba limpia y llevaba el pelo, negro como el de los sarracenos, recogido en dos trenzas virginales a los lados de la cara. Deseó poder detenerla, pero sabía que solo lo conseguiría obligándola.

—Así... —dijo con frialdad, desfogando la frustración con las palabras—, estás bien. Ser una sirvienta es mejor que el sótano, la muerta y... yo.

Regina mantuvo la respiración, sabía que el humor del barón había cambiado y que ella era el motivo. ¿Entonces ya no estaba satisfecho? ¿Quería verla gatear a sus pies?

—¿Puedo... retirarme? —preguntó con voz átona.

—¿A qué estás esperando? ¿Te llevo yo los cubos?

La joven se sonrojó y se agachó un poco para cogerlos. Y con el corazón latiendo de forma caótica se fue hacia la cocina, sintiendo en todo momento la mirada furiosa del suabo.

—¿Qué quería el barón?

Regina dejó en el suelo los cubos de tal manera que se formó un lago a sus pies y observó con impaciencia a Matilde, que con los brazos en jarras la miraba casi como si fuera su ama.

—¿Y a ti qué te importa?

La chica se pasó una mano por el pelo de forma coqueta.

—La otra noche me acosté con el barón. ¡Qué hombre tan estupendo! Sabe cómo satisfacer a una mujer bajo las sábanas. Y tiene un cuerpo perfecto: fuerte, musculoso... y después hace cosas...

—¡Para! No me interesan los detalles obscenos de vuestras relaciones sexuales —la interrumpió Regina, indignada. Sabía que el barón era guapo,

tenía ojos para ver y memoria para recordar con claridad sus besos.

—Estás celosa —dijo Matilde entre dientes, con una medio sonrisa de satisfacción que le daba un aspecto malvado—. Estás celosa porque no te ha querido. Estabas viva solo para calentar su lecho y te ha condenado a servir. ¿No quieres escucharlo? Te lo diré de todas formas —y riéndose continuó vomitando la historia desvergonzada de esa noche de pasión—. Muy pronto me volverá a llamar. Es un hombre de verdad, necesita a menudo una mujer y seguramente me haga su amante.

—Quizás. Si te hace feliz, te lo deseo.

Dando por terminada la conversación, Regina cogió un trapo y se arrodilló en el suelo para secar lo mojado. No vio la furia brillar en los ojos oscuros de la chica, sintió un golpe muy fuerte en la espalda y cayó al suelo de bruces, tirando consigo uno de los cubos.

—No me crees, ¿verdad, puta noble? ¿Piensas que el barón no se enamoraría nunca de una mujer como yo? —y mientras la injuriaba, la golpeaba repetidas veces con el pie descalzo.

Gimiendo, Regina intentó volver a ponerse en pie.

—No me importa, ¡como si te casaras!

—¡No me crees! ¿Crees que un hombre se siente atraído solo por los buenos modales? Cuando está en la cama quiere sentir el fuego, quiere respuestas apasionadas, ¡no reticencias virginales! Tú jamás podrías satisfacer al barón y no le impresionarás con tu aire desdeñoso.

Regina esquivó otro golpe y, jadeando, apoyó la espalda contra la pared, con los brazos extendidos hacia adelante para mantenerla alejada.

—No es lo que quiero. ¡Para, te lo ruego!

—¿Me tomas por tonta? ¡Maria! ¡Esperia! —llamó con fuerza Matilde. Y cuando las dos sirvientas pusieron un pie en la habitación, continuó:

—¿Qué os parece enseñarle a la condesita que tiene que dejar en paz a los hombres que no le pertenecen?

Maria, una chica de unos dieciséis años con una cara larga como la de un caballo y la piel grisácea, se acercó con nerviosismo.

—Déjala en paz. Orsina ha dicho que si la seguimos molestando se lo dirá a la suaba.

—Esa vieja hará bien en mantener la boca cerrada —replicó Matilde con desprecio—. ¿Qué queréis que haga la suaba? Es una sirvienta como nosotras y no irá a lloriquearle al barón para hacerle un favor a ella —continuó

haciendo un gesto con la barbilla hacia Regina—. Además, soy yo la que le gusta. Es conmigo con quien hizo el amor la otra noche.

—Venga... para ya... —gruñó Esperia, limpiándose las manos sucias de grasa en el delantal—. En el campamento también hizo el amor con Agnese.

Matilde levantó la barbilla de forma desafiante.

—¿Y qué? Agnese es estúpida. Ni siquiera sabe por dónde empezar para satisfacer a un hombre. Un hombre como el barón.

—¡Dios mío... para! —gritó Regina con disgusto.

—¿Para el qué, puta noble? —siseó Matilde, dándose la vuelta de golpe como una serpiente.

—Déjala en paz —insistió Maria—. Estoy cansada de este tema.

—¡Lo hago por ti, estúpida! Lo he visto todo: estaba coqueteando cerca del pozo con el soldado que tanto te gusta. Y tenías que ver cómo la miraba él... se veía que se moría de ganas de levantarle el vestido.

Regina sacudió la cabeza con incredulidad. ¡Y ahora esto! Esa maldita mentirosa se había inventado cualquier cosa para que la odiaran los que todavía la toleraban.

—¡Deja de mentir! Solo estaba el barón en el pozo y no estaba coqueteando con nadie. ¿Cómo puedes ser tan mezquina y cruel? ¿Qué te he hecho?

—Y después cogió el agua... —continuó Matilde sin escucharla—. ¿Lo ha hecho alguna vez contigo? No, ¿verdad? Solo eres una sirvienta. Oh... —añadió como si se acabara de acordar—, también le acarició la mano. Qué gesto tan amable —se encogió de hombros con ademán afectuoso—. Tengo miedo de que no tengas esperanzas.

Maria sintió las mordidas de los celos y la envidia. La condesa era muy guapa, ¿cómo podría competir con ella? Aunque estuviera sucia y llevara ropa raída, la Balestrieri siempre era la más atractiva de todas.

—¿Por qué no le damos una lección? Algo más que quemarle el vestido y hacerle pedazos la manta —presionó Matilde—. Me pregunto si los hombres la seguirán queriendo sin su pelo brillante y la cabeza suave como la de un cerdo. Quizás también podríamos trocearle esa carita pálida de puta noble, o bien sacarle un ojo, porque el pelo vuelve a crecer —añadió riéndose, como si las últimas amenazas fuesen solo una broma.

Regina se pegó a la pared, intentando huir hacia la puerta. No le importaba el pelo, lo que temía era que la chica le pudiese hacer algo malo de verdad

antes de que las otras sirvientas se diesen cuenta de que no se trataba de una broma.

—Maria... —gimió—, nunca he visto a tu hombre.

—La próxima vez también le llevará los cubos —continuó Matilde, hurgando en la herida. Maria se rio con crueldad.

—Venga, cortémosle el pelo, así no nos molestará durante un tiempo.

—No me gusta, no quiero hacerlo —explotó Esperia, sacudiendo repetidas veces la cabeza. Se había dejado llevar por Matilde demasiado a menudo y, en el fondo, no le guardaba ningún rencor a la condesa como para desfogarse. ¿Y si un día volvía a recuperar su lugar? La suerte cambiaba y su padre estaba convencido de que antes o después los milaneses se moverían para recuperar su territorio. ¿Qué sería de ella entonces?

—¿Y quién te lo impide? Entre las dos podemos embellecer a esta puta noble. ¿No es así, Maria? —rio Matilde.

Esperia se encontró con la mirada desesperada de Regina y sintió piedad.

—Ya la habéis asustado demasiado. Dejadlo ya, ¡o si no llamaré a la suaba! —pero sus palabras cayeron en saco roto y cuando vio que Matilde cogía de la mesa un cuchillo de cocina grande y lo empuñaba con expresión maligna, temió que no solo le cortaran el pelo. Entonces empezó a gritar y a pedir ayuda.

Frustrado por lo acontecido en el pozo, Deinburg había decidido descargar la cólera haciendo ejercicio. Estaba a mitad de camino con su escudero cuando escuchó unos gritos.

El joven Rochus se rio, profiriendo un insulto hacia donde estaban las sirvientas que, como de costumbre, estaban peleándose.

—Cuando las cotorras discuten, señor, siempre hacen un ruido infernal y se muelen a golpes. El otro día una chica salió de la cocina con una mejilla llena de sangre: parecía que la hubiera atacado un halcón —puso una mueca—. Francamente, no me gustaría ver a una mujer de mi casa entre ellas.

El barón asintió. Ya... ni siquiera él. Pero la bella milanese estaba allí y no era menos ni frágil ni más amada que su cuñada Lieselotte en Hezen en las mismas condiciones.

Se escuchó otro grito fuerte y desesperado.

—¿Creéis que debo ir a ver, señor?

—En verdad no, Rochus —respondió Stephan con ironía. Déjalas que se desfoguen, estarán más tranquilas al ponerse el sol.

Pero cuando una jovencita salió al patio gritando que estaban matando a la damisela Regina, las tornas cambiaron. En pocos segundos el barón llegó a la cocina y, tras abrir la puerta con una patada rabiosa, entró hecho una furia.

Cuando lo vio, una chica de cabello rizado se hizo a un lado al momento y se arrodilló con un gemido ahogado. La otra, una meretriz que se había llevado a la cama un par de noches antes, dejó caer el cuchillo que tenía entre las manos, mirándolo con una mezcla de temor y desafío. A sus pies estaba arrodillada Regina, con los brazos sobre la cabeza para protegerse la cara, mientras que sus largas trenzas ya cortadas parecían serpientes privadas de vida en el suelo de piedra.

Con violencia, Stephan hizo a un lado a Matilde, tirándola al suelo.

—¡Quita de mi vista a estas dos perras! —ordenó a su escudero—. Pensaré más tarde qué hacer con ellas —se agachó sobre Regina y, tras levantarla, le bajó los brazos con delicadeza. «Pobre pajarito», pensó mirándola con ternura. Era culpa suya si le habían hecho daño, pues había querido humillarla y romper sus alas.

Pasó la punta de los dedos por la leve herida que le había señalado el cuello bajo la mejilla derecha y le rozó el pelo negro, que ya solo le llegaba a un dedo por debajo de las orejas.

Sin hablar la cogió en brazos y ella hizo algo que no se esperaba: se dejó llevar y con un suspiro escondió la cara en su pecho.

Sentada con rigidez en una silla con un amplio respaldo, a Regina le habría gustado que el barón no la mirara de esa manera. Se avergonzaba de haber buscado refugio en sus brazos y no entendía cómo había podido pasar.

La había ofendido, humillado, y ella... ella lo había acogido como su salvador.

Preocupada, se pasó una mano por el pelo, enmarañándolo cada vez más, y agachó la cabeza sintiéndose fea.

Stephan se acercó y, sin hablar, cogió un pequeño mechón entre los dedos y lo enrolló alrededor del índice. Estaba rara, pero deseaba besarla. La cogió por los hombros y la levantó lentamente, después le tocó la barbilla para levantarle la cara. Sus labios eran rojos y atractivos y olían a menta.

Desarmada, impulsada por una fuerza que no conocía y que parecía contraria a su voluntad, Regina levantó la mirada, siguiendo con docilidad la silenciosa invitación del hombre. Entrecerró los labios y sus bocas se unieron en un beso ligero y sin pasión, casi fraternal, que sin embargo logró impactarla hasta lo más profundo de su ser. «*¿Es posible?*», se preguntó con los ojos cerrados y las manos cerradas en puños para no entrelazarlas detrás del cuello. ¿Qué le estaba pasando? ¿Cómo podía sentirse atraída por el suabo? De un hombre que la había aceptado como un regalo y que se había declarado insatisfecho con ella como una meretriz barata. De un hombre que la había humillado en todos los sentidos.

—Déjame —murmuró, sin poder hacer el más mínimo gesto para liberarse.

Se rio con ternura.

—No te estoy abrazando tan fuerte. Hasta un gorrión como tú puede liberarse.

Regina se sonrojó. Era verdad. Era un abrazo ligero, como el beso que le había dado. Un beso de compasión con un poco de rencor y, curiosamente, se preguntó cómo ese imperialista despótico y arrogante podía ser capaz de tener tales sentimientos. Enfadada por aquellos pensamientos, trató de escapar de él

con una repentina furia, pero el brazo del hombre ya la tenía aprisionada con fuerza.

—Demasiado tarde, chica.

Stephan pasó la mano que tenía libre a través de su pelo, en una lenta y sensual caricia hasta la nuca.

—Era precioso.... —susurró con un toque de arrepentimiento—. Me habría gustado sentir su suave abrazo cuando hiciéramos el amor —la miró con intensidad y luego la besó de nuevo, explorándole la boca con arrogancia, como si se hubiera arrepentido de ese momento de ternura.

Cuando la dejó, Regina estaba molesta. Lo odiaba, estaba segura de ello, pero sus besos, tiernos o dominantes, tenían el poder de encender su cuerpo con una extraña llama. Culpándole de esas emociones, gritó:

—Sois un monstruo, ¡os odio!

—Es posible —respondió Stephan sin descomponerse—. Pero hay algo entre nosotros. Estoy convencido de que ahora podemos satisfacernos mutuamente.

—¡No.... no os engañéis!

—Tú tampoco —replicó el barón mirándola durante un largo rato, haciéndola que se sonrojara y luego que palidciera—. ¿Qué les harás a esas dos mujeres? —añadió tras una pausa, cambiando de tema bruscamente.

—¡Lo mismo que me hicieron a mí!

Stephan se echó a reír y, a pesar de todo, Regina pensó que era joven, no debía tener más de veintiséis o veintisiete años, y que sus ojos brillaban a menudo con una luz alegre. Si no se hubiera producido la guerra, si no hubiese sido un suabo... tal vez le habría gustado. A ella también le gustaba reír cuando podía.

—¿Os divierto? —lo acusó.

—Sí. Me pregunto si lo harías tú misma, si te lo permitiera.

—Tal vez. Pero sería una tontería, después tendría que quedarme con ellas y sufriría su venganza. No lo sabéis... —susurró. Luego se quedó callada, arrepentida de haberlo dicho.

—¿Entonces tienes quejas, Regina? Recuerdo que hace unas horas no tenías ninguna —dijo en tono burlón—. ¿Te gustaría no volver a ir nunca a la cocina?

Regina abrió los ojos de par en par con esperanza. Fue durante un segundo, después su mirada se oscureció.

—¿Y qué me pediréis a cambio?

—¿Pedir, Regina? —replicó de repente—. Estoy en condiciones de exigir. Tú eres mía —la atrajo de nuevo hacia sus brazos y con voz cambiada le susurró al oído:

—¿Quieres ser mía?

Otra vez afloraron sentimientos que no quería sentir en el corazón: una ternura que cubría el odio, el deseo de rendirse a un hombre grosero que le había revelado su vulnerabilidad....

Pero quizás solo fuese una ilusión, porque la mirada del barón era irónica cuando la soltó.

—Si es mi cuerpo lo que queréis... estoy aquí —respondió con firmeza.

Se sentó en el borde de la mesa y la miró fijamente.

—¿Crees que quiero tener un trozo de madera en los brazos? Y si después te dejo ir, ¿te rescataría alguien?

Regina agachó la cabeza, decepcionada. La usaría fingiendo que la quería, para luego, una vez cansado de ella, venderla al mejor postor. Oro. Eso es todo lo que le importaba. Igual que todos esos barones pobres que seguían al emperador, que descendían como langostas de los Alpes en busca de riqueza y poder en tierras extranjeras. Se mordió el labio inferior y suspiró.

—¿De verdad me dejaríais libre si lo hiciera? —preguntó levantando la cabeza de nuevo.

—¿Un pariente.... un enamorado? —continuó con él, implacable.

Regina pensó en Guido. En el hombre que amaba y había traicionado, descubriendo los placenteros besos de un.... soldaducho enemigo.

—Sí —susurró por fin posando la mirada, aunque sin verla, en la llama que bailaba en la chimenea—. Sí —repitió—. Alguien lo haría, si pudiera. Estaba prometida con él y sería ya su esposa si... —un sollozo la sacudió y dos lágrimas cayeron lentamente por sus aterciopeladas mejillas, despertando la impotente ira del hombre.

—O su viuda —la corrigió con crueldad—. ¿Cuál es el nombre de tu insustituible caballero?

Regina dudó. ¿La ayudaría decirle el nombre? Se sintió como un pobre ratoncito atrapado en una trampa mientras Stephan se reía de ella.

—¿Tienes miedo, Reina?

La chica levantó la cabeza de repente.

—¿De qué?



—¿Podría casarse con una mujer que ya pertenece a otro?

Los ojos color violeta de Regina brillaban con una luz salvaje.

—No le pediría que mantuviera su compromiso, pero tampoco rechazaría su ayuda si pudiera sacarme de aquí. Si no me ha buscado, es porque no puede. Tal vez Guido muriera en el esguazo de Corneliano. Habéis matado a todos los que amaba y me amaban. ¡Es posible que no me quede nadie, barón! —gritó con creciente ira—. ¡Ni un pariente ni un enamorado!

—Así es la guerra, Regina.

La voz de la chica se convirtió en un susurro.

—Sí, lo sé.

La guerra hería, mataba, destruía. Traicionaba la realidad. Y había guerra desde hacía mucho tiempo.

Stephan la miró durante un largo rato. Sus ojos de hielo revelaron, durante un momento, dolor y ternura. Podría haberle dado esperanza dejándola marchar. La habría hecho feliz, pues imaginaba a su prometido milanés detrás de Ulrico Bossi. Pero la compasión era menos fuerte que su deseo por ella. Sentía que entraría en una ciudad asediada para salvarla si fuera necesario. Si esa mujer hubiera sido suya, no habría enviado un mensajero para recuperarla. Miró su pelo azabache, que se rizaba con dulzura alrededor de las orejas y la nuca, sus grandes ojos, que en ese momento parecían casi negros, y sus labios, que acababa de probar. ¡No era su mujer, pero lo sería! Sacudió la cabeza y apretó los labios. No, ya no podrían rescatar a Regina Celeste Balestrieri.

—Nadie ha venido a buscarte —dijo por fin.

—Entonces no tenéis motivo para dejarme libre...

—No —admitió Stephan—. Te quiero, y estoy seguro que puedes llegar a desearme. Tienes sangre caliente en las venas y haré que no te sientas culpable.

—No os entiendo.

—Quiero que seas mi esposa.

Regina palideció. Lo miraba confusa, sin poder pronunciar una sola palabra.

—¿Te sorprende? A mí también. Lo acabo de decidir ahora.

—Os lo ruego...

Se le acercó y la rodeó con los brazos.

—Nada de lo que digas cambiará mi decisión —afirmó. Y añadió algo en su idioma que no llegó a entender, pero sonó con tono dulce, tan dulce como el

contacto de los labios masculinos que le acariciaban la cara en ese susurro que le aceleró los latidos del corazón.

Rebelándose contra ese letargo tonto, Regina apartó la cabeza e intentó huir.

—No puedo... no podéis.

Stephan se rio.

—Claro que podemos, y yo debo. Estás en manos enemigas desde hace semanas, nadie creerá en tu inocencia.

—¡No quiero!

El rostro del barón se petrificó.

—Esto es muy distinto, Regina, pero no cuenta. Te convertirás en mi esposa esta noche. Tendrías que estar contenta —continuó con un matiz irónico—, no quiero que seas mi esclava.

—¿Tengo que alegrarme, decís? —contestó ella con rabia—. Sabes que para mí ser vuestra esposa será peor que ser vuestra esclava. ¿No lo entendéis? —añadió en tono menos agresivo—. Para mí sois un extraño, un enemigo, y estoy prometida con otro.

—Esa promesa se anulará en el mismo momento en la que se haga la nuestra. Respecto a ser mi enemiga... las mujeres nunca han hecho la guerra.

—Pero se las hace prisioneras.

—Por motivos varios, chica —replicó con frialdad—. Necesito una mujer y tú eres adecuada. Eres bella y noble de nacimiento. Eres de constitución fuerte, como el gorrión que supera el invierno. Exhausto, pero vivo. Estoy seguro de que lograrás darme cinco o seis hijos —y tras una pausa, durante la cual Regina se limitó a mirarlo, superada por las frías declaraciones, continuó con voz más dulce—. Y haré que te olvides de tu enamorado.

—No podréis —siseó Regina, impactada por la dureza de las palabras. E invicta lo desafió—: Está bien, desposadme si creéis que podéis hacerme... útil, pero no os amaré jamás, y de mí no obtendréis nada más que un cuerpo.

Stephan le dio la espalda y miró el fuego que ardía en la chimenea. Posiblemente lo odiara para siempre y con el tiempo la destruiría. Desposar una milanesa... no había pensado nunca en algo parecido. Ni por un segundo, hasta que unos momentos antes se dio cuenta de que la quería a cualquier precio.

—¡Maldición! —rugió girándose de repente—. Da igual si lo quieres o no, que pronuncies o no ese maldito juramento, ¡esta noche serás mi esposa! ¡Y te

aseguro que nuestra unión será indisoluble! —de repente se calmó y, con sarcasmo, concluyó—: Pero siempre puedes esperar a quedarte viuda.

Ella negó con la cabeza. Stephan la estaba condenando a traicionar a su gente y sus ideas, la obligaba a perder la esperanza y a dar una patada a sus sueños. Después de desposar un suabo, en caso de que se quedara viuda no podría volver nunca más a Milán, pues allí solo encontraría el ostracismo de su gente. Nadie la entendería, ni siquiera Guido.

—¿Y bien, Regina?

La joven se arrodilló, aferrándose a la túnica.

—Seré vuestra amante y haré todo lo que queráis hasta que os canséis de mí, pero...

El barón sacudió la cabeza en señal de rechazo. Sus ojos parecían piedras frías de diamante.

Derrotada, Regina se levantó.

—¡Que sea como queráis, señor! Seré vuestra mujer, pero no seré una esposa dócil y mi corazón no os pertenecerá nunca.

Le dedicó una sonrisita gélida, demostrando así que no le daba importancia a sus afirmaciones.

—Como quieras, futura baronesa de Hezen, a mí no me interesa tu corazón.

Inquieta, Regina se alejó de la chimenea y se acercó a la ventana. Cruzó los brazos bajo el pecho y miró al cielo sin estrellas. La luna estaba escondida y algunas nubes se movían las unas hacia las otras para unirse en un abrazo fuerte.

Parecía que iba a llover, pero al menos ya tenía vestidos y mantas cálidas para soportar la lluvia y el frío que vendría. Sofocó un sollozo y se cubrió la cara con las manos. ¡A qué precio!

Pensó en el hombre que se le había impuesto y que pronto entraría en la habitación para convertirla en mujer. No quería resultarle atractiva, pero Hilda había hecho todo lo posible para que lo fuera, a pesar del pelo corto horrible que la sirvienta había intentado mejorar arreglando el corte.

No quería pronunciar el juramento, estaba segura de que era perjurio, pero durante la confesión entendió que el padre Tommaso no lo tendría en cuenta.

El viejo sacerdote había intentado que comprendiera que era un matrimonio reparador, aunque entre ella y Stephan no hubiera sucedido nada. Con tono amable le dijo que la política no era para las mujeres y añadió que si el barón quería reparar una injusticia, habría tenido que besarle la túnica. Le

arrancó la ilusión cuando le pidió que imaginara lo que sucedería si un día volvía a Milán tras haber sido la concubina de un suabo. La animó a resignarse, después la miró con severidad y la hizo sentir una adúltera cuando le imploró que enviase a alguien a Milán para tener noticias de Guido.

Se miró el vestido de color celeste pálido que Hilda le había preparado para el matrimonio y empezó a jugar nerviosa con el bordado dorado de la cintura que le envolvía el costado con suavidad. Echó a la mujer diciendo que podría hacerlo sola, pero no se decidía a desnudarse.

Creía que sería demasiado condescendiente que la encontrara desnuda en la cama, pero al mismo tiempo tenía miedo de que Stephan la viera todavía vestida cuando se dignara a hacerle una visita y la humillaría obligándola a desnudarse delante de sus ojos.

Al imaginarse la escena, sintió de repente la necesidad de esconderse y, liberándose apresuradamente del vestido, se metió bajo las sábanas, entrelazando las manos en una plegaria muda. No quería pertenecerle, pero si se negaba se pondría hecho una furia y utilizaría la fuerza, tal y como quería hacer Ulthdrich. También consideró que, probablemente, estaría borracho y tendría que soportar el olor fuerte del vino.

Quizás... pero no quería pensar más. Así que, se acurrucó sobre sí misma y esperó.

No pasó mucho tiempo antes de que su esposo llegara para reivindicar lo que era suyo por derecho y, cuando con un golpe suave cerró la puerta a sus espaldas, Regina se enterró bajo las mantas, escondiendo también la barbilla. Desde esa posición siguió cada uno de sus movimientos y constató que, gracias a Dios, no estaba borracho.

Sin decir palabra, Stephan se acercó a la chimenea. Con una patada hizo rodar un tronco hacia la llama atenuada y, tras observarla distraído durante unos segundos, se giró para mirar a Regina, sintiendo inmediatamente ternura por la joven mujer que lo miraba con ojos confusos.

—No te haré daño —dijo con suavidad, pero aún no se esperaba que se tranquilizara. Él era el enemigo, se lo dijo esa tarde. Se acercó a la cama y, sin dejar de mirarla, con gestos lentos empezó a quitarse la ropa hasta quedarse completamente desnudo.

Regina estaba paralizada, pero no asustada como él se imaginaba. Sin razón alguna sus palabras la habían tranquilizado. De repente, estaba segura de que no utilizaría la fuerza para demostrarle que un esposo tenía el derecho de

ejercer el poder sobre su propia mujer y estaba fascinada por lo que veía. Le ardían las mejillas y el corazón latía con violencia: era muy distinto de los niños que había visto sin túnica. Era un hombre. Un hombre de veintisiete años: un hombre fuerte y vigoroso, tal y como le había descrito Matilde.

Stephan se sentó en la cama y apartó la manta para mirar placenteramente a su esposa.

—Eres bella —dijo, pero su mente iba más allá. Era estupenda: tan esbelta y suave, con vientre plano y piernas largas y brillantes. Su cuerpo se encendió con el reflejo de la llama de la chimenea, tomando un color rojo irresistible. Le acarició el cuello con los dedos, bajando lentamente hacia los pechos, y se entretuvo con los pezones, que se pusieron duros.

Regina emitió un gemido con la intención de rechazarlo, pero más bien le reveló al hombre su placer.

Stephan sonrió, pero quería tranquilizarla de nuevo.

—Tendré cuidado, te lo prometo. Te gustará.

—No... no quiero —murmuró la joven mujer, alejándole la mano con inseguridad, que lentamente y de forma sensual le bajaba por el vientre—. ¡No quiero! —repitió con más fuerza. Si tenía que pertenecerle, y sabía que así sería, no quería sentir placer. Se negaba a sentir los mismos sentimientos que había saboreado un segundo antes o de sentirse como la tarde en la que la besó—. Me habéis obligado a ser vuestra esposa, tratadme como tal. No soy una cortesana.

—¿Te ha dicho alguien que en el vientre de una mujer un hombre entra y sale en silencio, sin mirar y sin tocar, como en un santuario? —replicó en tono de burla—. Quiero que me satisfagas y creo que es natural facilitarte las condiciones para hacerlo —añadió extendiendo de nuevo la mano hacia el vientre para después profundizar con los dedos en la pelusa oscura hasta llegar a la delicada carne entre los muslos.

Regina volvió a gemir de placer, pero a pesar de tener el corazón sumido en el caos, la garganta seca y el cuerpo cogiendo temperatura por esa nueva experiencia, sacudió la cabeza con obstinación.

—Debéis elegir una mujer que os ame. Una mujer como vos. Os habría sido fácil.

—Como yo... —repitió con tono burlón. Apartó la mano, pero solo para tumbarse a su lado. Se elevó sobre el codo y le miró la cara para descubrir sus emociones. Después, tras dibujar un amplio círculo en espiral sobre sus

pechos, le pellizcó un pezón—. ¿Quieres decir una suaba, una bávara o una belleza de la Bohemia? Al otro lado de los Alpes, seguro... pero a mi me gustan los desafíos, y tú, belleza escurridiza de ojos violeta, eres un desafío irresistible.

Con un vago sentimiento de desilusión, Regina posó su mirada oscura sobre los ojos claros de su esposo.

—¿Por eso también me habéis desposado? Si llegarais a conquistar mi corazón, ¿ya no tendríais más interés en mí?

Stephan descubrió, con cierta sorpresa, que si la llegaba a conquistar sería un hombre feliz, como esperaba ser.

—¿Importa eso? —respondió con una indiferencia muy bien simulada. Habría sido una locura confesarle un sentimiento que todavía no entendía y que a lo mejor se desvanecería después de tenerla. Después sonrió. Una sonrisa que se llenó lentamente de deseo, mientras que su mirada le tocaba el cuerpo con una caricia larga y lenta.

La agarró por los brazos, la levantó un poco, y unió los labios a los suyos, primero penetrándola con fuerza, obligándola a someterse, y después lentamente, con deseo consumido, tanto que la joven mujer, como ya había ocurrido, sintió que su voluntad de rechazarlo se desvanecía.

Perdida en una nube de placer, Regina dejó que los labios masculinos le acariciaran el cuello y los pechos mientras la lengua jugaba con los pezones, haciéndola temblar de placer. Incansables, esos labios le acariciaron la piel, bajando con sensualidad para rozarle el interior de los muslos y haciendo nacer en ella un deseo casi insoportable, hasta hacerle olvidar que el hombre que estaba anulando su voluntad era el enemigo al que odiaba. Nunca había sentido algo igual, ni siquiera había imaginado que la boca de un hombre pudiese llegar tan adentro en el cuerpo de una mujer, ofreciendo sensaciones maravillosas y sorprendentes.

Y Stephan no le permitió recuperar la razón, pues con dulzura y experta sensualidad anuló todo, hasta el inevitable dolor cuando la hizo finalmente suya.

Regina gritó, pero ya solo quería que el tormento continuase mientras el hombre se movía rítmicamente dentro de ella. Cada vez más y más, hasta que sintió un placer intenso que no se podía explicar, pero que la dejó lánguida, extrañamente feliz en el abrazo posesivo de su esposo tras el estallido de la pasión.

Cuando empezó a reponerse, Regina se sonrojó por la vergüenza. Su cuerpo había respondido como nunca pensó que lo haría. Solo las prostitutas respondían de esa manera al tacto de un hombre al que no aman.

Stephan sintió su tensión y la aferró con más fuerza entre los brazos. Le rozó la frente con los labios, le acarició con tranquilidad la nuca, desposeída de su magnífico cabello.

Durante un momento se relajó en el pecho de su marido, sintiendo el instintivo deseo de tenerlo de nuevo dentro de ella para volver a sentir ese intenso placer. Y se odió por ello.

—¿Os he satisfecho, mi señor? —dijo enterrando el deseo y la vergüenza bajo el rencor y liberándose de su abrazo.

Volvía a emerger la rebelde luchadora a la que le gustaría verlo muerto. Enfadado por el rechazo mientras intentaba reconfortarla, Stephan la cogió de los hombros y la aplastó en la cama, prisionera bajo su cuerpo.

—Regina Balestrieri, no —dijo con frialdad—, pero la baronesa de Hezen es mucho más excitante entre las sábanas —después la besó con una posesión insolente. Le demostraría que no podría vencer a los sentimientos y que el deseo, para una criatura como ella, también podía transformarse en amor.

## Noviembre

### Milán

#### Palacio Bossi

Inmóvil delante de la ventana, Guido Bossi posó una mirada melancólica sobre el cielo rojo de la puesta de sol. Era difícil tener un tiempo tan bueno en un noviembre tan desafortunado, en una ciudad que parecía estar muerta. En Milán todos habían perdido a alguien, y él... posiblemente habría perdido a su único amor.

El suabo había afirmado que en tres días mandaría un mensajero con la respuesta y, aunque no se fiaba de la palabra de un enemigo, quedó a la espera. Tres días... pero estaba oscureciendo y la esperanza que había dominado en la espera estaba dando paso a un oscuro presentimiento. ¿Cuánto tiempo necesitaba ese desgraciado para tomar una decisión? De San Martino a Milán había un par de horas y hasta el día que transcurría había pasado demasiado tiempo. Estaba claro que Deinburg quería regatear, pero no habría podido ni querido negociar. Dios... daría cualquier cifra para recuperar a Regina. ¡Se habría humillado ante parientes y amigos para quitársela de las manos ensangrentadas de esos perros!

Regina... soñaba con ella mientras languidecía en esa oscura celda de Lodi, encadenado y débil por la fiebre. El solo pensar en ella, el solo imaginar que lo estaba esperando, le había dado la fuerza para continuar viviendo. Regina... tan dulce e impulsiva, inocente y provocadora al mismo tiempo. Guapísima, tanto como la última vez que la vio, con el pelo negro y largo cayéndole por la espalda. Habría deseado hacerla suya en ese momento, vencer con besos su reticencia. Pero estaban en guerra. No podía morir y dejarla sin honor, quizás con un niño de camino.

Los labios formaron una línea amarga. Había sido fuerte y había resistido, ¿pero para qué? Para saber que estaba prisionera, quizás herida. La dejó para ir a la guerra, para defender una ciudad que se había ofrecido al emperador



tras un solo mes de asedio, cuando el ejército enemigo se había reducido por las fiebres, cuando todavía se podía, con un poco de valentía, hacer que retrocedieran.

Con rabia tiró al suelo la copa de vino que tenía en la mano y se pasó una mano nerviosa por la oscura barba, en contraste con la palidez de la cara, casi cadavérica. Dios... ¡esos desgraciados estarían usando y asaltando a su mujer! Sacudió la cabeza como si estuviera loco y se desfogó dándole un puñetazo rabioso a la pared. ¡Maldita sea! Si su padre no lo hubiese hecho pensar, se habría montado en el caballo días antes cuando salió del estado de delirio, y habría ido corriendo a liberarla.

La ligera llamada a la puerta hizo que de repente se diera la vuelta y, con voz cargada de impaciencia, invitó a quien lo buscaba a entrar.

Ulrico Bossi entró en la habitación con paso cansado. En la mano derecha sostenía un pergamino al que le habían quitado los sellos. Su cara no prometía nada bueno y Guido, con labios tensos y ojos encendidos como ascuas ardientes, dio un paso hacia él.

—¿Tenéis noticias, padre?

El hombre asintió con aire abatido.

—Sí, pero no son buenas.

—El desgraciado ha pedido más, ¿verdad? Me lo esperaba.

El viejo Bossi no respondió. No le dijo nada sobre sus sospechas, no quería herirle y tampoco arriesgarse a que hiciera alguna locura. Y ahora que sus sospechas se habían hecho realidad le parecía que le había engañado. Sufría al ver a su hijo en ese estado. Casi se había arruinado para rescatarle de los imperialistas y estaba dispuesto a renunciar hasta la última moneda para liberar también a Regina, su amor, su obsesión. Dios sabía si habría preferido morir antes de escuchar esa noticia tan mala.

—Padre...

—No, Guido, no pide más. No quiere nada, la ha desposado.

Guido abrió los ojos de par en par, incrédulo.

—Es imposible, ella jamás habría aceptado —arrancó el mensaje de las manos del padre y lo leyó con ojos enloquecidos. Por un momento pareció que estaba petrificado. Después se apoderó la rabia de él y maldiciendo lo tiró al fuego.

—¡No, maldita sea! ¡No lo aceptaré nunca!

—Debes, chico. No puedes cambiar lo acontecido.

—¿Vos creéis? ¡Puedo destrozar a ese maldito, dejarla viuda y traerla a mi lado!

—Es imposible, lo sabes —dijo Bossi suspirando—. Ahora el castillo es una fortaleza. Ni siquiera podréis llegar al bosque. Hay patrullas muy bien organizadas y juraría haber visto arqueros en los árboles.

—¡Regina no puede haberlo desposado! —repitió Guido.

—El suabo no tiene por qué mentir. Si la hubiese matado, no habría tenido miedo de decírtelo, y si todavía fuera su prisionera, estaría interesado en el rescate. Te digo que la ha desposado. Estoy seguro de que la ha obligado, pero ahora es su esposa y debes hacerte a la idea.

—¡Ahora me lo tendrá que decir a mí! Lo desafiaré y no podrá negarse.

—Quizás no —replicó Ulrico—. ¿De verdad piensas que si lograras vencerle sus hombres te dejarían irte con Regina?

—¡Rolando! —llamó Guido con fuerza, ignorando las palabras del padre—. ¡Rolando, maldita sea! —repitió acercándose con paso inseguro a la puerta.

Un segundo después apareció en el umbral el mismo hombre que había acompañado a Ulrico Bossi a San Martino. Luchó junto a Guido por su ciudad y fue él el que, abandonado en el campo de batalla porque se le daba por muerto, llevó a la familia noticias de su joven amo.

—Reúne a los hombres y que preparen los caballos —le ordenó—. Nos vamos a San Martino.

—¿Estás loco? —gritó Ulrico—. ¿Qué crees que podrás hacer? Te van a matar. Ya está desposada. ¡Desposada! No hay nada que hacer, resígnate. Si la amas de verdad, piensa solo que para ella ha sido el menor de los males. Habiéndola hecho su esposa, el suabo la respetará. Reflexiona: si hubiese que tenido que pasar por...

—¡Callaos! —lo interrumpió Guido de forma brusca—. Callaos, padre, porque podría haceros daño. Aunque cien hombres hubiesen dispuesto de ella, continuaría siendo mía. Mía, ¿lo entendéis? Rolando, haz como te he dicho —ordenó con más calma a su hombre, despidiéndolo—. No tendría que haberos escuchado nunca, padre. Una negociación, ¡maldición! ¡Una negociación cuando esos perros solo conocen el lenguaje de la espada! —se movió deprisa para coger su arma, pero tuvo que agarrarse al borde de la mesa para no caerse.

Rolando y el anciano intercambiaron una mirada preocupada.

—No creo que sea bueno, señor —se atrevió a decir Rolando. Compartía las preocupaciones de Bossi y conocía el contenido del mensaje que había llegado de San Martino, pues su señor le había informado antes de comunicárselo a su hijo—. Os matarán, matarán al resto y no conseguiréis a la damisela Balestrieri. Estoy absolutamente convencido de que el barón suabo aceptaría vuestro desafío, creo que le divertiría y, probablemente si vencierais os dejaría libre, pero no venceréis. Es más fuerte que vos —añadió con seguridad y justicia—. Le he visto. Supongo que tendríais ventaja si estuviéseis en la plenitud de vuestra fuerza, pero no lo estáis.

—¿Crees que me da miedo ese bárbaro? Al contrario, me estás diciendo que quizás tenga una posibilidad porque puede tener honor.

—¿Por qué no esperáis a tiempos mejores? —sugirió Rolando—. Será tarde para desafiarlo, pero podréis encontrar otra manera. Quizás la damisela Regina os necesite en el futuro y no la podréis ayudar si os matan ahora.

Esas palabras no habían sido sinceras. Rolando no consideraba el matrimonio un sacramento sin significado, aunque se hubiera impuesto. La Balestrieri era la esposa del suabo y así se quedaría. Pero serviría para su propósito.

Guido se dejó caer en la silla, golpeando repetidas veces con el puño la madera opaca de la mesa. Desposada... su Regina desposada. Ahora comprendía de verdad la realidad y su significado. Se sintió abatido e impotente, tanto que habría querido llorar como un niño. Sabía bien que su padre y Rolando tenían razón. ¿De qué le servía correr hacia lo que ya era un nido de suabos? ¿Cómo reclamaría el derecho de otro?

—Lo siento, chico —susurró Ulrico posándole las manos en los hombros—. Espera... quizás lo olvides.

—No lo olvidaré, padre, pero esperaré —una expresión de determinación se formó en el bello rostro escuálido y los ojos brillaron con una luz cruel. Solo tenía que encontrar las fuerzas para resistir. Los hombres de Barbarroja saquearían durante mucho tiempo la campiña milanesa y, al final, llegaría el momento de matar al que se había adueñado de su mujer. Creía en Regina y sabía que su corazón siempre le pertenecería—. Perdonadme por lo que he dicho... pero os ruego que ahora me dejéis solo —añadió tras una pausa que atormentó el corazón del viejo Bossi.

—Como quieras, Guido, pero... —renunció a decir nada más y le hizo un gesto a Rolando para que lo siguiera. Se preguntaba qué habría podido hacer

ese joven impulsivo y enamorado una vez se hubiese quedado solo. ¿El reclamo de Regina podría ser más fuerte que la razón y las promesas a un padre preocupado? Decidió dejar un sirviente en cada salida y ordenó a Rolando que vigilara el fondo del pasillo.

Pero Guido ni siquiera se dio cuenta de que se había quedado solo y permaneció horas y horas sentado en una silla preguntándose cómo aguantaría saber que a su Regina la había amado otro.

Era su prometida desde cuando ella nació, desde cuando él tenía siete años. Había sido su protegida cuando sus tíos se burlaban de ella porque quería imitarlos en todo: correr, cabalgar, estudiar y, algunas veces, luchar con espada. Había sido su amor desde cuando se convirtió en una mujer encantadora. Y ahora... ahora pertenecía a otro.

Alguien llamó a la puerta y, rabioso, Guido ordenó al intruso que se fuera.

—Soy Rosa, Guido. Te he traído la cena.

—Idos, no tengo hambre.

Rosa Bonfanti observó con tristeza la bandeja cargada de comida que había preparado con tanto cuidado.

La joven pertenecía a la categoría de mujeres de belleza silenciosa. Había que mirarla dos veces para descubrir que el pelo castaño, que llevaba casi siempre recogido en dos trenzas a los lados de la cara, tenían reflejos cobrizos y que los ojos, grandes e inocentes como los de un cervatillo, se tornaban del color del topacio bajo la luz generosa del sol. La cara era pequeña, mientras que la nariz recta, la boca suave y las orejas delicadas la adornaban en perfecta armonía. De pequeña estatura, era curva y suave como un trozo de mantequilla, pero las vestimentas que llevaba, discretas como ella, no siempre le hacían justicia.

Hija de un noble muerto durante la última cruzada, fue acogida como una hija por el viejo Bossi hacía dos, cuando le faltó también la madre.

Con diecisiete años sabía que antes o después se librarían de su carga y la darían como esposa a quien aceptase la modesta dote que le habían dado tan generosamente, alguien no muy importante, pero de buena familia, igual que ella. Sin embargo, hacía semanas que no aceptaría a ningún otro que no fuera Guido, así que se había resignado a entrar en el convento.

Creyó volverse loca cuando no se supo nada de Guido, no le importaba ser prisionera con el resto de ciudadanos dentro de la ciudad asediada. A su vuelta se sintió feliz, no porque el espectro del hambre hubiese desaparecido,

sino porque se supo que seguía vivo y que se le podría rescatar. En ningún momento pensó que estuviera muerto y había sufrido con él las heridas del cuerpo y del alma, porque lo amaba tanto que aceptaba todo, hasta su amor por otra mujer, si lo hacía feliz.

Pero ahora todo había cambiado. Guido estaba solo y su sufrimiento no tenía esperanza. Habría podido ceder, dejarse morir, y le tocaba hacer algo a quien lo amaba, darle una razón para vivir.

Apartó de una mejilla el pelo, que se había dejado suelto esa noche para que le cayera por la espalda. Resplandecía con un color rojo encendido con el reflejo de la luz de la lámpara de aceite que había en la pared, y los ojos brillaban con una luz resuelta. Se miró las vestimentas que le recorrían el cuerpo resaltando su figura y con un suspiro abrió la puerta, tratando de no huir cuando escuchó maldecir al hombre.

La habitación estaba oscura. Tras dejar la bandeja en la mesa cercana a la puerta, Rosa cogió el candelabro y encendió lo que quedaba de la vela de sebo con la luz del pasillo. Hacía frío, sin mediar palabra se fue hacia la chimenea, tiró las cenizas a las llamas del fuego moribundo y añadió un par de troncos.

—Rosa, te he dicho que te vayas —repitió Guido con voz apagada.

—Lo he escuchado —susurró ella, encontrando el valor para acercarse y posarle la mano fría en la frente ardiente.

—Sigues teniendo fiebre. Aquí hace frío y tienes que comer. Llevas un día entero sin tocar la comida.

Él le apartó la mano, estaba molesto.

—Estoy bien, Rosa. Es otra fiebre la que me devora.

—Lo sé, Guido, lo sé. Y sufro mucho por vosotros dos —dijo con sinceridad—. Queréis que...

—Vete, Rosa. Vete —la interrumpió, pues no quería que lo consolara.

Lo miró con ojos llenos de lágrimas. Era la sombra del hombre que fue: la sonrisa que siempre le iluminaba la cara se había desvanecido hacía un tiempo. Se le habían hundido los ojos como un viejo y la boca formaba una mueca amarga. Necesitaba comer para recuperar las fuerzas, pero también necesitaba ternura para recuperar las ganas de vivir. Se preguntó si el calor del cuerpo de una mujer, una cualquiera, le haría olvidar, aunque fuera durante poco tiempo, el dolor que lo asediaba. Si eso era posible, ella estaba lista y

no se preocupaba por rebajarse con la oferta de su cuerpo al nivel de una prostituta.

—Por favor... —insistió.

Rosa negó con la cabeza, «*Ahora no*», pensó, «*ahora no*».

Sin pensarlo más tiempo, se desató los lazos del vestido y con un movimiento lento y lleno de duda lo dejó caer al suelo. Sintió un escalofrío por la baja temperatura, pero se quedó inmóvil, solo la envolvía la luz rojiza de la llama de la chimenea, a la espera de que él recordara que existía.

Guido levantó la mirada y se quedó observándola con incredulidad.

—Dios mío —susurró con voz sorda—. Vuelve a vestirte, te lo ruego — fue como si la viera por primera vez a esa chica silenciosa que había estado por casa hacía dos años—. A sus ojos siempre había sido como la hermana que había muerto años atrás: una niña. Ahora la veía como la mujer que era, una joven mujer enamorada, y se sintió molesto.

Se levantó de repente y se agachó para recoger el vestido y cubrirla, pero sus manos dudaron en las caderas y lentamente acompañaron al vestido hasta acariciarle los pechos.

—No me tienes así, Rosa, no puedo hacerte esto. Vete, antes de que sea demasiado tarde.

No debía, no podía hacerla suya, pero sentía que la deseaba a pesar del dolor por la pérdida de Regina, a pesar de todo. Hacía demasiado tiempo que no acariciaba el cuerpo de una mujer, y ella le parecía bella e inocente en su silenciosa oferta. Su perfume era muy dulce, irresistible, y cuando Rosa ignoró los ruegos y levantó los brazos para abrazarle la nuca, Guido se sorprendió cuando la tiró hacia sí.

—No puedo hacerte esto —repitió, consciente de que ya le habían ganado, mientras acercaba los labios a aquella boca lista para dejarse saborear.

—Rosa... —murmuró mientras el vestido caía de nuevo al suelo—. Rosa... —después dejó de pensar en el mal que le estaba haciendo y solo pudo abrazarla, besarla y hacerla suya, recordando, gracias a esos instantes, que todavía era un hombre.

Rosa no se arrepentía de lo que había hecho. Había dado todo lo que poseía al hombre que todavía la tenía en los brazos, pero había descubierto que él todavía podía dar algo: ternura, si no amor, y no solo pasión.

Guido la liberó de su abrazo y posó la mirada en el vacío que había frente a él.

—Te he hecho algo horrible, Rosa.

—No. No es cierto —respondió sin atreverse a tocarlo—. Lo he querido y soy feliz si te ha dado un poco de alegría.

De repente se enfadó y se giró para mirarla. La cogió de los hombros y la zarandeó.

—¿No lo entiendes? ¡Te he echado a perder! ¿Quién va a querer desposarte después de esto? Y... que Dios me perdone, yo tampoco lo quiero. No he perdido la esperanza de recuperar a Regina, porque antes o después mataré al suabo que me la ha robado.

Sus palabras fueron para ella como un latigazo. Las lágrimas le cubrieron los ojos y bajó la mirada para que no las viera a pesar de la oscuridad.

—No me humilles —murmuró—. No me he entregado para conseguírte.

Con una exclamación dolorosa, el joven la volvió a abrazar con fuerza. ¡Era un animal! La experiencia con ella había sido maravillosa, la mejor hasta ahora. Tenerla en los brazos era un milagro y la humillaba como lo habría hecho con una prostituta.

—Perdóname. Soy un loco estúpido. No quería ser tan duro. Mira... me gustaría...

Rosa le posó con delicadeza una mano en los labios.

—No digas nada. Olvida lo que ha ocurrido, si quieres.

Con la misma dulzura se salió de su abrazo, se levantó de la cama y se apresuró a vestirse. Tenía ganas de huir, de refugiarse en su habitación para desfogar su dolor.

Había entrado en esa estancia para reconfortarle a cualquier precio sin darse cuenta de que, en un lado de su corazón, tenía la esperanza de que al pertenecerle físicamente le habría enamorado de ella. ¡Qué estúpida había sido!

Lo volvió a mirar tímidamente antes de salir y el corazón se le hinchó de ternura. A pesar de todo, no se arrepentía de haberle ofrecido su amor. No se arrepentiría jamás.

## Diciembre

### Feudo de San Martino

#### En el castillo

Desde lo alto de la torre almenada, Regina vio un pelotón de caballeros llegar al galope. Reconoció los colores de los Deinburg e instintivamente sintió rechazo. ¡Había vuelto su amado esposo! No tenía motivos para esperar lo contrario, como era natural. Cuando se fue, hace casi tres semanas junto a otros caballeros, tenía que encontrarse con Barbarroja en Roncaglia, donde, sin duda, el emperador había emitido nuevos decretos para poder rellenar las arcas y doblegar a todas las ciudades lombardas que le eran hostiles.

En las cercanías del puente, Stephan levantó la mirada y la vio, erguida como una estatua en el trasfondo del cielo gris y envuelta en una capa roja rubí bordada de piel. ¿Lo estaba esperando? El rostro cruel se endulzó con una sonrisa y levantó la mano para saludarla.

Regina se sonrojó, alegrándose de que estuviese demasiado lejos para verlo, y molesta se retiró de inmediato sin responder al saludo.

Parecía que estaba a la espera como una esposa enamorada. Estaba en la torre por casualidad, aunque el aire oliese fuerte y cayera una lluvia fina, parecida al aguanieve. La mañana había estado despejada tras días y días de oscuridad y para ella había sido una delicia dejar la atmósfera opresora de su habitación.

No, no lo esperaba, aunque sabía que su retorno estaba cerca, «*y lo odiaba*», pensó mientras bajaba corriendo las escaleras de la torre para refugiarse en su habitación. Odiaba su arrogancia, su seguridad, la prepotencia que le empujaba a causar tanto dolor.

Supo el día anterior que había venido Ulrico Bossi, se le había escapado a una de las sirvientas que lo había reconocido cuando recorría la calle del pueblo. Y desde hacía un día sentía en el corazón una rabia tan violenta que le habría gustado descargarla en objetos y personas. En Stephan, sobre todo.



Tener la certeza de que Guido estaba vivo, pues sabía que si su padre había movido ficha era solo por una petición suya, era una alegría inesperada. Pero descubrir que casi había rozado la felicidad y que se le había escapado por el capricho y las mentiras de un imperialista, desaparecían los motivos. Porque Stephan había actuado así solo por un capricho. Por un capricho y el deseo de doblegarla a su voluntad como esposa y amante. Nada más.

Al llegar a su habitación se acercó a la chimenea y se arrodilló frente al fuego, extendiendo las temblorosas manos hacia las llamas para calentarse.

¡Maldito suabo!

Odiaba esa cara tan angular, tan insoportablemente atractiva, y ese cuerpo fuerte y delgado que podía levantarla las veces que quisiera. Odiaba esas manos sólidas y esos labios firmes que podían ser tiernos y delicados, consiguiendo transformarla con pasión en una estatua de cera, suave y maleable en sus brazos. Pero se odiaba aún más a sí misma, porque a veces en esas solitarias noches lluviosas olvidaba el pasado, las humillaciones, la violencia y se había descubierto como mujer: una mujer atormentada por una inexplicable nostalgia por el enemigo que la había hecho su esposa.

Nunca, nunca jamás le permitiría adentrarse en sus pensamientos e intentaría huir de él, hasta el punto de morir.

Un ligero golpe en la puerta interrumpió las reflexiones cargadas de vergüenza, de rabia y de venganza y, cuando le concedió el permiso, Hilda entró con la sonrisa de siempre.

—El barón ha regresado, mi señora. Ha preguntado por vos.

Sin decir una palabra, Regina se levantó. No quería encontrárselo, pero sabía que no serviría de nada negarse.

—¿No queréis cambiaros de vestido antes? El barón trae huéspedes consigo.

La joven baronesa le lanzó una mirada helada, pero la mujer no se dejó impresionar.

—No vienen solo caballeros, señora. También está vuestra cuñada en compañía de su esposo. Es muy guapa. Vive en la corte.

Las palabras tuvieron el efecto que buscaban. Regina jamás se mostraría a otra mujer, una suaba, con el vestido de lana simple y pesado que llevaba.

—Prepárame el vestido de terciopelo amarillo y el velo para cubrir este pelo tan horrible —dijo apartándose con rabia un mechón cerca de la oreja.

—Estáis muy bien, mi señora —susurró la sirvienta tras ayudarla a

vestirse y a arreglarse. La frente completamente libre revelaba en toda su pureza el perfil delicado, mientras el velo, colocado en la parte más alta de la frente con una diadema de oro, descendía con suavidad sobre el terciopelo del vestido—. El barón estará orgulloso de vos.

Regina no se preocupaba por ello ni le placía. Solo quería humillar a su cuñada, que tenía que ser sin duda digna del desgraciado que la convirtió en esclava. Y con este espíritu se dirigió hacia el salón, donde la esperaban sus nuevos parientes.

Stephan se desilusionó cuando Regina no respondió a su saludo, y más todavía cuando vio que no había acudido a su encuentro para darle la bienvenida. Y ahora, desde el momento que se hizo esperar, también le preocupaba que rechazara ir con ellos, avergonzándolo delante de su hermano y su cuñada.

Cuando le dijo a Hans que había desposado a la milanese, lo miró perplejo y se limitó a preguntarle por qué. ¿Por qué desposar una enemiga que no lo quería y que solo parecía ceder cuando le empujaba la pasión? «¿*Porque era bella como pocas?*», se preguntó cuando finalmente la vio entrar en el salón y pararse insegura sobre el umbral. ¿Porque era un desafío? ¿Porque quería doblegarla y, quizás, enamorarla? ¡Maldición! La había echado mucho en falta esas semanas y soñaba con volverla a tener en los brazos.

Sin embargo, no se materializó ninguno de estos pensamientos en el rostro y, sin levantarse para ir a su encuentro, dijo con sarcasmo:

—Ven, esposa. Me ha impresionado mucho la bienvenida que me has dado. Parece que te entusiasme de verdad volver a verme —después se volvió hacia la joven mujer que estaba a su lado—. Esta, mi querida Lieselotte, es Regina, mi dulce esposa.

Mientras avanzaba, Regina observó a su cuñada con una mirada impenetrable. La suaba debía tener dieciocho o diecinueve años. Tenía un cuerpo desarrollado y de estatura era al menos un palmo más alta que ella, pero parecía frágil por el tono de piel claro y la cara redonda aniñada, con mejillas rosadas y ojos inocentes, coronados por cejas largas casi blancas. El pelo parecía hecho de hilos de oro, cayéndole como un manto de seda por la espalda hasta las caderas rellenas.

Lieselotte, en cambio, abrió los ojos de par en par y entreabrió los labios, revelando su asombro.

—Me habían dicho que eras bella, pero no pensaba que tanto —dijo en su

lengua con voz clara y amable—. Bienvenida a los Deinburg, Regina..., pero... —se volvió hacia Stephan y murmuró—: ¿Pero cómo nos vamos a entender?

—Puede hablar nuestro idioma. Regina lo entiende, pero rechazará ensuciarse la boca pronunciándola —contestó Stephan con matiz irónico en la voz sin quitarle la mirada de encima a su mujer.

La joven baronesa se mordió el labio inferior con nerviosismo, pero intentó sonreír.

—Hablaré en vuestro idioma si tenéis la paciencia de soportar interrupciones molestas. Pero en latín sería más fácil —añadió, pero enseguida se arrepintió, advirtiendo el gesto incómodo de Lieselotte.

—Has desposado una mujer culta, hermano, quizás te arrepientas.

Regina se sobresaltó al escuchar esa voz, que alejó de su corazón todo arrepentimiento. Lo había visto, pero, quién sabe por qué, esperaba que podría ignorarlo.

Hans Deinburg, su cuñado, el primer responsable de su suerte.

—Mi padre estaba orgulloso de mi cultura —contestó con tono fuerte mientras lo miraba—. Y mi tío siempre lo aprobó, dejándome participar en las clases que el padre Tommaso les daba a mis primos. He leído todo lo que ellos leían —añadió con orgullo—, y quizás más.

—Esta es mi esposa, Hans —dijo al fin Stephan con tono burlón—. Como ves, te engañé haciéndote creer que era dócil y obediente.

—También creía que era muda —contestó Hans. Miró a Regina como lo habría hecho un buen hermano—. Ahora eres mi cuñada y juro protegerte si Stephan muriera, al igual que él prometió hacer con Lieselotte, pero te aconsejo, como ya te lo habrá dicho mi hermano, que mantengas la boca cerrada cuando te encuentres delante del emperador.

Regina se acercó a una silla y se sentó con gracia.

—No creo —contestó—, el emperador no se preocupará mucho por una milanesa desconocida.

—Pero sí de la esposa de Stephan —interrumpió Lieselotte con orgullo—. Y Federico no se opone a uniones como la vuestra. Hace unos pocos días bendijo el matrimonio de uno de sus barones con una noble pavesana.

¿Bendijo? Regina ardió por dentro. ¡Barbarroja terminaría por autoproclamarse papa! Esas malditas e injustas uniones se hacían solo por interés, como queriendo legalizar lo que los imperialistas habían ya tomado

con la espada. Sabía que tenía que tener cuidado con los Deinburg, pero no sabía hacerlo ni quería pararlo.

—¿Se les ha ajusticiado ya a sus padres?

Lieselotte palideció y agachó la cabeza, mientras Stephan y Hans se le acercaron para protegerla, bellos y poderosos como dioses paganos, haciendo que Regina se sintiera extraña y sola.

—Lieselotte no tiene nada que ver con esto —siseó Stephan.

—Ella sí —contestó Regina, lanzándole una mirada que le enfadó más.

—Déjanos solos, tenemos que discutir asuntos familiares —dijo Stephan bruscamente, acompañando las palabras con un gesto de la mano cargado de desprecio.

Regina se sobresaltó por la ofensa. No formaba parte de la familia, solo era una presa de guerra, una cosa que utilizar hasta que su amo quisiera. Se levantó de repente y dirigió a los presentes una mirada vacía antes de salir de la sala con dignidad a paso ágil y elegante. Pero en cuanto cerró la puerta empezó a correr por las escaleras, deseando refugiarse en su habitación y desfogar la rabia y el dolor.

Una humillación más que los Deinburg le habían hecho sufrir, pero no se quedaría siempre así. Un día se vengaría. No sabía cuándo ni cómo, pero un día les haría pagar caro a los extranjeros por lo que le estaban haciendo.

Cuando llegó a la habitación, su prisión, se encontró a Hilda agachada sobre un baúl que jamás había visto. Se mordió el labio inferior para no gritar de infelicidad y cerró las manos en puños con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. ¿Por qué no podía estar sola?

La suaba se giró al escucharla entrar, por su expresión estaba contenta. Se levantó y fue a su encuentro.

—Habéis sido rápida, mi señora. Venid, venid a ver los bellos regalos que os ha traído vuestro esposo.

La condujo hacia el baúl y se agachó de nuevo para coger con feliz impaciencia las sedas y terciopelos preciosos y ponerlos sobre la cama.

—Mirad esta seda —susurró, desenvolviendo un paño de color azul intenso.

Regina la miró sin inmutarse. Sí, era bonita, ¿pero qué podía hacer con eso una prisionera? Quizás un vestido para presumir delante de su cuñada en la próxima primavera, yendo desde la gran sala a su habitación. Desde septiembre no salía del castillo y posiblemente se volvería loca.

—Vaya... ¡qué maravilla de brocado! —continuó Hilda con tono feliz, como si las telas fueran suyas—. Más tarde llamaré a las costureras y, si lo permitís, os aconsejaría utilizar este terciopelo primero. Es tan suave que parece que estás acariciando la mejilla de un bebé.

Regina lo tocó con los dedos. Era verdad, y el color parecía el mismo que sus ojos. Pero siguió sin inmutarse.

—Sí, como quieras, Hilda.

—Y podríamos adornarlo con piel. Se convertirá en un vestido precioso —añadió la mujer, descontenta por la falta de interés de la baronesa. Sin embargo, no se desanimó—. ¿Y habéis visto la elaboración de este cinto de oro? Vaya... ¡el barón ha sido muy generoso!

¿Generoso? ¡Seguramente sería botín de guerra!

—Mete todo en el baúl, te lo ruego, hablaremos de ellos más tarde. Ahora... me duele la cabeza.

—Sí, señora —obedeció enseguida la mujer, con voz desilusionada—. ¿Queréis que os mande preparar una infusión de betónica?

Regina se esforzó por sonreír.

—No, gracias. Se pasará solo.

La mujer se apresuró a meter las telas en el baúl y, tras reavivar el fuego de la chimenea, dejó la habitación y volvió a los pocos minutos.

—Señora baronesa, vuestra cuñada está aquí fuera y le gustaría hablar con vos.

Regina dudó. No tenía buena cara y no quería que Lieselotte lo viera, pero no podía rechazarla, después de todo era su cuñada. Además, reconoció la dulzura y, en el fondo, ella también era víctima de la guerra: ligada a un soldado que combatía en tierras extranjeras, lejos de su casa y de su familia.

—Hazla entrar.

—Gracias por acogerme, Regina —murmuró Lieselotte entrando.

Regina se sonrojó por sorpresa, confusa por su humildad.

—Perdón por lo que dije antes: he sido cruel.

Lieselotte hizo un gesto tímido con la mano.

—No... no. Sé lo que has sufrido —posó la mirada en el fuego, extendió las manos hacia la llama y sonrió—. Tengo frío —murmuró—. Creía que en Italia hacía calor hasta en invierno.

—Quizás en el sur, pero nunca he estado allí —respondió Regina.

—Te queda bien el vestido —dijo intentando mitigar la vergüenza—. El

amarillo me gusta, pero no me lo puedo poner por mi tono de piel y del pelo. Me hace parecer un cadáver.

Regina acercó dos sillas a la chimenea.

—Siéntate —dijo. Y con una sonrisa pálida, considerando hacerse amiga suya, añadió—: Esa tonalidad quizás no, pero entre las telas que ha traído Stephan de Roncaglia he visto algo que podría venirte bien.

—¡Entonces te han gustado! —exclamó contenta la joven suaba—. Supo describirte tan bien que no me resultó difícil elegir.

—¿Las elegiste tú?

—Claro. El collar lo eligió él.

Regina se sonrojó. Hilda no le había mostrado ningún collar y seguramente Stephan no quería dárselo en un momento de intimidad como un esposo enamorado. Intentando no pensar en el tipo de mujer que se pondría esa joya, escogió una respuesta que no revelara sus pensamientos.

—Son muy bonitas —dijo—. Gracias por ser tan cortés. Ahora tendré muchos más vestidos de los que me podré ponerme.

—Te equivocas. Estoy segura que Stephan te acompañará a Pavía muy pronto y en la corte del emperador te servirán muchos más.

Regina no deseaba conocer al soberano sanguinario, no quería rendirle pleitesía al enemigo que había ordenado el saqueo de su tierra. Pero miró el rostro dulce de Lieselotte y sintió que ya no quería volver a herirla. Respondió con una sonrisa, rizando distraídamente un mechón de pelo, que se le había escapado del velo que lo ocultaba.

—Pero... ¡tienes el pelo corto! —Lieselotte se inclinó un poco hacia adelante para verlo mejor—. Qué tonta, no me había dado cuenta antes. Te queda bien —añadió con sinceridad pero con tono inseguro, pues era muy raro ver a una mujer con el pelo más corto que el de un hombre—. No te lo habrás cortado por despecho, ¿no? Stephan ha dicho que eres rebelde.

Regina se rio con discreción.

—No habría hecho nada parecido en mi persona por un acto rebelde. El mérito es de una sirvienta que despedí en el mismo momento en el que me convertí en la baronesa de Hezen.

—¡Espero que recibiera el mismo tratamiento!

—¿Lo habrías hecho?

—¡Sin duda!

Regina se rio de nuevo.

—Yo también. Sé que abusé de mi nueva posición, pero tendrías que haberla visto... el pelo era de largo como una uña.

—Me gusta —dijo Lieselotte—. Me alegra que Stephan te haya desposado a ti y no a esa horrible Wielber.

¿Stephan iba a casarse? Para esconder a Lieselotte su sorpresa, Regina cogió el alimentador y se agachó para meter un tronco en la llama, mientras tanto la cuñada respondía a la pregunta que no se había atrevido a formular.

—Mira, esta chica le puso el ojo encima y estoy segura de que, si hubiese estado libre, Federico le habría ordenado que la desposara. Es la hija de uno de sus hombres más valerosos, pero aunque es grácil, no sabe ser agradable. Mi madre decía siempre que la belleza no cuenta, porque desaparece enseguida, pero que un corazón generoso es para siempre. Y Wielber no tiene un corazón generoso.

Regina apretó los labios. Así que Stephan no la había pretendido porque la deseaba, por un desafío o porque quería doblegarla a su voluntad. Inexplicablemente, el motivo más lógico le pareció el menos justificable. Su marido lo había hecho porque necesitaba una esposa presentable en la corte antes que obedecer al emperador y tomar una esposa que no era agradable. ¿Era una enemiga? Qué importancia podía tener. ¿Era la mujer de otro? Importaba menos. Regina Celeste Balestrieri había sido una buena presa para él. No se resignaba ni se doblegaba, pero estaba en la desafortunada condición de que la dominaran.

Si la amase, habría comprendido, si no perdonado, todo lo que le había hecho.

Sintió cada vez más fuerte el rencor. Jamás le volvería a permitir que se insinuara en su mente. No le volvería a conceder el beneficio de la duda y lucharía siempre hasta que le fallaran las fuerzas.

—...y es una engreída por la importancia de su padre —continuó Lieselotte—. Está convencida de que gracias a eso podrá tenerlo todo. Aunque a Stephan ya no —añadió con una risa cristalina. Dándose cuenta de la mirada melancólica de Regina mientras dejaba el alimentador, añadió—: No debes estar celosa.

—¿Celosa? —contestó Regina, enfadada por lo que había dicho la cuñada—. No estoy celosa.

Lieselotte puso una mueca simpática.

—Bueno, aunque no de Wielber, deberías estarlo un poco. Tu esposo gusta

muchísimo a las mujeres —después se apagó la sonrisa y, con voz cambiada, añadió—: Perdónalo por lo que ha hecho, y perdona también a Hans, te lo ruego. Verás, con el tiempo serás feliz con Stephan. No es malo y sabe reírse.

Regina permaneció en silencio. Sí, sabía reírse, no podía negarlo. Los ojos de Stephan se iluminaban a menudo con una luz cálida y alegre, y su naturaleza no era cruel. Recordó la última noche antes de que partiera a Roncaglia. La violencia de su abrazo cuando intentaba mantenerlo a raya. El calor de sus besos y la repentina dulzura cuando vio que estaba cediendo. Y sus palabras, pronunciadas con voz ronca:

—Regina, no me atormentes más. Acógeme en tus brazos y olvida lo que ha pasado...

El suabo no la amaba y la había usado para sus propósitos, pero la deseaba y, de repente, supo que podía aprovecharse de ese deseo. Gracias a ello, ella también podía utilizar a su esposo. En vez de ser brusca y desobediente podía mostrarse cada vez más flexible. Comportándose así podría conquistar su confianza y, quizás, poco a poco, reduciría el control que tenía sobre ella. En ese caso podría escapar de él.

Y si quería jugar a ser astuta, podía empezar con su cuñada, la más fácil de engañar. Observó los ojos de Lieselotte y suspiró.

—Stephan es muy guapo y soy muy tonta. Cuando me desposó quería odiarlo, no lo niego, pero ya es mi marido y tengo que estarle agradecida de que no me haya hecho solo su amante. Él es toda la familia que tengo —se quedó en silencio y, tras un largo y calculado momento, añadió—: No sé cuándo podré mirar a Hans sin recordar lo ocurrido tras la toma del castillo, pero me esforzaré por intentarlo.

—Te lo agradezco. Además, sé que Stephan te gusta mucho, igual que tú a él. Hay miradas que traicionan, a pesar de las duras palabras —susurró Lieselotte sonriéndole.

¿Miradas que traicionaban? ¿Cómo había mirado a Stephan para que Lieselotte tuviera una impresión positiva? ¿Y cómo imaginó que la había mirado él? Creía que lo hizo con frío sarcasmo.

—Tú... ¿te desposó Hans por amor? —preguntó intentando huir del tema.

Lieselotte se encogió de hombros.

—No. No lo conocía y me asusté cuando lo vi. Estaba aterrorizada y mis ojos estaban hinchados por las lágrimas. Verás, mi padre solo es un vasallo, un pequeño feudatario sin importancia, pero era rico. Su oro le interesaba al



antiguo barón de Hezen, que sugirió mi matrimonio con uno de sus hijos. Stephan no, pues era el heredero, y tampoco Hans, por el que tenía muchas esperanzas, sino con Peter, el más joven y menos afortunado —se secó una lágrima y miró al fuego que crepitaba en la chimenea—. Pobre Peter... débil y sin raciocinio. Balbuceaba y sus ojos estaban perdidos en el vacío de su mente. No quería desposarlo, tenía muchos sueños y deseaba un hombre de verdad a mi lado. Un hombre fuerte que me protegiese. No me parecía justo que mi padre me cediera a un desgraciado para contentar al barón.

—¿Cómo es que al final desposaste a Hans? —preguntó Regina con curiosidad.

—Ese día, en el castillo de Hezen, vi también a los otros dos hermanos. No estaban contentos. Amaban a Peter a su manera y no querían para él una farsa de matrimonio. Temían que lo pudiera traicionar. Recuerdo que Hans me miró con dureza, como si yo fuese la culpable, después... no sé, lo comprendió y me sonrió. Me sorprendió cuando le dijo a su padre que me desposaría él en lugar de su hermano. Pero el barón no lo consintió, no en ese momento, al menos. Estaba decidido a darme a Peter, no a Hans, que era guapo y valeroso y podría haberse unido a una chica con una dote más rica que la mía. Fue Stephan el que intercedió por nosotros. Quizás por esto le tengo tanto aprecio.

—¿Y Peter?

—El pobre Peter no comprendía. Ahora está muerto. Intentó salvar a su padre cuando se ahogó en el río, es lo que dijo un campesino que vio desde lejos lo que ocurrió. Nosotros pensamos que, quizás, simplemente lo siguió. Jamás lo sabremos. Desapareció en el agua con el viejo barón y el río devolvió sus cuerpos dos días después. Mira... —añadió después de una larga pausa—, no desposé a Hans por amor, pero ahora lo amo tanto que daría la vida por él.

Regina no pensaba que el hombre que había ahorcado a su familia en las ramas de un árbol pudiera suscitar un sentimiento tan intenso y un brillo de felicidad en los ojos claros de su cuñada.

—¿Tenéis ya hijos?

Lieselotte se sonrojó. Cuando estaba todavía en Pavía descubrió que estaba embarazada, sin embargo, aún no se lo había revelado a su esposo, pues estaban preparándose para partir hacia San Martino y, conociendo su estado, la habría obligado a quedarse en la ciudad. Tenía la intención de

hablar con Hans esa misma noche e imaginó que podría confiar en su cuñada, que esperaba que se convirtiera en una hermana para ella.

—Aún no, pero... estos días estoy muy feliz, porque he descubierto que espero un hijo suyo.

Otro que en un par de décadas vendría a Lombardía para saquear las ciudades, pensó Regina con un poco de cinismo. A pesar de ello, no podía ignorar la felicidad de Lieselotte y, en silencio, le cogió la mano y la apretó con fuerza, implicándose en sus sentimientos.

—Un día, tú también sentirás mi felicidad. Y estoy segura de que amarás a Stephan como yo amo a Hans. Los Deinburg son distintos a los otros caballeros.

—¿Mejores, quieres decir? —preguntó Regina, intentando modular la voz para que no resultase dura.

Lieselotte se sonrojó un poco. Se imaginaba lo que podía estar pensando Regina y admitía que podía tener razón, pero estaba segura de que la milanesa no había encontrado la manera de conocer bien a Stephan, y seguramente no sabía qué había de bueno en él. Respecto a Hans, admitía que de momento le era difícil mirarlo sin recordar lo malo que le había sucedido al castillo. Había sido sincera y le gustaba.

—Sí, a pesar de todo —afirmó levantando la barbilla con orgullo.

Regina apretó los labios, preguntándose qué respuesta se esperaba Lieselotte. Pero su cuñada no esperaba más comentarios. Sabía que se necesitaba tiempo para perdonar, y su instinto le decía que Regina lo haría.

La lluvia llevaba horas cayendo y el cielo ya se había oscurecido. Eran las cuatro, quizás las cinco, y Regina se preguntaba cuándo vendría Stephan con ella. ¿Qué le diría? ¿Le podría mentir? ¿Reiría con él como una esposa satisfecha, le acariciaría por primera vez, le abrazaría? ¡Tenía que hacerlo! Y si con el tiempo consiguiera enamorarlo, su venganza sería sublime. Pensando en ello se durmió, con la cabeza reclinada en el hombro contra el rígido respaldo de la silla, envuelta por el calor del fuego que poco a poco se apagaba en la chimenea. Y, como solía ocurrir, soñó con Guido.

Era un sueño recurrente y muy extraño: él estaba a su lado en la soledad de la campiña del feudo, tierno y enamorado, como siempre. Sus brazos fuertes la rodeaban, sus labios la besaban y los pájaros de alrededor cantaban una canción de amor. Pero de repente, cuando los besos se hicieron más apasionados y los sentimientos más intensos, un trueno violento apagó el canto

festivo, el cielo se puso negro y los brazos que la sostenían adquirirían una fuerza perturbadora y al mismo tiempo placentera. La cara morena se volvió sombría y los ojos se tornaron repentinamente claros y sarcásticos.

—Amor mío... —susurró sintiendo el calor de los brazos que la envolvían, vivo y real. Después abrió los ojos y posó la mirada, todavía empañada, en el rostro de su esposo—. Tú... —murmuró confusa.

—¿Y quién va a ser? —explotó Stephan, levantándola y abrazándola con más fuerza aún.

—¡Déjame, me haces daño!

—¿Quién creías que era? ¿Tienes un amante en el castillo o estabas soñando con tu enamorado milanés? ¿Piensas en él cuando haces el amor conmigo?

Regina lo golpeó en el pecho con el puño cerrado.

—¿Cómo osas sospechar una indignidad como esa? No pienso en nada cuando me usas. ¡Y no tengo amantes! Me has despreciado, aprisionado, humillado... y sigues haciéndolo. Recuerda, Stephan, mis pensamientos me pertenecen, al igual que mis sueños. ¡Nunca podrás conocerlos!

Con rabia la cogió del cuello con una mano y le echó hacia atrás la cabeza.

—Si algún día descubro que me traicionas, te mataré con mis propias manos. Recuérdalo —y de repente la soltó, mirándola con frialdad.

—¿Estás celoso? —preguntó sorprendida.

—¿Celoso? Nadie puede adueñarse de lo que es mío. Eres mía. Has sido solo mía y seguirá siendo así siempre —añadió con voz cambiada.

Regina sintió que el corazón le latía con más fuerza: ¿podía engañarlo de verdad?

—Y soy tuya —repitió en un susurro.

—¿Seguro? —respondió con ironía.

En realidad no creía que pudiera traicionarlo con uno de sus hombres, sino con ese milanés, si se hubieran visto habría sido distinto. Había sido su enamorado y, como ella misma había dicho, habría sido su esposa si no fuera por la guerra.

—Estoy obligada a ello —contestó Regina, retomando con astucia su juego.

De repente, Stephan se rio. El milanés estaba lejos y ella era su mujer. Tenía ventaja.

—Es natural —dijo. La abrazó de nuevo con pasión, inclinando la cabeza

para besarle el cuello que le había cogido antes para asustarla.

—Obediente... demuéstreme lo obediente que eres —repitió, soltándole los lazos del corpiño y bajándolo lentamente.

No se cansaba de mirarla, y durante las últimas semanas casi se había vuelto loco deseándola. No buscó ninguna prostituta del campo para aliviarle el tormento de las noches solitarias, pues sabía que ninguna le haría sentir lo mismo que le regalaba ella. La amaba. La amaba a su manera, pero la amaba. Jamás se arrodillaría a sus pies implorando su devoción y la humillaría solo para doblegarla, pero la amaba como nunca había pensado que podría amar.

Dejó que el vestido se le escurriera por la cadera y lo dejó caer al suelo, le acarició los pechos con los dedos y después la levantó para llevársela a la cama, donde la dejó con delicadeza.

Cuando se apartó de repente para quitarse las vestimentas, Regina lo miró confundida. Sentía la garganta seca y le faltaba el aire, siempre le pasaba cuando estaba a nada de un momento íntimo, y no había mentido: no pensaba en nada. Fascinada, miró el cuerpo musculoso que tan bien conocía ya: la fuerza de los brazos, las cicatrices en el hombro derecho y el vientre, el sabor de la piel y la fuerza de su virilidad.

—Eres guapísima —le susurró en los labios cuando se tumbó a su lado. Después la besó, susurrando palabras dulces que Regina no comprendió.

La razón no quería, pero su cuerpo cedía demasiado deprisa mientras los dedos que la acariciaban y los labios que seguían el mismo camino la dejaban sin aliento, ansiosa de revivir los momentos maravillosos que solo él podía darle. Las promesas y las obligaciones del pasado, los juramentos rabiosos y los engaños imaginados de hacía unas horas se desvanecieron, borrados por los besos expertos y las caricias.

—Stephan... te quiero —susurró como si fuera un ruego, mientras le besaba cada parte del cuerpo, hasta las más escondidas, impaciente por sentirlo dentro. Y cuando se levantó para penetrarla, arqueó la espalda y abrió los muslos para recibirlo mejor, descubriendo que el placer podía ser todavía más excitante y completo de lo que recordaba. Un placer que la hacía sentir aún más mujer.

Cuando yació exhausto a su lado, Stephan le acarició el cuello con los labios y posó la cabeza sobre el pecho. Estaba satisfecho, casi feliz: esa noche, Regina se había entregado por completo. Sintió que era suya y la vio

feliz. Quizás estaba ganando la batalla. Un día lograría que lo amara y el recuerdo del desconocido milanés se evaporaría.

Se elevó para mirarla.

—Esposa, me gusta mucho tu obediencia.

Ella se sonrojó por la vergüenza. No había fingido como quería. Había disfrutado en sus brazos y ahora se sentía tranquila por el placer. Su voz era tierna y graciosa, no sarcástica. Suspiró y le acarició los hombros.

—Creo que a mí también me gusta —murmuró.

El barón se rio. La siguió besando, después dejó de abrazarla y se levantó.

—Sí, habría sido distinto si te hubieras venido conmigo a Roncaglia.

Las palabras turbaron la dulzura de la intimidad. Roncaglia... Sin duda, entre las cortesanas del séquito de Federico tenía que haber al menos una para satisfacerlo. Lieselotte le había descrito la corte del emperador: refinada, lujosa y también corrupta.

—Tengo un regalo para ti —dijo interrumpiendo sus pensamientos.

—¿Otro? —de repente, aunque no hubiese querido, volvió a sentirse feliz —. Ya he visto el baúl.

Stephan se le acercó. Se arrodilló en la cama, aprisionándola entre las piernas, y le posó en el pecho una cadena pesada de oro.

Regina tocó la piedra del colgante con emoción. Estaba demasiado oscuro para ver si era un zafiro, un rubí o una esmeralda, ¿pero qué más daba? La joya que creía que debía adornar el cuello de otra era para ella.

—Quería dártelo yo mismo.

—¿Me lo agradeces como si fuera una meretriz? —susurró Regina. Pero no había dureza en su voz.

Stephan se rio.

—Te equivocas. Así no se le agradece a una meretriz.

—¿Y de eso sabes mucho?

—Es posible, pero nunca antes me había encontrado con una virgen.

Se sobresaltó un poco, recordando la manera tan cruel en la que la poseyó y cuál era ahora su objetivo. Intentó huir, pero Stephan la paró haciendo fuerza con las piernas.

—Pareces estar celosa —susurró agachándose para besarle el cuello—, y en cambio eres obediente.

Obediente, sí. Es lo único que tenía que ser. Levantó los brazos y le rodeó la nuca mientras el collar se resbalaba lentamente por las sábanas.

Era el primer gesto que le había dictado la astucia desde que empezó a desnudarla.

.

## **SEGUNDA PARTE**

### **Sucesos en la primavera de 1159**

## Marzo

### Feudo de San Martino

#### En el castillo

Stephan Deinburg despidió al soldado que le había traído el mensaje y se volvió hacia su hermano, que, relajado en una silla con los pies cruzados sobre la mesa, degustaba lentamente el licor que le había pertenecido al conde Balestrieri.

—Hace dos semanas, los milaneses rechazaron la unión imperialista. Parece que no les agrada el podestà que ha elegido Federico. Todavía habrá guerra —lo informó con ironía tranquila.

—¡Malditos aguafiestas! —explotó Hans posando con fuerza la jarra sobre la mesa—. Ahora que empezaba a estar bien.

Stephan se rio, le hacía gracia la expresión ofendida que se había dibujado en el rostro de su hermano. Él tampoco podía negar que la tregua de la hostilidad había sido muy placentera.

—¿De verdad esperabas que nuestros enemigos hubiesen estado tranquilos y hubieran agachado la cabeza a las órdenes de Federico? Los dos sabemos que nuestro emperador no ha acudido a los pactos de rendición. Y no olvidamos que los decretos de Roncaglia los han aceptado a regañadientes hasta las ciudades amigas. Los genoveses han pagado doce mil marcos y han prometido obedecer, pero siguen construyendo fortificaciones, y Plasencia ha rechazado destruir los muros.

—Sí, quizás tengas razón —respondió Hans absorto.

Stephan dejó sobre la mesa el mensaje del barón Klein y añadió:

—El amigo Konrad, que me escribe, dice que alguien ha escuchado al emperador jurar que no se volvería a poner la corona hasta que no vea la destrucción de las torres de esa maldita ciudad. Quiere ver Milán arrasada y a sus ciudadanos arrodillados, así demostrará su poder a los cónsules de las



ciudades que aún son enemigas y satisfará las expectativas de los que confían en nosotros.

—Y así será. Los aniquilaremos —comentó Hans, orgulloso de su emperador y seguro de formar parte de un ejército invencible.

De entre los dos, Stephan siempre había sido el más razonable y no confiaba solo en su propia espada. Estaba seguro de que los decretos de Roncaglia serían difíciles de llevar a cabo y no esperaba la paz, aunque le habría gustado.

—Lo dudo, hermano. ¡Es demasiado pronto! —declaró apretando los labios en una mueca de descontento—. Los refuerzos de Suabia no llegarán antes de verano, y si esos perros entran en guerra, les daría tiempo de retomar todos los feudos que conquistamos el año pasado.

—¿Temes por San Martino?

Stephan dudó antes de responder. El feudo no era tan extenso y no estaba en una posición estratégica, pero estaba cerca de la ciudad. Los condados que dominaban los valles del norte sí que eran importantes para la defensa enemiga, pues allí los milaneses habrían podido parar la llegada de los refuerzos suabos.

—No lo sé... —dijo al fin—. No será el primero que ataquen si estalla la batalla. Sin embargo, podrían ir después si vencen. Hermano, pienso que deberías acompañar a Lieselotte a Pavía, ahora que está bien para viajar. Tu hijo debe nacer en un lugar seguro.

Hans se pasó una mano por la cara.

—Sí... creo que sí. Pero preferiría poder llevarla a Hezen.

Stephan asintió.

—A mí también me gustaría llevar a Regina y comenzar una vida nueva. Estoy cansado de las guerras y estoy cansado de ver morir a hombres con los que he bebido la noche anterior. Creo que los Deinburg han dado mucho al imperio —se interrumpió, dándose cuenta de la mirada de asombro del hermano—. ¿Qué te pasa? ¿Te sorprenden mis pensamientos?

—No. A veces también son los míos —Hans siguió bebiendo, como si necesitara tiempo—. ¿Llevarás de verdad a Regina a Hezen cuando volvamos?

—Es mi esposa —contestó el barón con dureza.

—No serías el primero que deja a su compañera lombarda a la hora de recoger. Casi ninguna quiere ir más allá de los Alpes. Nos consideran poco

más que bárbaros. Podrías haber tenido a Regina sin desposarla, los dos sabemos por qué lo hiciste.

—Ah, ¿sí? Ilumíname —le pidió Stephan.

—La hija de Wielber te quería y, en tu lugar, habría arrastrado hasta a la vigilante de los cerdos delante del sacerdote antes que el emperador me ordenase tomar a esa arpía. Una pena que la bella Candida ya estuviera desposada.

—No habría desposado a Candida en ningún caso y no pensé en Wielber cuando tomé a Regina.

Curioso e incrédulo al mismo tiempo, Hans negó con la cabeza.

—Es posible que mi Lieselotte tenga razón: ¿estás enamorado de ella? —y al ver que se encendía una luz peligrosa en los ojos de Stephan, añadió—: ¡No quería ofenderte! Regina sería perfecta para ti si no fuese milanesa y no tuviese motivos para odiarte. ¿Recuerdas lo que decía nuestro padre? Tomad a todas las mujeres que deseéis, luchad por ellas si es necesario, pero renunciad a la que tiene razones para odiaros. Y ella las tiene —dudó—. Al diablo... lo siento, pero soy tu hermano y amigo y en nombre de nuestra amistad creo que tengo el derecho a decirte lo que pienso.

—Continúa —contestó Stephan con frialdad.

—¿Qué familia podemos ser para ella? Tu mujer siente simpatía, quizás afecto, por Lieselotte, pero... en lo que a mí respecta, creo que apenas soporta verme y no me sorprende: no soy irracional y recuerdo bien nuestro primer encuentro. ¿Y tú? La enviaste con las sirvientas de la cocina, te negaste a enviarla con su gente y la obligaste a desposarte. ¿Te fías de ella?

Stephan plegó los labios en una sonrisa amarga.

—Los que han visto la muerte tantas veces como nosotros no pueden engañarse. Hay hombres que se han vengado por ofensas menores que las que le hice a Regina, y sé que ella no lo olvidará jamás, al menos no mientras estemos aquí —miró a Hans directamente a los ojos—. No, hermano, no me fío de ella por completo, pero... maldición, no sabes cuánto me gustaría hacerlo —se echó de beber tranquilamente y miró distraído el líquido claro—. Lieselotte tiene razón, estoy loco por mi esposa milanesa, y nuestro padre también tenía razón. Decía que era un enfermo. Lo sabía bien, lo sintió antes que nosotros.

—Mándala a Pavía. Sé bien que no lo desea, pero si de verdad habrá de nuevo guerra...

—Es verdad —reconoció Stephan—, no quiere. Se ha opuesto al proyecto con lloros, persuasiones y pequeñas venganzas personales. Es muy mujer en esto y, si pudiera darme falsas esperanzas, pensaría... ¡bah! Olvídalo. Acompaña a Lieselotte lo más pronto posible. Respecto a Regina, decidiré en cuanto conozca la respuesta de Federico sobre la ofensa de los milaneses. Y si es como creo, temo que la baronesa tendrá que obedecer. Algunas veces sabe hacerlo muy bien.

Desde la muralla almenada de la torre, en la soledad de ese espacio cercano al cielo, Regina miró el pequeño pueblo, los campos de cultivo y los huertos frutales sobre el valle. Al otro lado, de un verde brillante con manchas marrones, se extendía el bosque, y todavía más allá, amada y odiada por miles de hombres, se erguía Milán.

Para ella estaba más lejos que la luna, porque todavía era una prisionera en un combate amistoso, como la tregua entre la ciudad y el imperio.

Quizás podía intentar fugarse ahora. Habría sido difícil, eso seguro, pero no imposible. Aunque la atención de los guardias de Stephan fuese constante, desde hacía tiempo podía cabalgar dentro de los límites del feudo. Además, no había intentado nada que pudiese levantar la más mínima sospecha.

¿Miedo? Quizás. La cólera de Stephan habría sido terrible si le hubiera estado engañando. ¿Pero las verdaderas razones no eran otras? ¿Razones que afloraban cada cierto tiempo y que estaba decidida a no admitir? ¿Empezaba a gustarle el papel que se le había impuesto? La joven baronesa de Hezen estaba encerrada como algo preciado por un marido guapo y fuerte que sabía, cuando quería, olvidar que era un soldado. Un marido que reía con ella de cosas fútiles, un compañero que era también un amante experto y apasionado.

Tocó la cadena que le había regalado y lentamente los dedos cayeron sobre la piedra del colgante. El rubí había sido siempre el símbolo del amor: rojo como la sangre que recorría las venas y que latía con violencia cuando el deseo se intensificaba.

Se giró de repente cuando escuchó unos pasos a sus espaldas y se sonrojó, sintiendo que la habían pillado con las manos en la masa.

A Stephan no se le pasó por alto el color de sus mejillas. ¿En qué estaba pensando? ¿Había conseguido tener todo de ella? ¿A no nutrir las dudas cuando respondía a sus impulsos con ardor? ¿A tener momentos de felicidad sin que después se arrepintiera o avergonzara?

—Hilda me ha dicho que estabas aquí —observó con brusquedad.

—Me gusta este lugar.

—El jardín es más bonito.

Regina dudó.

—Sí... pero esto es distinto. Es un lugar de reflexión y puedo pensar.

—¿En quién?

Se puso rígida. No le confesaría que estaba pensando en él, en lo que sentía cuando estaba entre sus brazos.

—Pensaba en cosas frívolas —respondió por fin huyendo de su mirada y observando distraída el cielo despejado.

Stephan supo que mentía. Apretó los labios con dureza, recordando cómo le había desafiado unos meses antes, afirmando que sus pensamientos le pertenecerían siempre a ella, como sus sueños. Tensó los brazos y la cogió bruscamente por los hombros.

—¿En quién? —repitió con rabia.

—¡En nadie! —gritó ella, preguntándose cómo podía sentir momentos de ternura con él—. ¿Por qué iba a pensar en otro hombre cuando tengo la suerte de tener un esposo tan amable?

—Milán está allí —siseó Stephan, ignorando su ironía y obligándola a girarse para mirar al oeste, hacia la ciudad que desde allí no se podía ver—. ¿La echas de menos?

Regina no quiso negarlo, aunque no era la ciudad en sí lo que anhelaba, sino lo que había significado.

—¿Es malo, Stephan? —susurró dándose la vuelta y levantando la cabeza para mirarlo a la cara—. ¿No echas de menos tu país?

—Sí —reconoció—. Y volveré antes de lo que te piensas. ¡Contigo! —añadió tirándola hacia sí con rencor y besándola sin ternura, pero con esa pasión que encendía los sentimientos de la joven mujer—. Me has maldecido —dijo por fin, alejándola.

—¿Tan terrible es? —preguntó Regina, mirando a su esposo con curiosidad, casi con timidez.

El barón cambió de humor de repente, descubriendo con placer las señales que sus besos le habían dejado en la cara: ojos lánguidos, mejillas sonrojadas y labios húmedos.

—Sí. No debe distraerme la nostalgia cuando estés en Pavía. Podría ser fatal para mí.

Regina se sobresaltó y un destello de ese odio que creía inamovible le

atravesó la mirada. No toleraba la idea de ir a esa madriguera de traidores, de que se la presentaran al emperador, de reverenciarse ante él.

—¿Y bien? —preguntó Stephan con calma, mirándola con intensidad—. ¿Acabas de recordar mis faltas de mérito?

—Stephan, no quiero ir a Pavía. Me sentiré una extraña allí. Además, los pavesanos odian a los milaneses. Dime, ¿cómo me van a tratar allí?

—Con el respeto debido a la baronesa de Hezen —contestó con tranquilidad.

Sin embargo, los dos sabían que el motivo de su rechazo no era ese. Stephan lo sospechaba desde el momento en el que no se fiaba de ella por completo, pero Regina se sentía todavía una Balestrieri en San Martino. Si se fuese, se le arrancarían las raíces para siempre y para todos sería solo la esposa de un Deinburg. Pero había más: la ilusión, pues quedándose en el castillo todo volvería a ser como era antes.

—No te quiero dejar —añadió para ablandarlo, con un tono que parecía sincero hasta para sus oídos.

El barón le acarició los brazos lentamente. Lo que más deseaba era tenerla a su lado.

—Es posible que sea necesario —dijo.

—¿Por qué? ¿Habrà más guerra?

—¿Has visto un año sin guerras? Entiéndelo, no quiero arriesgar tu vida, eres demasiado valiosa para mí.

Una emoción profunda conmovió el corazón de la joven baronesa, que habría preferido sentir solo una fría satisfacción. Inclino la cabeza sobre el pecho de su marido y cerró los ojos, tenía falsas esperanzas de engañarlo, en verdad, se estaba engañando a sí misma.

—No me envíes fuera, te lo ruego... —susurró acariciándole la espalda con dedos delicados.

—Solo si es necesario —repitió sin concederle nada más—. Todavía hay tiempo —y tras una pausa, añadió—: Le he dado permiso a los mercaderes para que entren en el pueblo. Enviaré a Rochus para que vea quién tiene la mejor mercancía para que te la enseñe.

La cara de Regina se iluminó. El mercado era bonito y divertido, sería una buena distracción.

—Te lo ruego, permíteme ir. Seguro que también le gustará a Lieselotte.

Stephan la miró. Tenía la boca entrecerrada, roja y rellena como la fruta

madura, y ojos esplendorosos, con iris color violeta que parecían piedras preciosas. Dios, qué guapa y dulce era cuando quería experimentar una novedad. Después de todo, ¿por qué no la contentaba? Probablemente, entre los mercaderes se esconderían espías a los que les dejaría ver solo lo que querían, y ninguno se atrevería a acercarse a Regina, que estaría bien vigilada.

A Lieselotte también le gustó la pequeña distracción, y ni ella ni Regina parecían advertir que el mercado apenas tenía mercancía y había pocos mercaderes.

Las plazas germanas daban miedo en épocas de tregua, aunque de tregua tenía ya poco, y tras los disturbios de San Ambrosio bastaba una palabra, un gesto..., un nada para que se arrestara a la gente y la hicieran desaparecer para siempre. Pero muchos mercaderes se atrevían, bien por avaricia, por valentía, o porque los negocios iban mal, además, los suabos, a pesar de todo, pagaban la mercancía que adquirían.

—Comprad este cofre, señora, puede esconder vuestros tesoros y os hará feliz cuando descubráis sus espacios secretos.

Regina se sobresaltó al escuchar esa voz. Venía de lejos, de un mundo que creía ya perdido. Manteniendo la respiración, observó la mano oscura que le ofrecía un pequeño cofre de plata y madera incrustada, sin dirigir la mirada a la cara del mercader que se había expresado en un lombardo rápido, de marcado acento milanés.

—Mirad bien, señora —continuó el hombre con voz persuasiva y baja que solo podían escuchar ella y Lieselotte, y esta última no lo comprendía—. Parece que está hecho para vos, para contener aquello que queráis. Quizás tengáis muchos cofres, pero estoy seguro de que ninguno como este.

La baronesa de Hezen levantó la cabeza de repente. Sus ojos se encontraron con la cara esquelética y oscura del hombre que había amado y que tendría que haberse convertido en su esposo, y por un momento deseó olvidar todo en lo que se había convertido y donde estaba para poder refugiarse en sus brazos.

Emitió un suspiro leve como una caricia, mientras su mirada profundizaba en esos ardientes iris oscuros. Y en esos ojos leyó su mismo deseo, su misma nostalgia. Pero no podía arrepentirse. Guido estaba prohibido para ella y portaría por siempre la marca de la vergüenza y la traición por haber desposado a un suabo.

No salió ni una palabra de su boca: un nudo doloroso le apretaba la

garganta y sintió terror al pensar en lo que él estaba arriesgando.

Guido habría querido abrazarla, sentarla en la montura del caballo y secuestrarla. Su Regina... todavía más bella que en el recuerdo, todavía más deseable que en sus sueños. ¿Era feliz en esa tumba suaba? ¿Había conquistado su corazón el desgraciado que se la había robado? Si solo hubiese podido hablar con ella, tocarla, sentir de nuevo la dulzura de sus labios en los suyos. Pero no era posible. Todo tenía que llevarse a cabo en el más absoluto secreto si no quería que Regina arriesgara la vida.

*—Ese castillo es una fortaleza —le había advertido su espía, un hombre que vivía en las afueras del bosque y que se consideraba un servidor de los Balestrieri—. Y decenas de hombres recorren los límites del feudo. Sin embargo, si la señora parte hacia Pavía junto a la otra Deinburg, quizás sea más fácil secuestrarla.*

*—¿Sí? —le preguntó perplejo.*

*—La cuñada seguro que se va, pues espera un hijo, pero una de las sirvientas me ha dicho que el barón todavía no ha decidido si mandará a la baronesa, parece que ella no quiere alejarse del feudo. Es posible que la pobre señora crea que tenga más esperanzas quedándose aquí, tan cerca de Milán, en vez de en una madriguera imperialista a más de veinte millas.*

Guido le había pagado generosamente a un mercader para que pudiera entrar en su lugar a San Martino solo para verla y para hacerle saber, por medio de un mensaje escondido en un cofre, que iría al camino que conducía a Pavía para llevársela consigo y, por lo tanto, tenía que partir a esa ciudad. Pero ahora que la veía allí, junto a la que se imaginaba que sería la cuñada, escoltadas por dos mujeres suabas que se quedaban a cierta distancia de ellas, las palabras escritas en una hoja escondida en ese cofre le parecían vagas y lejanas, porque estaban ligadas a los caprichos de otro hombre.

Un instante, un minuto, una eternidad. Guido cogió el cofre y, dejándolo con prisa en las manos de Regina, se dirigió hacia su compañera rubia.

*—Y para vos, rubísima señora... —dijo hablando más lentamente y mezclando el italiano con alguna palabra germana—, un brazalete de filigrana de plata. Viene de las tierras de oriente, donde el sol brilla siempre como vuestro cabello.*

Lieselotte se sonrojó y se rio. No se había enterado de nada, estaba distraída con los collares de oro que había expuestos, pero al mirar a Regina se puso triste al ver la palidez de la cuñada.

—¡Estás palidísima!

—No es nada —dijo apresurada Regina, tratando de sonreír y volviendo a coger un poco de color. Luchó contra sí misma para no seguir mirando a Guido y posó la mirada en el cofre que tenía entre las manos—. Me recuerda al que tenía mi madre cuando era una niña. Era...

Enmudeció de repente, sujetándolo con nerviosismo. Era increíblemente parecido... no, ¡era el mismo! Su madre se lo había regalado años antes a la abuela de Guido y las dos conocían el secreto: un compartimento que se abría pulsado uno de los relieves en uno de los lados en el mismo momento en el que se levantaba la tapa.

—Cómpralo —dijo Lieselotte, después volvió a mostrar interés por el brazalete.

—Intentad abrirlo, señora —la animó Guido. Estaba impaciente: vería el mensaje, bastaría un gesto para que le diese respuesta. Sin embargo, para no crear sospechas, volvió a ocuparse a regañadientes de la suaba, exaltando el valor del brazalete y el magnífico grabado.

Con un movimiento, la baronesa levantó la cubierta y tocó el relieve con los dedos. Un sutil rectángulo al fondo escondido en los pliegues del forro se levantó y reveló el mensaje.

*Acepta ir a Pavía, te liberaré durante el viaje.*

*No te he olvidado y te amo más que antes.*

*Guido*

Regina mantuvo la respiración. Guido sabía lo que ocurría en el castillo. Alguien que no se había revelado velaba por él. Bastaba con levantar la mirada y hacer un gesto de aprobación, para conseguir pronto la libertad y volver con él, con su gente.

Cerró el cofre, pero dudó. Stephan... ¿qué le diría, qué haría si huyese? ¿Sufriría? ¿Intentaría recuperarla? No sentía miedo por ese pensamiento, más bien sentía sufrimiento, sabía que si volvía a Milán no lo volvería a ver. Nunca jamás.

Levantó lentamente la vista y miró al hombre que había sido su prometido: Guido, que la había respetado y amado con ternura. Guido, que preguntaba



antes de coger, que la quería siempre, a pesar de todo. ¿Cómo podía siquiera tener dudas? Stephan no tendría que haber entrado en su vida, y los placeres que sentía en sus brazos eran injustos como el matrimonio forzado que los unía. Culpaba a su cuerpo traidor, del que se avergonzaba.

—Sí —dijo con suavidad—. Sí —repitió, alejando el extraño descontento que sentía. Perteneecía a Guido y tenía que intentar volver con él a Milán.

Desconociendo el tormento de su compañera, Lieselotte murmuró:

—¿Lo vas a comprar? Yo quiero el brazaletes. Pregúntale al mercader cuánto quiere.

Sin ser visto, no muy lejos de las dos señoras del castillo, Rochus observaba con ojo atento lo que parecía una escena inocua de mercado. Le habían encargado supervisar con discreción a la bella baronesa, y estaba orgulloso de que su señor le hubiese revelado la razón. Compartía la opinión del barón que ese día, en el pueblo, podrían haber entrado espías y que, quizás, intentarían ponerse en contacto con la baronesa. Después de todo, se le había arrebatado a su gente y alguno de sus parientes podría no conformarse. Podría haber sido más fácil si el barón no le hubiese permitido salir del castillo. ¿O quería poner a prueba a su esposa?

En todo caso, estaba seguro de que estaba sucediendo algo. Antes de ese momento, mostraba interés por la mercancía expuesta. Cuando el mercader le puso en las manos el cofre, lo abrió y lo cerró demasiado rápido, sin mostrárselo a su compañera ¿Por qué? Y la mirada del mercader... Estaba lejos, pero le parecía no haber visto nunca una expresión así en el rostro de un hombre. Por instinto, puso la mano en la empuñadura de la espada y le hizo un gesto a uno de sus hombres, a pocos pasos de él.

Volviéndose hacia Lieselotte, Regina asintió, y con el rabillo del ojo vio al joven Rochus hacerle un gesto a alguien. Mil pensamientos le surcaron la mente. El escudero estaba allí para espiarla, estaba segura. Nunca pudo engañar a ese maldito suabo que había desposado. Se había humillado para nada, y ahora, por su culpa, podrían apresarlo, torturarlo o matarlo.

—Rápido, idos... —dijo en un susurro—, o será el fin para ambos.

Guido negó con la cabeza, no veía nada alarmante.

—Si hay peligro, no te dejaré sola.

—Buscan espías —dijo con un hilo de voz—. Si te vas ya no sospecharán más de mí.

Le habría gustado llevarse el cofre, se habría sentido más segura, pero

sabía que no había tiempo para disimular una compra delante de Lieselotte. Lo dejó e intentó sonreír a la cuñada mientras la cogía de la mano y se la llevaba lejos del puesto, hacia la dirección desde donde venía Rochus.

Lieselotte estaba perpleja.

—Me gustaba mucho el brazalete. Si el mercader pedía demasiado, podíamos negociar.

—Créeme, era demasiado codicioso. Habríamos conseguido poco negociando ahora —dijo con la esperanza de que la creyera—. Si ese collar te gustaba más que los otros, volveremos después.

No escuchó la respuesta de Lieselotte. Rezaba en silencio para que Guido se fuera antes de que Rochus ordenase a los soldados que lo detuvieran, rezaba para que se salvara. Tenía que entretener al escudero de Stephan y consiguió hacerlo con una sonrisa en los labios.

—Rochus, os necesitamos... —susurró extendiendo la mano—. ¿Queréis escoltarnos? Los mercaderes son demasiado codiciosos con las mujeres que van solas. Con vos a nuestro lado será distinto.

El joven la miró confuso. Miró más allá de su señora y vio que el mercader estaba todavía detrás de la mesa. Parecía desconocer el riesgo que corría desde el momento en que dos soldados se le estaban acercando, y se preguntó si se había equivocado. Asintió con cortesía a las dos señoras. Dieron unos pocos pasos juntos cuando escuchó un golpe y gritos.

Regina se giró y, con una sonrisa de satisfacción, vio a Guido mezclarse con el gentío mientras dos soldados suabos yacían en el suelo, sepultados por la mercancía y la mesa que les había tirado encima y que estaba empezando a arder.

—Será mejor que volváis al castillo —aconsejó Rochus. Y ordenó a dos soldados que acompañaran de inmediato a las señoras.

Regina, para detenerles, cayó al suelo y fingió que se estaba desmayando.

—Muy oportuno —observó el barón mirando a su escudero.

—¿Oportuno, señor?

—¿No lo crees? La baronesa te ha impedido dos veces hacer tu trabajo, dándole a ese hombre unos minutos valiosos. No me gusta esto —continuó con los ojos encendidos por la cólera, oscuros como un cielo tormentoso—. Todo esto da crédito a mis sospechas.

Cogió con las manos el cofre que vio que sujetaba su señora y que pudo salvar del fuego y lo abrió con un golpe seco. No había nada dentro, por

supuesto, pero estaba seguro de que encerraba un secreto. Después de todo, el hombre se esforzó para destruirlo junto al resto. Pasó un dedo por el forro de raso y lo arrancó, descubriendo solo el fondo de madera. Si de verdad había un compartimento secreto o un mensaje para Regina, ¿lo había podido leer? ¿Por eso había renunciado al cofre? ¿O se había asustado si lo había leído? Le habría gustado hacer pedazos ese cofre maldito, pero se arriesgaría a no descubrir nunca el mecanismo secreto, si de verdad existía, y de no encontrar nunca el mensaje, si había un mensaje.

—Idos, ahora —ordenó al escudero, levantando por un momento la vista del cofre—. Y... bien hecho, has sido muy hábil, ni yo mismo lo habría hecho mejor.

De vuelta en el castillo, Regina continuó fingiendo un dolor que no sentía para librarse de la cuñada.

Su único pensamiento era Guido. ¿Habría logrado huir? ¿O estaría en una de esas celdas horribles que ella también había conocido? Qué irresponsable había sido por no escucharla, perdiendo así segundos valiosos. No quería pensar en Stephan, que pronto la visitaría para pedirle explicaciones. Tampoco imaginaba, tras el informe de Rochus, que su esposo no hubiese vinculado a ella lo acontecido.

Se sobresaltó en cuanto se abrió la puerta y dejó caer los brazos a los lados, aceptando lo inevitable. Mirando a su marido, que avanzaba por la habitación, pensó que todavía no conocía del todo a ese hombre. A pesar de todo lo que había pasado, nunca le había visto tanto desprecio en la cara.

Stephan se paró a un paso de ella y extendió la mano para mostrarle el cofre, con la madera ya oscurecida por el fuego.

—Cógelo —ordenó.

Ella obedeció. Le temblaban las manos y no intentó esconderlo.

—Y ahora ábrelo.

Regina sacudió la cabeza y posó los brillantes ojos violetas en la mirada dura y despiadada de su esposo. Tendría que justificarse y mentir, ¿pero para qué le serviría? Estaba segura de que conocía el mensaje escondido en el cofre.

—Y bien, ¿no sabes hacerlo? Sé que lo abriste delante del mercader. ¿Le dista respuesta? —y dándose cuenta del sobresalto leve y descontrolado que la traicionaba, añadió con furia—: Sí, maldita bruja, ¡sé lo que contiene!

No le había sido difícil descubrir el secreto del cofre, pues su antigua

amante pavesana, la bella Candida, tenía uno parecido.

—¿No respondes? —dijo con furia. Y para conmovérla, o quizás solo para vengarse, mintió—: Hemos detenido al hombre que te lo ofreció y lo he torturado hasta que ha revelado la verdad. Dime, ¿era tu insustituible prometido milanés? No pude hacer que dijera su nombre, murió antes.

Regina dejó caer el cofre, como si el fuego todavía ardiese en él. Guido torturado... muerto.

—Maldito... —siseó, cerrando los puños hasta clavar las uñas en las palmas. ¿Y qué otra cosa podía esperar de él? ¿No era el hombre que la había aceptado como regalo como si fuera un objeto? ¿El mismo que la habría dado a sus soldados sin sollozar si no hubiera cedido?—. ¡Maldito asesino! —repitió golpeándole el pecho con puños rabiosos—. Te odio. ¡Te odio! Te he odiado siempre.

Él se alejó con un gesto brusco que la hizo caer al suelo, pero la voz era átona cuando habló:

—Me ilusionaba —dijo—, que hubieras aprendido a amarme —la furia que sintió cuando encontró el mensaje se había desvanecido y ahora sentía la desilusión y el sufrimiento de un hombre engañado.

—¿Amarte? —repitió Regina con desprecio levantando la cabeza. Ya no lo temía. Había torturado a Guido hasta matarlo, y ella... dudaba poder dejarlo. Quizás la mataría, pero no pediría piedad y le heriría el orgullo—. ¡Jamás te he amado, suabo! —gritó—. Ni nunca querré amarte —se levantó del suelo y se acercó a él, con la barbilla levantada para desafiarlo—. Jamás pensé en ti cuando me obligabas a pertenecerte. Tus manos eran las tuyas, tu cuerpo era el suyo y tus besos eran los suyos. Solo así pude soportar el horror de tu presencia. ¡Pero temía que pudiera tener un hijo tuyo y pondría en riesgo mi vida para liberarme de ese monstruo!

Stephan la miraba como si la vida lo hubiese abandonado. No sacó el puñal para matarla, como ella habría querido. No hizo ningún gesto.

—Quizás sea eso lo que has hecho —dijo con voz apagada—. Llevamos desposados meses y tu cuerpo no ha dado ningún fruto.

La baronesa respiró profundamente. La abrumada el horror por el que había pasado Guido, el sufrimiento que la resquebrajaba, pero también la crueldad que le había proferido a Stephan y su petrificada inmovilidad. Nunca pensó en Guido mientras hacía el amor con Stephan y jamás se habría librado de un hijo suyo si se hubiera quedado embarazada.

—Yo...

La interrumpió:

—Ni una palabra. No digas más nada o podría matarte. No te irás a Pavía. Y si ese perro te quiere de verdad, tendrá el valor de venir aquí a por ti.

Regina lo miró, los ojos parecían dos pozos oscuros llenos de dolor.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Que te he mentado. Mis hombres no pudieron capturar a tu enamorado, se fue dejándote sola. Te he mentado, pero no llegaré nunca a tu habilidad en el arte del disimulo. Te quedarás encerrada en esta habitación, de la que me mantendré alejado con mucho gusto. Y no te hagas ilusiones, la dejarás solo cuando ese milanés me mate, si es que lo hace.

## Abril

### Milán

#### Palacio Bossi

Ulrico Bossi miró hacia la puerta, que se había abierto, y miró con melancolía al joven alto y esbelto que avanzaba con paso seguro por la habitación.

Ese era su hijo, un hijo al que ya no reconocía.

El rostro, de mejillas hundidas, se había vuelto duro e infeliz, y los ojos oscuros habían perdido su alegría, dejando en su lugar un brillo extraño y febril. Siguió observándolo mientras el chico se quitaba la capa y la tiraba sobre una silla, se sentaba en el borde de la mesa y se echaba vino en la copa de la que él mismo había bebido. En ese momento parecía satisfecho, pero tenía los labios tensos y se abrían como una herida en los dientes fuertes y sanos.

—¿Qué se ha dicho durante el encuentro? —preguntó el viejo con tono cansado, conociendo ya la respuesta.

—Se ha hablado de guerra.

—Y tú estás de acuerdo, chico.

—¿Vos no? Rebeldes, violentos, desertores del imperio... así nos define el gran emperador. Barbarroja ordena el secuestro de nuestros bienes, ¿y tendremos que obedecer a todo? Si los quiere, que venga a llevárselos. Los milaneses estamos cansados de la sangre.

Esa había sido la respuesta de Barbarroja a las revueltas de San Ambrosio, después de que las uniones imperialistas pretendiesen nombrar un podestà imperialista traicionando los pactos de rendición. La ciudad se le había prohibido, y se sabía que pronto los fieles barones del emperador bajarían los Alpes, atraídos por un botín que creían fácil, para destrozarla hasta los cimientos.

Ulrico asintió. Su hijo tenía razón, pero quizás empezaba a ser demasiado viejo y estaba cansado de feudos, cansado de batallas ganadas y perdidas, porque cada vez más jóvenes no volvían a ver sus casas y sus familias, para terminar sepultados bajo la tierra.

—Atacaremos pronto, padre, antes de que lleguen sus refuerzos del norte, y demostraremos a ese maldito sediento de sangre que no solo sabemos defendernos. Recuperaremos, una tras otra, las tierras que nos arrebataron el año pasado.

—¿San Martino?

—Y el Seprio y la Martesana. Pero antes atacaremos el castillo de Trezzo.

Ulrico no podía no aprobarlo. Aparte de que Trezzo estaba controlado por un germano que se rendía a la tiranía y a los saqueos, reconquistar el castillo serviría para detener a los enemigos que venían del este. Ese era el primer lugar en el que dar muestras de fuerza.

—¡Sabía que mi momento llegaría! —exclamó Guido con la mirada encendida. No dijo que podría morir en la toma de Trezzo, antes de que realizara su sueño de liberar a Regina del suabo, estaba seguro que el diablo estaría de su parte—. Mataré a ese perro —siseó de repente tras una pausa larga.

—¿Hablas del conde germano que controla el castillo de Trezzo? —preguntó el viejo Bossi con un tono sarcástico. La habitación se le hizo pequeña y hostil de repente, cubierta por las sombras de los pensamientos de venganza de Guido. Sí... sin duda se estaba haciendo viejo.

—Sabes bien de lo que estoy hablando.

—¿Lo matarás y te traerás a Regina?

—Eso es lo que haré.

—Quizás esta vez te sea fácil y será menos insensato que entrar en un feudo controlado por enemigos solo para darle un mensaje a la mujer de otro.

Guido se levantó y golpeó violentamente la mesa con el puño.

—¡Maldición! Sé que he hecho una locura, padre. Si pudiese, volvería atrás. Soy consciente de haber hecho que encerrasen a Regina y cada día le doy gracias a Dios por que el suabo no la haya matado.

Ulrico le lanzó una mirada fría. Se dio varias veces con el dedo en la sien y dijo:

—Estás tan obsesionado con recuperar a esa mujer que no piensas ni siquiera en las consecuencias. ¿Creías que el barón suabo no le habría quitado

el ojo de encima a su esposa?

Los ojos oscuros del joven brillaron con luz furiosa. Esposa... sentía rabia con solo escuchar esa palabra.

—Me gustaría desafiarlo y encomendarme al juicio de Dios.

—¿Para llevarte la mujer de otro? ¿Crees que Dios te elegiría a ti? Ella ya es del suabo.

—¡Es una prisionera del suabo! —replicó Guido con rabia—. Y por mi culpa —añadió después con tono desesperado—, nadie podrá verla. ¿Os dais cuenta, padre? Puede haberla torturado. Puede haberle hecho todo lo peor e inimaginable y... no puedo hacer nada. Nada.

Ulrico suspiró. Tenía piedad por el sufrimiento de su hijo, provocada por el arrepentimiento, y quería poder reconfortarlo. Le habría gustado decirle que haría todo por ayudarlo, pero no podía.

—Lo que ha pasado, pasado está. Tienes que olvidar a esa mujer y pensar solo en Rosa.

Por un momento, la mirada del joven se endulzó, y le recordó fugazmente al viejo el que hace un tiempo fue su hijo. Después se volvió frío como la nieve.

—Rosa... ¿cómo lo sabéis?

El anciano sintió que la cólera que crecía en su interior borraba sus buenos propósitos. ¿Era posible que el joven, que creía que era sensible, no sintiese ni la sombra del arrepentimiento? Había decidido hablar con su hijo con serenidad y sugerirle que se casara con la chica, no solo para reparar el mal hecho, sino porque era una buena solución para ambos.

—Lo sé desde hoy, chico, de lo contrario habría puesto ya final a este innoble amorío. Hemos hablado de guerra, de venganza, de sueños imposibles y de injusticias. Es hora de hablar de lo que has infligido. Es hora de hablar de matrimonio reparador.

—¿Me ordenas desposarla? —preguntó Guido con una mirada cortante como la hoja de un puñal.

Ulrico sonrió con amargura.

—¿Qué más puedo hacer si en estos meses no has podido comprender que no podías servirte de ella como una meretriz? ¿Ni siquiera te paraste a pensar un momento en tu deber? La has arruinado. Si estuviese todavía vivo, su padre te mataría.

Frustrado por las palabras, el joven agachó la cabeza y su mirada se



perdió en una pena infinita. Pobre Rosa, tan pequeña y maravillosa. Con su generosidad, con su amor, restauró en él algo que creía que solo podía existir gracias a Regina. No el mismo sentimiento, cargado de pasión, pero sí una sensación de tranquilidad, de dulzura, que le acariciaba lentamente el corazón. Era bonito estar con ella y tenerla en los brazos aunque se hubiesen aplacado las sensaciones, pero no era suficiente, nunca le sería suficiente porque Regina dominaba su corazón y su mente. Tenía un deber que cumplir con Rosa, pero no quería, no quería cumplirlo.

—Padre... no quiero buscar justificaciones que os ofendan —dijo con voz ronca—. Quizás no tenga ninguna, pero no podré desposarla hasta que tenga certeza absoluta de que Regina está perdida. Entonces aceptaré todo lo que decidáis para mi futuro.

—¿Perdida? —repitió Bossi con incredulidad—. Para ti Regina ya está perdida. Es la esposa de un suabo, ya no es tuya.

—¿Solo porque ha estado varios meses en las manos de ese bastardo? ¿Creéis que mis sentimientos hacia ella son tan mezquinos como para considerar que es culpa suya? Cuando leyó el mensaje del cofre, asintió. Estaba dispuesta a hacer lo que le pedía.

—¡Tenía miedo, chico estúpido! ¿Qué más podía hacer? Quería que te fueras para salvaros a ti y a ella misma.

Guido cerró los puños con rabia.

—No, no es así, ¡maldita sea! Pero aunque así fuese, la consideraré mía hasta que sea ella misma la que me diga que ya no me ama. Solo en ese caso estaré dispuesto a renunciar a ella. La tendré conmigo a cualquier precio, porque todavía me ama.

Ulrico Bossi negó con la cabeza suavemente. ¿Se había vuelto loco su hijo? Vivía esperando que una ilusión se volviera realidad. Había arriesgado su vida y la de Regina solo para dejarle un mensaje. ¿Y ella? ¿Era posible que no fuese consciente de sus deberes? ¿Era posible que estuviera de acuerdo con su hijo y no hubiese fingido estarlo para evitar lo peor? Agradecía que intentara salvar a Guido, pero no quería que volviera a Milán. Ya no era la mujer a la que le habría gustado acoger como una hija unos meses antes. Ya no era la mujer que desposaría a Guido. No le importaba el motivo por el que se había convertido en la compañera de un imperialista, a ojos de los milaneses era una traidora.

—No tenías que haber tomado a Rosa. Sin embargo, lo has hecho, y no te

permitiré que la uses solo para satisfacer tus instintos.

Guido negó con la cabeza. No era así. No era así, maldita sea. ¿Pero cómo explicarle a su padre que con Rosa no solo apaciguaba sus sentidos, sino que hasta él no entendía lo que vibraba en su corazón? Tenía a Regina en la sangre, y le quemaba por dentro como un fuego ardiente. Rosa era como el agua de un arroyo que fluye y se lleva consigo los perfumes de las flores que crecen en la orilla. Quizás amase a las dos, aunque sea un amor distinto.

—Si no la desposas tú —le amenazó Bossi—, encontraré a otro que lo haga. Tiene casi dieciocho años, no quiero que se quede sola.

Guido lo miró asombrado durante un largo rato. Sabía que su padre tenía razón, pero ese pensamiento le provocaba un dolor intenso. Rosa era suya, ¡no podía dársela a otro!

—¡No lo haréis! —gritó con voz sofocada—. ¡No podéis hacerlo!

—¿Crees que me lo puedes impedir? Ya he pensado en alguno. El joven Monti, quizás, o Dovanti.

—¿Dovanti? ¿Monti? No habláis en serio. El primero es un viejo y el otro... maldición, padre, ¡Monti es idiota!

—Después de lo que le has hecho, Rosa ya no es de primera calidad —respondió Ulrico bruscamente, quizás para que volviera a la realidad, a sus deberes, insensible al dolor que leía en su mirada—. Rosa no es una prostituta, no puede estar a disposición de tu placer. Por eso debes desposarla. Seguro que lo entiendes.

Desde la puerta, una figura cubierta por un vestido de lana color verde oscuro, el pelo castaño recogido en una trenza y ojos marrones llenos de lágrimas esperaba escuchar la respuesta.

Se había encerrado en la habitación hasta que supo por una sirvienta que Guido había vuelto. Había bajado para conocer las decisiones que habían tomado los milaneses más influyentes respecto a las pretensiones del emperador, aunque no se hacía ilusiones. Sabía que volvería la guerra, sabía que una vez más esperaría con el corazón en la garganta el resultado de la batalla, para después buscar desesperada, entre los hombres cansados y con ropas raídas que pasaran las murallas, la mirada de su hombre.

Se acercó a la puerta del estudio, que estaba entreabierta, y ya con el brazo levantado dispuesta a llamar, se quedó paralizada por la sorpresa y la vergüenza al sentirse el objeto de la discusión entre padre e hijo. ¿Cómo se había enterado su benefactor de su relación con Guido? ¿Les había visto uno

de los sirvientes? ¿Y la niñera estaría al tanto? ¿Cuántas veces le había dicho que la virginidad, para una jovencita, era algo sagrado, y que los hombres, mentirosos y oportunistas, sin esa flor la considerarían mercancía dañada? Eran los consejos de una nodriza cariñosa, pero solo había escuchado a su corazón y, detrás de esa puerta, escuchando a escondidas, había comprendido, al fin, qué es lo que es ser mercancía dañada. Pero eso no era lo que en verdad le importaba.

Inconsciente de su presencia, tras un largo silencio, Guido dijo por fin:

—Dadme... dadme algo de tiempo, os lo ruego, padre. Dadle el tiempo para comprobar que los sentimientos de Regina no han cambiado.

Rosa sintió que un repentino dolor la perforaba. Se llevó las manos al pecho y, con un leve gemido, se apoyó en el marco de la puerta. ¡Estúpida! Estúpida e ilusa por creer que había empezado a amarla al menos un poco. ¡Loca por esperar que se olvidara de Regina! ¿Cómo había podido creer que la consolación de la carne y su amor podían hacerle olvidar a una mujer que había amado siempre?

Escuchó a los sirvientes murmurar que Guido había ido a San Martino, ahora sabía que era verdad. Había arriesgado su vida solo por ver a una mujer que ya estaba unida a otro. ¡Regina, Regina, siempre Regina! ¿Por qué la amaba tanto? Por un momento, un breve instante, creyó que odiaba a los dos, pero después se dio cuenta de que solo suscitaban piedad. Se habían amado y los habían separado. Él estaba herido y desesperado, ella era la prisionera de un suabo.

Se recompuso lentamente y respiró profundamente antes de levantar de nuevo el brazo para llamar. Tenía que enfrentarse a los dos, padre e hijo: con la vergüenza que sentía ante el primero y con el amor que, a pesar de todo, sentía por el segundo.

Hubo silencio al otro lado, después se escuchó la voz tranquila de Ulrico Bossi:

—Entrad.

Guido se giró para mirarla. No había visto antes esa luz extraña en los ojos de Rosa ni esa expresión de determinación. ¿Había escuchado todo? Se adelantó para tocarla, para tranquilizarla o, quizás, solo para aliviarse a sí mismo, para sentirse seguro de que, a pesar de todo, no la había perdido. Pero la mirada castaña, repentinamente hostil, lo congeló. ¡Claro que había

escuchado el rechazo a desposarla! Peor, había escuchado que solo lo haría bajo una única condición.

—Padrino, os pido perdón por la molestia. He venido para saber si continuará la guerra. Estoy muy preocupada —susurró la chica, encontrando el valor que le daba la dignidad.

El viejo Bossi se acercó y la abrazó.

—Solo escaramuzas, querida. Ven, siéntate.

Ella se negó.

—Escaramuzas... —repitió—. ¿No significan también muerte y destrucción?

Ulrico suspiró.

—Esperemos que todo se arregle pronto, niña. Sin embargo, ahora tengo otras cosas en mente —añadió lanzando a su hijo una mirada dura, que el joven recibió como una reprimenda.

La chica se sonrojó, consciente de que le había hablado en nombre de Guido, ignorando las últimas palabras del hijo y poniéndolo en una situación que no podría rechazar.

El pensar que habría podido fingir y aceptar la golpeó de forma adversa. Ella no era así.

Amaba a Guido tanto que no soportaría perderlo, pero, precisamente por el mismo motivo, no podía forzarlo a estar con ella. Si Regina eligiese a su marido, al menos tendría una razón, pero si, en cambio, volvía a Milán, libre de las uniones matrimoniales, Guido maldeciría sus obligaciones. ¿Cómo la miraría si supiera que era otro impedimento para cumplir sus sueños?

—Padrino... —dijo con voz tranquila, muy lejana del alborote que tenía en el corazón—. Quiero que sepáis que he escuchado parte de vuestra conversación. Sé que no debería haberlo hecho —continuó con valentía—. Sé que tendría que haberme ido... pero no pude resistirlo y continué escuchando —levantó la mirada, que la había tenido fija hasta ahora en las manos, y se encontró con la cara de dolor de su padrino. Sentía, como fuego ardiente, la mirada intensa de Guido y se esforzó por no mirarlo—. No quiero que forcéis a Guido a desposarme, no creo que pudiera soportarlo, pero aceptaré a quien deseéis proponerme.

—Rosa...

La joven vio en la llamada de Guido necesidad y pena, pero siguió mirando obstinada el rostro del viejo Bossi.

—Rosa...

Sintió que el hombre al que amaba la abrazaba. Se mordió el labio y ahuyentó las lágrimas, mientras la voz de Guido le murmuraba al oído palabras sin sentido.

—Guido, ¡déjala inmediatamente! —ordenó Bossi.

El joven lo ignoró. Obligó a Rosa a girarse y la abrazó con más fuerza.

—Rosa..., no, perdóname. No quise herirte. No lo escuches, no puedes desposar un hombre que no amas, tú no.

La chica sacudió la cabeza, desesperada. ¿No lo entendía? ¿Cómo podía pensar que continuaría viviendo en la casa si un día volviese Regina? No podía hacerse más ilusiones, aunque veía la desesperación en los ojos oscuros de Guido. Sabía cuál de las dos elegiría. Las palabras que le había escuchado decir le abrieron heridas profundas en el corazón y quemaban como el fuego. ¿Cómo podía ella luchar contra un sueño? Giró la cabeza y lanzó una petición muda a su padrino.

—Ya basta, Guido. Déjala, o no responderé a mis acciones —explotó Ulrico. Y viendo que su orden caía en saco roto, le arrancó la chica por la fuerza de los brazos—. Me aseguraré de que no puedas verla solo, siempre que no quieras desposarla.

Rosa empezó a sollozar. Se deshizo del abrazo afectuoso de su padrino y gritó:

—No lo desposaré. ¡En estas condiciones no lo desposaría ni aunque esperase un hijo! Y... no, no sería feliz aceptando a otro. Mejor el convento. Enviadme a un convento, os lo ruego —y levantando la corta cola del vestido salió de la habitación.

Guido quiso seguirla, pero el padre lo detuvo, parándose delante de la puerta.

—No —dijo.

—Tengo que hablar con ella. Rosa estaba...

—Confusa —concluyó Ulrico con tono frío—. ¿Y te asombra? ¿No te ha sido suficiente lo que ha dicho? O tuya o al convento, ¿lo has entendido? Sin embargo, no la enviaré al convento, no era el deseo de su madre. Se quedará en esta casa, pero no creas que te permitiré que la toques. Tullia dormirá con ella en su habitación a partir de ahora y no la dejará ni un minuto —creía que podía fiarse de la nodriza de Rosa, había sido ella la que lo informaba de todo

lo que ocurría en su casa, acusando a Guido sin ningún respeto o vergüenza por haber desflorado a su niña.

Guido se giró, con la cara blanca, aplastado por el peso de sus errores y de su inseguridad. Llenó de nuevo la copa y la vació de un trago. Después se echó otro vino y no levantó la vista cuando su padre dejó la habitación. Quería ahogarse en el vino para olvidar el dolor que le provocaba Rosa, para olvidar en lo que se había convertido. ¿Qué tipo de hombre era aprovechándose del amor de una jovencita que vivía bajo la protección de su padre?

Lanzó la copa contra la pared y se tapó la cara con las manos. Tendría que haber muerto en Lodi. Habría merecido morir.

## Mayo

### Feudo de San Martino

#### En el castillo

Unos pocos pasos desde el reclinatorio hasta la puerta, unos pocos pasos desde la puerta hasta la ventana. Dos escalones para subir a mirar ávidamente la vida que transcurría en el patio, unos suspiros y después de nuevo hacia la cama, sin poder alejar la inquietud que la invadía.

Hacía dos meses que Regina estaba prisionera en su habitación sin la consoladora compañía de Hilda o de Lieselotte. La única persona a la que veía era una joven suaba que le llevaba comida dos veces al día, le servía agua para lavarse y le mantenía el armario limpio. Era amable y sonreía a menudo, pero era sordomuda y no podía hacerle compañía. Stephan la había aislado por completo. No le había dejado nada, ni joyas, pensaría que así se volvería loca.

Unas pocas semanas antes pudo ver una vez a Lieselotte, y no porque Stephan o Hans se lo hubieran permitido. Gracias a la complicidad de Hilda, su cuñada pudo entrar en la habitación y en cuanto lo hizo corrió para abrazarla.

*—Te he echado de menos —dijo la cuñada con su habitual espontaneidad—. No me lo puedo creer... —se interrumpió juntando las manos—. Jamás habrías...*

*—Pero esa mañana ocurrió —respondió, liberándose bruscamente de su abrazo. La amabilidad y la ceguera de Lieselotte le conmovieron el corazón. La habían hecho sentir culpable, alejándola de la piedad que sentía por sí misma, como si ya no fuese una víctima, sino la artífice de sus desgracias—. El hombre que viste era mi prometido antes de que Stephan me obligase a desposarlo. Estaba allí solo para verme y entregarme un mensaje. Un mensaje que Stephan encontró. No es confiado como tú —concluyó con amargura.*

*La cara de Lieselotte no cambió de expresión.*

*—¿Pero tú no sabías nada! No es justo que Stephan te inculpe por las acciones de otros. No es justo que te haya provocado diciéndote que mandó torturar y matar a ese hombre —la joven suaba agachó la cabeza—. Yo... estuve escuchando a escondidas cuando habló con Hans. Sé también lo que le dijo.*

*—¿Perdona? —preguntó con asombro a la cuñada, sintiendo una profunda sensación de vergüenza.*

*Lieselotte suspiró.*

*—Te aprecio mucho. Sé que eres buena y generosa, y estoy segura que solo la ira de ese momento te empujó a pronunciar esas palabras. Si intentaras hablar con él, si te disculparas, si intentaras que lo entendiera... Stephan es como un león en una jaula, preparado para morder, y le corroen el orgullo y los celos. Él no te buscará.*

*Durante un momento, Regina la había cogido de la mano con afecto, después sacudió repetidamente la cabeza, dejándola caer a un lado.*

*—Debes saber que ya es demasiado tarde. Lo que dije está dicho, Lieselotte. Nadie puede volver atrás en el tiempo, y hay palabras que nunca podrán retirarse. No me creerá.*

*—¿Pero tú lo querías?*

*Era una pregunta que se hacía a menudo, pero a la cual no sabía dar respuesta. Ya no había remedio. Stephan la tendría aislada en esa habitación hasta que Guido no viniera a por ella. Uno de los dos hombres de su vida moriría y, si sobrevivía Stephan, para ella sería el fin. Sin embargo..., no deseaba su muerte.*

*—No sé responder a esa pregunta —dijo al final.*

*Resignada, Lieselotte agachó la cabeza.*

*—He venido para decirte que partiré pronto. Es necesario. Tus conciudadanos han atacado y conquistado el castillo de Trezzo. Hans dice que ya no será seguro ningún lugar controlado por los suabos.*

*Era justo que los milaneses vencieran y que recuperasen sus tierras. Sin embargo, saberlo no le dio alegría, al contrario, se sentía intranquila. Si se hubiese quedado en el feudo y este cayese en manos enemigas, Lieselotte sufriría las mismas humillaciones que ella. Si no la muerte. Sin duda, hasta entre su gente había hombres como Hans y el capitán Ulthdrich.*

*—Sí, debes partir. Cuida de tu hijo y no pienses más en mí. No*



*estábamos destinadas a ser amigas.*

*Con lágrimas en los ojos, su cuñada dudó, esperando una palabra o un gesto de afecto que prefirió no ofrecerle. Lieselotte no debía sentirse triste por ella, su destino estaba sellado.*

*Al día siguiente la vio irse. Hans la ayudó a subir al carruaje junto a Hilda, que partía con ella. Las dos miraron hacia su ventana, y fue solo cuando el carruaje y los caballeros cruzaron el portal que conducía al jardín externo, cuando ya no podían verla, levantaron la mano para despedirse.*

Regina se apartó de esos breves recuerdos. Ese día ocurrió algo distinto al resto. Volvió a la ventana y vio unos soldados que corrían hacia los bastiones, mientras sus voces y la de sus superiores se interponían. La vida tranquila y cotidiana dio paso a la emoción que precede siempre a los acontecimientos importantes.

Se giró de repente cuando escuchó entrar a Freda, su sirvienta suaba, con los brazos cargados de telas de lino. Fue a su encuentro saltando los dos escalones, la cogió del brazo y tiró de ella.

—¿Qué ocurre? Te lo ruego, hazte entender.

—Te diré yo lo que sucede.

Al escuchar esa voz, Regina levantó la mirada de la cara angustiada de la chica para encontrar la de su esposo. Sintió que el corazón se le aceleraba, tanto que le parecía escucharlo, pero no por miedo. Dio un paso adelante, deteniéndose poco después. Ver a Stephan quieto en el umbral, tan alto y poderoso, le recordó el día en el que entró como señor en esa misma habitación y se sentó en la silla para mirarla. Pero ahora la mirada no era la misma y la boca denotaba dureza, tal y como lo vio la última vez, casi dos meses antes.

—Tus conciudadanos están tras las murallas, Regina —dijo acercándose y haciendo que Freda huyera con una simple mirada—. Los rechazaremos y morirán muchos. Y moriremos otros tantos —añadió—. Antes de que el sol se ponga, podrías ser viuda.

Regina sintió el hielo aprisionarle el corazón. ¿De verdad podía morir un hombre que combatía desde hacía diez años? ¿No era invencible como su aspecto? Negó con la cabeza y permaneció en silencio, incapaz de responder.

La cogió por los hombros y la sacudió con suavidad.

—Lo deseaste siempre, ¿no? ¿Pero crees que seguirás viva si tu

enamorado atraviesa las murallas?

Regina no sintió miedo por esa amenaza, sino una gran tristeza. Cerró los ojos, intentando retener las lágrimas, mientras los dedos masculinos profundizaban con rabia en su carne.

—¿No tienes miedo? ¿Estás segura de que tu enamorado milanés logrará recuperarte?

Abandonada en ese abrazo, siguió sin decir nada, consciente de que no existía respuesta.

—Podría estrangularte y tirar tu cuerpo por las murallas, como regalo para ese hombre.

—Hazlo, si te complace.

—Quizás me dé más placer otra cosa —contestó con rabia.

Regina sintió que la levantaban y la dejaban sobre la cama. Con sorpresa vio que le levantaba el vestido hasta la cintura, y en un momento entró dentro de ella. Solo quería humillarla, porque no hubo ternura ni pasión en esa relación sexual. Y, extrañamente, tampoco violencia. No la besó, supo que no lo haría más. No se rebeló, no gritó y no lo odió por ello. Que la tomara, si le complacía. Para ella era como pagar una deuda.

Stephan había entrado en esa habitación después de tanto tiempo para hablarle de su situación y para reafirmar sus orgullosos propósitos, pues no sabía cómo se resolvería el asedio. Los enemigos eran al menos el triple y ya sabía que no llegarían los refuerzos que esperaba. Los cuerpos de los mensajeros asesinados que había intentado enviar a su hermano estaban crucificados delante de las murallas. Sus amenazas a Regina estaban vacías, porque nunca la habría podido matar, y poseerla con tanta prisa había sido solo un gesto de indiferencia del que se había arrepentido en ese momento.

A pesar de todo, mientras se levantaba de la cama, dijo con voz ronca:

—Así tendría que haber sido nuestra relación. Algunos desfoges breves para que el matrimonio fuera válido y garantizar la sucesión. No se te habría obligado a que fingieras amarme para después engañarme.

—No te importaba que te amase.

Se equivocaba, pero era mejor que siguiera creyéndolo.

—Ya no importa —dijo abruptamente, casi a sí mismo. Y después se dio la vuelta para irse.

—No, Stephan, no te vayas así... yo nunca quise que murieras.

Se giró y le dedicó una sonrisa sarcástica.

—¿Temes por lo que te ocurrirá cuando me haya enfrentado a tus conciudadanos? Haces bien en temer, porque haré que esos bastardos retrocedan.

Los brazos que se extendía hacia él cayeron a los lados. ¿Por qué se lo había rogado? ¿Qué demonios la había empujado a hacerlo? La había usado como una meretriz, y ella...

Stephan pensó que en ese momento parecía frágil e indefensa, incluso arrepentida. Pero solo era una mentirosa. Le dio la espalda y salió de la habitación.

Regina escondió la cara en las manos. Lo había dejado ir, quizás hacia la muerte, sin una palabra. La había humillado, quería herirla... sin embargo, ella... Dios, ¡lo amaba!

—Lo amaba... lo amo —dijo en voz baja, reconociendo al fin sus sentimientos.

Un velo invisible se le había caído de los ojos, revelando también el corazón. Ya no había más excusas estúpidas para esconder el amor. Ahora sabía que nunca se fugaría con Guido, aunque hubiese tenido la posibilidad. Sabía que cada vez que hacía el amor con Stephan no era su cuerpo el que la traicionaba, sino el corazón. Aunque se imponía no pensar en ello, podía contar uno a uno los días en los que no la había tocado, y había anhelado sus besos más que la libertad perdida.

No pensó más en las ofensas sufridas y en su orgullo herido y se vio a sí misma como la responsable de haber negado la felicidad por obstinación. Una mujer que había mirado al pasado como el único futuro posible y que había rechazado a un hombre que amaba por rabia y orgullo. Quizás amaba a Stephan desde que lo vio por primera vez en la celda, o quizás el sentimiento creciera poco a poco mientras reían juntos, se enfrentaban o hacían el amor, y se había revelado al fin en el instante en el que se lo perdonaba todo y que quería que se le perdonara todo.

Corrió a la puerta. Se lo había dicho a sí misma. Ahora tenía que decírselo a él. ¡Tenía que hacerlo! Antes de que su destino se cumpliera.

Por desgracia, Regina no consiguió hablar con él. Dos soldados que hacían guardia en la puerta la detuvieron. Desesperada, entró en la habitación y, con prisa por decirle lo que sentía, decidió enviarle un mensaje. Un mensaje que no tenía respuesta.

¿Por qué culparle? ¿Qué razones tenía él para creerla? Y en un momento

así. ¿No fue ella misma la que le dijo a Lieselotte que lo que dijo dicho estaba y que no podría volver atrás porque no la creería?

Su único consuelo era la seguridad de que estaba vivo. Freda se lo hacía saber con ayuda de los gestos.

El asedio duró una semana.

Tras rechazar con tenacidad los primeros ataques enemigos, el barón de Hezen se sintió obligado a retirarse: las murallas habían caído y los milaneses habían entrado victoriosos en el patio exterior. Sabía que era el fin. Habían muerto muchos hombres y su intento por advertir a Hans había sido en vano. En poco tiempo, los enemigos atacarían y Regina sería libre. Con tranquilidad, sacó de la túnica el último mensaje que le había enviado, el tercero. Afirmaba que lo amaba, que lo perdonaba y a su vez le pedía perdón. Seguramente ignorase el resultado de la batalla y temía que, por venganza, la matase de verdad, cumpliendo así sus amenazas. Lo amaba, decía, y solo en esos últimos días lo había comprendido. Lo amaba... ¡mentiras! Con rabia hizo añicos el trozo de papel y lo tiró al viento y, como un mal presagio, una flecha golpeó el único trozo que quedaba a sus pies.

Regina se llevó las manos a los oídos para no escuchar más los gritos. Los hombres estaban luchando ya espada contra espada en el patio del palacio y los gritos de guerra, confundidos con los de dolor, estaban tan cerca que le hacían sentir mal.

Le habría gustado ver a alguien, preguntar, saber... pero ni siquiera Freda había venido por la mañana y estaba desesperada. Tenía ojos para ver y sabía que la conclusión del asedio daría por vencedores a su gente. ¿Pero seguía siendo su gente? ¿Qué había sido de Stephan? ¿Seguía vivo? ¿Le habían capturado?

Corrió hacia la ventana y buscó entre los hombres que combatían a su amado. No obstante, consciente de que no era posible localizarlo en la pelea y por el espacio reducido de la ventana, con un gemido desesperado se fue hacia la puerta.

Solo había un soldado montando guardia: era un chico al que se le había encomendado proteger a una mujer enemiga que, sin duda, daría la bienvenida a los vencedores con los brazos abiertos mientras sus compañeros morían con las espadas en la mano. Le dirigió una mirada hostil y extendió la lanza para impedirle el paso.

—¡Déjame pasar!

—No puedo.

—¡He dicho que me dejes pasar! ¡Quiero ver!

Pillándolo por sorpresa, Regina retiró la lanza y empezó a correr por el pasillo. Atravesó un pasaje mucho más estrecho y, en el punto en el que empezaba a curvarse, subió unos escalones que llevaban a una ventana más alta y se agarró a la barandilla.

No tardó en reconocer a Stephan: el escudo de armas de los Deinburg era visible en la sobrevesta cubierta de sangre. Había perdido el yelmo, la capucha de la túnica le colgaba sobre los hombros y el pelo rubio brillaba al sol.

Lo vio abatir a un hombre con un golpe de espada y a otro le perforó el pecho, después se volvió hacia un lado para enfrentarse a otros dos hombres que parecía que habían venido de la nada y abatió sin dificultad al primero. Iba a derrotar también al otro cuando surgió un tercer hombre por atrás. Con una lentitud insoportable, vio al segundo hombre caer mientras el tercero levantaba la espada. Vio la cabeza rubia echada hacia atrás y le pareció escuchar su grito de dolor mientras soltaba la espada y caía de rodillas.

—¡No, no! —siguió gritando con la cabeza apoyada contra la pared—. No, no, no... —repitió como un lamento fúnebre.

—Baronesa...

No levantó la mirada, sabía que se trataba del joven soldado que la había seguido, pero en ese instante solo pensaba en su esposo. No pudo evitar mirar donde él yacía, el corazón se le llenó de esperanza, pero esta no tardó en morir. El brazo parecía intentar llegar a la espada, que nunca más usaría, mientras una mancha roja creía en la espalda.

—¿El barón está muerto? —era una afirmación más que una pregunta. El joven también lo había visto—. Entonces...

Regina no habló. No podía. Giró la cabeza cuando escuchó el quejido penoso que tan bien conocía, precedido por la vibración de una espada desenvainada. Vio a la chica sordomuda aferrarse al brazo del soldado y sacudió la cabeza repetidas veces con los ojos abiertos por el terror. El soldado tenía entre las manos una espada de hoja corta y la apuntaba contra Regina.

La pena que se veía en los ojos color violeta era indescriptible.

—¿Quiso que así fuera?

El joven sacudió la cabeza. Lo había escuchado en boca de otro guardia: si

los enemigos entraban y el barón moría, la milanese tenía que morir. Sería una forma justa de vengarlo. Sin embargo, no tenía el valor. No era un bruto y sabía que la mujer estaba sufriendo. Ni siquiera tenía miedo de la hoja, como si para ella fuese justo ese fin.

—No, él no —dijo—. Y yo tampoco lo quiero —añadió, bajando la espada—. Tened cuidado, señora.

No dijo nada más, se dio la vuelta y corrió por el pasillo. Iba a participar en su primera batalla. La última, quizás.

La chica suaba le agarró el brazo y tiró de él con suavidad para que entendiera que tenían que irse.

—Le han tenido que golpear por detrás para matarlo —susurró Regina, sabiendo que la suaba no podía escucharla—. Le han derrotado como un león —al final, unos sollozos liberadores empezaron a recorrerla y no declinó la mano que la cogía para guiarla hacia su habitación.

No encontraron a nadie por el pasillo, ni de una facción ni de la otra, y cuando estuvieron a salvo Regina no permitió que la sirvienta sellara la puerta. No serviría para nada contra hombres fuertes y tenaces, lo sabía muy bien. Afrontaría su destino y, en el fondo, ya nada tenía significado para ella.

Ya no sabía cuánto tiempo quedaba, con las manos escondió la cara de sufrimiento, arrodillada delante de la imagen de la Virgen. Después, alguien abrió la puerta y dos hombres entraron con las espadas desenvainadas. No eran soldados germanos: los milaneses habían vencido. Regina se levantó y los miró.

Uno de los dos volvió a meter la espada en la vaina y se agachó.

—Sois Regina Balestrieri, imagino —dijo—. No queremos haceros daño.

Regina asintió. ¿Y por qué tendrían que hacerlo? ¿No era milanese como ellos?

—Sí. Pero ahora soy Regina Deinburg —respondió con tranquilidad.

—Lo sé. ¿Queréis que os llame baronesa? —contestó el hombre, con una nota sarcástica en la voz.

La estaba poniendo a prueba. Se le iluminó la mirada durante un momento y enseguida desapareció.

—Regina...

Ese reclamo parecía una súplica, Regina olvidó al soldado y su arrogancia para mirar al hombre que había hablado. Estaba de pie en el umbral, y en la cara, sucia por la tierra y la sangre, brillaban ojos oscuros llenos de espera.

Llevaba una túnica roja, como el hombre que había matado a Stephan, y le pareció odiarlo por ello. Suspiró brevemente. No... no era justo. No tenía que odiar el brazo que había asestado el golpe, sino al monstruo horrendo que era la guerra.

—Guido —murmuró por fin, con un toque de dulzura en la voz temblorosa.

Casi había pronunciado una palabra mágica, en un segundo el hombre fue a su lado y la cogió en brazos.

Había anhelado ese momento durante mucho tiempo y ahora que la tenía consigo sabía que no se había engañado.

—Amor mío —le susurró en el pelo—, creía que me iba a volver loco cuando mi padre me dijo que ese suabo te había desposado, y en el mercado, cuando tuve que dejarte, sentí rabia y arrepentimiento a la vez.

El dolor por la pérdida de Stephan se sobreponía en su corazón al resto de sentimientos y emociones. El suabo yacía en el patio. El suabo no volvió como había prometido, no volvería jamás. Regina se salió del abrazo, que de repente le pareció sacrílego, y miro al amigo con ojos llenos de pena.

—Stephan está muerto —susurró—. Vi que un soldado le golpeó por atrás.

Una extraña luz brilló en la mirada oscura de Guido. Fue él el hombre que le dio el golpe, pero no era así como tenía que haber sucedido. Por lo que parecía, la suerte no le permitió vencer. Quiso enfrentarse al Deinburg desde que *el desgraciado* entró bruscamente en su vida, arrebatándole el bien máspreciado. Le habría gustado mirarlo a la cara mientras le hundía la hoja en el pecho y, en cambio, le había golpeado por detrás como un villano, pero también para salvar a un compañero que estaba a punto de sucumbir. Fue un golpe veloz, no premeditado, que había herido a su enemigo sin matarlo, y no había podido acabar con él porque otro germano llegó rápido para enfrentarse a él.

Observó la cara pálida de Regina, su mirada de sufrimiento. ¿Era posible que hubiera amado a ese perro? Extendió una mano para acariciarle el brazo, pero la retiró enseguida: lo acababa de rechazar. Pero si había amado de verdad al suabo, ¿qué haría si supiese que seguía vivo? ¿Se iría a su lado, arriesgándose a que se la llevaran a Milán encadenada como una enemiga? ¿Regina prisionera de su misma gente? No, ¡era una locura! Creía que el Deinburg había muerto, ella misma lo había visto caer, y no tenía que convencerla. Y, por lo tanto, no le daría opción a elegir. Al mismo tiempo no

le mentiría, pero el sufrimiento le había cambiado el carácter: era más duro, despiadado y desleal.

—¡Es la guerra, Regina! —dijo entonces.

Regina asintió. Stephan también lo dijo una vez. Los hombres parecían aceptar el destino que ese monstruo les reservaba, pero ella no. Ella no.

—Ahora ha acabado. Olvida los meses pasados y vuelve a Milán conmigo.

Regina levantó la vista y lo miró cortante. Ella también había cambiado. Había cambiado en cuerpo y alma para siempre.

—¡No me pidas que olvide! Todo ha sido horrible, y yo... —se interrumpió. No le diría a Guido que había amado a Stephan. Era un sentimiento que saboreó hace poco, lo guardaría en su corazón como un homenaje valioso a su memoria—. Solo quiero verlo, después partiré contigo.

Esa mirada y ese tono... Guido recuperó las esperanzas. ¡Qué idiota! Era obvio que estuviera confusa después de lo que había pasado todos esos meses. ¿Por qué se enamoraría de un hombre que le había hecho tanto daño? ¿Y no había aceptado huir con él unas pocas semanas antes? Posiblemente quería ver al barón muerto para su satisfacción. Pero no podía permitírselo.

—Sí, ha sido horrible —dijo con voz tranquila—. Por eso no debes verlo.

Al igual que le ocurrió a Guido, ella tampoco lo entendió. Cuando pensaba en su tío y sus primos, los veía siempre subidos a la rama de un árbol. El último recuerdo de Stephan no tenía que ser el de un cuerpo al que había vencido la muerte. Si no lo veía, en sus ojos y en su mente seguiría vivo para siempre. Guido tenía razón, quería lo mejor para ella.

—Sí —susurró—. Sácame de aquí. ¡Sácame ya de aquí!

—Lo haré, Regina. En Milán encontrarás el afecto que mereces. Llévate de aquí a esa mujer —dijo dirigiéndose a uno de los hombres que lo habían precedido en la habitación, señalando a la pobre Freda que, aferrada a la pared, con ojos abiertos, esperaba que se decidiera su suerte—. Y tú busca a Rolando y dile que prepare un carro —ordenó al otro—. Yo dejaré pronto el castillo con la damisela Balestrieri.

Regina dio un paso adelante.

—¡No la toquéis! —se impuso—. Ella viene conmigo.

—¿Es una broma, señora? Ningún germano, ni siquiera una sirvienta, puede entrar libremente en la ciudad sin arriesgarse a que lo linchen. Si queréis, podemos dejarla libre. Ella no nos importa.

Regina miró al hombre con sarcasmo amargo. Estaba segura que si se iba



harían lo que quisieran con ella. Pero aunque la dejaran libre, ¿cómo sobreviviría sola, incapaz de escuchar y hablar? Y tampoco era posible encomendarla a las sirvientas lombardas del castillo.

—¿Porque la lincharían? ¡No! —se acercó a Freda y le pasó un brazo por la espalda—. Sé que no lo puedes entender —dijo en voz baja—, pero te ayudaré —miró a los dos hombres y se dio la vuelta para encontrarse con la mirada insegura de Guido—. ¡Ella se viene conmigo!

—Como quieras. Llévate todo lo que creas que es indispensable y nos vamos —dijo Guido insatisfecho. Después le hizo un gesto a sus compañeros para que hicieran lo que les había ordenado.

Regina cogió del brazo a Freda para calmarla e hizo que comprendiera que se iría con ella. Después, cogió el cofre de sus joyas, todas las que le había regalado Stephan, y se las encomendó. Ya no tenía marido y tampoco dinero, sus joyas podrían serle de utilidad un día. Mientras se colocaba la capa en los hombros, tocó con los dedos el colgante de la cadena que llevaba al cuello. No se separaría de ella nunca. Siempre le recordaría una noche de luna llena hecha para el amor.

Stephan Deinburg volvió a abrir los ojos. Se movió bruscamente para levantarse, pero un dolor enorme le recorrió la espalda, apretó los dientes y se apoyó en la pared. Lo último que recordaba era al hombre que iba a golpear, junto a sus sentimientos: el odio y el deseo de matar a todos esos malditos milaneses. Jamás había odiado tanto a sus enemigos, mejor hacerlos prisioneros que matarlos, así podían rescatarlos. Pero en esa última batalla combatió por Regina, por poder decir que todavía era suya, con el orgullo de un perro por su hueso.

Se movió de nuevo, con más cuidado y, a pesar de tener las manos atadas en la espalda, pudo tocar parte de la herida. Era grande, pero no parecía que fuera profunda, aunque el dolor era insoportable. El golpe no había sido fuerte, solo lo asestó para liberarse de él y salvar al hombre que estaba matando. Habría perdido el conocimiento al caer. Quizás seguía vivo por eso.

Entrecerró los ojos, molesto por el color rojo del cielo en la puesta de sol. ¿Dónde estaría ella esa noche? ¿Entre los brazos del hombre que tantas veces había intentado secuestrarla? ¡Maldición! Y él estaba allí, prisionero, impotente.

Miró a su alrededor. Sus hombres estaban sentados en silencio, cansados, heridos... abatidos. Uno de ellos se le acercó.

—Me alegra que os hayáis despertado. Parecía que estabais muerto — observó a sus compañeros—. Lo siento, barón, nos obligaron a rendirnos. Ya había acabado.

—¿Cuántos somos?

—Dieciocho, señor.

Dieciocho de trescientos. ¿También fue así en Trezzo?

—¿Creéis que nos llevarán a Milán?

—Puedes estar seguro de ello.

Los intercambiarían por otros prisioneros. Los supervivientes, como es obvio, porque en las cárceles las heridas se infectaban demasiado a menudo.

Como si hubiese leído los pensamientos de su señor, el soldado se miró la pierna herida.

—Quién sabe si volveré a ver a mi mujer. Me habría gustado traerla conmigo cuando me vine a Italia, pero estaba embarazada, en el séptimo mes. ¿Conoceré a mi hijo?

¿Y volvería él a ver a Regina al menos una vez? Pensó en sus palabras, en los mensajes que había destrozado. ¿Mentía? Qué idiota, ¡claro que mentía! No podía ni siquiera imaginarla a su lado y tampoco habría sido beneficioso. Para él había acabado. No era un hombre que se resignaba fácilmente, pero no sabía si saldría vivo de la prisión. El hombre que quería llevarse a su mujer no le dejaría con vida por mucho más tiempo. Era una ley que él también aplicaba, la ley del más fuerte, y en ese momento el más fuerte no era él.

Había perdido a Regina para siempre. Recordó cuando la tuvo en los brazos la primera vez, cuando la amó la primera vez. Recordó sus noches juntos, sus respuestas apasionadas. La amaba, la amaba como nunca había amado a ninguna y sabía que solo saldría de su corazón si dejaba de latir. Y ella, ¿había estado fingiendo siempre?

Sonrió de pronto. No, quizás no siempre. Y, pensando sobre ello, había tenido su parte de felicidad, quizás no había sido completa, pero lo había sido en parte.

Intentó levantarse para saber si podía mantenerse de pie, pero cayó sobre una rodilla. Uno de los soldados que montaban guardia le gritó palabras de desprecio. Apretó los dientes, le habría gustado abrirle el pescuezo.

Entonces la vio. Acababa de salir de la puerta de entrada del palacio y estaba bajando las escaleras de piedra. Llevaba una capa y parecía estar sufriendo. ¿Qué le habían hecho? La vio vacilar, y el hombre moreno que iba a

su lado la sostenía. Había ternura en ese gesto, y confianza en el de ella, cuando le posó la cabeza en el hombro.

Nada. No le habían hecho nada. Se iba, seguramente feliz, sin siquiera mirar a los prisioneros agrupados a unos treinta pasos de ella. Se iba. Se había librado de su problemático pasado como si nunca hubiera existido. Se iba sin siquiera preguntarse si seguía vivo o muerto.

—¡Putá! —siseó, apoyando con fuerza los hombros contra la pared, sin advertir el dolor de la herida—. ¡Maldita puta!

**Milán**

Cuando dejó el castillo bajo la protección de Guido, Regina no había pensado en la bienvenida que recibiría en Milán. Ahora, tras dos semanas, después de haber visto a quienes, por culpa de los imperialistas, habían perdido hijos, maridos o habían renunciado a rescatar a sus familiares prisioneros, sabía que había sido solo una ilusión esperar que la trataran mejor. Después de todo, ¿no lo dijo ella misma cuando Stephan la obligó a desposarlo? Una milanesa que desposaba un suabo era una traidora, condenada al ostracismo de su gente.

No sintió humillación ni rabia cuando sus iguales, las amigas de su madre y madrinas cariñosas para ella, la ignoraban cuando la encontraban en el suelo sagrado de la iglesia. Más bien, en su corazón se hacía más profundo el sollozo por haber traicionado a su amor, por haber rechazado la felicidad de la que podía haber disfrutado abiertamente, por rechazar lo que siempre había querido tener. Era demasiado tarde, pero ahora estaba orgullosa de que un hombre como Stephan la hubiese elegido. Un hombre fuerte y valeroso, que sabía reír, disfrutar y sufrir, un hombre que la habría hecho feliz si tan solo lo hubiera querido, si hubiese tenido un poco de la dulzura de Lieselotte. No, no eran tan distintos de los imperialistas, a veces estos últimos eran mejores, como Hilda o la pequeña Freda, o el soldado que quería matarla y no pudo hacerlo.

Pasó con la cabeza alta delante de esas mujeres a las que había saludado y que ninguna había respondido. Vivía en la casa de los Bossi, donde el respeto que le mostraban era solo apariencia.

En la cocina, los sirvientes se metían con Freda, pues con ella no podían hacerlo, y la gobernanta insinuaba que la chica no era sordomuda, como quería hacer creer, y quizás no era una sirvienta, sino la espía de Barbarroja. A su parecer, todos los extranjeros tenían que estar en la cárcel, encadenados los unos a los otros como las bestias que eran. Y cuando lo dijo, dirigió a Regina

una mirada maligna y desafiante, como si quisiera decir que ella también merecía esa suerte.

El viejo Bossi parecía el de siempre, pero no era así. A menudo, sus ojos le devolvían una mirada acusatoria. En su día, inconscientemente, había hecho sufrir a su hijo y ahora, conscientemente, lo rechazaba. Sin duda, habría preferido estar lejos de ella. Quizás en San Martino, ya libre del yugo extranjero y suyo por derecho. O encerrada en un convento, como habría sido conveniente para una mujer en su condición.

Rosa era la única persona de la casa con la que podría haber mantenido una amistad. No la miraba con desprecio, aunque solo le había dirigido gestos breves con la cabeza. A la chica la seguía siempre la sombra de una nodriza y, aunque parecía tímida, no dudó en hacer callar a su corpulenta guardiana cuando se atrevió a decir que una mujer decente se habría matado antes de pertenecer a un extranjero.

Pero las relaciones más difíciles eran las de Guido, y hacía días que pensaba en volver al feudo. Apenas soportaba las miradas del hombre, siempre dispuesto a interceptar en sus palabras, en su actitud, una respuesta positiva a sus preguntas silenciosas. No quería entender su dolor, lo rechazaba.

Una noche entró en su habitación por la ventana abierta, por medio de un árbol que subía al lado, y se lo encontró delante de la cama donde reposaba, como un espectro en la oscuridad de la noche.

El estupor la dejó inmóvil, sin aliento, con una pregunta en los ojos que no quería hacer.

—Nunca te había visto así —susurró, mirando con deseo los hombros desnudos y la curva de sus pechos.

Volviendo en sí, se subió enseguida las sábanas para cubrirse.

—Te tiene que haber visto así decenas de veces —continuó, acercándose lentamente—. Es justo, era tu esposo, pero no puedo olvidar que podría haber sido yo —había una profunda amargura en su voz, y mientras con la mano le acariciaba con ternura la mejilla deseó durante un instante que todo volviera a como había sido antes de septiembre, que esa mano le regalara las sensaciones que sentía ahora, que tuviera el poder de hacerle olvidar todo como le ocurría en los brazos de Stephan.

Se agachó y la besó, pero ese beso, que no supo rechazar, no le dio nada, ni el brillo de un deseo ni un momento de gloria. Eran los besos de Stephan los

que quería, y ya nos los tendría más.

Con un gemido lo rechazó.

—No... te lo ruego...

—No... claro —repitió dejándola con brusquedad. Después se levantó de golpe y se alejó, quizás para no sentir más la tentación de tocarla—. No quería asustarte, perdóname. Has tenido que pasar por momentos horribles a merced de ese perro, lo sé.

—Guido... no es así... —intentó explicarle.

La interrumpió con rabia.

—Te tomó por la fuerza, ¿no es así? ¿Es así como te tuvo?

La obstinación y la rabia dominaban el corazón de Guido. Es posible que hubiese entendido la verdad, pero no quería. Quería amarla a toda costa, a pesar de todo, sin preocuparle su voluntad o sus deseos, solo porque a sus ojos tenía que ser así. Y para ella aquel hombre era ya un extraño.

«*Siempre amé a Stephan, lo amo y lo amaré por siempre*», quiso decirle. Pero no quería herirle y dejó que se alejara sin explicarle nada.

Encerrado en su obstinado amor y en su rabia, devorado por el ansia de venganza, Guido preparaba el futuro que deseaba para él y para Regina. De familia poderosa y suficientemente rica para garantizar la complicidad de dos guardias de la prisión, había sido fácil aislar a su enemigo de los otros prisioneros, dejando que languideciera en el sótano más estrecho. No habría esperanza de rescate para Stephan Deinburg, el hombre que le había destrozado la vida, que no le había concedido rescatar a Regina.

Pero el deseo de volver a ver a su enemigo y de arrancarle las ilusiones se hizo día tras día más obsesivo cada vez que veía a Regina resignada por el ostracismo de la gente, tratada con frialdad hasta por el último de sus sirvientes, y cada vez que veía a Rosa, silenciosa y paciente, alejada de él como si se tratara de una prisionera. No podía acusar al Deinburg de su conducta hacia Rosa, ¿no era él mismo el responsable de aquello? Si todo se hubiera desarrollado como tenía que ser, Regina habría sido suya y no habría pensado en Rosa, no se habría sentido atormentado por el arrepentimiento ni por el sollozo persistente y oscuro de algo que ya no podía tener y no tendría que haber tomado.

Ahora, delante de la celda de su enemigo, cuando el guardia le abrió la puerta sintió un momento de emoción. El hedor que había allí dentro le recordaba demasiado a su prisión de Lodi e instintivamente se pasó una mano

por la muñeca, donde empezaban a desvanecerse las señales de las cadenas. Sacó la antorcha del gancho y dio un paso, alejándose un poco de la luz.

—Idos —ordenó al guardia.

El hombre lo miró perplejo.

—Está furioso. Intentó estrangularme con las cadenas cuando lo traje aquí. He mandado a que lo fustigaran y no le he enviado comida durante tres días para calmarlo.

—Idos, he dicho —repitió Guido. No temía al suabo, ¿acaso podía temerlo ahora? Hambriento y encerrado en una celda con el techo tan bajo como para hacer que un hombre de mediana altura se curvase. Condiciones que terminarían por destrozar hasta un hombre que gozase de buena salud, además, el suabo estaba herido.

Stephan levantó un poco la cabeza y no se movió de la posición en la que estaba, sentado en el suelo y con el hombro sano apoyado en la pared. Miró de nuevo con indiferencia al visitante, sin preguntarse quién era ni qué quería. ¿Qué importancia tendría? Sabía que estaba en esas condiciones por Regina y su amante y sabía que no le rescatarían, por eso intentó matar al guardia que lo conducía a ese agujero sucio en un desesperado y loco intento de fuga.

—¿No me preguntáis quién soy? —dijo Guido con seriedad, molesto por la indiferencia del prisionero.

Stephan lo observó con más atención: ya había visto a ese hombre, lo atormentaba en sus pesadillas porque tenía a Regina en los brazos.

El ruido de las cadenas, que revelaron las intenciones del prisionero de ponerse de pie, le dijo a Guido que su enemigo conocía su identidad o, al menos, la imaginaba.

—No es necesario —respondió Stephan, esforzándose por mantener la voz tranquila para no revelar su debilidad física—. Me preguntó por qué habéis venido. Me pregunto también por qué no terminasteis conmigo en el campo de batalla, os habría sido más útil estando muerto.

—¿Por qué? ¿Creéis que estáis vivo?

Stephan no reacción a las palabras. Él mismo sabía que estaba condenado.

—Sigo respirando —dijo—. ¿Es esto lo que le angustia a Regina?

—¡No oséis nombrarla!

—¿Y por qué? Estáis aquí por ella. ¿No sois el amante de mi mujer?

El hombre que fue Guido floreció durante un instante en él, y el joven abrió la boca para negarlo. Pero el demonio de la venganza lo venció.

—¡Sí! —dijo bruscamente—. Regina está al fin donde quería estar: ¡conmigo! ¿Sabéis qué hemos hecho?

Stephan no respondió. La boca era una línea dura, los ojos parecían dos fisuras. Con un salto, olvidando el dolor de la herida, se le abalanzó para intentar estrangularlo con sus propias manos. ¿Sabía ese maldito milanés lo que le habían hecho? La fuerza le provenía de la rabia, de la desesperación, de los celos. No le importaba salir vivo: solo quería matar a ese hombre.

Guido logró liberarse con dificultad del cuerpo pesado que tenía encima, de los dedos que le envolvían la garganta como garras. Lo empujó hacia atrás y se levantó con agilidad.

—Os podría matar por esto y nadie diría nada en vuestra defensa, pero una muerte rápida sería un favor para vos. Sí, de esta celda saldréis solo envuelto en un sudario. Veo que aún sois fuerte, pero pronto dejaréis de serlo. Pronto, cuando alguien le dé la noticia, estaréis muerto hasta para vuestro hermano. Quién sabe, quizás se alegre, pues desde ese momento heredará vuestro título.

Stephan se levantó y recuperó su posición habitual. El dolor de la herida era casi insoportable y el brazo izquierdo parecía inerte. No obstante, mirando al milanés con ojos febriles, dijo con un toque de ironía:

—A veces las venganzas demasiado lentas pueden costar caras. Preferiría no fiarme de ellas. ¡Os conviene matarme rápido o seré yo un día el que os mate a vos!

Guido no respondió. Le dio la espalda y se acercó a la puerta. Cogió la antorcha y se giró para mirar a su rival. La llama le iluminaba la cara, pero la mano que mantenía la antorcha le temblaba y el oscilar de la llama le daba a su rostro un aspecto demoníaco.

—No os hagáis ilusiones —dijo.

—La ilusión no hará más que hacer más cruel vuestra agonía.



## **TERCERA PARTE**

### **Sucesos en el verano de 1159**

## Junio

### Milán

#### Palacio Bossi

Extendida sobre la hierba, en la esquina más apartada del jardín, Regina disfrutó la sensación de la hierba fresca y perfumada en los dedos y el cálido sol de mañana en la cara.

Nada le gustaba más que ese pequeño paraíso, ese silencio interrumpido solo por el gorjeo de los pájaros, lejos de la gente que vivía en esa casa, que ya la sofocaba. La misma casa en la que había soñado vivir con Guido, donde deberían crecer sus hijos...

En una época que ya pertenecía a otra vida.

Sus pensamientos en aquel momento eran solo para Stephan. Si cerraba los ojos, le parecía sentir sus abrazos y los besos en su boca. Escuchaba sus risas y recordaba sus enfados repentinos. No los olvidaría jamás. Lo anhelaba, y seguiría anhelando todo de él, hasta la misma violencia que a veces lo colapsaba. Stephan era Stephan, con su afecto y su rabia, con sus ruegos y sus defectos. Ni mejor ni peor que otros hombres. Y estaba muerto, murió sin creer que lo amaba.

—No te odiaba, Stephan. Te amaba, te amo... —susurró.

Estaban a principios de junio, veinticinco días después de la muerte de su marido, y no sabía todavía qué haría con su vida. Suspiró profundamente, pero un sollozo que no era suyo rompió el silencio. Se levantó de repente y vio a la pobre Freda salir de los arbustos.

La chica estaba en un estado horrible: el vestido mojado, el pelo pegado a la cabeza y tenía magullada la cara, siempre pálida bajo el flequillo.

—Me dio a entender que estabais aquí y la he traído con vos.

—Detrás de la suaba apareció Rosa, también con el vestido mojado, aunque solo en la manga.

Regina corrió hacia Freda y la abrazó con afecto.

—¿Qué ha pasado?

—Una broma en la cocina. Le tiraron encima agua fingiendo que era aceite hirviendo para ver si gritaba. Se lo ha creído y ahora la pobre está confusa — explicó Rosa.

—¿Pero por qué? ¿Por qué tanta maldad? —preguntó Regina, recordando lo que sufrió en el castillo. Pobre Freda, que no hablaba ni escuchaba ni se podía defender igual que otras. Pronunció lentamente algunas palabras tranquilizadoras en germano, mirando el rostro de la chica, que sabía leer los movimientos de los labios—. ¡Son idiotas y despiadadas! —exclamó al final con indignación, profundizando con su mirada violeta en los ojos castaños de Rosa.

—Os prometo, Regina, que se castigará a las sirvientas. Se lo he dicho ya a Tullia...

—Vaya... ¡esa! Quizás fuera ella la que las instigó.

Rosa negó con la cabeza.

—No digáis eso. Tullia es una mujer buena. Tenéis que entender que haya sospechado y... haya sido un poco injusta. Perdió a su hijo durante el asedio del año pasado. Marchino solo tenía catorce años.

Sí, Regina lo entendía. ¿Cuántas veces había sido injusta ella? Así que asintió.

—¿No os sentís resentida por mí?

Rosa se mordió el labio superior. Para ella fue un duro golpe ver a Guido volver al palacio con la Balestrieri. No se lo esperaba y le habría gustado estar en otro lugar. En verdad, había intentado pedirle más veces a su padrino que la enviara al convento, estaba segura que entre esas paredes se sentiría mucho más en paz que en esa casa, obligada a ver todos los días a su rival. Sin embargo, no le tenía ningún rencor. Regina no tenía la culpa si Guido la prefería a ella y si, después de hacerla prisionera, un suabo quisiera desposarla.

Se había obligado a fingir indiferencia, pero no le gustaba el trato que recibía la joven mujer. Entre los sirvientes, cuando no estaba presente, la llamaban con los nombres más infames, y no le parecía justo.

—No, y lo siento por vos. No soporto cuando escucho a las mujeres ignorantes decir que tendrías que haberte matado antes que ceder a la violencia.

—No fue fácil al principio —susurró Regina—, pero Stephan no me tomó

por la violencia. Él era —suspiró y se quedó en silencio, incapaz de seguir.

Rosa se sonrojó y agachó la cabeza por la vergüenza. Nunca se habían hablado y ahora se encontraba escuchando las confidencias más íntimas de su rival. Era como si le hubiera dicho que quería al barón suabo y que le echaba de menos. Era una mujer enamorada y podía comprender el estado de ánimo de otra mujer enamorada, y ese fugaz cambio de expresión mientras Regina nombraba a su hombre le había revelado la verdad. Esa mujer había amado a su esposo. Esa mujer, quizás, no aceptara a Guido.

La sensación de alivio que sintió con ese pensamiento se expandió rápidamente de la mente al cuerpo, haciéndola temblar. Si Regina rechazase a Guido, seguramente honoraría la promesa que le hizo al padre de desposarla, ¿pero quería eso de verdad? El alivio se desvaneció, para dejar paso a la amargura. ¿Aceptaría convertirse en una obligación, en el segundo plato del hombre al que amaba?

—¿Cómo es que estáis sola? —murmuró Regina, saliendo de su silencio—. Creía que vuestra nodriza no os dejaba nunca sola y que os impedía acercaros a mí.

Rosa levantó la vista.

—¿Habéis pensado en ello? No, no debéis. Tullia puede estar en vuestra contra, pero las razones que la tienen unida a mí son... otras. No es por vos por lo que me tienen alejada.

—¿Es por un pretendiente no deseado?

—Sí —admitió la chica. Después de todo, en parte era la verdad—. Ahora Tullia no está bien.

—Podéis sentaros aquí, a mi lado, si tenéis ganas de hablar —la invitó Regina con un toque tímido.

Rosa asintió. Nunca hablaba con nadie y no estaba con otra que no fuera la nodriza.

—¿Qué te parece si sales conmigo a dar un paseo? —dijo de repente—. Quiero comprar tela para un vestido, podríamos ir al mercado de al lado.

—¿Y no dirá nada vuestra nodriza?

Rosa sabía que Guido y su padre no volverían antes del anochecer, así que Tullia no tendría ningún motivo para despreocuparse.

—Le diré que iré al mercado acompañada de una sirvienta.

Era el primer gesto de simpatía que recibía Regina desde su llegada a Milán, y le pareció tan bonito que no quería rechazarlo. Sonrió.

—Sí, si no os disgusta la presencia de Freda. Me temo que no puedo dejarla sola hasta que haya hablado con el señor Ulrico sobre el incidente.

Rosa sonrió también.

—De esta manera, será ella la sirvienta que me acompañe.

La plaza del mercado estaba abarrotada, pero a las dos jóvenes mujeres no les molestaba la presencia de tantas personas, de todas las edades y condiciones, o por el griterío confuso que reinaba.

Pasaron de puesto en puesto divirtiéndose mientras miraban y contrastaban el precio de las telas y los collares de oro. Ambas olvidaron, aunque fuera un poco, los problemas que las asediaban. Pero Regina, mientras sonreía a su compañera delante de una cubierta sucia tapada por decenas de vasijas de terracota a precio razonable, volvió bruscamente a la realidad.

—Vaya, mira, nuestra condesita... ¿pero qué digo? ¡La baronesa de Hezen!

Regina se sobresaltó. Había reconocido enseguida la voz de tonos altos y un poco estridentes. La atormentó durante semanas, pero ya no podía molestarla. Se frenó para no girarse de golpe y se dio la vuelta con tranquilidad.

—Sí —confirmó—. Soy yo. Ahora que... —las palabras no pudieron salir al ver esa figura demacrada, muy distinta a la chica que conoció. Matilde estaba enferma de gravedad, o lo había estado. La piel de la cara parecía marchita, de un color grisáceo enfermo sobre el que resaltaban unas bolsas profundas debajo de los ojos. Estaba tan delgada que bajo el vestido se podían contar uno a uno los huesos del tórax.

—¿Piedad? —preguntó la chica con seriedad.

Regina suspiró. Quizás la mujer no se merecía lo que le había ocurrido, pero se sentía responsable porque estaba claro que su vida había cambiado mucho desde que la echaron del feudo.

—No —mintió aun así—. Jamás podrías inspirarme piedad.

Matilde echó hacia atrás la cabeza y repentinamente empezó a reír, enseñando una fila de dientes perfectos y sorprendentemente blancos.

—Yo creo que sí, y te mueres de ganas de darme un par de monedas para sentirte en paz.

—Quizás, pero no las tendrás.

Ignorando ese último comentario, Matilde se fijó en Rosa, que estaba discretamente a un lado, y a Freda, casi escondida detrás de la joven.

—Veo que tienes una dama de compañía y una sirvienta. Recuerdo a esa

estúpida. Sabes recuperarte rápido de las desgracias —añadió con tono agrio—. Pero yo también, créeme. Tengo un idiota que me mantiene y me estoy curando de una enfermedad en los pulmones. Día a día recupero peso y me crece el pelo. Así que... quítate de los ojos la piedad. Más bien, piensa en ti. Tienes motivos para temer.

Regina la miró helada, la compasión se desvaneció. ¿Cómo osaba amenazarla esa bruja?

—¿No lo entiendes? ¡Ah, sí, finges! Deberías saber que los Deinburg no son hombres que estén dispuestos a perdonar. Debe ser horrible vivir preguntándose cuándo asestarán el golpe de su venganza —miró a la derecha y a la izquierda y después detrás de Regina—. ¿No llevas escolta? ¡Qué valiente! ¿No sabes que hay más hombres de los que crees en la ciudad que apoyan al emperador y que muchos de ellos matarían a su propia madre por un trozo de pan?

La joven baronesa quería darse la vuelta e irse para no escucharla más, pero, a pesar de todo, se quedó quieta como un árbol que había echado raíces y no pudo evitar decir:

—No creo que mi cuñado piense en pagar sicarios por mí.

—¿Por qué no? Quizás no le guste saber que la baronesa de Hezen se las pase con el enemigo mientras su hermano se marchita en la prisión —comentó Matilde con aire burlón—. Cuando vi entrar en la ciudad a los prisioneros de San Martino, pensé en ti y deambulé un poco alrededor de la casa de los Bossi. Así supe que estabas con el noble Guido, tirando a ese varón rubio que desposaste. Sabes elegir bien a tus hombres: fascinantes y poderosos. Imagino que el mismo barón querrá verte muerta si lo llegan a rescatar.

¡Solo eran infamias! Pero Regina no se preocupaba por lo que decían de ella, mientras que ese “varón rubio” no volvería jamás, ni para recuperarla ni para vengarse.

—El barón está muerto —dijo con tristeza.

—¿De verdad? Cuando lo vi estaba en un carruaje junto a sus hombres y parecía vivo, aunque se le veía sufrir. Ah, qué tonta soy. Sin duda ahora estará muerto, se habrá hecho cargo tu buen caballero moreno. Vaya... ¡menuda mirada! ¿Tienes miedo?

Regina se había vuelto pálida, su cuerpo fue presa de un breve temblor. ¿Stephan vivo? Durante unos segundos se aferró a esa ilusión. Sin embargo, lo

había visto caer y Guido le había confirmado su muerte. Pero fue Guido el que le aconsejó que no lo viera. Guido, tan distinto del hombre que recordaba...

No, era una locura. Lo que Matilde decía solo tenía como objetivo herir.

—¿Vais a creer lo que dice esta horrible mujer? —preguntó Rosa, lanzándole a Regina una mirada de asombro. Guido dijo que el barón estaba muerto y que vio su cadáver. No podía haber mentido, no podía haber llegado a tanto. Era esa mujer la que contaba mentiras—. ¿No veis que solo quiere haceros daño?

—¡Cállate! —siseó Matilde—. Contrólate, porque estás en compañía de una suaba y de una mujer que ha vivido con mucho gusto entre con esos perros conquistadores. No me sería difícil poner a toda esta gente en vuestra contra.

Regina sabía lo fácil que era incitar al gentío contra alguien, más que nunca en momentos como ese. Y también sabía, por si Rosa lo dudaba, que Matilde no vacilaría.

—Deja que hable, Rosa —susurró posando con cariño una mano en la de su nueva amiga. Después, se dirigió a Matilde:

—¿A qué estás jugando? ¿Qué quieres de mí?

—Nada, pero me divierte haberte molestado. Quizás no sabías en verdad que en San Martino tu marido seguía entre los vivos y, quién sabe, pensando en ello, podrías pasar algunas noches inquietas en tu cama bonita y blanda —susurró antes de darle la espalda.

Inmóvil, Regina siguió con la mirada la figura esquelética que se iba. Le parecía que bailaba, como si haberla herido le hubiera alegrado el día. Y antes de que desapareciera entre la gente, la llamó.

—¿La seguís creyendo? —murmuró Rosa.

Regina le dirigió una mirada llena de inseguridad.

—No lo sé. Pero tengo que seguir hablando con ella. Tengo que saber si miente. Si hubiese la más mínima esperanza, una pequeña pista que me haga pensar que sigue vivo, la seguiré —después se acercó a Matilde, que esperaba a que llegara con una sonrisa imprudente en el pálido rostro—. ¿Has visto de verdad al barón entrar en la ciudad? —le preguntó.

—Vaya... ¿significa que creíais que estaba muerto? ¿Significa que... llorabas por su muerte?

—¡Deja de jugar y dímelo!

La chica puso una mueca.

—No estás en condiciones de darme órdenes, pero por un precio justo

podría darte una respuesta.

—No llevo mucho dinero, pero te daré lo que quieras.

—Claro, mándame a tu sirvienta con una bolsita llena de oro. ¡Aquí y ahora! —miró con avaricia la cadena que Regina llevaba en el cuello, de la cual no podía ver el colgante escondido bajo el vestido, y añadió—: La quiero.

Regina se llevó las manos al cuello, como si quisiera proteger la joya de los ojos avariciosos de la mujer. Nada de lo que le había regalado Stephan tenía tanto significado como el collar: un rubí, una señal de pasión, ofrecido en una noche de luna que parecía estar hecha para el amor. Ese día solo llevaba el collar y un anillo pequeño y discreto con un modesto zafiro engastado en el centro. Se lo quitó del dedo y se lo enseñó a Matilde.

—Te doy estoy, ¡pero júrame que no mientes!

La sonrisa de satisfacción y calculadora de la chica la preocupó.

—¡No me engañes! —dijo con tono serio—. Lo descubriré, y Bossi es poderoso en Milán, tanto como un Deinburg entre su gente...

Matilde palideció aún más, lo que reveló a Regina que había sentido el peso de la amenaza.

—Solo si me das el anillo.

Regina extendió la mano, pero dudó antes de dárselo. El corazón le latía desesperado en el pecho. Si la chica le confesara que había mentido, confirmando la muerte de Stephan, habría sido como perderlo una segunda vez.

—Está vivo. Al menos cuando lo vi —declaró Matilde con prisa, temiendo que el regalo desapareciera.

—¿Estás segura de que era él?

—¿Segura? —contestó Matilde enfadada—. ¿Olvidas que lo conocí muy de cerca? Dame el anillo, ¡ahora!

Regina abrió la mano y dejó caer la joya en la de Matilde, que sin decir una palabra desapareció entre la gente. Después se quedó en silencio, con la mente y el corazón enloquecidos. Si era verdad lo que decía, la información era de hacía tres semanas. Demasiadas para un herido encerrado en una prisión. Tenía que encontrar la manera de ver a Stephan. Y sabía cómo.

—Rosa, ¿podrías darme el dinero que ha sobrado?

—Sí, no es mucho, ¿Qué pretendéis hacer?

—Acompañad a Freda a casa, os lo ruego. Y, os lo suplico, no le digáis a



nadie lo ocurrido.

Rosa la miró.

—Pensáis en Guido, ¿verdad? ¿Habéis creído lo que ha dicho esa mujer?

—No me fío de Matilde, pero no me fío ni siquiera de Guido. No sé qué creer, pero os puedo decir... —añadió con una sonrisa cargada de nostalgia—, que es tan grande la esperanza de que Stephan siga vivo que quiero escuchar y ver por mí misma. Ayudadme con vuestro silencio, os lo ruego. Ayudadme de mujer a mujer.

—¿Pero dónde queréis ir?

—A las prisiones —respondió Regina serena.

Rosa se sobresaltó.

—¿Y qué le diréis a los guardias? ¿Qué eres Regina Balestrieri y que queréis ver a vuestro esposo suabo? No os tienen gran estima, lo sabéis. Una petición así solo dará crédito a la maldad que dicen sobre vos.

Regina asintió.

—No temáis. No estoy tan loca. No revelaré mi verdadera identidad y unas monedas en el momento adecuado harán olvidar preguntas que puedan avergonzarme.

—Como queráis, pero iré con vos.

Regina lo tenía decidido, pero también tenía miedo. Le gustaría tener un apoyo, pero no podía dejar que esa chica amable y buena se metiera en una situación tan difícil. Si de verdad encontrase a Stephan en la prisión, haría cualquier cosa para liberarlo y, sin duda alguna, ¡eso sí que era traición!

—No puedo permitíroslo, Rosa. Perdonadme, pero todo esto no tiene nada que ver con vos.

—Os engañáis —Rosa apretó los labios y levantó la barbilla en un gesto repentinamente resuelto—. Me incumbe mucho. Todo lo que tiene que ver con Guido también lo tiene conmigo. Yo, al igual que vos, quiero verlo y escucharlo por mí misma. Tengo piedad por vuestra suerte, he tenido piedad por la de Guido, pero ahora quiero saber si os ha mentado, si nos ha mentado a todos los que lo amamos, si se ha mentado a sí mismo convirtiéndose en un hombre al que no reconozco —de repente se sonrojó, consciente de haber revelado su secreto a la mujer que había causado de forma involuntaria ese horrible cambio en él—. Por lo tanto, veréis... Debo ir con vos.

Regina asintió.

—Si así lo queréis

Comprendió e intuía que esa chica tan valiente no necesitaba palabras de consuelo. Ni habría podido ofrecérselas, pues consolar a Rosa habría sido como destruir la esperanza en sí. Miró a Freda y suspiró.

—Quizás su presencia pueda dar crédito a lo que quiero decirle a los guardias.

Para poder hablar con el comandante de los guardias, las jóvenes mujeres tuvieron que pagar una pequeña señal a un soldado, dispuesto a dejarlas pasar en cuanto su mano entró en contacto con las dos monedas.

El capitán era un hombre de baja estatura y de tórax fuerte. Supo de inmediato la posición en la que estaban cada una de las tres mujeres y relegó a Freda al papel que siempre le había tocado, sospechando su origen germano pero sin ninguna prueba de ello. Las otras dos eran señoras, a pesar de sus vestidos simples y joyas modestas. Su ojo experto nunca lo había traicionado.

—¿Qué deseáis de mí, damiselas? —preguntó sin poder esconder la curiosidad mientras se sentaba frente a ellas.

Regina se preguntó qué tono sería mejor para convencer a ese hombre de que sus razones eran válidas: ¿quejumbroso, piadoso, decidido?

—Espero que pueda sernos de ayuda, capitán —dijo al fin con dignidad y un toque de desconfianza.

—Estoy a vuestras órdenes, es mi deber ayudaros —contestó con orgullo el hombre, dejando entrever su importancia.

—Soy Celeste della Valle —mintió Regina, escogiendo el nombre de su madre—, y ella —añadió dirigiéndose a Rosa—, es mi prima Rosa —agachó la cabeza, fingiendo sentir vergüenza antes de continuar—: Tenemos que ver a los prisioneros que han traído del castillo de San Martino.

El hombre arrugó la frente.

—Es una petición insólita de dos damas como vosotras.

—Somos conscientes. Tengo... tenemos una razón muy importante —suplicó Regina, sonrojándose un poco—. Hemos tenido que venir solas porque... —interrumpió la frase con un breve sollozo—. Mi hermana, ¿lo entendéis?

No, no lo entendía.

—¿Vuestra hermana...?

—Es... muy vergonzoso para nosotras... Mi hermana estaba en el castillo de los Balestrieri cuando los suabos lo asediaron y lo tomaron. Era una dama de Regina Balestrieri. ¿Conocéis su nombre?

—Sí.

—Sabréis entonces que la condesa volvió tras nuestra victoria el mes pasado. Pero desgraciadamente mi hermana no.

—Si queréis saber de la chica, ¿por qué no le preguntáis a la Balestrieri?

—No lo sabéis todo —contestó Regina, fingiendo sorpresa—. Regina Balestrieri estuvo encerrada por el comandante del cuartel.

—Eso se dice —la interrumpió el hombre—. Me dijeron que la había desposado.

—¡Sí! ¿Qué puede hacer una chica delante de la fuerza bruta? Le podría haber pasado lo mismo a mi hermana. No sabéis lo bella que es —añadió con énfasis.

—Quizás esté muerta —dijo el capitán arriesgándose.

Regina cerró los ojos, como para borrar esa hipótesis.

—Pero nosotras, veréis, no tendremos paz hasta que lo descubramos. Por eso hemos decidido venir a vos. Estamos solas en nuestra búsqueda.

—¿Vuestros padres creen que se ha convertido en la amante de un suabo? —preguntó con brusquedad.

Regina agachó la cabeza.

—Sí, así es.

—¿Y cómo podría yo ir en contra de los deseos de vuestros familiares? —hizo una pausa breve—. ¿Della Valle habéis dicho? —le sonaba algo ese nombre. Quizás había sido importante hacía un tiempo, pero ahora ya no. Volvió a evaluar las vestimentas de las mujeres: no, los della Valle ya no tendrían tanta importancia. Vio que la chica morena jugueteaba con una bolsita de piel. Pequeña, a decir verdad, pero era delicioso escuchar el tintineo alegre de las monedas. Quizás podría ignorar, aunque sea por una vez, los deseos de la familia.

—Decidme el nombre del prisionero —dijo al fin, extendiendo con indiferencia la mano—. No puedo resistirme a las plegarias de dos criaturas tan jóvenes y bellas.

La tentación de pronunciar el nombre de Stephan era grande, pero Regina sabía que podría traicionarla.

—No lo conocemos —murmuró con gran tristeza mientras dejaba con cuidado la bolsita sobre la mesa para que lo recogiera el capitán más tarde—. Pero esta mujer puede ayudarnos a reconocerlo —dijo señalando a Freda, que, de pie, apoyada en la pared, miraba al capitán con ojos asustados—. Es una

servienta suaba que Regina Balestrieri trajo consigo como esclava y que después ha regalado.

El capitán no hizo más preguntas. De repente se enfadó y sospechaba que la bolsita que estaba en el borde de la mesa no contenía tanto como para soportar los lamentos de dos mujeres con falsas esperanzas. Además, apreciaba a la joven desconocida que se escondía hasta de sus familiares, avergonzada por lo que le había ocurrido, al contrario que la Balestrieri que, decían, había vuelto con la cabeza bien alta. El suabo que había desposado estaba entre los heridos, siempre y cuando no estuviera muerto ya, pues todos los días sacaban a alguien para enterrarlo. No se le pasó por la cabeza que la mujer morena y la Balestrieri fuera la misma persona. Así que se levantó haciendo mucho ruido al arrastrar la silla y llamó en voz alta al soldado que poco antes había conducido a las dos señoras hasta él.

Este las escoltó escaleras abajo, hasta una habitación en la que un hombre estaba dormido con la espalda apoyada en la pared y las piernas cruzadas sobre un saco.

—¿Así es como haces guardia, pedazo de animal? —siseó el soldado mientras le daba una patada en el costado—. Acompaña a estas damiselas hasta los suabos, parece que tienen que reconocer a un hombre.

El otro abrió el único ojo que tenía y miró a su compañero. Hizo un comentario vulgar, pero se levantó y, con voz cavernosa, que parecía provenir de lo más profundo del infierno, invitó a las mujeres a seguirlo. Dio algunos pasos hacia otros escalones que descendían y, una vez se aseguró de que el soldado que las había acompañado se había alejado lo suficiente, se detuvo y las miró para saber cuál de las tres tenía más ganas de visitar ese lugar tan fétido.

—Estoy a vuestras órdenes, señora.

Regina lo entendió, ya se lo esperaba. Como le había dado todo el dinero al capitán, miró a Rosa, que enseguida le ofreció tres monedas al carcelero.

El tuerto sonrió, mostrando las encías sin dientes. ¡Gallinas fáciles de desplumar! El motivo por el que estaban allí tenía que ser de gran importancia para ellas y eran muy estúpidas por no esconder su ansia. Se preguntaba si el suabo que estaban buscando era el amante de la morena, tan deseosa de encontrarlo. Pero aunque hubiese sido así, no le habría importado. No le interesaba si el podestà lo elegían los milaneses o el emperador suabo. Para los miserables era siempre más de lo mismo: llevar harapos para cubrir

estómagos vacíos. Ni siquiera odiaba a los suabos, en el fondo ninguno de ellos era culpable de su mutilación: el ojo se lo sacaron los lodisanos muchos años antes y, al parecer, de buena gana. Pero los habría matado a todos sin piedad alguna si alguien que tuviera mucho oro se lo hubiese pedido por dinero. Llevando en una mano las monedas, con aire valiente empezó a bajar los escalones de piedra, preocupándose hasta de recomendar a las mujeres que estuvieran atentas. Las guio por el largo y estrecho pasillo, flanqueado por decenas de puertas con mirillas y aberturas para pasar la comida. Después volvieron a bajar otros escalones hasta que se encontraron en un espacio más amplio con celdas grandes a la derecha y a la izquierda, donde se podían ver tras las gruesas barras de hierro cruzadas a los prisioneros encadenados uno al lado del otro como bestias.

El hedor era horrible: olor a sangre, excrementos y sudor. Y el silencio solo venía interrumpido por algunos gemidos perturbadores.

Regina miró a Rosa, que tenía la boca y los ojos cerrados. Seguramente se había imaginado todo esto, pero imaginar no era como ver. Pero hasta ese lugar era mejor que el vacío de la muerte. Stephan tenía que estar allí. ¡Tenía que estarlo! Se acercó a la celda que el guardia le había indicado y miró las sombras que había detrás de las barras sin poder reconocer ninguna.

—¡Déjame entrar! —ordenó volviéndose de repente.

—No puedo hacerlo. Son peligrosos.

—¿Cómo van a serlo? ¡Están encadenados!

—Si se os tiran encima, no sería fácil liberaros.

Regina hizo un gesto de desesperación. ¿Tenía que renunciar ahora? Desconsolada, miró a Rosa, que enseguida dejó caer otra moneda en la mano extendida del hombre.

El tuerto puso una mueca.

—En verdad es muy peligroso.

—Dádselo todo, Rosa, ¡os lo ruego! —exclamó Regina. Los ojos se le estaban habituando a la luz tenue que iluminaba el ambiente, y le había parecido reconocer a Stephan en un hombre semitumbado al fondo de la celda.

Evidentemente satisfecho por la generosidad de Rosa, casi con prontitud el guardia abrió la puerta para que Regina pudiera entrar.

Pero el prisionero no era Stephan, aunque tenía el pelo largo y rubio como él, y las expectativas de la joven mujer dieron paro a la desilusión. Miró a su alrededor, buscando en esos rostros desesperados al del hombre que amaba.

Ninguno habló con ella. Ninguno respondió a sus preguntas. Muchos estaban heridos. Uno seguramente estaba muerto.

Comprendiendo que Stephan no estaba entre ellos, lloró y se arrodilló delante de un soldado que había visto en la guardia de su marido.

—¿Qué le ha pasado al barón? Os lo ruego, responded.

—¿Qué os importa? —respondió el hombre tras un largo silencio—. Sabed que os vi cuando os fuisteis. No os preocupasteis en ese momento.

Era la confirmación de que Matilde no había mentado.

—Me importa. Creía que estaba muerto. Os lo imploro, decidme lo que sabéis.

—No sé nada. Estuvo con nosotros pocos días, después se lo llevaron.

—Y... ¿en qué estado estaba?

—No parecía estar muy grave. Desde que le cicatrizaron la herida con hierro al rojo vivo podía estar de pie por sí mismo.

Regina tembló por el horror al pensar en ese sufrimiento.

—¿Adónde se lo han llevado?

—Preguntádselo a nuestro carcelero. Si le pagáis bien, quizás os lo diga.

Regina se levantó.

—Me gustaría poder hacer algo por vos —murmuró con pena.

—¿En serio, baronesa? En el fondo no estamos tan mal así. Una pena por los heridos, los estamos perdiendo a todos. Si podéis, haced que se lleven rápido a ese chico —añadió señalando con la cabeza un cuerpo rígido no muy lejano. Había muerto hacía horas.

—Os lo agradezco, soldado, e... intentaré hacer algo.

El hombre dobló los labios en una mueca, que pretendía ser una sonrisa.

—No servirá de nada que paguéis a ese hombre para mejorar nuestras condiciones. Cogería vuestro dinero y aquí no cambiaría nada.

Regina sabía que era verdad. Lo único que quizás obtendría sería que se llevaran pronto el cuerpo del joven. Pero a Stephan... ¿adónde se lo habían llevado?

—Hace un par de semanas de esta celda se llevaron a un comandante suabo —le dijo al guardia cuando salió, quitándole a Rosa toda débil esperanza.

El tuerto se rio.

—Casi todos los días sacan fuera a uno. Mueren como moscas.

—Pero este seguía vivo.

—Ah...

—¿Sabéis a quién me refiero? Al barón Stephan Deinburg.

—No lo conozco —respondió el hombre.

—¡Mentís!

—Si no sé quién es, es porque no he tenido manera de ocuparme de ello —respondió, para nada ofendido—. Y no quiero hacer daño a mis compañeros.

Regina esperó haberlo entendido. Se quitó la cadena y se la mostró al hombre. Solo era un objeto y no le importaba perderlo si podía encontrar a Stephan.

—Os la daré si me lleváis a ese hombre.

Su único ojo brilló con avaricia.

—¿Queréis verlo, decís?

Regina cerró la mano con el collar,

—¡Stephan Deinburg! Nuestro pacto no tendrá valor si me lleváis a otro.

—No os llevaré nunca si no me dais la joya. ¿Habéis dicho Stephan Deinburg? —preguntó el hombre con una sonrisa torva y extendiendo la mano hacia ella.

Regina cedió.

El tuerto sonrió contento. Esa mujer tenía que ser rica, para ella las joyas no tenían ningún valor. Lo habría hecho todo por pocas monedas, pero antes de descubrir lo que estaba dispuesta a dar. Por supuesto, no se preocupaba por sus compañeros y podría llevarla sin dificultad donde el prisionero. Al extranjero le quedaba poco: ya deliraba y hacía un par de días rechazaba la comida.

—Venid.

Subieron por las escaleras y se pararon delante de una de las celdas por las que habían pasado poco antes. El hombre abrió la mirilla y se aseguró de que el suabo estuviese tumbado sobre el lecho de paja y no detrás de la puerta preparado para golpearlo.

—Entrad, señora.

A Regina le habría gustado precipitarse, pero tenía las piernas rígidas y le pesaban como piedras, la boca seca y casi le parecía escuchar los latidos del corazón en el silencio del sótano.

El hombre sobre el lecho de paja no hizo ningún movimiento, como si no le hubiera molestado el ruido de la cadena. Estaba tumbado bocabajo, la cabeza rubia girada hacia un lado y un brazo inerte pegado al costado. Tenía el

pecho desnudo y la antorcha iluminó una venda sucia, probablemente un trozo de túnica, que le cubría parte de la herida que sobresalía hacia el hombro izquierdo. También se veían señales de un látigo.

Impactada por la pena, la joven mujer sintió que se le resbalaba la antorcha de las manos, pero se recompuso y, tras ponerla a duras penas en el gancho, se precipitó hacia él. Le acarició el hombro sano con ternura y nostalgia e inclinó la cara sobre el rostro febril de su marido. Tenía las mejillas hundidas y cubiertas por una barba puntiaguda, los ojos demacrados y la respiración débil.

—Pobre amor mío... —susurró sin poder contener las lágrimas—, cuánto has sufrido.

El barón abrió los ojos sin reconocer quién estaba a su lado. Sentía que los dedos que lo acariciaban eran delicados como los de una mujer y que la voz penetraba con dulzura en su mente, suscitando recuerdos lejanos. Le pareció que respiraba el perfume del aire fresco de la mañana y que caían sobre él gotas de lluvia, absorbidas al instante por el calor que lo consumía. Quizás se lo estaba llevando la muerte y lo estaba engañando con las cosas más bonitas de la vida. Pero no quería seguirla. Quería vivir porque tenía un deber que cumplir.

—Vete... —dijo—. No me iré contigo —y cayó adormecido.

—Oh... Stephan... ¿qué te han hecho? —lo había encontrado, ¿pero por cuánto tiempo? Parecía que la vida lo estuviera abandonando. Tenía que llevárselo de allí a toda costa. Le acarició los labios con los suyos, le apartó con un gesto suave el pelo que le caía por la frente húmeda—. Te ayudaré, amor —prometió—. Te ayudaré aunque me cueste la vida.

—Señora... —la llamó el guardia en voz baja mirando por la puerta—. Tenéis que salir.

Regina siguió acariciando a su hombre. No quería dejarlo más.

—Dame más tiempo.

—¡No, ya! Os he concedido demasiado.

Regina lo ignoró y cogió la jarra de hierro que había en el suelo. El agua tenía un olor desagradable, pero le mojó la cara y los labios para darle un poco de alivio. Lo besó una vez más, sintiendo que el corazón se encogía por la angustia. ¿Cómo podía dejarlo? Pero tenía que hacerlo. Rota de dolor, se levantó y volvió a la puerta. Allí dentro no había aire y la humedad penetraba



en los huesos en forma de escalofrío. Ese lugar tan horrible estaba hecho para morir.

—¡Tengo que sacarlo de aquí! —dijo con firmeza cuando salió fuera.

El tuerto se apresuró a cerrar la puerta.

—Esta vez pedís demasiado, señora. Esto es una prisión y el hombre de ahí dentro, aunque esté medio muerto, es un comandante suabo.

—Estoy segura de que podéis.

—Me dais demasiada importancia —replicó en tono burlón—. Pero ya tengo el collar y ese imperialista tiene un enemigo poderoso. No, demasiado arriesgado —añadió con un toque de arrepentimiento en esa voz cavernosa—. Además... el guardia que lo tiene bajo custodia podría sospechar, para él es una fuente de ingresos.

Regina emitió un gemido, que reveló rabia y desilusión. Unos ingresos que, seguramente, le daba el propio Guido. No podía ser otro el enemigo poderoso de Stephan, y por un amor ciego y loco, su marido se moriría en esa celda. «*Maldito Guido*», pensó la joven baronesa con rencor. Ahora sabía lo que significaba odiar de verdad a alguien: un odio total y rabioso que otros sentimientos no podían ocultar.

—Pero se está muriendo... lo acabáis de decir —reiteró con voz temblorosa—. Cuando ocurra, vuestro compañero perderá su... fuente de ingresos, y vos vuestra paga.

—Pues... —gruñó el tuerto con indecisión, teniendo en cuenta que no podía rebatir esas palabras. Sus manos callosas tocaron la túnica justo por encima de la cintura, donde estaba la joya que había conseguido tan fácilmente. Una pequeña fortuna con la que se tendría que contentar, pero siguió buscando en el cuerpo sutil de la mujer con mirada codiciosa en busca de más oro.

Regina se dio cuenta.

—Poseo más joyas. Serán vuestras si me ayudáis.

El carcelero gruñó de forma extraña. Si los demás creían que el suabo había muerto... había otro cadáver más que llevarse fuera. Uno más o uno menos no hacía gran diferencia. Se pasó una mano por las mejillas hundidas mientras reflexionaba. Además, tenía suerte, pues justo en ese momento el compañero que se ocupaba del barón estaba en la cama recuperándose de la resaca por la borrachera que pilló en la taberna la noche anterior. No tenía que convencer a nadie ni compartir con nadie. Si el suabo hubiese muerto antes, la bella señora no habría podido hacer nada con un muerto en los brazos.

—Se puede hacer esta noche —dijo al final—. Pero quiero pronto mi recompensa, de lo contrario os podéis olvidar de vuestro hombre.

Regina se llevó las manos al cuello, intentando buscar instintivamente la cadena que ya no poseía.

—¿No os es suficiente lo que os he dado? —preguntó—. Os prometo que os llevaré las otras joyas cuando me deis a mi... al barón.

—Claro que no, bella señora.

—Por el momento os tendréis que contentar con lo que os hemos dado y con esto —intervino Rosa dejando en las manos del guardia una larga cadena de plata elaborada y de textura suave. Estaba enfadada. En esa prisión comprendió muchas cosas: que los persecutores suabos podían ser a su vez víctimas, que los hombres honorables podían recorrer el camino del deshonor y que todo se podía comprar, hasta la libertad de un enemigo.

—El riesgo es grande —contestó el carcelero, valorando la joya.

—Conformaos con lo que habéis recibido —replicó la chica con firmeza. Y mirando a Regina, que estaba a punto de hablar, murmuró—: Si entráis en su juego, os entregará al Deinburg muerto.

—Solo si muere durante el trayecto —se defendió el hombre, fingiendo estar ofendido.

—Os lo entregará muerto porque para él es más fácil —insistió ella. Estaba segura que Regina se habría dado hasta sí misma para liberar a su esposo, así que no estaba en las mejores condiciones para negociar su excarcelación. Volviendo a mirar a ese ser repulsivo, continuó—: Queremos al suabo, y será mucho mejor para ti si sigue vivo cuando nos lo entregues, porque entonces tendréis joyas suficientes para vivir tranquilo lo que os quede de vida lejos de esta cloaca. De lo contrario, no obtendréis más.

El tuerto asintió.

—Poco antes del alba —dijo con dureza y en voz baja—, encontraréis el carro con los sepultureros delante de la puerta de la parte trasera de la prisión. Subiré con ellos y nos seguiréis. No es raro ver que las mujeres acompañen al carro. Suelen ser las esposas o las madres de los prisioneros que han muerto dentro. Cuando estemos en el cementerio, podréis pedir el cuerpo, o lo tirarán a la fosa común con el resto.

Regina sintió un alivio repentino, pero enseguida lo sustituyó la sospecha. Parecía demasiado fácil. ¿Y si la estaba engañando? El hombre parecía estar

dispuesto a matar por una moneda y a morir por otra más. ¡Pero no tenía elección! Stephan se estaba apagando, solo podía rezar y esperar.

—Allí estaré —dijo en voz baja—, y a vos... se os recompensará.

—Estoy seguro de ello —respondió el hombre. Y a las dos les pareció escuchar en la voz una vaga amenaza.

Salieron al descubierto, la luz del sol era demasiado fuerte ese día tras la oscuridad que dominaba en la prisión. Tenían que ser la once, quizás las doce. Les pareció una eternidad, pero no podía haber pasado más de una hora tras la recepción del capitán.

Pensativas y en silencio, las jóvenes mujeres anduvieron con prisa hacia la única casa que conocían y a la que nunca más querrían volver. Cuando llegaron cerca de la plaza del mercado, ruidosa y colorida como la paleta de un pintor, Regina se paró delante de un malabarista que se exhibía delante de un público absorto.

—Tengo que buscar un carro y... también la tienda de un boticario. Necesito un ungüento para auxiliar a Stephan. Jesús... hemos negociado su fuga y ni siquiera sé con quién hablar para encontrar un caballo.

—No os expongáis con un boticario, en casa tenemos un ungüento para aliviar las heridas y no me resultará difícil cogerlo. En cuanto al carro, sé cómo hacerlo sin que nadie lo sepa.

—¿Cómo?

—Hablaré con un viejo servidor de mi familia. Es un herrero y tiene una pequeña tienda a poca distancia de aquí. Sabrá encontrar lo que necesitáis. Iré de inmediato, pero creo que es mejor que lo vea a solas.

—Me pregunto si una petición como esa puede suscitar su curiosidad —respondió Regina, expresando su duda.

—No os preocupéis. Bertuccio perteneció al séquito de mi padre durante la última cruzada y haría cualquier cosa por él. No me negará su ayuda.

La joven baronesa asintió.

—Seré tu deudora por partida doble. Os agradezco lo que habéis hecho por mí y Stephan. Nunca conseguiré restituir vuestro collar.

Rosa se encogió de hombros.

—Considéralo una especie de compensación, era un regalo de los Bossi —la mirada se oscureció—. Ahora ya no podré ponérmela.

A Regina le habría gustado reconfortarla, pero no soportaba hablar sobre Guido. Quería poder borrar de la mente su misma existencia, y no solo el

afecto que había sentido por él.

—No lo odio —continuó Rosa con tristeza—. En cambio, me compadezco de él, porque el gran amor que sentía y que siente por vos no deja espacio a nada más, y solo tendrá dolor.

—No creo que pueda hacer lo mismo —contestó Regina—. No ahora que debo pensar en la fuga. Cuando mañana descubra que he dejado su casa y cuando sus preciados aduladores le comuniquen la muerte del prisionero, le será fácil saber lo que ha pasado. Adivinará mi identidad tras la de Celeste della Valle y seré yo la que se merecerá vuestra compasión si me encuentra.

—Tened esperanza.

—Me esforzaré. Parece que me estoy volviendo loca. Hace una hora pensaba que mi esposo estaba muerto y, aunque sufría mucho, estaba convencida de ello. Ahora que sé que está vivo, estoy más desesperada que antes y me duele saber que está tan indefenso en esa celda horrible. Me pregunto si ese hombre me engañará, si lograré sacar a Stephan de la ciudad... si no morirá en mis brazos.

Rosa sacudió la cabeza.

—Ha sobrevivido muchas semanas, tiene que ser un hombre fuerte. Guido también... —iba a decir que él también había superado días difíciles en la prisión antes de que le rescataran, pero se interrumpió. Regina ya lo odiaba y seguramente no le importaba saber de su sufrimiento—. Cuando Guido descubra vuestra fuga, ya estaréis lejos y a salvo.

Regina la cogió de las manos e intentó sonreír.

—Sois buena. Nunca sabré agradeceréroslo.

—Podrías, si me llevaras con vos —respondió Rosa con timidez, avergonzada por hacerle tal petición, pues en ese momento podía parecer un intercambio.

Regina la miró con asombro. Tenía que haber mucho más de lo que le había parecido intuir cuando la chica quería dejar la casa de los Bossi.

—¡Es una locura! Conduciré a mi esposo a Pavía, pero no será fácil para vos adaptaros a vivir allí.

Rosa suspiró.

—Sí, no pretendo que me acojan con simpatía, pero...

—No, no me refería a eso. Os acogerán con gusto y como una amiga. Mi cuñada es una mujer muy dulce y os apreciará tan solo por haberme ayudado a salvar a Stephan, pero Pavía es una ciudad enemiga y vivirías entre

extranjeros. Os pido que reflexionéis. Con el tiempo, todo esto pasará y os olvidaréis de todo lo que hemos descubierto hoy o, al menos, lo aceptaréis.

—No lo creo. Aunque no me permitáis acompañaros, os juro que os ayudaré igualmente, pero os ruego que lo penséis. Os seré de ayuda con un hombre en ese estado, mucho más que Freda —susurró lanzando una mirada breve y significativa a la suaba, que con las manos entrelazadas miraba fijamente al suelo.

Regina coincidía en esto último. En pocas horas, Rosa había sido muy distinta de lo que pensaba. Pero sería muy egoísta involucrarla en esta aventura.

—Rosa, lo que voy a hacer se considera traición.

—¿Creéis que me importa? ¿Queréis, entonces... que os revele todo? —añadió después con un gemido, sonrojada por la vergüenza.

—No, si os duele —estaba segura de que quería conocer a fondo lo que atormentaba a la chica, aunque podía intuirlo. Suspiró brevemente con resignación y asintió—. Como queráis. Os prometo que en Pavía os acogerán con respeto. Lo merecéis. ¿Qué haréis con Tullia? Creo que duerme con vos.

—Será fácil. Le cuesta dormir todas las noches, pero después no escucha nada. No os preocupéis, todo saldrá bien.

—Sí, todo saldrá bien —repitió Regina. ¡Todo tenía que salir bien!

El color rojizo de la puesta de sol parecía incendiarlo todo, hasta el pelo castaño de la joven mujer que, inmóvil delante de la ventana, esperaba que el cielo se apagara para dejar paso a la oscuridad.

Todavía tenían que pasar muchas horas antes de que llegase el momento de irse, pero no lo había previsto. Una fuga que la asustaba, porque sabía que si cometían un error, aunque sea el más mínimo, sería la muerte de Stephan y el fin para Rosa y ella.

Comió bastante poco esa noche, aunque la bandeja volvió vacía a la cocina. Pensando en el largo viaje que la esperaba, en una bolsita de lino que había hecho ella misma esa tarde, escondió el pan y el queso, y en un recipiente de cuero que había encontrado en el mercado metió la leche, que esperaba que le fuera útil a Stephan. No sabía cómo cuidar de un hombre en el estado de su marido, pero preparó unos trozos finos de tela de lino que, junto al ungüento que Rosa había robado de la casa, servirían para mantener limpias las heridas. Las joyas, el último pase para su hombre, estaban ya dentro de una bolsita que llevaría en la cintura, y tenía algunas monedas para afrontar el viaje hasta Pavía.

Pensaba mucho que era una locura intentar llegar rápido a la ciudad y que sería mejor atender a Stephan en San Martino. Sin embargo, el feudo podía estar controlado por los milaneses y, aunque no fuera así, ¿cómo la acogerían y ayudarían allí? Sí, ella era la dueña, ¿pero con cuántos sirvientes fieles contaba?

Pasó la noche tensa pensando en cuál sería lo mejor, pero cuando llegó la hora tenía todo claro. Pavía era la única solución y con la ayuda de Rosa todo sería más fácil.

En silencio, salieron a la calle vacía por la puerta del jardín, y mientras Regina y Freda se dirigían hacia la prisión, Rosa fue por la calle opuesta para ir a la tienda de Bertuccio, que le procuraría un carro y, a cambio de un poco de dinero, un caballo que las llevaría. El hombre no pidió explicaciones sobre

los motivos que llevaban a esa chica a dejar una casa rica y honorable como la de los Bossi, pero, como esperaba, confió en ella.

Era una noche sin luna, oscura como el miedo que las jóvenes mujeres tenían en el corazón. Llegaron a la calle que pasaba detrás de la prisión, se apoyaron en la pared y esperaron un tiempo que a Regina le pareció eterno. Los pensamientos más horribles le atravesaron la mente. ¿Llegaría el carro? ¿Sacarían a Stephan vivo? ¿La denunciaría el carcelero? Al final llegó el carro, se paró delante de la puerta y uno de los dos sepultureros bajó con agilidad y llamó a la puerta.

No tuvieron que esperar mucho. Un guardia abrió y Regina reconoció al tuerto bajo la luz de la antorcha que tenía en la mano. Juntos, los dos hombres desaparecieron por la puerta y volvieron con un cuerpo envuelto en un sudario, tirándolo de mala gana sobre el carro.

Regina se sobresaltó. ¿Era Stephan? ¡Bestias! Pasó un momento antes de que sacasen el segundo cuerpo, que sufrió el mismo tratamiento. Después, el sepulturero se subió de nuevo al carro, mientras que el tuerto se sentó entre ambos cuerpos.

Cuando la puerta de la prisión se cerró con un golpe sordo, el carro empezó a moverse lentamente.

Regina cogió a Freda de un brazo y, manteniéndose a unos pocos pasos de distancia, empezó a seguir el carro.

El color del cielo se hizo cada vez más claro y enseguida llegaron al cementerio. Entraron en un pequeño campo con tumbas solitarias, sin ni siquiera una cruz: el último reposo de los ladrones, de los asesinos y de los enemigos, que al menos entre sus hermanos recibirían un saludo digno.

Cuando el carro se paró en el lugar en el que se había cavado una fosa, Regina corrió delante para ver y tener la certeza de que Stephan seguía vivo y continuar esperando. Pero la mano resuelta de uno de los sepultureros la paró.

—¿Qué queréis, mujer?

Regina le entregó un par de monedas.

—Verlo una última vez, os lo ruego.

El hombre se encogió de hombros, después miró a su compañero y al tuerto, que no habló.

—Como deseéis.

Pasó por su lado hacia un lado del carro para levantar el sudario que envolvía al primero de los hombres. Era él, pero parecía que la vida lo había

abandonado. Con una expresión de desesperación se giró hacia el guardia. ¿Se lo había entregado ya muerto? En la celda su respiración era lenta, casi imperceptible. Le posó una mano en el corazón: todavía latía.

—Os lo imploro —murmuró dejando de mirar al tuerto para observar a los dos sepultureros—. Dejádmelo. Permitidme darle una sepultura cristiana.

Eran ruegos que seguramente escuchaban a menudo. Regina supo que serían permisivos con ella. ¡Otra más! Pero estaba preparada. Dejó otras monedas en las manos codiciosas de esa gente y también en las del guardia, que pronto recibiría las joyas, para que nadie sospechase de nada.

Sin decir nada más, aparentemente satisfechos, los sepultureros levantaron a Stephan del carro y, quizás por respeto a ella, lo dejaron con cuidado en el suelo. Después cogieron el otro cuerpo y lo tiraron a la fosa sin preocuparse de cubrirla: ese deber les tocaba posiblemente a otros. Intercambiaron pocas palabras con el guardia y se fueron.

Regina abrió el sudario para liberar el cuerpo de Stephan, después acercó la cara a la de él.

—Sí, sí —susurró con felicidad, abrazándolo suavemente para no hacerle daño—. Estás vivo, ¡vivo! Te ayudaré a curarte. Gracias... —susurró levantando la mirada hacia el guardia que estaba de pie a su lado.

—Hay otro agradecimiento que quiero de vos. Mucho más en concreto, señora.

Regina se levantó. Abrió la capa y sacó la bolsita de las joyas que tenía en la cintura.

—Cumpló mis promesas, tal y como vos habéis mantenido la vuestra. Aquí hay una pequeña fortuna, espero que os satisfaga.

El hombre tomó posesión de la bolsita en un abrir y cerrar de ojos, la abrió y examinó su contenido. Sonrió complacido: ese era el mejor golpe de toda su miserable vida. Demasiado bonito para correr riesgos. Transportar al suabo fuera de la celda había sido fácil. ¿Y ahora qué? Al enemigo del barón no le bastaría su palabra, ¿querría ver el cuerpo? ¿Tenía que renunciar por esto a las joyas de las que no sabía ni el valor que tenían? Descartada la hipótesis de entregar al hombre ya muerto a la mujer para arrancárselas, eligió otro camino.

—Sí, estoy satisfecho —dijo dejando de mirar las joyas para mirarla a ella con maldad—. Pero me temo que no lo estaréis vos.

Regina se sobresaltó.



—¿Qué queréis decir?

—Que he reflexionado, señora. No es por odio hacia vos, sois muy generosa, o hacia el suabo, pero creo que para mi seguridad tiene que morir de verdad. No dudo de que morirá pronto, pero una pequeña ayuda... ya me entendéis...

Regina se arrodilló al lado de Stephan, inclinándose hacia él como si su cuerpo pudiese protegerlo, y levantando la vista hacia el tuerto gritó:

—¡No lo haréis! Hablaré, contaré toda esta horrible historia. Gritaré a los cuatro vientos vuestra traición y la de vuestros compañeros a cambio de dinero, y...

—No, no diréis nada —la ridiculizó el hombre—. Si lo hacéis, no saldré tan mal parado, pues podría decir que lo hice para ver hasta qué punto llegaríais para que un suabo cerdo siguiera dándoos placer, baronesa. Sí, me he informado sobre vos —añadió—. Podríais perder esa bonita cabeza. Y también vuestra amiga, que tan bien sabe negociar la fuga de un enemigo peligroso, tendríais que sufrir. Sois en verdad dos personas importantes, pero los ánimos están un poco encendidos en estos tiempos.

—¡Perro! —susurró Regina—. ¡No lo mataréis! ¡No os lo permitiré!

—¿Vos? Me gustaría verlo —dio un paso adelante, la levantó con un brazo y, tras golpearla con fuerza en la cara, la tiró al suelo.

En la caída se dio violentamente con una piedra y casi perdió la consciencia. Gimió e intentó levantarse sin que Freda, paralizada por el horror, pudiese ayudarla. Una vez pudo ponerse de rodillas, Regina giró la cabeza y vio a ese monstruo traidor sobre Stephan con las manos rodeándole el cuello.

Reuniendo todas sus fuerzas, se levantó y se abalanzó sobre el hombre, que no se había percatado del peligro y con la misma piedra con la que la había herido lo golpeó en la nuca. Le siguió dando golpes hasta que cayó sin vida sobre Stephan.

Regina observó petrificada al hombre sin vida. Dejó caer la piedra, empujó el cuerpo y lo dejó al lado de su marido.

Le tocó el cuello con los dedos y Stephan gimió y movió un poco la cabeza. Regina suspiró y se hundió en el vacío.

—Regina... ¡Regina! Dios mío...

La joven mujer abrió los ojos. El cielo estaba cada vez más claro y durante un instante le pareció que se le caía encima.

—Regina —repitió la voz—, ¿puedes oírme?

La joven mujer volvió a abrir los ojos y miró de nuevo el cielo. Estaba allí, quieto.

—Sí... creo que sí. Stephan... —murmuró preocupada, buscando con la mirada el cuerpo inerte.

—Está como antes, no le ha pasado nada.

—Rosa, gracias a Dios que habéis llegado. Ha sucedido algo horrible.

—Sí, lo he visto. Llegué en ese momento, pero no pude llegar a tiempo. Habéis sido muy valiente. Ese hombre solo quería vuestras joyas, creí que lo había hecho bien ayer en la prisión —comentó con amargura.

—¿Habéis traído el carro, Rosa? No escuché el ruido.

—Sí. No está lejos. No me fiaba del carcelero y preferí llegar en silencio. Pero ahora lo traigo aquí. Volveré muy pronto.

Regina asintió. Le habría gustado abandonarse al consuelo de las lágrimas, pero no tenía que pensar en lo sucedido. No podía, no había tiempo. Ya estaba amaneciendo, pronto abrirían las puertas de la ciudad y tenían que alejarse todo lo que podían cuando en la casa de los Bossi descubrieran su desaparición. ¿Cuánto tiempo tenían? Tres o quizás cuatro horas antes de que Guido empezase su persecución. No intuiría enseguida el motivo de su desaparición, pero le sería suficiente recibir las noticias de la prisión para entender lo que había acontecido e imaginar que su meta era Pavía.

Venciendo la repulsa, se agachó sobre el cadáver para recuperar las joyas. Levantó el cuerpo por los brazos y lo arrastró hasta la fosa. Lanzó una mirada de impaciencia a Freda, que permanecía inmóvil, todavía paralizada por el miedo, y sola lo dejó caer. Luego lo cubrió con un poco de tierra. Cuando volvió Rosa con el carro, extendió en el interior su capa y, junto a Rosa y Freda, levantaron a Stephan con dificultad y precaución y lo dejaron sobre el terciopelo suave. Se pusieron en marcha enseguida y en poco tiempo, a través de las calles que empezaban a llenarse de vida, llegaron a las murallas.

No había saltado ninguna alarma y los guardias no perdieron el tiempo en supervisar un carro de mujeres que dejaban la ciudad. Stephan estaba cubierto por capas y no se podía ver.

Fuera de la ciudad, pasado el triste claro donde Barbarroja arrasó la tierra durante el último asedio, tomaron el camino que les conduciría a Pavía.

Viajaron sin interrupción hasta que encontraron un arroyo y se pararon para beber y para que descansara el caballo.

Regina lavó la herida de su marido con agua fresca del arroyo. Intentó que bebiera la leche y consiguió que tragara algo.

De pie, Rosa la observaba a su lado, sintiendo una especie de envidia: Regina se había reencontrado con su hombre y todavía tenía esperanzas para llegar a la felicidad. Para ella, en cambio, habían terminado. Descubrió lo peor de Guido, si de verdad eso era lo peor de un hombre al que creía bueno y gentil.

—¿No coméis nada? —preguntó cuando la vio tumbarse junto al suabo.

Regina se levantó un poco y se pasó una mano por la cara para apartarse el pelo que le caía por la frente.

—No tengo hambre.

—No os derrumbéis ahora.

—No. Tengo mil razones para estar tranquila. Lo llevaré a un médico para que lo cure. Los latigazos y la falta de tratamiento y comida lo han dejado en este estado.

Sin poder evitarlo, Rosa recordó a Guido tras su regreso de Lodi.

—Se recuperará, ya lo veréis. ¿Ha salido alguna vez de la inconsciencia?

—Sí. Cuando intenté que bebiera abrió los ojos.

—¿Os ha reconocido?

—No. Y tengo algo de miedo. Me preguntó cómo me recibirá. Debéis saber que nuestra despedida, antes de que afrontase la batalla, fue dura.

—Pero ahora lo habéis salvado.

Regalándole una caricia al hombre herido, Regina susurró:

—No sabéis lo que dije, le mentí y me mentí a mí misma. Lo deseaba tanto, pero no quería aceptar a un suabo. Fui una rebelde ciega y estúpida, convencida de que una milanese no podía enamorarse de un enemigo. Tenía muchos prejuicios y no sabía que para el corazón no existe la patria ni el orgullo. No sabía que se podía matar por amor —miró al vacío antes de continuar—: Quizás, sabiéndolo todo, tendría que perdonar a Guido, pero no puedo.

Rosa no respondió. Lo sabía desde hacía tanto tiempo que el corazón no tenía barreras.

—No penséis en ello ahora —dijo al fin—. Cuando sepa lo que habéis hecho por él, lo entenderá todo.

Regina asintió, pero las palabras de consuelo de su amiga no fueron suficientes para quitarle el peso de su corazón. Lo que le dijo a Stephan

cuando creyó que había matado a Guido no lo podría olvidar ningún hombre.

Rosa quería ayudarla, pero en ese momento sentía que no había palabras que sirvieran. Todo terminaría al llegar a Pavía. Todo volvería a su sitio.

Llegaron a las murallas de la ciudad a la puesta de sol, llegaron justo a tiempo para refugiarse dentro antes de que cerraran las puertas.

Escapar fue muy fácil, aunque también dramática. Tal y como se esperaba Rosa, Tullia no avisó de inmediato al viejo Bossi de su desaparición y los sirvientes se dieron cuenta demasiado tarde de que Regina ya no estaba en su habitación. Guido no estaba en casa en ese momento ni tampoco después, cuando el carcelero que tenía en estima salió corriendo de la prisión para buscarlo. Estaba en la habitación de una taberna, donde el vino y la piel suave de una bella meretriz le habían hecho olvidar por un tiempo la desesperación y la rabia.

**Pavía**

—¡Llamad de inmediato a vuestro maestro! Mi marido está herido de gravedad.

Regina llamó repetidamente a la puerta y casi se había quedado sin aliento por el ansia.

—Estaría bien que el señor Gaudenzio se pusiera a tratar también a la gente como vos —contestó la mujer de mirada indignada y aspecto limpio que había entreabierto la puerta para ver quién llamaba con tanta insistencia.

Regina no se paró a pensar en su aspecto pésimo y no se esperaba ese desprecio. Quizás el señor Gaudenzio, el médico que le habían recomendado los guardias de la puerta cuando les dio el nombre de los Deinburg, estaba acostumbrado a tratar solo a gente de prestigio. ¡Mucho mejor así!

—¡He dicho de inmediato! —repitió como si le estuviera dando una orden antes de que le cerrase la puerta en la cara—. ¡Es el barón de Hezen y os aseguro que al emperador no le gustará que no se haga cargo de él!

—Oh... —parecía que la mujer estaba impresionada, pues abrió la puerta. No sabía quién era ese tal barón de Hezen, pero el nombre era germano, y ningún pavesano, a pesar de la alianza, osaría a ofender a un imperialista. Su maestro trataba con mucho gusto a esos señores por la importancia y el dinero que tenían y, seguramente, la echaría si supiera que le había hecho perder uno.

—Como ordenéis, señora —dijo apartándose a un lado para dejarla entrar. Y con unas palmadas llamó a los sirvientes, que llegaron enseguida. A uno de ellos lo mandó buscar de inmediato al maestro, mientras tanto, los otros pusieron al herido en una camilla y lo transportaron a una pequeña habitación del primer piso, donde lo dejaron con mucho cuidado sobre la cama.

El médico llegó pronto y, al contrario que la sirvienta, no dudó de la posición social de Regina, que a pesar del estado lamentable del vestido, fue a su encuentro con gracia y le habló en un lombardo fluente y suave, sin la aspereza de la gente pobre. Sí, podía ser la esposa de Stephan Deinburg, uno de los jóvenes barones más cercanos al emperador, al que se decía que habían

hecho prisionero junto a los pocos hombres que quedaban del cuartel durante la reconquista, por parte de los milaneses, de un pequeño feudo.

—Baronesa... —dijo con respeto haciendo una reverencia. Después se acercó al herido, que en ese momento no parecía ni que respirase. Pidió ayuda a sus sirvientes para darle la vuelta y observar en qué estado tenía la espalda. El maestro torció la boca. La herida que le causó la espada estaba roja y quizás infectada, al igual que otra herida profunda que le dejaron los latigazos. El adormecimiento no era buena señal, ocurría unos días antes de la muerte.

—¿Ha delirado? —preguntó mirando hacia la joven mujer, que con las manos juntas parecía que estuviera rezando.

—No... no cuando ha estado conmigo. Solo lo pude ver ayer y durante unos pocos minutos. Está conmigo desde esta mañana. Por desgracia... —añadió agachó la cabeza con tristeza—, siempre ha estado así. Abrió los ojos un par de veces.

—¿Y os ha reconocido?

Regina levantó de repente la cabeza.

—No. ¿Es malo?

El hombre presionó los labios. ¿Quién podía decirlo? En el fondo se había despertado, aunque no para despedirse del mundo, pero no le gustaba dar respuestas contundentes a ese tipo de preguntas. Su consigna era la cautela: si el paciente moría, nadie podría culparle. Si sobrevivía, el mérito siempre sería suyo.

—No se puede saber —dijo al fin.

Regina bajó la mirada, todo el cansancio del día se le materializó en la cara.

El señor Gaudenzio estaba acostumbrado a la muerte y al sufrimiento, pero sintió pena por la joven mujer de aspecto agotado.

—Quizás sobreviva —dijo con tono malhumorado—. Ahora tenéis que dejarme solo con él. Necesito a mi sirviente para que me ayude a curarlo.

—Preferiría quedarme.

—Perdonad si insisto, baronesa, pero os aseguro, por el bien de vuestro esposo, que mi servidor me será de mucha más utilidad que vos. Además, estáis agotada, necesitáis reposar —llamó en voz alta a la mujer que le había abierto la puerta y le dio rápidamente varias instrucciones. Iba a dejarla ir cuando pareció recordar algo—: Me imagino que querréis informar a vuestra familia.

—Sí, pero no sé dónde se encuentra la residencia de mi cuñado y preferiría si os ocuparais de ello.

—De acuerdo. Ahora id con Erminia. Le he dicho que prepare comida para vos y vuestras sirvientas.

Regina sonrió.

—Rosa Bonfanti es una amiga, no una sirvienta. En parte se lo debo a ella que mi esposo esté aquí libre.

—Perdonadme. Tendría que haberlo sabido —dirigió otras palabras a la sirvienta, que con un gesto respetuoso invitó a Regina a que la siguiera, mientras él volvía a la cama del herido.

Regina dudó, miró con inseguridad a Stephan, pero ya estaba en manos amigas, podía confiar. Dejó la habitación y llegó a una sala decorada con mobiliario de gran valor, ahora entendía por qué el médico no perdía el tiempo tratando a la gente común y corriente. Se encogió de hombros con indiferencia: mientras curase a Stephan, no le importaba el resto. Poco después llegó también Rosa, acompañada de una sirvienta que llevaba consigo una bandeja llena de comida.

—¿Y el barón? —preguntó enseguida la chica cuando estuvieron solas.

—El médico se está ocupando de él ahora. No quiso que me quedara con él —añadió con un poco de pena.

—Es mejor dejarle hacer su trabajo. ¿Os ha dado esperanzas?

—Sí... pocas —exclamó Regina, llevándose una mano a los labios en un gesto de preocupación.

Rosa murmuró palabras de consuelo y las dos mujeres esperaron en silencio. Pero no pasó mucho tiempo hasta que unos golpes fuertes en la puerta turbaron la tranquilidad de la casa. Se escucharon pasos por el pasillo que llevaba a la pequeña habitación donde yacía Stephan. Tras unos segundos, que a Regina le parecieron eternos, los mismos pasos se pararon fuera de la sala donde estaban esperando.

Hans Deinburg entró acompañado por una sirvienta que parecía desaparecer a su lado. Miró durante un segundo a Rosa y después posó una mirada de incredulidad en Regina. El mensaje era clarísimo y Hans apenas había visto a su hermano, pero que hubiese sido Regina la que lo salvara de la prisión le parecía aún imposible. El espía que había enviado a San Martino tras la derrota le dijo que a su hermano y unos pocos soldados, todavía vivos, se los habían llevado a Milán y que Regina había dejado el castillo con el

hombre que fue su prometido. Después intentó rescatar a Stephan, pero sus intentos cayeron en saco roto. Ninguno parecía saber nada de su hermano.

—¡Eres tú! —exclamó con voz potente.

Parecía inseguro, no hostil, y Regina, libre del miedo repentino que la invadió al verlo entrar, se sorprendió al ver que Hans ya no parecía el mismo hombre que la hizo esclava: quizás era gracias a las elegantes vestimentas que llevaba puestas, o las mejillas bien afeitadas, que lo hacían parecerse más a Stephan. O quizás porque lo había conocido y entendía que no era el monstruo que le pareció en su día.

—¿Cómo has conseguido sacarlo de Milán? —continuó.

—He pagado, Hans. Compré su libertad a cambio de algunas joyas. ¿Lo has visto?

—Sí.

—¿Qué te ha dicho el médico?

—¿No ha hablado contigo?

—Quizás haya tenido piedad.

—Piedad —repitió el hombre, mientras un relámpago de ironía le cruzaba la mirada gris. Se giró al escuchar un ruido y pareció darse cuenta en ese mismo momento de la presencia de Rosa, que estaba dejando la habitación—. ¿Quién es esa mujer? —preguntó abruptamente. Su aspecto era tan lamentable como el de Regina, pero, sin duda, su cuñada no habría podido huir de Milán con un prisionero suabo llevando sus mejores vestidos.

Regina vio el rostro pálido de Rosa. La pregunta era dura y fuerte como un latigazo, y la figura de Hans podía infundir temor. Tendió una mano y cogió con dulzura la de Rosa.

—Sin ella, Hans, no habrías vuelto a ver a tu hermano. Negoció su liberación, ha renunciado... —se interrumpió al darse cuenta de que su compañera se sonrojaba—. Ha sido de gran ayuda. Es Rosa Bonfanti, milanese como yo, y le prometí que en tu casa sería bien acogida.

Hans se aplacó mientras agachaba la cabeza delante de la figura frágil de rostro infantil como el de su Lieselotte.

—Espero no haberla asustado, señora —dijo con suavidad en latín. Sonrió brevemente y por un momento lo transformó en un joven de gran atractivo—. Estoy muy agradecido por lo que habéis hecho y espero que me digáis la manera de probaros mi reconocimiento ofreciéndoo un techo seguro en mi casa.



Sorprendida por ese cambio, Rosa se limitó a asentir. Quería dejar la sala porque sentía que pronto habría un enfrentamiento entre Regina y su cuñado al que no quería asistir. No vio ni la gratitud ni la simpatía en la mirada gris del hombre cuando se puso al lado de Regina, más bien vio asombro, como si no se esperase nada de ella. Recordó las confidencias de su compañera y sus inseguridades. Suspiró cuando cerró la puerta tras de sí. ¿Había hecho bien Regina en confiar en Hans antes de saber la suerte que le esperaba a su esposo?

Mientras tanto, Regina advirtió la hostilidad del hombre. Una hostilidad a base de miradas de desprecio que le recordaron inevitablemente a ese día tan horrible del año anterior, cuando estaba arrodillada en la hierba delante de él, presionada por su arrogancia.

—Estoy muy sorprendido, Regina.

—Me lo imagino —respondió ella con desdén—. No me interesa saber si te alegras o no de verme. Lo que cuenta es que Stephan esté fuera de la prisión.

—Sí —admitió él—. Me pregunto por qué no hiciste nada antes. O por qué lo has hecho ahora. Hace tres semanas que está prisionero, es un milagro que siga con vida. Comprendo que no ha sido fácil, pero...

—No lo sabía —lo interrumpió.

—¿No lo sabías? —siseó el hombre con incredulidad, enfadado al pensar que la mujer se estaba riendo de él—. No pienses que te creo ni que Stephan lo hará cuando se cure. Estoy al corriente de todo, Regina. Dejaste el castillo con otro hombre, el mismo que quería secuestrarte unos meses antes —y viendo que iba a protestar, la paró con un gesto de la mano—. No me interesan tus justificaciones. Resérvatelas para Stephan, si es que las quiere escuchar.

—¡Creía que estaba muerto! —exclamó ella.

—¡Esto es demasiado! Tenía que haberte matado en lugar de regalarte a Stephan por si se enamoraba de ti. Si creías que estaba muerto, ¿por qué no te aseguraste?

—Lo vi caer.

—Yo también he caído muchas veces.

Regina asintió, ¿cómo podía explicarle a Hans lo que sintió y por qué no intentó despedirse de su esposo antes de dejar San Martino?

—Como no me vas a creer —dijo—, no intentaré explicarme. ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Y precisamente contigo? ¿Acaso no lo he salvado?

—Es cierto, pero creo que tienes otros planes. Quién sabe si no eres una espía de los milaneses, de lo contrario, ¿por qué te esfuerzas tanto en ayudarlo después de haberte enfrentado a él con tanta tenacidad? ¿De verdad querías salvarlo? ¿Cuántas posibilidades tenía de morir por el camino? Quizás hayas pensado que la vida en Milán sería muy difícil para ti y creíste que así se te acogería con gratitud y afecto.

¿Afecto? Regina puso un gesto de desprecio. De Lieselotte quizás, ¿pero de él?

—Sea cual sea la razón que me empujara, ¡Stephan está aquí! —contestó con furia—. ¿O te disgusta? ¿Me he equivocado al traerlo a Pavía?

—¿Qué demonios quieres decir?

—Stephan es el barón de Hezen. Si muriese, tú heredarías el título. Muchos hermanos han matado por mucho menos —lo había dicho, pero en realidad solo quería herirlo al igual que lo estaba haciendo él con ella. Si solo se hubiera imaginado algo parecido, nunca habría puesto a su marido en sus manos.

—¡Maldita bruja! —profirió el hombre levantando el brazo para golpearla, pero se paró de repente—. Podrás vivir en mi casa. Pero que sepas que las cosas no han cambiado de cuando te dejamos en el castillo. Estabas encerrada en tu habitación y así seguirá siendo. Stephan decidirá por ti cuando esté mejor.

—¡No podrás impedirme que lo vea!

—Cuánta devoción —contestó con sarcasmo—. Pero lo haré hasta que él no quiera.

—¿Y si no quiere aunque no pueda decirlo? Te lo ruego, Hans, tengo que estar con él. Lo... lo amo.

Las palabras no le hicieron sentir piedad, pero sí reflexionar. El médico le había dicho que Stephan tenía las mismas posibilidades de salir de ese sueño que de deslizarse hasta la muerte. Todo dependía de la suerte y de los extraños mecanismos de la mente humana, ayudando a quien quería vivir. Su hermano había amado a esa mujer y, desde el momento en que lo hirió, habría querido vengarse de sus ofensas. La venganza era un buen motivo para vivir.

—Está bien —le concedió—. Hasta cuando él pueda decidir. Pero no serás libre para salir de la casa.

Regina se sentó y asintió. Ni gratitud ni alegría, pero al menos continuaría al lado de Stephan y ella y Rosa tendrían un techo bajo el que estar tranquilas.

Durante los tres días siguientes, Stephan se quedó en la casa del médico y las dos jóvenes milanesas se alojaron en una pequeña habitación comunicada con la del herido.

Las sábanas limpias, las curas constantes y los tés nutritivos que el médico y su sirviente le daban al barón tuvieron su efecto y la fiebre disminuyó. Sin embargo, Stephan no daba señales de salir de ese sueño peligroso. Regina lo cogía de la mano, le hablaba como si pudiera escucharla y responder, esperando que entendiera que estaba a salvo y que lo amaba.

Durante la mañana del tercer día, abrió los ojos y la reconoció.

—Tú... —dijo con una voz muy débil—. No es posible...

—Sí, lo es —susurró Regina con lágrimas en los ojos—. Amor mío, por fin estás de nuevo con nosotros —le cogió de la mano y se la llevó a la cara—. He rezado tanto para que sucediera...

—¿Dónde estoy? —preguntó.

—En Pavía. Ahora estás a salvo —susurró levantando la cabeza. Pero había vuelto a cerrar los ojos y se había vuelto a dormir, cansado por ese pequeño esfuerzo. Le besó la mano. Había hablado, ¡la había reconocido! ¡La había reconocido y no la había rechazado! Se levantó lentamente y con cariño le tocó la frente húmeda. Se recuperaría pronto y volvería a vivir.

Cuando informó al médico sobre lo ocurrido, el hombre se sintió satisfecho y por primera vez declaró que el herido había superado el periodo crítico. Seguramente en los días venideros se despertaría más asiduamente. La comida le daría más fuerzas en poco tiempo. Alabó a Regina por su dedicación, pero le dijo que descansara ahora que su esposo estaba fuera de peligro, porque su frágil físico podría derrumbarse. Durante tres días y tres noches, Regina no se había alejado de la cama del marido, solo durante las pocas horas en las que Rosa la obligaba a dormir un poco.

Y Rosa estaba al lado de él cuando, tras una tarde tranquila, Stephan se despertó de nuevo.

Vio que se movía y se acercó a él.

—¿Estáis mejor, barón?

—No lo sé —respondió mirándola con ojos apagados—. Pero parece que estoy vivo.

Ella sonrió.

—El médico ya no teme por vuestra vida.

—¿Antes sí?

—Estabais más muerto que vivo. Pero ahora no os esforcéis por hablar —susurró poniéndole bien la sábana—. Llamaré...

—Esperad —la paró levantándose un poco—. ¿Dónde estoy?

—En Pavía.

—Entonces me han rescatado —murmuró Stephan dejándose caer sobre los cojines—, y ha sido todo un sueño.

Pero le pareció muy real: la voz de su mujer, su cara bañada en lágrimas en su mano, el pelo cayéndole por la muñeca. Había sido bonito. Deseos inconscientes e irrealizables, porque si hubiese visto a Regina solo habría podido rechazarla. Recordaba todavía lo que le dijo el milanés en esa maldita celda y le pareció imposible que permitiera que le rescataran.

—¿Dónde está mi hermano? ¿Estoy en su casa? No os he visto nunca.

—No. Estáis en la casa del médico. Consideró oportuno teneros aquí.

—Tengo que saber lo que ha ocurrido.

—Sí, pero más tarde. Ahora avisaré a la sirvienta para os traiga la sopa y... hay alguien que está deseando hablaros. Ha estado siempre a vuestro lado y creo que no me perdonaría si la dejo descansar ahora que habéis vuelto completamente.

Stephan estaba demasiado cansado para pensar en lo que la chica le había dicho y cerró los ojos durante un momento, hasta que escuchó que la puerta se volvía a abrir y unos pasos se paraban a un lado de la cama.

—Stephan...

El barón se levantó un poco, conteniendo un gemido de dolor que le provocó el movimiento.

—Regina... entonces eras tú.

Con cuidado, Regina le posó una mano en el hombro sano para que se tumbara de nuevo.

—Sí —susurró. Parecía tan vulnerable—. Sí —repitió—, y tengo muchas cosas que explicarte. Tengo que contarte todo.

La empujó. ¡Maldita puta! No sabía por qué estaba allí con él y tampoco quería saberlo. Le había mentido y le seguía mintiendo.

—No quiero escuchar nada que salga de ti. Ya escuché demasiado en boca de tu amante cuando vino a disfrutar del espectáculo en mi celda.

Regina palideció. Todas sus ilusiones y sueños chocaron contra esa dura realidad de venganzas y mentiras. Guido se regodeó en su victoria hasta el fondo.

—Stephan —dijo desesperada—, dame la oportunidad de explicártelo. Sé que todo parece estar en contra mía, pero fui yo...

—Vete —la interrumpió con voz débil. Y viendo que no se iba sacó las fuerzas para gritar—: ¡Fuera de aquí, maldita sea!

En ese momento entró la sirvienta con el caldo de pollo preparado para el herido y, tras un momento de perplejidad, se puso delante de Regina rogándole que hiciera lo que le pedía. Sin dudarle, se apresuró a contarle lo ocurrido al maestro, que no dudó en advertir a Hans. Y desde ese momento a Regina no se le volvió a permitir que estuviera cerca de Stephan.

**Pavía****Casa Deinburg**

Habían transcurrido tres días desde que trajeron a Stephan a la casa de Hans y ella seguía encerrada en una habitación. Minuto tras minuto y día tras día, esperaba y rezaba para que la llamara. Se dijo miles de veces que su marido la escucharía y miles de veces dudó. Tenía noticias suyas por Rosa y de la sirvienta que le llevaba la comida y que tenía la llave de su prisión, pero él no pedía ir a verla.

Ni siquiera Lieselotte parecía querer, y Regina ya se había convencido de que pensaba como Hans. Pero una tarde la cuñada le hizo por fin una visita.

Después de un momento de duda, después de mirar por la habitación y de ver a Rosa en la ventana, Lieselotte corrió a su encuentro.

—Te he echado tanto de menos... —dijo con voz temblorosa por la emoción.

Regina se conmovió.

—Yo también —admitió abrazándola con fuerza.

—Me habría gustado venir antes, pero Hans me ordenó que no te viera. Ahora ha tenido que ir a ver al emperador a palacio y me pareció la ocasión perfecta para verte. Ermenegalda —añadió—, me ha ayudado. Es una mujer buena, ¿es amable contigo, verdad?

Regina no podía quejarse por el trato, era mejor que cuando estaba recluida en el castillo y por esa mujer tenía más respeto que cuando tuvo en Milán a los sirvientes de los Bossi.

—Sí, es amable. Pero tú, querida mía, ¿estás bien? ¿No sufres por el embarazo?

—Algunas veces, pero no importa, soy muy feliz. Stephan también está mejor, pero seguro que tú lo sabes —susurró mirando a Rosa con benevolencia, que se había levantado para dejarlas solas—. Por desgracia, no puedo hablar con ella, no conozco vuestro idioma, pero dile que se quede, te lo ruego.

—Lieselotte os pide que os quedéis, Rosa —dijo con suavidad—, y yo también. Está triste porque no puede conversar con vos. Si os vais se sentiría humillada.

Rosa se sonrojó y volvió a sentarse.

Lieselotte sonrió hacia ella.

—Es guapa y a Hans le gusta —dijo sin ningún rastro de celos—. Ha hablado con ella. Quería saber sobre vuestra fuga... —y previendo la pregunta de Regina, claramente dibujada en el rostro, añadió—: No fue un interrogatorio, créeme, estaba presente y conozco bien las variantes de tono de Hans. Por desgracia, no creyó en sus palabras.

—Le gusta pero no creyó en sus palabras —contestó Regina con amargura.

—Tiene confianza en su buena fe.

—¡Pero no en la mía! —se dirigió hacia Rosa—. Mi cuñada dice que hablasteis con Hans. No me lo habéis dicho.

Rosa suspiró.

—No me guardéis rencor por ello. No quería heriros. No creyó en mi palabra cuando se lo dije. Hasta se imaginó que nuestro encuentro con esa mujer, Matilde, fue preparado con antelación para convencerme.

Los labios cerrados de Regina se entreabrieron en un gemido de rabia.

—Pero Stephan se curará del todo y será él el que decida. ¡Él! Lieselotte, llévame a su habitación, te lo ruego. Déjame que le hable.

La joven mujer sacudió la cabeza.

—Es imposible. Tengo que respetar su voluntad, sobre todo ahora que todavía está débil. Yo misma se lo he rogado, pero está en un estado inamovible. Creo que deberías irte, tengo miedo por ti.

—¿Miedo? —repitió Regina—. ¿Debo temer por mi vida? ¿Hasta este punto me odia Hans?

—¿Hans? No, no se trata de Hans. Él no puede decidir nada, solo puede quedarse mirando a su hermano. Cuando tras la derrota envió a un espía a San Martino para saber de Stephan y descubrió que te habías ido sin preocuparte de él, quería matarte. Pero no lo ha hecho y no lo hará.

—Creía que estaba muerto, Lieselotte —la interrumpió Regina—. Lo sé, tendría que haber intentado ver al menos el cuerpo, pero estaba confusa y... —calló, incapaz de revelar la deslealtad y las mentiras de Guido.

—¡Yo te creo, pero ellos no! —dijo todavía indecisa. Después, sonrojándose un poco, continuó—: Mira... esta mañana he escuchado una

conversación entre Hans y Stephan. Escuché a escondidas, debería avergonzarme, pero lo que escuché me hizo comprender que no habrá perdón para ti. Aunque tu esposo quisiera olvidar las terribles palabras que le dijiste, después de que el milanés se hiciera pasar por mercader para convencerte de que lo siguieras, no podrá perdonarte nunca lo que ocurrió. Él mismo te vio dejar el castillo tras la derrota y, lo que es peor, el hombre que te acompañaba entró en su celda diciéndole que erais amantes y que nunca le rescatarían porque tú no lo querías.

Regina se volvió pálida. Ahora sabía que no había ninguna esperanza para ella. Guido había llevado demasiado lejos su venganza con el hombre que odiaba, hasta ensuciar el honor de una mujer inocente y calumniarla con crueldad. ¿Qué había sentido Stephan al verla dejar el castillo con Guido después de todos los mensajes en los que le declaraba su amor? La rabia y el odio le habían envenenado el corazón al escuchar esa mentira. ¡Cuánta impotencia al saber que estaba herido y encerrado en una celda que se convertiría en su tumba!

—Entonces no me servirá de nada justificarme... —susurró—, ni decirle cómo lo salvé. Ahora lo entiendo, es a Stephan a quien debo temer. ¿Piensas que querrá matarme?

—Yo... no lo sé, pero tengo miedo. Podría hacerlo si cree que le fuiste infiel —cogió rápidamente una bolsa que había dejado en la mesa y se la dio—. Aquí hay oro y joyas. Si te vas ahora, no lo sabrá hasta la noche y, quizás, ni te perseguirá.

Regina sacudió la cabeza.

—No puedo hacerlo.

—No lo entiendes, no hay esperanza. Aunque no ordenara matarte, nunca más te trataría como a una esposa. Dime, ¿quieres pasar el resto de tus días prisionera en su casa? ¿Quieres verlo sin poderte acercar? ¿Saber que tiene a su lado a una amante? Regina, esto mismo le sucedió a la última baronesa de Hezen. Ninguno de sus hijos supo de qué se la culpaba, pero el viejo barón prefirió mantenerla con vida por venganza.

—Y Stephan hará lo mismo —respondió Regina devolviéndole la bolsa—. En todo caso, créeme, te lo agradezco, pero no lo necesito. Todavía tengo casi todas mis joyas.

—Hans dijo que compraste la fuga de Stephan. Pensé...

Lieselotte estaba sorprendida. No creía en las dudas de su esposo, ¿pero



cómo podía su cuñada poseer todavía sus joyas?

Regina vio la perplejidad en su rostro y un relámpago de tristeza surcó sus ojos violetas.

—Todavía tengo las joyas —explicó—, porque para salvar la vida de Stephan maté al hombre que tenía que cogerlas —y brevemente narró a la cuñada lo acontecido en Milán antes de su fuga—. Y no maté a ese hombre para huir ahora de Stephan sin siquiera haber hablado con él. No demostraré mi inocencia con la fuga, pues soy inocente, Lieselotte. No lo he traicionado nunca, no sabía que estaba encerrado en la prisión hasta que lo descubrí por casualidad y jamás deseé su muerte, ni siquiera cuando creía que lo odiaba.

Lieselotte quería seguir insistiendo, pero no lo hizo.

—Que sea como quieras. Si cambias de idea, díselo a Ermenegalda —le cogió las manos y las apretó con afecto—. No podré volver tan pronto, no me gusta engañar a Hans y Ermenegalda tiene miedo.

Regina asintió. Era justo. Lieselotte tenía que parir en breve y preocuparse no le hacía bien ni a ella ni al bebé.

—No me habéis dicho nada de Hilda —murmuró, reteniéndola un rato más—. Me gustaría volver a tenerla conmigo. ¿Está bien? ¿Y Freda?

—Las dos están bien, pero Hilda no está con nosotros. Ha vuelto a casa de la señora a la que servía antes de que Stephan se la llevara al castillo. Me habría gustado tenerla conmigo, pero... esa mujer, una viuda, insistió tanto para recuperarla que Hans cedió.

*Esa mujer* había sido la amante de Stephan. De repente, Regina recordó nítidamente un comentario de Hilda, y sintió una punzada de dolor. Le pareció que la vida seguía su curso normal mientras ella estaba excluida.

Rosa esperó a que Lieselotte, que abrazó con afecto a su cuñada, dejase la estancia. Después se acercó a Regina.

—Vuestra cuñada os ha ofrecido dinero —dijo—, y vos lo habéis rechazado. ¿Qué ocurre, Regina? ¿Teme por vos? ¿Estáis en peligro?

Regina fingió indiferencia.

—Veréis que soy una desgraciada.

—No es eso, más bien, no es solo eso. No me mintáis, os lo ruego. Si vuestra cuñada os ha pedido que os vayáis, ¿no es porque teme por vuestra vida?

Regina suspiró, se pasó una mano por el pelo con un gesto inquieto.

—Sí. Lieselotte teme que Stephan pueda querer mi muerte.

—¿Por qué, después de lo que habéis hecho por él? ¿Por qué esta ingratitud? Os ruego que no me mantengáis apartada.

Regina miró a su amiga, sintiendo pena por ella. Estaba enamorada de Guido y había descubierto cosas desagradables de él. Esa última bajeza habría sido otro golpe. Pero Rosa era una mujer fuerte, lo había demostrado. Era fuerte y leal, merecía conocer la verdad.

—Esperaba que Stephan me escuchara, que me entendiera y me perdonara, pero después de lo que sé será imposible nuestra reconciliación —y a regañadientes le explicó el papel que desempeñó Guido.

Rosa quería gritar de rabia y pena. Guido había sido cobarde, traidor y desleal. Un ser indigno del cariño y el amor. Ese era el hombre al que se había entregado. Un hombre sin piedad que había destrozado el honor de una mujer para llevar a cabo su venganza. Tras una pausa interminable, pálida por el resentimiento y el sufrimiento, Rosa murmuró.

—Vuestra cuñada tiene toda la razón, tendríamos que irnos. Pocos hombres soportan la traición de sus esposas, poco importa que no sea verdad.

Regina negó con la cabeza.

—Vos no estáis en peligro. Y yo ya le he dicho a Lieselotte que no huiré. Quiero hablar con Stephan. ¡Quiero decirle que lo amo! Quiero decirle mi verdad, ¡la única verdad! Quizás no quiera creerme, ¿pero por qué darle crédito a un enemigo que lo odiaba y que quería hacerle daño? Tengo que encontrarlo, aunque rechace verme. Tengo que hacerlo ahora que sé lo que lo atormenta.

—¿Os ayudará Lieselotte?

—No. ¿Sabéis dónde está la habitación de Stephan?

—En este mismo piso, saliendo a la derecha, cuarta puerta. Quizás podría...

—No, Rosa. Quédate fuera.

—¿Cómo lo vais a hacer?

—No me será difícil cogerle la llave a Ermenegalda —la miró, una sonrisa llena de tristeza le iluminaba la cara—. Os tengo mucho aprecio, Rosa. Sois buena y merecéis mucho, más de lo que habéis recibido.

Rosa se sonrojó. Si hubiese conocido toda la historia quizás la despreciaría. En su ciudad, alguien podría culpar a Regina por desposar un suabo, pero ella, como mujer, se la desaprobaría allá donde fuera. Ninguna mujer honesta se ofrecería al hombre que amaba como había hecho ella, y

ninguna mujer honesta, pensando en sus abrazos, los anhelaría tanto. Extendió los brazos y rodeó a Regina con un abrazo lleno de afecto y remordimiento mientras unas lágrimas repentinas empezaban a mojarle las mejillas.

—Yo también te aprecio mucho, Regina, y nunca pensé que lo haría.

El momento de volver a ver a Stephan se presentó antes de lo que Regina esperaba, pues Ermenegalda, sabiendo que estaba sola, llamó a la puerta para preguntar si tenía órdenes para ella.

Sonrió a sus adentros. Hans procuraba que no le faltase nada, después de todo, seguía siendo la baronesa de Hezen.

—Sí, Ermenegalda, entrad.

La llave giró en la cerradura y la sirvienta, una mujer alta y delgada, entró cerrando la puerta tras de sí.

—¿Podéis mirar ese telar? —preguntó Regina—. He enhebrado los hilos y no puedo continuar el trabajo.

La mujer se acercó a la ventana, donde estaba puesto el telar. Regina la siguió y se puso detrás de ella.

—Temo que pueda romperlo al usarlo.

La sirvienta sonrió sin darse la vuelta y con dedos hábiles desató los hilos.

—Seguro que sabéis hacer otras cosas, baronesa. ¿Os gusta tocar? Os puedo traer un laúd.

—No... gracias. ¿Habéis visto al barón?

—No, nunca lo he visto, pero sé que ahora está mucho mejor, tanto que ya rechaza las sopas y los tés y pide carne y vino.

Y para poder mirarla directamente, reflexionó con amargura.

—Dadme la llave, Ermenegalda.

—Pero él no... —la sirvienta se giró de repente, comprendiendo, y lanzó un grito de sorpresa cuando vio en las manos de la joven mujer una jarra pesada de cuero suspendida sobre su cabeza—. Por favor, baronesa, no me hagáis daño.

—No quiero haceros daño, creedme, pero quiero la llave.

La sirvienta tragó con nerviosismo.

—Si queréis huir, mi maestra os ayudará, ya lo sabéis.

—No quiero huir, quiero ver al barón. Y para hacerlo tengo que salir de aquí. Si me dais la llave, no os golpearé, diré que lo hice y no correréis riesgos.

—Baronesa, os lo ruego... ¡mi señor no me perdonará! —balbuceó la

mujer asustada—. ¿Y de qué os servirá? Si el barón no quiere veros, os sacará enseguida. He escuchado que mi señora le ha rogado para os recibiera, pero no ha podido ser.

—Esto no tiene que ver con vos. ¡Dadme la llave! —ordenó con voz más dura—. Podréis gritar lo que queráis para disculparos —agitó de forma amenazadora la jarra y lo consiguió.

—Os lo ruego... —Ermenegalda se quitó la cadena que tenía alrededor del cuello, que llevaba la pesada llave de la puerta, y la puso en la mesa—. El maestro me echará después de darme con el látigo —gimió.

—Estad segura que todas las culpas se me atribuirán a mí.

Regina retrocedió lentamente hacia la puerta vigilando todos los movimientos de la sirvienta, esperando por si de repente se ponía a gritar.

Quizás la buena mujer se apiadaba de ella o quizás estaba demasiado asustada para pensarlo, pero le dejó tiempo para que atravesara el corto recorrido que la separaba de la habitación de Stephan y empezó a gritar en cuanto abrió la puerta y entró dentro.

La sirvienta que estaba arreglando la cama del herido gritó sorprendida al ver aparecer a la baronesa. Stephan, de pie al lado de la ventana, se dio la vuelta de repente y la miró furioso.

La había rechazado una vez y seguía haciéndolo porque no se sentía preparado para encontrarse con ella, y con razón. La miró unos segundos. Era guapísima, la iluminaba un rayo de sol que entraba por la ventana. Los ojos, iluminados por la luz, eran de color violeta intenso, y el pelo liso le caía con suavidad alrededor de la cara, pálida y perfecta como el marfil. El momento pasó. Era guapa, sí, pero falsa como Judas, y no le volvería a permitir que dominara su corazón.

—¿Qué haces aquí? No he mandado a que te llamen —dijo con brusquedad, humillándola delante de la sirvienta—. ¿Y qué está pasando? —añadió al escuchar los gritos de Ermenegalda.

—He encerrado a la sirvienta en la habitación. La he golpeado para quitarle la llave, tenía que hablar contigo.

De repente, los labios del hombre formaron una sonrisa de admiración, pero después se volvió amarga.

—Nada puede impedirte obtener lo que quieres. ¿No pudiste ablandarla?

Regina permaneció en silencio.

Le hizo un gesto a la jovencísima sirvienta.

—¿Lo has escuchado, chica? Saca a tu compañera y... —continuó mirando a Regina—, dile a tu señora que no quiero que se me moleste.

La joven hizo una reverencia, se paró con timidez delante de Regina, que dejó la llave en su mano, y desapareció por la puerta, cerrándola al salir.

—Debes tener algo importante que decirme —dijo con ironía.

Regina lo miró, habían sido suficientes pocos días para que se recuperara. Todavía estaba delgado, pero los músculos del pecho y los brazos eran fuertes, la piel había perdido el brillo enfermo y sus ojos claros brillaban, pero con una luz de sospecha.

—Sí, tengo, ahora más que nunca.

—¿Ahora más que nunca? —repitió él.

Regina supo que se arriesgaba a traicionar a Lieselotte.

—Yo... —murmuró—, no lo podía resistir más. Stephan, tengo muchas cosas que explicarte, demasiadas ofensas...

—Sí, muchas ofensas —la interrumpió con seriedad. Se alejó de la ventana y se sentó al lado de la cama—. Muchas y muy significativas. Pero no entiendo por qué razón te debo a ti la vida. ¿Por qué, Regina?

Se le acercó y se arrodilló al lado.

—Te lo ruego, escúchame —extendió una mano para coger la del barón, pero la rechazó.

—Ahórrate las plegarias, Regina. Y las lágrimas —añadió al ver que estaba luchando por evitarlas—. Solo dime la verdadera razón que te empujó a salvarme.

—Cuando descubrí que estabas vivo...

—Ya... Hans me ha dicho que afirmas haberme dado por muerto. ¿Qué es lo que te dio esa seguridad? Te habría bastado buscarme para verme.

Regina suspiró brevemente.

—Sí, ahora lo comprendo, pero no pude.

La miró con ironía amarga.

—Lo recuerdo, tu caballero moreno te arrastraba por la fuerza fuera del castillo.

—No pude porque no soportaba ver tu cuerpo sin vida. Yo misma te vi caer, me parecía haber oído tu grito de dolor, y después... después me dijeron que habías muerto.

—¿Te dijeron? —Stephan se echó hacia adelante y con rabia la cogió de la muñeca, tirándola hacia sí—. ¡Maldita bruja! ¡No quiero seguir escuchando tus

mentiras! ¡Ya no eres nada para mí! —y bruscamente la dejó libre.

Lo miró con desesperación.

—No son mentiras. Si hubiese sabido que estabas vivo habría permanecido a tu lado. Los mensajes que te envié durante el asedio no mentían. Quería... y quiero permanecer a tu lado.

—¡Cuánta devoción! Pero ya has mentido muchas veces. Recuerda, Regina, casi me habías convencido de que me amabas, ¿pero qué me dijiste cuando te mostré el joyero? ¿Y cuando fui a tu habitación antes de la batalla? Y después no fue suficiente verte salir con Bossi, él mismo vino a decirme lo de vuestra relación.

—¡Nunca hubo ninguna relación! —gritó sintiéndose impotente—. Nunca fui la amante de Guido ni nunca lo deseé cuando estaba contigo. Te mintió porque estaba obsesionado por el deseo de venganza.

—Ya usaré la espada cuando llegue el momento —dijo el barón en voz baja, mirando al vacío, casi saboreando el momento en el que haría que el enemigo se tragara las palabras hirientes que se atrevió a pronunciar. La miró a ella, sintiendo una rabia violenta por lo que ambos le habían hecho. Maldita mujer, tan guapa y tan apasionada hasta para volver loco a un hombre. Maldita mujer a la que todavía deseaba, a pesar de todo.

—¿Entonces son los otros los que mintieron? ¿Mintieron también mis ojos cuando te vieron marchar con ese perro?

Regina se sintió abatida. No quería creerla, nunca creería en ella, no quería escucharla.

—¿Tú también crees como Hans —preguntó con voz apagada—, que yo te salvé para poder actuar como espía de los milaneses?

—No, no pienso lo mismo. Creo que no tendrías una vida fácil en Milán, con la marca de la vergüenza por haberte casado con un suabo, y sin ninguna posibilidad de contraer una nueva unión. Yo seguía vivo y tu enamorado prefería vengarse en lugar de librarse definitivamente de mí. Regina Celeste Balestrieri tratada con desprecio por sus iguales y como una meretriz por su amante... Mucho mejor volver a ser la baronesa de Hezen.

Regina sacudió la cabeza. ¿Qué esperanza podría haber si eso era lo que pensaba de ella?

—Al liberarme te garantizabas una acogida amistosa en casa de mi hermano. Esperabas mi gratitud y posiblemente mi perdón —continuó él.

Regina se sonrojó. Quería amor, no gratitud estéril, y quería tanto perdonar

como ser perdonada.

—¿Es tan difícil? —dijo en voz baja y con tono amargo.

Stephan apretó los labios. No era difícil, era imposible. Nunca olvidaría que había pertenecido a otro.

En esos días largos en la celda, cuando todavía estaba en sí, siempre la tuvo en la mirada, en la mente y en el corazón. La veía en los brazos del otro y le habría gustado matar a los dos. A veces se imaginaba que era libre de nuevo y la tenía en los brazos. No la mataría, pero le serviría como objeto para su placer. Solo un objeto. Miró su rostro, observó sus pechos, sujetos en el vestido de seda, subiendo y bajando al ritmo de la respiración, y decidió que así debería ser. Sin embargo, no la tocaría ahora aunque su deseo hacia ella era cada vez más grande. No la tocaría hasta que supiera si llevaba con ella al hijo del milanés.

—¿Quieres mi gratitud? No la tendrás.

Regina quería seguir hablando, pero las palabras no le salieron. El destino que Lieselotte le había anunciado se delineaba frente a sus ojos. Hubo un tiempo en el que la amaba. Un tiempo. Nada estaba más acabado que un amor muerto. Se había equivocado al intentar verle, se había equivocado al no irse.

—Y ahora vete —concluyó molesto—. Te mandaré llamar cuando quiera hablar contigo.

Regina dudó un momento, después se alejó en silencio, salió y cerró con cuidado la puerta al salir.

Fuera la esperaba Lieselotte, que se le acercó preocupada.

—Lo siento, pero veo en tu mirada que no has conseguido nada.

Pero se engañaba, algo que no había pedido lo había obtenido. A partir de esa noche ya no estuvo encerrada en su habitación.

El calor había sido insoportable, pero por fin el sol se puso en compañía de una ligera brisa que venía del este, y dejó una noche fresca y placentera.

Regina apagó las velas y se sentó sobre el alféizar de la ventana, disfrutando el aire dulce y las ráfagas de viento que de vez en cuando llegaban a ella perfumadas con la fragancia estiva del jardín.

No podía dormir, pues las novedades que llegaron por la mañana eran graves, pero para Lieselotte, que era quien se las había comunicado, eran un buen presagio para su futuro.

El emperador, que supo de la fuga de Stephan de Milán, lo había invitado a palacio y expresó su deseo de conocer por fin a su esposa.

Lieselotte admitió que su cuñado estaba furioso, pero no podía rechazarla. Una invitación del emperador era una orden, y Stephan ya había incumplido sus deseos casándose con una milanese sabiendo que al soberano le habría gustado otra unión. Sea cual fuera la decisión que tomara, se veía obligado a fingir que el matrimonio seguía siendo de su agrado, siempre que no hubiera... Lieselotte se paró y dejó a Regina en la ignorancia y la inseguridad.

Se dio la vuelta de repente cuando escuchó que se abría la puerta y sus ojos rebuscaron ansiosos en la oscuridad.

El corazón se le subió a la garganta cuando reconoció a Stephan, pero no se atrevió a moverse mientras avanzaba por la habitación hasta entrar en el rayo de luz que brillaba en el cielo. Ya estaba curado, era de nuevo fuerte y guapo como antes, quizás más, porque lo veía sin el velo de sospecha y con los ojos llenos de amor.

—Me alegra que decidieras venir a verme —susurró tras un largo silencio.

—¿Tenías ganas?

—Sí... tenía ganas.

—¿Y te imaginas por qué estoy aquí?

Regina aguantó la respiración. ¿Acaso las visitas nocturnas de un esposo no tenían siempre el mismo significado? Si hubiese sido verdad... De repente, un escalofrío le recorrió la espalda. Si la había buscado de nuevo,



posiblemente podría reconquistarlo, podría demostrarle todo su amor y él comprendería que no podía estar con ningún otro. ¡Con ningún otro!

Stephan se acercó a ella para acariciarla. Ella tembló y suspiró. Se enfrentó a la mirada que le acariciaba la cara, parándose en la suave línea de los labios antes de pasar por el cuello hacia los pechos, escondidos tras la túnica de lino.

—Estás guapísima, como siempre —susurró mientras le bajaba la tela de uno de los hombros, dejándolo desnudo e irresistible bajo la luz blanca de la luna. Había superado la prueba: su vientre no tenía al hijo de ese perro milanés, y él la quería.

Regina resistió el impulso de alzar la mano para acariciarlo. Sabía que no quería ternura, sino poseer su cuerpo. Se movió un poco, dejó que le desnudara el otro hombro y que dejase caer la túnica por los brazos y las caderas hasta que cayó a sus pies.

Stephan la miró de arriba abajo. La había deseado siempre, demasiado. Pero ese cuerpo de piel sedosa había pertenecido a otro. Con un gesto violento se abalanzó sobre ella para buscar sus labios y forzarla en un beso rabioso cargado de pasión. Fue muy largo, pero también muy deseado.

Ella sintió que la lengua buscaba la suya y que las fuertes manos la cogían con fuerza por la espalda. Había pasado tanto tiempo... Levantó los brazos y le agarró de la nuca para aferrarse a él, respondiendo a ese beso brutal con todo el amor y el deseo que sentía por él.

Stephan se separó un momento con la respiración entrecortada. Había venido para poseerla, para demostrar que no era nada, sino solo una cosa que usaría para su propio placer. Pero ahora se sentía atrapado, como si Regina le hubiera lanzado un lazo invisible hecho de emociones y de promesas irresistibles. Volvió a besarla, esta vez lenta y placentemente. Sus brazos la cogieron y la levantaron para llevarla a la cama. Allí olvidó el resentimiento, la rabia y la venganza.

«*Lo amo... ¡Lo amo tanto!*», pensó Regina mientras respondía a sus besos y devolvía las caricias. «*Lo amo de verdad...*». Después su pensamiento se perdió en el placer que le daban aquellas manos expertas en sus caderas, los labios incansables sobre sus pechos, su vientre, entre los pliegues más secretos de su piel. Cuando la penetró, no deseaba otra cosa, porque nada más le importaba.

Cuando el mundo a su alrededor cobró vida, sintió la respiración fatigada

de Stephan en su cuello, su peso sobre ella, su abrazo posesivo. Respiró de alegría sintiéndolo todavía en su vientre y recordó momento parecidos en el pasado, cuando seguía abrazándola después del amor. ¿Lo seguiría haciendo? Por instinto se aferró a él por miedo a perderlo.

Stephan también recordó esos momentos tan íntimos y dulces. Momentos en los que disfrutó el calor de ese cuerpo cálido y saciado en sus brazos. Un cuerpo que creía que era suyo. Lo invadió una cólera repentina. Quiso usarla, pero sabía que era imposible. Cada vez que la tocaba se sentía feliz, fuerte, único, extraordinario, prisionero de un embrujo. No podía tolerarlo. ¡Tenía que liberarse de ella!

La empujó haciéndola rodar al otro lado de la cama. Un cuerpo cálido con el que satisfacerse lo encontraría donde quisiera. Se levantó de la cama y empezó a vestirse. No habló, no rogó, no acusó.

—Sin duda, Lieselotte te habrá dicho que te han invitado a la corte —dijo de repente y sin darse la vuelta.

Regina contuvo un sollozo. ¡Ni siquiera la miraba! La había tomado para después abandonarla. Ya no la volvería a amar y con el tiempo dejaría de desearla. Nunca podría conquistarlo...

—Sí —respondió distraída.

—Nunca quisiste conocer al emperador “sanguinario”, como lo llamabas tú —continuó girándose de repente para leer la verdad en su rostro. Era guapísima y parecía pura como un lirio—. ¿Qué vas a hacer?

—Cuando vine a Pavía era consciente de lo que hacía. Quiero ser una buena mujer. Así será.

—Es para el jueves. Busca un vestido digno de la corte imperial. No quiero que piense que descuido el aspecto de... de la mujer que he desposado. Le diré a Lieselotte que prepare la visita de un mercader, así podrás elegir las joyas que te vas a poner.

Regina agachó la cabeza, recordando la noche en la que le puso en el cuello la cadena con el rubí.

—No será necesario, Stephan. Todavía poseo casi todas las que me regalaste.

—Creí que pagaste mi libertad con ellas —se agachó hacia adelante y la cogió con fuerza por las muñecas—. ¿Entonces con qué pagaste?

—Con las únicas que llevaba en el momento en que puse un pie en la prisión.

—¿En ese momento? ¿No estabas preparada?

Regina sintió la sospecha en su voz, con un matiz de curiosidad.

—No me quieres creer, lo sé, pero no sabía si todavía estabas vivo. Cuando lo descubrí corrí a la prisión para asegurarme, pagué a los guardias para verte y al carcelero para convencerlo y que me ayudara con la fuga. Era codicioso, y Rosa, que estaba conmigo, se sintió obligada a ofrecerle también una de sus joyas.

—Era codicioso, pero veo se contentó con poco. Estaba arriesgando la vida.

—Habría recibido mucho más. Rosa negoció mucho mejor que yo tu liberación, estaba segura de que ese hombre te sacaría muerto de la prisión, porque le habría sido más fácil. Le aseguró entonces que en ese caso el acuerdo se anularía y que no obtendría nada.

—Si es así, era tonto, o vosotras demasiado ingenuas. ¿Qué le impedía matarme tras coger las joyas?

—De hecho, lo intentó. Le golpeé.

Stephan permaneció en silencio un momento. Quizás fuera verdad, después de todo estaba vivo, pero no podía darle al gesto el significado que le gustaría a ella.

—¿Con su mismo puñal, tal y como hiciste con Ulthdrich?

Regina advirtió la incredulidad y el sarcasmo de sus palabras. Una explosión de indignación la encendió y se apagó poco después. Tenía que ser paciente, quizás un día las heridas del corazón quemarían menos y lo comprendería.

—Le di en la nuca con una piedra mientras intentaba estrangularte — respondió con voz átona.

Parecía que no la estaba escuchando. Se acercó a la puerta, pero antes de abrirla se dio la vuelta.

—Mañana haré que venga un mercader de joyas. Si tu amante milanés no fue tan generoso como para hacerte regalos, me temo que no posees nada que te permita presentarte ante la corte. Además, quiero que elijas algo para reemplazar lo que perdió por mi causa la chica que te acompañó.

Regina estaba acostumbrada a la belleza y al lujo, pero el palacio del emperador la dejó sin aliento mientras recorrían los largos pasillos que llevaban a la sala de audiencias.

Por primera vez se preguntó si de verdad iba vestida con la fastuosidad

requerida para esas circunstancias. El vestido, de un azul intenso, era un poco oscuro, pero contrastaba de maravilla con su piel de marfil, mientras que los adornos de plata del corpiño y la cola lo iluminaban como las estrellas de la noche. Tampoco faltaban las joyas. Stephan no le puso límite a sus compras y ella, presa de una antigua arrogancia difícil de evitar, se vengó comprando piezas de gran valor. En el pelo llevaba una diadema de filigrana de plata con pequeños zafiros engastados y en el pecho reposaba un collar soberbio de diamantes y zafiros.

Stephan la miró de forma extraña cuando la vio, pero no dijo ni una palabra ni un piropo cuando la guio por los pasillos, ni en ese momento ni cuando pasaron el umbral de la sala de audiencias.

Había muchos cortesanos dentro, pero al fondo se veían bien el trono del emperador con Federico y su esposa.

Regina vio que muchos la miraban, unos con admiración y otros con curiosidad. Muchos conocían al barón de Hezen y sabían que tenía una esposa milanesa, ¿pero sabían todo? Intimidada, posó una mano sobre el brazo de Stephan y le miró con preocupación.

—¿Qué pasa?

—Tengo miedo —dijo sonriendo un poco para crear entre ellos una unión que él no parecía buscar—. ¿Crees que mi vestido se adapta a la ocasión? Veo a muchas damas vestidas con mucho lujo.

Le acarició la cara y el cuerpo con una mirada intensa. ¡Estaba tan guapa! ¿Fingía que no era consciente o de verdad se sentía incómoda? Estaba perfecta con ese vestido, igual que cuando estaba desnuda bajo la noche estrellada. El deseo siempre lo cogía a traición y se sentía vivo y poderoso en ese instante, igual que el dominio que Regina parecía tener sobre él, su decisión se hizo más fuerte y obstinada. Lo que pensaba hacer era humillante para una esposa, pero no podría ni querría oponerse, tenía demasiado orgullo.

Regina evitó suspirar. Deseo, determinación, arrepentimiento: le pareció leer todo eso en los ojos claros de Stephan. Sentía una sensación de incomodidad y de dolorosa espera, como si un peligro se cerniese sobre ella. ¿Qué podía hacer ella en la corte si su esposo no quería ni siquiera hablar?

—Todos te están admirando —respondió por fin él, parándose al lado de una columna.

Regina esperó que el emperador los llamara pronto. Lieselotte le dijo que si la emperatriz no necesitaba su presencia, se podrían ir después.

Desde esa posición podía ver bien a la emperatriz Beatriz de Borgoña, jovencísima y grácil, sentada con arrogancia en el trono. Él, Barbarroja, estaba de perfil mientras hablaba con un súbdito y sonreía. Ese era el hombre sanguinario que quería meter las narices en Milán, sin embargo, al mirarlo no parecía el monstruo que había imaginado. Al contrario, era atractivo. Sus rasgos eran finos y la barba y el pelo no tenían esa horrible tonalidad roja que había visto en las gentes del norte.

—Es distinto... —murmuró casi a sí misma.

—¿De verdad? —contestó Stephan sin preguntarle de quién estaba hablando, había seguido su mirada para espiar sus reacciones.

—Y es joven.

—Creo que solo tiene unos años más que yo.

—¿La emperatriz está siempre tan rígida?

—Lieselotte podrá satisfacer todas tus curiosidades esta noche.

Regina se sonrojó y se quedó en silencio. Dejó vagar la mirada por todos los que la rodeaban, ocultando su curiosidad femenina. Había muchos germanos y bastantes nobles lombardos. Vio que dos ancianas la miraban y se preguntó si estaban hablando de ella o de su vestido. Después advirtió un intercambio de miradas entre Stephan y una joven mujer de gran belleza con un vestido rojo rubí no muy lejos de ellos. Se sintió celosa de inmediato. Tenía caderas voluptuosas y pechos prominentes, que se podían ver a través del generoso escote. Tenía la cara perfecta y la boca, grande y carnosa, era roja y provocadora. ¿Había sido una de sus amantes? ¿Lo volvería a ser ahora que había regresado a Pavía?

Un joven paje distraía sus pensamientos. Llevaba la invitación de los soberanos y enseguida le extendió a Stephan la mano. Regina se giró de nuevo para mirar a la mujer de rojo, que sonreía satisfecha tras conseguir lo que quería.

Si antes temía no gustar al soberano porque era milanesa, quizás tendría que cambiar de idea. Federico tenía poco más de treinta años y era sensible al atractivo femenino.

—Me dijeron, señora, que erais de rara belleza —dijo el emperador hablándole en latín en señal de cortesía—. Y no mentían. ¿No es así, querida? —añadió lanzando una mirada de complicidad a la joven emperatriz, que, sorprendentemente, sonrió—. Os recibo con mucho placer en mi corte.

Regina hizo otra reverencia.

—Os lo agradezco.

—Sabíamos que teníais buen gusto, Deinburg, tanto como para prevenir nuestra... invitación —continuó el emperador—. Sin embargo, como hombre, si no como soberano, puedo comprenderos.

A Regina le pareció que Federico miraba hacia el grupo de damas de la emperatriz, entre las cuales se encontraba una joven mujer esbelta que miraba hacia ellos ofendida. Era Wielber, sin duda, y se sorprendió al recordar el nombre.

—Me alegra que te hayas curado. Pronto necesitaré a mis mejores hombres.

—Estoy a vuestras órdenes, señor.

—Lo estáis siempre, mi querido amigo, pero siempre hacéis lo que queréis.

Regina se sorprendió al mirar al emperador con mucha atención. ¿Había desacreditado a Stephan? Pero la expresión era serena, casi cómica. Seguramente a un fiel guerrero con un feudo rico en oro y hombres se le podían perdonar elecciones demasiado personales.

—Escuché también que debéis a vuestra esposa el estar ahora aquí.

—Eso parece —se limitó a responder Stephan.

—¿Cómo lo hicisteis, señora?

—Pagué a uno de los carceleros —respondió Regina.

—¿Fue fácil?

¡Fácil! Regina recordó el momento horrible en el que el tuerto iba a estrangular a Stephan. Dudó, buscando palabras que no la dejaran por desagradecida o sospechosa.

—No muy fácil, señor.

—Lo entiendo. Tenéis suerte, Hezen. Tenéis una mujer envidiable, estáis vivo gracias a ella, y gracias al matrimonio poseéis todavía el feudo que os han arrebatado por la fuerza. Os será de utilidad un día.

—Quería hablaros de ello, señor —respondió Stephan—. Preferiría que continuara siendo de mi esposa, aunque solo pueda residir allí en el futuro.

Regina sintió que se le hacía un nudo en la garganta. ¿Volvería a vivir en el castillo de San Martino? ¿Por qué? Hace un tiempo Stephan dijo que su feudo, en Suabia, necesitaba de su presencia. Tras la muerte del padre se encargaba un administrador designado por el emperador, pero no podía continuar así siempre.

—¿Qué queréis decir, amigo mío? —preguntó el emperador.

—Le debo mucho a mi esposa. Por esto, cuando me concedáis el regreso a Suabia, permitiré que permanezca en su feudo.

Regina sintió que la sangre le dejaba de circular por la cara.

La estaba repudiando, ¡la estaba rechazando delante de su soberano! Su corazón sintió un dolor intenso. Ni rabia ni humillación. Solo dolor. Jamás podría reconquistar a su esposo porque no se lo consentiría. La alejaba de la forma más ofensiva y dolorosa. Habría estado mejor que la matara.

—¿Y no pensáis tener un heredero para Hezen?

—La mujer de mi hermano, Hans, está embarazada. La sucesión está asegurada.

El emperador respondió con voz grave:

—No veo cómo podría oponerme a vuestra decisión, siempre que no quiera hacerlo la baronesa. Decidme, señora, ¿lo consentís? No tenéis que temer, decid lo que pensáis, estáis frente al emperador.

—Acepto todas las decisiones de mi esposo —respondió logrando mantener la voz tranquila. Esperaba que los despidieran pronto para dejar ese lugar antes de traicionarse con una palabra o una lágrima.

—Que así sea —concedió Federico—. Os ordeno, Stephan Deinburg de Hezen, de que os ocupéis de vuestra mujer de forma adecuada. Y vos, baronesa, no dudéis en pedir nuestra protección si alguna vez fuera necesaria.

Regina hizo una reverencia. La soberana sonrió y por primera vez le dirigió la palabra.

—Me alegraré mucho de volver a veros en la corte, baronesa.

Regina agachó la cabeza en señal de agradecimiento. Por supuesto, jamás volvería al palacio ni aunque continuase viviendo en Pavía. Ella ya era la esposa repudiada de Stephan Deinburg.

En breve salieron de la sala de audiencias. Stephan caminaba con lentitud y tranquilidad y se sintió obligada a continuar su ritmo, aunque habría querido tener alas en los pies para alejarse.

—Era la mejor solución —dijo de repente, como para excusarse de la humillación que le había hecho sufrir. Había sido fuerte, pocas mujeres habrían aguantado con tanto orgullo y compostura delante de una prueba parecida. Recordó cuando ella, en la celda fétida donde la encerraron, le dijo «Soy Regina Celeste Balestrieri» y cuando se atrevió a obligarle que saliera

de su habitación. Sí, tenía valor. Hasta cuando le echó en cara todo lo que pensaba de él. ¡Siempre!

—Estoy segura —no levantó la vista para mirarlo, le hacía demasiado daño, pero no dudó en acusarlo—: Ahora serás libre y el emperador no podrá obligarte a desposar mujeres que no te interesan.

Stephan arrugó la frente, ¿sabía Regina de la condesa Wielber? Seguro que se lo había dicho Lieselotte.

—Claro —respondió abruptamente.

Regina siguió mirando hacia adelante mientras caminaba rígida a su lado.

—¿La mujer de rojo que te miraba con provocación te habría salvado?

¿Qué sentido tenía explicarle ahora que cuando la desposó no pensó ni en Wielber ni en Candida? ¿Qué quería es lo que quería en cuerpo y alma? ¿Que a pesar de los deseos del emperador siempre había podido elegir?

—Lo ignoro —dijo—. En esa época no era viuda.

Regina levantó la cabeza de golpe y se paró para mirarlo.

—Destruiste, por tu propio placer, la vida que yo quería vivir. Creo que te has sentido más ofendido que herido por lo ocurrido en el pasado.

—Cree lo que más te plazca.

—Entonces no tiene importancia alguna, ¿no? Sí, marido mío, pienso que ha sido la mejor solución.

Le dio la espalda y caminó delante de él con la cabeza alta.



Lloró. La angustia que había acumulado esa tarde se manifestó en forma de lágrimas cuando se quedó sola en su habitación. Por desgracia no vio ni a Lieselotte ni a Rosa, no tenía la fuerza suficiente para contarles lo que había ocurrido. La habían repudiado y ahora al dolor se le añadía la vergüenza.

Se tranquilizó un poco cuando Stephan fue a verla y por un momento pensó que había cambiado de idea, que quería pedirle perdón, que todo había sido un sueño feo. Pero la esperanza se desvaneció cuando escuchó sus palabras.

—Quiero hablarte de las decisiones que he tomado.

Regina escuchó. Todavía llevaba puesto el vestido de la corte, pero se había quitado la diadema del pelo, dejándolo caer con rebeldía por las mejillas. Tenía la cara llena de preocupación, sin embargo, la oscuridad que predominaba en la habitación, roto por la luz tenue de la vela que había al lado de la cama, hizo que conservara su dignidad.

—Como no puedes volver ni a Milán ni a San Martino, creo que la mejor solución para ti es quedarte en Pavía. Mañana mismo haré que te busquen una casa y me ocuparé de que no te falte de nada, pues siempre serás mi mujer.

—¿En serio? ¿No harás nada para anular el matrimonio? Recuerda que no consentí nuestra unión libremente.

Stephan siguió fingiendo que no la escuchaba.

—Te enviaré sirvientes y también guardias para tu seguridad.

—Es un consuelo, gracias.

—Así no tendrás que tener en cuenta la invitación de la emperatriz.

—¿No?

—No irás a la corte. Por lo demás —añadió con frialdad—, no sé si tendrías el valor. ¿De acuerdo?

Regina le dio la espalda. Estaba demasiado cerca y no quería mirarle a la cara. Pensó en todo lo que le había dicho: guardias y sirvientes fieles a él y una buena casa donde estaría encerrada como en una prisión.

—¡Te he preguntado si estás de acuerdo!

Regina cerró los ojos. Stephan le posó las manos en los hombros y sintió que vagaban con inseguridad, casi con suavidad. Echó hacia atrás la cabeza hasta tocarle el pecho. Si tan solo... Recordó la noche en la que hicieron el amor. En ese momento también se había ilusionado, pero todavía no la habían repudiado. Dio un paso adelante y se giró para mirarlo de frente.

—De acuerdo, pero no me volverás a tocar.

—¿Crees que puedes darme órdenes?

—Creo que tengo el derecho de estar tranquila. No puedes repudiarme para después meterte en mi cama.

—Puedo hacer lo que quiera contigo —la cogió de la muñeca y con un gesto abrupto la tiró hacia sí. La besó, pero ni siquiera él sabría decir si lo había hecho para humillarla o porque el deseo era demasiado fuerte.

Esta vez ella no se abandonó. Permaneció inerte en sus brazos y cuando Stephan la dejó, dijo en voz baja:

—Busca a la mujer del vestido rojo. Ella sabrá satisfacerte.

—Puedes estar segura de ello —dijo un paso hacia atrás y con un gesto de la mano lleno de rabia rompió los objetos que había en la mesa que tenía al lado—. ¡Solo había venido a hablarte de tu futuro, maldita sea! Harás todo lo que yo desee, te guste o no.

—¿También cuando regreses a Hezen, Stephan? —dijo con ironía.

—Pensaré en ello cuando llegue el momento.

Regina lo siguió con la mirada mientras el barón se dirigía a la puerta. Le habría gustado correr hacia él y darle un tortazo, llorar y quedarse en sus brazos.

—¡No te puede haber hecho eso!

Lieselotte la miró con asombro, después miró a Rosa para que se lo confirmara.

—Lo ha hecho. Tenías miedo de que ocurriera esto, ¿verdad? Aunque no me lo dijiste.

Lieselotte recordó una frase que dejó a la mitad, pero no creía que fuera posible. Otros hombres repudiaron a sus mujeres cuando les convenía. Pero él no. Si no era suficiente el sentimiento que sabía que sentía por Regina, para un hombre como Stephan había razones más importantes, más que un sentimiento traicionado. Estaba la sucesión, la satisfacción que le darían los hijos...

—¿Qué será ahora de ti?

—Parece que no tengo que temer por mi futuro —contestó Regina con

amargura—. Siempre tendré San Martino, pero no sé cómo lo recuperará. El emperador le ordenó a Stephan que me cuidara y me animó a que me pusiera bajo su protección si alguna vez lo necesitaba.

—¡Gracias a Dios!

—¿Crees de verdad que Stephan me lo permitiría? Ya ha decidido por mi vida, me encerrará en una casa supervisada por sus hombres.

—¿Qué piensas hacer entonces?

—¿No lo entiendes? Te estoy pidiendo que me ayudes a irme. Me lo ofreciste tú misma hace días, lo acepto ahora.

—Regina, antes creía que te mataría...

—Si me quedase en Pavía, para mí sería como morir. Estaba aquí por él y tenía la ilusión de que un día lo volvería a conquistar. Él me deseaba y... —se sonrojó—, y yo me esperaba que al menos, solo por eso, me quedaría con él.

—¿Sabrías adónde ir?

—Sí. He hablado de ello con Rosa, vendrá conmigo.

—¿Está de acuerdo?

—Sí, Lieselotte.

La suaba suspiró.

—Me imagino que no me dirás dónde y que ya no te volveré a ver. Esperaba que estuvieras conmigo cuando naciera el niño —los ojos se le llenaron de lágrimas—. Regina, no soporto perder de nuevo tu amistad.

Regina la abrazó.

—Estaré contigo en el recuerdo. Nuestra amistad no morirá jamás.

—¿Cuándo tienes pensado irte?

—En la primera oportunidad que tenga, aunque sea hoy mismo.

Lieselotte agachó la cabeza. Si le hubiese revelado los proyectos a Stephan, Regina continuaría bajo su protección. No soportaba saber que estaría solo, quién sabe dónde. Pero su cuñado había traspasado los límites, ni siquiera lo paró la gratitud.

—¿Cómo viviréis? —dijo al fin.

Regina sonrió.

—No temáis, en una casa bonita y tranquila, al lado de alguien que no me rechazará.

—Lo espero de verdad. Tendrás que partir pronto. Han convocado de nuevo a Stephan al palacio por cuestiones militares y Hans está con él.

Ninguno de los sirvientes sospechará si salimos juntas. Cogemos las camillas y las llevaremos a la puerta... —dudó—, ¿a qué puerta?

Regina pensó. Se dirigía a Crema, donde su tía abuela Beatrice, y Crema estaba al este.

—La puerta oriental —dijo.

—Sé dónde encontrar caballos y te daré todo el dinero que tengo.

—Te lo agradezco. No puedo rechazarlo, no es fácil ni seguro comerciar con joyas.

—¿Estás segura de que quieres huir?

Regina asintió.

Lieselotte estaba muy preocupada. Menos de una hora después, tras despedirse de Rosa, le puso en la mano un anillo y, en un latín raro e incorrecto, susurró:

—Tened. Si me necesitáis, dádselo a alguien para que me lo entregue. Lo sabré.

—¿Dónde está?

Stephan entró en el salón dando grandes zancadas y se acercó a su cuñada, que instintivamente retrocedió para ponerse al lado de su esposo.

—¿Dónde está, maldita sea?

Hans se enfrentó a él con un toque de asombro en la voz.

—¿Qué pasa? ¿Por qué agredes así a mi mujer?

Stephan ignoró a su hermano y siguió mirando a Lieselotte.

—¿Adónde ha ido Regina? ¡Quiero saberlo!

La había buscado a su regreso, pero no la encontró. La sirvienta que se hacía cargo de ella estaba aterrorizada y supo de repente que algo no iba bien. Registró con rabia entre sus cosas y se dio cuenta de que faltaban las joyas, menos las que se compraron unos días antes para ponérselos en la corte, como si le recordaran uno de los momentos más humillantes de su vida.

—Lo sabes. Tienes que saberlo, seguro que la has ayudado.

—¿Regina se ha ido? —Hans miró a Lieselotte—. ¿Qué sabes?

Lieselotte retrocedió aún más, esta vez alejándose del marido.

—Me pidió que la ayudara y así hice —susurró. Y encontrando el valor continuó, mirando con amargura a su cuñado, por el cual siempre había sentido afecto—. Tú, que la humillaste públicamente al repudiarla, ¿cómo puedes creer que tienes derecho sobre ella? ¿Por qué tendría que quedarse aquí encerrada en una casa que se convertiría en su prisión?

—No quiero saber lo que piensas —explotó—. ¡Dime dónde ha ido!

—¡Díselo, Lieselotte! —la presionó Hans, furioso por la intromisión de su mujer en la vida de su hermano.

—No lo sé. Prefirió no decírmelo y no insistí. Sé que ella y Rosa están a salvo.

—¿A salvo? ¿Tienes alguna idea de lo peligroso que puede ser viajar para dos mujeres solas? ¡Dos mujeres guapas y jóvenes como ellas!

—Olvidas que ya lo hicieron cuando te salvaron la vida trayéndote a Pavía. Y encima huían con un enemigo de su ciudad. Pero no lo crees, ¿verdad? ¡Jamás quisiste creerlo!

—¿Cómo osas? —la reprochó el marido.

—Puedes pegarme, si quieres. Tú, que creías que era una espía. ¿Por qué ya no está en el palacio para seguir espiando? Y tú, Stephan... —añadió mirando a su cuñado—, ¿sigues pensando que dejó Milán porque la vida allí era difícil para ella? ¿No llegaste a pensar que un hombre enamorado, como lo era ese milanés, lo haría todo para ser agradable? ¿De verdad crees que la habría dejado marchar tan fácilmente?

Los dos hombres la miraron en silencio, después Stephan se le acercó.

—Lieselotte, piense lo que piense, correcto no, ¿no crees que me gustaría saber que está a salvo?

La joven mujer se relajó.

—Sí, quizás, pero querías que estuviera a salvo en tus manos para hacer lo que quisieras, para vengarte por las injusticias que sufriste. Ahora ella viaja sola y... —se dejó caer en una silla, se llevó una mano a la boca y empezó a sollozar—. Quizás me he equivocado... —murmuró—. Quizás me he equivocado.

Casi tímidamente, Hans acarició el pelo de su mujer.

—Sabremos si te has equivocado. Ayuda a Stephan a encontrarla, dale al menos una indicación si de verdad no sabes adónde se dirigió. Si es como piensas, no habrá vuelto a Milán ni irá a San Martino.

Lieselotte se secó los ojos y miró con tristeza a Stephan.

—Salieron por la puerta oriental y tenían dos caballos.

—¿Cuándo?

—Esta mañana.

Stephan se puso rígido. Partieron camino de Cremona y Mantua, un poco más al norte estaba Lodi. Empezaría por Lodi al estar más cerca de San

Martino, y quizás porque estaba más cerca de Milán. En el fondo, seguía sin creer a su bella esposa traidora.

## **CUARTA PARTE**

### **Sucesos en el invierno de 1159**

## Diciembre

### Crema

Guido Bossi dejó a sus compañeros en la taberna y a paso lento se dirigió hacia la casa donde se hospedaba. Era finales de diciembre y, probablemente, también el fin de la resistencia de Crema. La gente había visto de todo en los meses de asedio, también sus compañeros y hermanos en las torres de asalto. Compañeros y hermanos obligados a dejar morir al ver cómo se derrumbaban las torres. Muchos cayeron para defender la ciudad, y las mujeres y niños morían de hambre. Con el avance del invierno se esperaba que el ejército imperialista se retirase, pero no había sido así.

Seis meses eran muchos, demasiados, y entre la gente cansada empezaba a escucharse la palabra *rendición*. Pensaban que la rendición significaría paz, pero los nobles de la ciudad sabían bien que abrir las puertas a Barbarroja quería decir muerte y destrucción. El emperador no perdonaría la humillación de una ciudad menor y lo haría de forma que nadie lo olvidara.

Empezaba a ser peligroso ir por las calles, porque en cada esquina los que no tenían patria y que preferían al emperador en casa en lugar de fuera repartiendo muerte y destrucción podían robar o matar.

Bossi vio que de una calle lateral salía una mujer, que pasó por delante de él a gran velocidad. Tenía algo bajo la capa, quizás una cesta de pequeñas dimensiones. Una presa para los ladrones a esa hora en la que el cielo daba la bienvenida a la puesta de sol y empezaba a oscurecerse. Seguramente la chica tenía comida y la capa que la cubría estaba forrada de cuero. Muchos darían su alma por una capa así en un invierno tan frío.

Asustada por los pasos detrás de ella, la mujer se dio la vuelta y a Guido le pareció reconocer a Rosa. Seguro que fue una ilusión, y era mejor así. Estaba a salvo, lejos de las miserias de la ciudad.

Cuando descubrió que había dejado Milán para huir a una ciudad enemiga, cuando se dio cuenta que nunca más la vería, un velo cayó sobre sus ojos y se



le abrió el corazón. Su padre siempre había tenido razón. Rosa era la mujer ideal para él. Rosa, que habría podido ser su feliz realidad y no un sueño imposible.

Le pareció enloquecer nada más pensar en ella, perdida e infeliz, y la voluntad de capturar al barón suabo se desvaneció del todo: Deinburg se había convertido en un enemigo como los otros. Hasta la loca obsesión por Regina se había esfumado, dejándole solo remordimiento por la amiga que había sido.

Entendió que Rosa ayudara a Regina con la liberación de su esposo. ¡Tenía que estar muy enfadada con él! Un hombre que había engañado y traicionado solo para tener a una mujer que no le pertenecía y que ya no le amaba. Por esto, por una especie de decencia, no intentó buscarla, aunque habría ido a Pavía para asegurarse de que estaba a salvo. Seguramente lo odiaba, igual que Regina. ¡Y con razón!

La mujer empezó a correr y la persiguió. No podía ser Rosa. No quería que fuese Rosa, pero tenía que verle la cara. Le fue fácil alcanzarla, la chica gritó y él la acalló con una mano mientras con la otra le cogía la cara para verla. Se encontró con unos ojos asustados, ojos que creía que no volvería a ver más.

—No... Rosa, eres tú... —murmuró, bajando la mano poco a poco para liberarle la boca. Soñó mil veces con volver a verla, pero no así. No allí, donde muy pronto las mujeres serían la presa de los soldados del ejército conquistador.

Rosa miró con incredulidad al hombre que la tenía cogida. Se le cayó la cesta, pero no hizo nada por recogerla, aunque contuviera la única comida que había podido encontrar en los últimos dos días: un trozo de queso y pan negro. Sintió el calor de una mano en la espalda y los dedos rugosos en la piel delicada del cuello. ¿Cuánto tiempo hacía que no lo veía? Gimió al sentir una gran emoción en el corazón. Lo había juzgado y condenado, pero nunca había dejado de amarlo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Guido alejándose de ella, consciente de haberla abrazado sin tener el derecho de hacerlo—. Creía que estabas en Pavía.

—Hace meses que vivo aquí.

—¿Por qué?

Rosa se encogió de hombros.

—El destino. Estamos... estoy aquí desde finales de junio, poco antes del

asedio.

—¿Estamos? —preguntó al escuchar todas sus palabras—. ¿No estás sola?

Rosa quería esconderle la presencia de Regina, ¿pero con qué objetivo? Ahora que la había visto la descubriría y correría a buscarla.

—Hablo de Regina —dijo con voz apagada.

—¿Pero no estaba en Pavía? Creía que había vuelto con los Deinburg.

—¿Creías? —susurró—. ¿Eres un hombre y no conoces a tus iguales? ¿Qué harías tú si otro hombre te dijera que es el amante de tu mujer?

Guido apretó la mandíbula. Sí, tenía razón. Pero sentía que se volvía loco.

—Deinburg la ha repudiado públicamente —continuó la chica.

—¿Y la ha echado?

—No, Guido, no lo ha hecho. Quería protegerla generosamente porque le debía la vida, pero Regina no lo ha soportado y prefirió irse. Herida, ofendida...

Guido sacudió la cabeza.

—Igual que tú cuando huiste, y eso también es mi culpa. Si lo hubiese entendido antes... —se interrumpió al escuchar pasos. La cogió de la cintura y la arrastró dentro de una puerta abierta. Sus miradas se encontraron, su respiración se fusionó. Ambos desearon un beso que no pudieron darse. Era tarde, demasiado tarde para ellos. Cuando el ruido de los pasos se desvaneció, la soltó—. Sé que me he equivocado. No supe ver... —se calló de nuevo. ¿Para qué continuar? A lo mejor lo perdonaba, pero seguramente habría dejado de amarlo desde hacía mucho tiempo. Ninguna mujer como Rosa habría amado al hombre en el que se había convertido—. No importa —dijo al final.

Le pasó dos dedos sobre la cara y se quedó mirándola en silencio. Era muy dulce. ¿Cómo habría sido la vida a su lado si las cosas hubieran salido de otra manera? Retractó la mano de repente.

—¿Dónde vivís?

—En la casa de la tía abuela de Regina, que lamentablemente murió. Está a pocos pasos de aquí.

—¿Y cómo vivís?

Rosa se encogió de hombros con resignación.

—Hasta hace pocas semanas, mucho mejor que el resto. Todavía teníamos joyas para vender y no sufríamos el hambre.

—¿Y ahora?

Agachó la cabeza.

—Algo conseguimos. Hoy salí por la tarde porque escuché que habían matado unos caballos. Regina está embarazada, Guido —dudó si decírselo o no, no quería herirle, pero tenía que saberlo. Observó su reacción, pero no fue la que esperaba. Había confusión en su mirada morena, no rabia—. Está en el sexto mes y no sabe si podrá llevar a buen término el embarazo. La matrona dice que necesitaría huevos y carne, como muchas otras mujeres en este estado que viven en la ciudad, pero todo lo que he encontrado es pan seco y queso — se agachó para recoger la cesta—. Mira, me ha costado una tercera parte de un collar que perteneció a la tía Beatrice. Pero es mejor que nada.

Guido sintió por ella una infinita ternura, pero también el orgullo por lo valiente que era. Extendió la mano y la tiró hacia sí, sintiendo la cesta como barrera.

—¡Qué tonto he sido!

Lo miró y en el rostro se le dibujó una sonrisa.

—No reclames todo el mérito, el marido de Regina también hizo lo suyo. A veces, los hombres parecéis locos.

—Yo ya no lo estoy, Rosa.

La chica sintió que el corazón le dejaba de latir. ¿Es posible que quisiera decir...?

—Os sacaré de aquí antes del fin —continuó Guido sin dejarle más tiempo para pensar y hacerse ilusiones—. No sé cómo, pero lo haré.

—No, Guido, no se puede salir.

Él entró dos noches antes, superando las líneas germanas y llevando un carro lleno de víveres junto al cuerpo, ya sin vida, de su amigo Rolando, que en el pantano le clavaron una lanza en la espalda. Salir era mucho más fácil, pero no para dos mujeres, de las cuales una estaba embarazada. A menos que...

—Rosa, por lo que me has dicho antes, creo que al Deinburg no le interesa hacerle daño a su mujer, no físicamente. Si alguien le dijera que va a tener un hijo, seguramente la protegería fuera de los límites de la ciudad.

Rosa sacudió la cabeza.

—Pero quizás no esté aquí o esté muerto... o no quiera saber nada de su esposa. Hace dos meses envié un mensaje sin que lo supiera Regina. Lo confié a un chico que decía que no quería morir de hambre como un pájaro en una jaula. Si hubiese llegado a Pavía, habría entregado un anillo a la cuñada de Regina. Al ver la joya, sabría que estamos pasando por un mal momento. Me

lo dio ella misma para este tipo de circunstancias. Estaba segura de que haría algo... si lo hubiese encontrado oportuno.

Guido lo comprendió, en Crema se estaba pasando hambre, pero podía ser mejor que una muerte segura si el barón hubiese decidido liberarse para siempre de su mujer. Sin embargo, apartó enseguida la idea. El Deinburg había tenido tiempo para matarla antes de que Regina huyese,

—Rosa, es posible que ese chico huyera con la joya o que muriera nada más salir de las murallas.

—Yo... no quiero pensar que fuese deshonesto. Tenía trece años, era un buen sirviente. Le encomendé que se lo pidiera a los Deinburg si lo aprisionaban. Esa joya era como un pase, no solo nuestra salvación. Pero también podría no haber podido hablar con ellos antes de morir —concluyó con tristeza.

—¿Por qué lo hiciste sin que se enterara Regina? No es tonta y no tiene miedo de arriesgar si fuera necesario. Lleva al niño del Deinburg, y la ayudaría por su heredero, si no por ella.

—Es consciente de ello. No dudó nunca del honor de su marido, es el embarazo lo que la ha cambiado. Es muy insegura, imagina muchas cosas y se hace mil preguntas a las que da siempre respuestas negativas. A veces se convence de que le negaría la paternidad y te la atribuiría a ti, otras veces piensa que le quitaría el niño, si naciese barón, para la sucesión —suspiró—. Dice que podremos salvarnos, que no necesitamos a nadie y que preferiría morir antes de conocer a su hijo en las afueras de las murallas asediadas de una ciudad lombarda. Quizás tenga razón. Creo que está terminando. Esta gente no resistirá mucho más. Abrirán las puertas y entonces...

—Entonces será mucho peor que eso, no te hagas ilusiones —la interrumpió bruscamente.

—Ya ocurrió en Milán. No fue fácil, pero nos recuperamos.

—No... ¡no! —dijo cogiéndole la cara con las manos—. Cuando Barbarroja entre como vencedor no dejará en pie ni una piedra de esta ciudad. Escupió sangre durante el asedio, no lo perdonará. No preguntará nada porque enviará a sus hombres a saquear todas las casas antes de quemarlas. Eres bella... —continuó con voz ronca—, y tan joven. ¿Sabes lo que te harán a ti y a Regina cuando entren en vuestra casa? Nadie se salvará.

—¡Guido!

La abrazó con un cariño casi paternal.

—Perdóname, pero podría ser así de verdad —hizo una pausa larga para disfrutar de su cercanía—. Vamos, te acompaño —concluyó al fin.

No se movió.

—¿Qué intenciones tienes?

—No intentaré ver a Regina, si es lo que temes. Sé que solo le haría daño, porque me odia. No le digas que me has visto, si quieres. Quizás sea lo mejor.

—No, no es eso lo que temo. Guido... —susurró la joven mujer con voz rota—. Quieres encontrar a Deinburg, ¿no es así? Pero no puedes, te matará. Intentará salvar a Regina, pero para ti será el fin.

Guido negó con la cabeza.

—No me importa lo que ocurra después si tú y Regina lográis salir de aquí.

—No...

—Rosa... no puedo borrar lo que hice en el pasado, pero ahora puedo intentar cambiar las cosas. Puedo intentar redimirme, ¿lo entiendes?

Lo entendía. Los hombres se mataban por mil motivos, a menudo por honor. Guido quería recuperar la dignidad que sabía que había perdido. Quería poner en su sitio aquello en lo que se había equivocado. Así que asintió.

—Venga, vamos —murmuró él, rodeándole la espalda con un brazo.

Rosa lo siguió, pero cuando estuvieron delante de la puerta de la casa donde vivía, miró con preocupación el rostro moreno envuelto en sombra. A su manera le había pedido perdón, pero él no se había perdonado. Estaba segura de que le sería indiferente vivir o morir. Seguramente entró en Crema por una misión peligrosa y quizás ya no tenía a nadie por el que vivir.

Un año antes le ofreció su cuerpo para ayudarle a curar las heridas del alma, y lo hizo sin pensar en las consecuencias de su gesto. Ahora tenía que considerar hacerle entender que no solo había odio para él, sino también mucho amor, si tan solo quisiera aceptarlo. Quizás, en ese caso, querría luchar por su vida.

—Sé que lo haces por amor a Regina y que no la olvidarás jamás —susurró—, pero me gustaría... me gustaría que pensases un poco en mí. Por mí debes sobrevivir, ¡por mí! Porque ahora que te he encontrado moriría si te perdiera de nuevo.

Guido la abrazó con fuerza, saboreando el perfume del pelo. Esa frase le daría fuerza. No la defraudaría otra vez.

—Lo que me has dicho es un milagro. Sobreviviré por ti —susurró—. Solo por ti.

Stephan Deinburg se alejó de la mujer dormida a su lado y se levantó para responder a la llamada de su escudero. No Rochus, al que perdió en San Martino, sino Berhthram.

—Entra —dijo.

El chico entró en la tienda e intentó no mirar a la mujer tendida al lado de su señor, cubierta solo en parte por la sábana que le había puesto el barón.

—Perdonadme, señor, pero se ha apresado a un hombre cerca de las murallas, pregunta por vos.

—¿Cuál es su nombre?

—Se ha negado a decírnoslo, pero afirma tener noticias muy importantes relacionadas con la baronesa, vuestra mujer.

Regina... hacía meses que había enviado a un lodisano para buscarla, el espía lombardo más de confianza. Seguía sin creer en ella, seguramente solo por orgullo, pero no toleraba no saber dónde estaba. Sabía que no había vuelto con los Bossi a Milán, pero no le reconfortaba, la imaginaba sola y perdida, abandonada a sí misma.

Empujó con fuerza a la chica, que al despertar gritó para protestar.

—¡Fuera! —dijo al ver que no lo entendía. De repente estaba enfadado consigo mismo y con ella, los dos solo se servían del cuerpo para amar, habían perdido el alma. Le arrancó la sábana para que obedeciera pronto y se levantó, se puso deprisa los pantalones y la túnica de lana.

—Hazlo entrar, ¡ya!

El joven salió y volvió a entrar con un hombre alto y moreno.

Deinburg pensó ver a un mensajero del lodisano, nunca imaginó encontrarse delante de su enemigo.

Resistió al impulso de sacar la espada que llevaba a un lado. Durante meses deseó encontrarse con ese perro de frente y abrirle el pecho con el hierro de su hoja, sin embargo, ahora podía esperar y escucharlo.

—Reconozco que habéis tenido el valor de preguntar por mí. No lo habría creído cuando vinisteis a divertiros a mi celda —dijo fríamente.

Guido tenía las manos esposadas y lo miró con tranquilidad. No reaccionó a la ofensa, pues sabía que se la merecía.

—Y yo no creía que supierais controlaros, barón. Otro habría empuñado ya la espada.

—No os alegréis demasiado. Llegará el momento. ¿Decís que tenéis noticias de Regina?

—Sí.

Los músculos tensos de la mandíbula traicionaron la furia creciente de Stephan. La relación que ella había negado seguía existiendo.

—Así que volvió con vos cuando se encontró sola —dijo con frialdad—. Tenía la información equivocada. ¿Dónde está Regina?

—No, no estaba equivocada —contestó Guido.

La mirada de Stephan se llenó de violencia.

—No tengo la intención de perder el tiempo con vos, Bossi. Si esperáis salvaros con estos juegos, os engañáis.

—No hay ningún juego, barón. Solo os estoy revelando la verdad. Cuando descubrí que Regina había escapado con vos, era demasiado tarde para pararla, y procuré que nadie supiera que estuvo involucrada, junto a Rosa, en vuestra fuga. Me aseguré de que estuvieran a salvo en Pavía y hasta ayer creía que seguía allí.

Una luz de interés brilló en la mirada gris del suabo.

—¿Queréis darme a entender que renunciasteis a ella?

—¿Qué otra opción tenía? La hice creer que estabais muerto, fue muy fácil, pues te vio caer. No tengo ni idea de cómo supo que estabais prisionero en Milán, pero cuando lo descubrió no dudó en liberaros y huir con vos.

—Eso no es lo que me dijisteis en la celda.

—Os lo hice creer. Si lo recordáis, fuisteis vos quien explicó vuestras hipótesis y yo me limité a no desmentirlas. No me gustó ni me divertí, como decís vos. Quería heriros. Vos lo hicisteis conmigo. Regina sufría y me hacía daño, pero no estaba sola.

—¿Negaréis entonces que ha sido vuestra amante? ¿Esperáis que os crea?

—No, no lo espero, sé que es más fácil creer en las mentiras. Pero estoy aquí para pedirlos que la ayudéis.

—¿Queréis decir que os habéis dejado arrestar?

Guido sonrió con ironía.

—No es difícil esconderse de vuestros centinelas. Justamente esta mañana metimos en la ciudad el último un carro de víveres.

—Tenéis razón, ¡el último! —respondió Stephan abruptamente—. Crema no resistirá mucho más. Vos, que entráis y salís a placer, deberíais saberlo bien. Al final esa gente pagará.

—Regina está en Crema.

La mirada de Stephan brilló con una luz peligrosa. De un salto se puso delante de su rival. Lo cogió por la túnica y lo sacudió con violencia.

—¿Cuál es vuestro propósito?

—No tengo otro propósito que llevarla a ella y a Rosa fuera de las murallas. Vos y yo sabemos bien lo que puede suceder a dos jóvenes mujeres cuando los soldados entren como vencedores en la ciudad.

Stephan se alejó de él. ¡En Crema! Regina estaba en Crema, la única ciudad en la que no había pensado. ¿Pero por qué? ¿Por qué se había refugiado allí? ¿Entonces era verdad? ¿Qué intenciones tenía ese perro milanés?

Maldijo. ¿De qué servía hacerse tantas preguntas? Sabía demasiado bien lo que ocurría en una ciudad conquistada. Quizás Bossi mentía, ¿pero se arriesgaría a ignorar sus palabras?

—No estoy seguro de que digáis la verdad —respondió—, pero fingiré creerlos. ¿Es ella la que os pidió venir?

—No, su compañera. ¿Recordáis a Rosa?

—La recuerdo.

—Me dijo que intentó enviar un mensaje a vuestra cuñada, pero por lo que parece fue inútil. Es fácil escapar de vuestros hombres, más difícil es hablar antes de morir, si es que os capturan. No he visto a Regina ni creo que quiera encontrarse conmigo. Temo que tenga los mismos sentimientos que vos, aunque por distintos motivos.

Stephan volvió a acercarse a su enemigo, mientras este permanecía impasible. Cogió el puñal y con un gesto rápido e inesperado le apuntó la garganta con la hoja, mirándolo fijamente a los ojos.

—¿Qué os hace creer que esté ansioso por sacar a Regina de la ciudad? ¿No sabéis que la repudié?

—Quizás lo haríais por capricho, Deinburg, pero creo que la habéis amado. Fue un hombre que sufría mucho el que me asaltó en la celda el verano pasado. Sí, Rosa me dijo que la repudiasteis, pero también me dijo que teníais la intención de cuidar de ella. Si hubiese querido liberarse, la habríais mandado matar cuando todavía estaba en vuestra mano. Si no me equivoco —añadió—, os recuerdo la deuda que tenéis con Rosa... y vuestro hijo.

Stephan presión con más fuerza la punta del puñal, hiriendo la piel del cuello.

—¿Qué decís?



—Sé que pondréis en duda ser el padre, pero Regina espera un niño, está en el sexto mes de embarazo.

—Un hijo... —Stephan clavó la mirada en su enemigo, intentando ver la verdad en sus ojos oscuros. El milanés se engañaba al creer que negaría la paternidad. Si Bossi no mentía, si todo no era un truco para hacerlo entrar en la ciudad, estaba seguro de que ese hijo era suyo, ¿acaso no esperó antes de tocarla a saber que Regina no tenía en sí la semilla de otro?

—Creedme, Deinburg —presionó Guido—. No es un truco, y no os pido que entréis en la ciudad conmigo. Seré yo, solo yo, el que las saque de las murallas, y vos estaréis allí para protegerlas.

Stephan bajó lentamente la hoja, y con un golpe brusco cortó las cuerdas que esposaban las muñecas de su enemigo.

—Entraré con vos —dijo.

Guido negó con la cabeza.

—Mejor que no, vuestro aspecto os traicionaría.

—Lo haremos de manera que nadie se dé cuenta. Pero vos... —añadió en tono amenazador—, tendréis que enfrentaros a mí después. Hace meses que deseo clavaros una hoja en el cuerpo.

—Os contentaré. Pero podría suceder lo contrario.

—Podría. Veremos a quién de los dos favorece la suerte.

Seguramente Stephan era el único suabo que había entrado con tanta facilidad en Crema en los últimos seis meses. Pero su compañero era un pase excelente.

«*Conocen a este desgraciado*», pensó Stephan mientras bajaba del caballo, atento por si se le acercaba alguien por detrás y listo para desenvainar la espada en cuanto fuera necesario. No se fiaba de Bossi, podría denunciarlo a sus compañeros en cualquier momento, una manera eficaz de librarse de un enemigo sin arriesgarse, aunque solo lo haría un bellaco.

—¿Quién es vuestro compañero, Bossi? —preguntó un hombre alto y delgado de cara cadavérica señalando a Stephan, que estaba de pie al lado de su caballo—. No le había visto nunca.

—Es Stefano Dorsi, un buen amigo...

Stephan se tranquilizó, pero se mantuvo apartado del hombre y de la antorcha que tenía en las manos. Era improbable que descubriese el truco del pelo, se lo había cortado igual que los milaneses y oscurecido con madera quemada, pero era mejor no correr riesgos.

—Es sordomudo —continuó Guido para evitar que otro le hablase—, pero es de confianza. Parecía que era el mejor ladrón de caballos cuando asediaron Milán, aunque es un juego de niños robar delante de las narices de esos estúpidos imperialistas —sonrió a Stephan, que permaneció impassible, como si de verdad no pudiera escuchar.

El hombre se rio con ganas.

—Cada cierto tiempo algunos chicos lo intentan... una pena que no siempre vuelvan —dijo en voz baja mientras la boca volvía a entristecerse—. ¿Qué es lo que os ha traído aquí tan pronto, si se puede saber?

Guido pasó una mano nerviosa por el morro del caballo, diciéndose que parte de la verdad era una mentira a medias. No le gustaba engañar a esos hombres, tenían mucha valentía y fuerza. Pero Rosa y Regina eran más importantes.

—Pues no, amigo —dijo con una medio sonrisa—. Tenemos que sacar a una mujer, si logramos encontrarla. Es la hermana del amigo de Stefano y fue

la mujer de uno de los milaneses de la toma, que murió hace poco. Está embarazada.

—Si es que se quiere ir —explotó el otro encogiéndose de hombros.

—Es arriesgado, sí, pero creo que querrá. Se ha quedado sola. Tomad los caballos, ¿queréis? —dudó y mintió para darle más peso a la historia—: Si no la encontramos, saldremos con un caballo solo.

Poco después, los dos hombres anduvieron en silencio codo con codo por las calles oscuras y desoladas de la ciudad hasta una casa de dos pisos, con un muro que protegía el jardín en el lado derecho.

—Tenemos que saltar por el muro y entrar en el jardín —explicó Bossi—. Rosa me dijo que me esperaría con la puerta abierta.

—Por suerte, esos “estúpidos imperialistas” os han dejado con vida —observó Stephan, preparándose para saltar el muro.

Saltó desde el suelo y esperó al compañero. Durante el recorrido breve y silencioso reflexionó: era evidente que Bossi no le había mentido y que Regina estaba de verdad en Crema. Regina, con la que soñaba todas las noches, su bella esposa a la que había repudiado por orgullo y que había superado a todas las mujeres que había tenido en los brazos.

Seis meses no habían sido suficientes para olvidarla, sabía que no bastaría ni una vida. Hace tiempo que comprendió que la quería a su lado y que nunca dejaría Italia sin haberla encontrado.

Observó a Guido, que iba delante de él. ¿Cuándo mintió sobre su relación? ¿En la celda o en el campamento? Quizás nunca lo sabría.

Bastó un pequeño empujón para que la puerta se abriera. Se adentraron en una cocina grande y fría como el aire que soplaba fuera. Ignoraron el salón que tenían al frente, totalmente oscuro, y se dirigieron por el pasillo hasta llegar a una puerta entrecerrada desde donde provenía una luz tenue.

—¿Rosa? —susurró Guido mientras abría la puerta que daba a una pequeña habitación, iluminada solo con la luz de una vela.

La joven se levantó lentamente de la silla, dejando caer al suelo la capa que la cubría. Sus enormes ojos castaños estaban llenos de sorpresa, como si no creyera que hubieran llevado a cabo tal empresa. No obstante, había dejado la puerta abierta esperando durante horas el regreso del hombre al que amaba, rogando para que no le sucediera nada.

—Gracias a Dios... —susurró mientras iba hacia él—. ¡Gracias a Dios! —repitió tirándose a sus brazos.

Stephan, todavía bajo la sombra del umbral, observó la escena con curiosidad. De repente, le pareció intuir que había algo que no estaba claro: ¿por qué había dejado la chica la casa segura de los Bossi para ayudar a Regina en algo que, para los milaneses, era un acto de traición? Se quedó asombrado al ver la reacción de su enemigo a ese abrazo. No esperaba que le diera ese recibimiento y luego estaba la manera en la que la abrazaba, como si no desease otra cosa. ¿Era posible que su enemigo ya no amase a Regina? ¿O era una escena preparada para convencerlo de la inocencia de su mujer? No, ¡eso era imposible!

Cuando los dos se separaron, dio un paso hacia adelante.

Rosa se sobresaltó al verlo, pero enseguida lo reconoció y suspiró de alivio: la presencia de Deinburg significaba seguridad, no solo esperanza.

—Me alegra que estéis aquí, barón —murmuró.

—Me habría gustado encontraros en otras circunstancias. ¿Estáis bien a pesar de todo?

—Sí. ¿Y Regina?

—Ella también, pero...

—¿Pero?

—En su estado...

Rosa se interrumpió de nuevo y miró a Guido.

—Se lo he dicho yo, Rosa.

La chica asintió, suspirando de forma imperceptible.

—Sus condiciones la hacen estar insegura.

—¿Dónde está? Quiero verla.

Rosa negó repetidamente con la cabeza.

—Está en el piso de arriba, pero... tenéis que darme tiempo para hablar con ella.

—No tenemos tiempo.

—Os lo ruego —insistió la chica—. Ella no sabe nada de mi encuentro con Guido. Preferí no decirle nada, no sabía cómo reaccionaría. Cuando le dije que por el bien del bebé que llevaba debería intentar hacéroslo saber, se negó rotundamente. Dijo que dudaríais de vuestra paternidad y que si no lo hicieseis os lo llevaríais. Dijo que seguramente la mataríais para desposar a vuestra amante... —se interrumpió, pues le pareció que en el rostro del hombre se dibujó una emoción profunda—. Lo siento, no creo que lo pensase de verdad, pero en su estado...

Stephan asintió. Había herido a Regina demasiadas veces. La tomó para él, sabiendo que estaba prometida con otro, y nunca la escuchó, solo para creer en las peores cosas. La humilló repudiándola públicamente y hasta reclamó su gratitud por el solo hecho de hacerse cargo de ella. ¿Cómo podía sorprenderse de sus miedos si seis meses antes se habría comportado como ella temía? Había sido necesario saber que estaba lejos, sola, para descubrir que no podía vivir sin ella.

—Pero vos no pensáis lo mismo —dijo por fin a Rosa tras un largo silencio—. Sé que intentasteis enviarme un mensaje.

—Perdonad, pero decidí confiar en vuestra cuñada. Si el chico al que confié el anillo hubiese llegado a Pavía, habría sido ella la que decidiría que es lo mejor.

Stephan sonrió con amargura.

—Entiendo —dijo—. Lieselotte también podría no haber decidido hablar conmigo. Coged vuestras cosas —añadió después, cambiando bruscamente de argumento—, tenemos que dejar la ciudad lo antes posible. Yo me ocuparé de Regina.

Rosa intentó pararlo, pero Guido la contuvo:

—Es mejor así, Rosa, no temas.

Stephan no esperó y subió por las escaleras. No sabía cuál de todas las puertas del pasillo era la habitación de Regina, pero esa era la última de sus preocupaciones.

Estaba saliendo tras mirar en la primera habitación cuando escuchó que una puerta se abría, y la vio: frágil, a pesar del peso de la maternidad, con el pelo suelto, pies descalzos y vestida solo con una túnica clara.

Escondido en la sombra, Stephan la miró sin poder decir nada.

—¿Rosa? —llamó extendiendo la mano que sostenía la vela, sin poder ver. Le pareció escuchar voces masculinas provenientes del piso de abajo, pero no podía ser verdad. El silencio en ese momento era trágico, como todas las noches en esa ciudad asediada. Trágico como la realidad de esos días.

Le dio un escalofrío y le pareció que los espasmos que le provocaba el hambre eran más intensos. Ya no tenían más leña para quemar, la comida escaseaba y se avergonzaba un poco porque el peso de la búsqueda recaía en los hombros de Rosa. Por la noche dormía poco y lloraba a menudo, preocupada que, por su estado, el bebé no llegara a ver la luz. Y siempre, en esas noches de insomnio, pensaba en el pasado: en Stephan, al que seguía

amando a pesar de todo y en la vida que habrían podido vivir juntos si no hubiera habido malinterpretaciones y mentiras. Se preguntaba si pensaba en ella y si en esos meses había anhelado los momentos felices. A veces imaginaba que dejaba la ciudad y que llegaba al campamento. Fantaseaba sobre el momento en el que la acompañaría su esposo, imaginaba una mirada feliz y un abrazo protector. Sentía hasta los labios masculinos en los suyos y disfrutaba de un beso imposible. Pero solo eran sueños. Si hubiera podía llegar al campamento sin que le dieran las flechas de los arqueros, y su marido estuviera de verdad allí, seguramente la miraría con descontento y negaría la paternidad del bebé que llevaba en el vientre y, si no la mataba, la abandonaría. Ya no la amaba y la había repudiado.

Se llevó una mano al vientre y lo acarició como si con ese pequeño gesto pudiera tranquilizar al bebé. Lo amaría por los dos.

Estaba casi en las escaleras cuando vio la sombra de un hombre, el corazón le dio un vuelco. Se paró de repente, mirando la figura musculosa que tomaba forma ante la luz tenue de la vela.

—No temas, Regina, soy Stephan.

La voz profunda, que sin duda reconocía, la envolvió como un manto, dándole calor. La mano le tembló y dejó caer al suelo la vela, que se apagó. Sintió que se caía y, cuando dos brazos fuertes la sostuvieron, con el corazón en la garganta se dejó levantar y llevar hasta la habitación, la única iluminada por la luz moribunda de una vela. Quizás se lo estaba imaginando, y solo cuando la dejó delicadamente sobre la cama encontró las fuerzas para hablar.

—¿Eres tú de verdad?

Le habría gustado abrazarla y besarla, pero se apartó. ¿Cómo es que lo acogía con felicidad?

—Sí. He venido para llevarte fuera de la ciudad. En los próximos días estarás en Pavía, a salvo.

Seguramente había visto que estaba embarazada y, por lo tanto, tenía que haberlo sentido cuando la había levantado.

—Espero un bebé —dijo en voz baja, pero con un poco de orgullo, pues no había hecho nada malo y no había nada que esconder.

—Sin duda.

Durante un momento, Regina se quedó en silencio. Stephan no parecía asombrado ni rabioso.

—¿Cómo... has sabido dónde estaba? —preguntó.

El barón la miró. Las privaciones no la habían cambiado. Estaba muy pálida y delgada, pero estaba guapísima.

—Te busqué por todas partes —admitió—, y jamás pensé que podrías haberte refugiado en Crema. No sabía que tuvieses a alguien con quien hospedarte.

—Era mi tía abuela. Solo me vio una vez, cuando era niña, pero fue generosa conmigo y con Rosa. Murió en agosto, pero seguramente sea mejor así —añadió encogiéndose de hombros—. Estaba mayor y enferma, no habría superado estos meses tan terribles y habría sufrido mucho —levantó la cabeza y, de nuevo, le preguntó cómo había descubierto su refugio, si es que todavía se podía llamar así.

—Bossi —le dijo.

Regina se sobresaltó.

—¿Guido? ¿Has capturado a Guido? Pero él no sabía que Rosa y yo estábamos en Crema.

—Ha sido fortuito, Bossi se encontró con tu compañera y le habló de ti y de tu estado.

—¿Le dijo que estaba embarazada y fue a buscarte?

Si hubiese dudado de la sinceridad de su esposa, Stephan las disiparía. Su sorpresa era evidente. A pesar de ello, por enésima vez, se preguntó cuándo le mintió Bossi sobre su relación. ¿En la celda o en el campamento?

—Se dejó capturar.

—Así que, sabías lo del niño antes de verme —susurró Regina—. ¿Por qué has venido? Era más fácil para ti dejarme aquí.

De nuevo, deseó tocarla y abrazarla, pedirle que lo siguiera amando, si de verdad lo había amado. Sin embargo, fue frío al responder:

—Porque estoy seguro de que es mi hijo y tengo el deber de hacerme cargo de ti.

Regina lo miró con inseguridad.

—¿Cómo estás tan seguro de que el niño es tuyo? Nunca me dejaste hablar ni justificarme.

—No entré en tu cama hasta que me aseguré de que no estabas esperando el hijo de otro.

Regina rio con amargura.

—¡Qué tonta! Tendría que haberlo sabido. No te fue difícil descubrirlo con los espías que me enviabas.

—He reflexionado mucho estos meses —admitió—. No te he tratado bien, aunque te debía mi gratitud. Estaba furioso y... celoso.

Celoso y furioso, sí. Siempre la había considerado una cosa, no podía aceptar que perteneciese a otro.

—Pero yo nunca fui la amante de Guido —respondió con dignidad, pero estaba segura de que no la creería.

—Bossi admitió que te hizo hacer creer que estaba muerto. También negó haber sido tu amante. De esto, lo reconozco, nunca estaré seguro.

Suspiró. Tranquila y desilusionada al mismo tiempo. Al menos, Guido confesó sus mentiras. Se mordió el labio inferior y asintió.

—Recuerdo bien lo que te dije ese día, después de que me dijeras que habías torturado y matado a Guido. Sé que fui cruel. Creía que te odiaba. Quería odiarte y... herirte.

Después de haberlo salvado, intentó explicárselo y justificárselo, y Stephan sintió añoranza y arrepentimiento por haber sido así de implacable y orgulloso por no escucharla. Todo lo malo que le había pasado era culpa suya.

—¡Maldita sea! —explotó antes de cogerla por los hombros y tirarla hacia así para abrazarla. Al diablo las sospechas y el orgullo. Había venido para salvarla, pero también para tenerla a su lado. La quería para siempre, con deseo obstinado. La emoción de tenerla así, con su bebé entre ellos, lo dejó mudo unos segundos. Saboreó el perfume de su piel y respiró profundamente —. Escucha, Regina —dijo después—. Quiero que vuelvas a ser mi mujer, quiero que te vengas conmigo cuando vuelva a Suabia.

Las lágrimas de alivio cayeron lentas por el rostro pálido de Regina. Si se la llevaba con él, podría criar a su hijo. Sí, quería que le dijera que todavía la amaba, que la había echado de menos. Pero era imposible.

Se liberó del abrazo a regañadientes.

—¿Y si no quisiera? ¿Me obligarías como siempre has hecho? —dijo temblando por el frío y la emoción, estrechando las brazos contra el pecho.

Stephan se quitó la capa y se la puso sobre los hombros. Dudó un instante, pero no la tiró de nuevo hacia sí, porque lo había rechazado.

—Me temo que sí. No puedo dejarte a mi heredero para que lo críes en Lombardía.

—¿Y si fuese niña?

El barón apretó los labios. La quería consigo, pero le había hecho ya demasiado daño, y no debía ni quería forzar su voluntad.



—No creo que la quiera menos, pero... —hizo un gesto de resignación—, te dejaré a ti elegir. ¡Ahora vístete pronto! Tenemos que irnos mientras sea de noche.

Regina agachó la cabeza para que él no le leyera en la cara la inquietud. Era una concesión que no debía pesarle demasiado.

—Tengo que advertir a Rosa —dijo con voz sorda.

—Está abajo, nos espera con Bossi.

—¿Guido? ¿Tú y Guido aquí, juntos? ¿Qué sucederá cuando estemos en el campamento?

—¿Te estás preguntando si mataré a Bossi como un perro?

—Me estoy preguntando si os batiréis en duelo. Un día dijiste que con él usarías la espada.

—Me lo debe, Regina.

La joven mujer se llevó una mano a los labios para sofocar un gemido.

—Podrías ser tú el que caiga... No verías nunca a tu hijo, y yo...

—¿Y tú?

Regina no respondió. La quería por el niño que llevaba en el vientre, si fuese una niña les permitiría quedarse en Lombardía. ¿Por qué humillarse diciéndolo que lo amaba? ¿No lo hizo ya antes? Y él la había repudiado. Cogió en silencio un vestido y se lo puso encima de la túnica. No quería que la viera desnuda.

No tenía nada que llevarse consigo y, al ponerse la capa, dijo en voz baja:

—Estoy lista, Stephan.

Con delicadeza, la sostuvo y la guio por las escaleras.

Regina dudó antes de entrar en la habitación donde Guido y Rosa los esperaban. Había odiado a Guido más de lo que lo había amado, y habían ocurrido momentos en los que lo habría matado, pero sin él, Stephan no la habría encontrado. Había arriesgado la vida y por esto le debía gratitud.

Le pareció distinto a antes, distinto del joven enamorado que la perseguía a caballo por el bosque de San Martino, pero también del hombre que había engañado y traicionado por tenerla. Le fue suficiente mirarlo a los ojos para comprender que ya no la amaba y estaba doblemente agradecida.

—Gracias —murmuró mientras fue a su encuentro—. Gracias.

Las dos mujeres descubrieron que no era difícil salir de las murallas de la ciudad asediada. Quien quisiera hacerlo era libre, con todos los riesgos.

Ninguna pregunta frenó su fuga, y tras cabalgar brevemente llegaron a las afueras del campamento germano, donde los esperaban los hombres del barón.

Rosa tembló cuando vio a los suabos. Para ella y su compañera los peligros habían terminado, ¿pero para Guido? No era tonta ni se había hecho ilusiones. Regina lo había perdonado, Deinburg no lo haría. Sintió que la mano de Guido le acariciaba la cadera, sus labios posaron un beso en la sien, Era el último, lo sabían los dos.

—Vámonos, Guido, vámonos —susurró, hundiéndole la cara en el pecho, abatida por la desesperación—. Fuguémonos mientras estemos a tiempo.

Sacudió la cabeza con determinación.

—No. Arriesgaría tu vida y sería en vano lo que he hecho. Y Deinburg tiene que contentarse.

—¡No! —gritó ella con fuerza.

—Sí, así debe ser. Este era el pacto. Hice cosas de las que me avergüenzo y debo pagar. Si Deinburg quiere su duelo, lo tendrá —la abrazó con más fuerza—. Te amo, Rosa, no quise decírtelo porque no me parecía justo, pero no puedo hacer menos. Perdóname si no reconocí mis sentimientos cuando todavía podíamos haber vivido este amor.

La chica no dudó ni un momento de sus palabras. Palabras dulces y... amargas, que daban alegría y hacían daño. Aunque hubiese gritado, llorado y rogado, el destino de ese amor estaba maldito, lo sabía, así como la vida de su hombre. Ninguno podía salvarlo, ni siquiera Regina. Sin embargo, a pesar de que sabía que era imposible, Rosa imploró a su compañera con la mirada.

Regina lo entendió. Ni siquiera Rosa había olvidado a su amor en esos meses de separación. Lo amaba más, pero no tenía esperanza.

Un duelo. Un inútil duelo para vengar un pasado que ya no existía. Un duelo tonto que destruiría mucho más que una vida.

El caballo se paró. Stephan la abrazó con fuerza, ella levantó la mirada para buscar sus ojos grises.

—Déjalo marchar —susurró—. Si no quieres renunciar al duelo por nosotros, hazlo por ella. Déjalo marchar por Rosa, ¡te lo ruego!

—¿Por ella? —repitió Stephan. Y volvió a pensar en cómo la chica recibió a Bossi esa noche, cómo el milanés la había abrazado. Sin decir una palabra, abrazando a Regina, giró el caballo y fue a encontrarse de frente con su enemigo. Juró matarlo, pero sabía que la situación había cambiado.

—Me habéis ayudado a recuperar a mi mujer, Bossi, y con eso me es

suficiente —dijo con dureza mientras miraba a los ojos de Guido—. A vos, damisela Bonfanti, os debo la vida. Os regalé un collar por ello, un regalo insignificante.

—Os estaré agradecida por siempre, barón —susurró Rosa entre lágrimas.

—Estos son hombres de mi confianza —continuó Stephan dirigiéndose a Bossi—. Os conducirán hasta donde estéis a salvo.

Guido asintió, después miró con ternura a su mujer. Para ellos todavía había un mañana.

Regina extendió tímidamente la mano para tocar la de Rosa. Se habían querido como hermanas en esos meses, pero no habían tenido confianza. El odio y el amor por el mismo hombre siempre las había dividido. Ya no se volverían a ver, pero nunca se olvidarían.

Stephan le dio órdenes a su capitán y los caballos y caballeros desaparecieron de su vista.

Solo se quedó un joven soldado, que cabalgó detrás de su señor hacia el campo suabo hasta llegar a una tienda.

—Será tu hogar durante unos pocos días —dijo Stephan llevándola dentro—. He ordenado a Berhthram que te traiga comida. Tendrás hambre.

Regina se sentó en la cama, no hacía frío ahí dentro. Había un brasero y era suficiente para calentar ese pequeño espacio.

—No mucho. Tenía hambre antes, pero se ha desvanecido. Solo estoy.. cansada.

—Sí. Casi está amaneciendo, descansa un poco.

Regina negó con la cabeza.

—Tengo tantas cosas que preguntarte. ¿Cómo está Lieselotte? ¿Ha dado a luz a un niño o a una niña?

Stephan sonrió.

—Un niño sano y fuerte, están muy bien los dos. Se alegrará de volver a verte y se hará cargo de ti en mi ausencia.

Regina se sobresaltó. Ella ya estaba a salvo, pero el asedio de Crema continuaba y Stephan se quedaría hasta que los nobles de la ciudad aceptaran la rendición.

—Tu gesto ha sido noble —murmuró apartando esos pensamientos—. Rosa te estará por siempre agradecida.

Stephan se acercó, admirando su fuerza, no se podía resistir a su dulzura.

—No tiene importancia. Lo hice porque lo querías tú.

Asombrada, Regina buscó la mirada de su esposo.

—¿Por mí?

—Sí, por ti. No te asombres, ¿ignoras el poder que tienes sobre mí? ¿Sabes qué sentí estos últimos meses sin saber nada de ti? ¿Sabes cuántas veces me maldije por no haberte escuchado? Te repudié porque cada vez que te tocaba me sentía tu esclavo y ahora lo soy más que antes. Te busqué por todas partes —la voz se hizo ronca mientras extendía una mano para tocarle el pelo—. En Crema me preguntaste si te obligaría a seguirme a Suabia y yo te di una concesión. Quizás soy como soy, pero no lo haré. No te dejaré aquí ni aunque nazca una niña y no te prometo que no te tocaré más, porque te deseo demasiado. Incluso ahora.

Regina sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas. Stephan estaba delante de ella, alto y fuerte, guapo como un dios, y por fin le había dicho que la seguía queriendo.

El barón le tocó una mejilla.

—Te amo, Regina, y haré todo lo posible para conquistarte. Intentaré hacerte olvidar lo que te hice. Lo intentaré, pero sé paciente, porque a veces te seguiré acusando. Es mi naturaleza, y te amo demasiado como para no ser celoso —Regina se arrodilló delante y le puso la cabeza en el vientre, donde el niño daba patadas con fuerza a pesar de todo lo que había tenido que soportar.

Con ojos brillantes por la profunda emoción, Regina le acarició el pelo teñido de negro y sintió que el corazón se le llenaba de alegría.

—Yo también te amo, Stephan. Dios sabe que no lo quería, pero sucedió, y ahora no podría amarte más.

—Y al fin te tengo —dijo abrazándola con un gesto casi triunfal. Posó los labios sobre los de su mujer y la forzó con dulzura—. ¡Cuánto te he echado de menos!

—Y yo a ti, siempre.

La siguió besando y Regina, sintiendo en ese beso el ímpetu y la pasión y a pesar de que no se quería resistir, se apartó con pudor.

—He perdido elegancia y me he vuelto patosa.

Él se rio.

—No te preocupes. Llevas a mi hijo en el vientre y te quiero ver desnuda, tal y como estás. He perdido mucho al no estar a tu lado.

Ella se abandonó con un suspiro apagado y se dejó desnudar, expulsando

el pudor y la vergüenza. Tal y como había dicho él, llevaba en el vientre a su hijo y había pasado mucho tiempo desde la última vez. Demasiado para dos corazones enamorados.

# EPÍLOGO

**28 de septiembre de 1160**

## Feudo de Hezen

La joven mujer miró con afecto los prados verdes que se extendían hasta desaparecer de la vista al otro lado de las murallas del castillo. Esa tierra era bonita, dulce y tranquila como una mujer feliz, como ella.

Se alejó de la ventana en cuanto oyó el llanto suave del niño y corrió a su lado. Le acarició lentamente la mejilla suave, le sonrió con ternura, lo cogió de la cuna y se lo puso en el pecho.

El pequeño dejó de llorar de inmediato, y tras un largo e irresistible suspiro sonrió.

Regina le pasó un dedo sobre la naricita y después sobre los pequeños labios, dibujando su forma. ¡Su hijo! Su pequeño y maravilloso Peter, con esa preciosa cabecita rubia y esos ojos violetas, tan parecidos a los suyos. Sacudió lentamente la cabeza y sonrió. ¿Cómo había podido decir en el pasado que jamás traería al mundo al hijo de un suabo?

Hilda, sentada mientras cosía cerca, la miró contrariada.

—¡Vais a malcriar al niño! ¿Dónde se ha visto que haya que correr en cuanto empieza a llorar?

—¿Has visto a un niño tan dulce? Hilda, ¿no crees que es guapísimo? ¿Y no crees que se parece muchísimo al barón?

Hilda se rio. La baronesa no podía ser parcial con el amor que sentía hacia el pequeño y hacia el barón, pero no se podía negar que tanto el uno como el otro eran muy guapos.

Regina siguió acariciando a Peter, suscitando una grata sonrisa de aprobación.

—Sí, mi pequeño, eres guapísimo y crecerás sano y fuerte, seguro y valeroso, como tu padre —se rio en voz baja y estrujó la nariz con la de su niño—. Y quizás también un poco prepotente, como él —añadió con un toque travieso—. Todas las mujeres enloquecerán por ti y se moverán en tu presencia... como flores arrastradas el viento. Hilda, era eso lo que decías del barón, ¿no?

—Sí, señora, pero si empezáis a decírselo ahora se volverá insolente.

Peter suspiró y cerró los ojos, después los abrió de repente, sin ceder al sueño, mientras se encontraba en su abrazo preferido.

Regina lo meció dulcemente dando círculos por la habitación.

—Sois vos la madre —gruñó Hilda—. Pero después no pretendáis que la próxima vez se duerma tranquilo en la cuna —y viendo que no la escuchaba se



encogió de hombros. En el fondo, a pesar de sus palabras, le gustaba cómo la baronesa trataba a su hijo y le gustaba que su señor se lo permitiera—. El hijo es vuestro —concluyó sonriendo.

Regina asintió y volvió a mirar al pequeño, que ya se había dado por vencido a estar despierto. Acercó los labios a su carita redonda y lo besó.

—Tenía sueño —susurró—, y necesitaba unos brazos seguros para poder dormir. ¿No les pasa lo mismo a todos?

—¿Creéis?

Regina levantó la cabeza y vio a Stephan de pie en el umbral, mirándola con una medio sonrisa burlona. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? No le había escuchado entrar. Con el niño en brazos fue a su encuentro sonriendo, ofreciéndole un saludo amable y silencioso.

El hombre acarició con la mirada a su mujer y su hijo, consciente de lo afortunado que era. Esa joven mujer, a la que amaba tanto y a la que se arriesgó a perder por su locura y la de otros, estaba ahora allí a su lado para siempre.

Le tocó una mejilla con el dorso de la mano.

—Dale a Peter a Hilda.

En los ojos violetas brilló una luz provocadora.

—¿Antes de la cena, mi señor?

—¿Qué te lo podría impedir?

Regina se rio.

—Yo no.

—Hazlo sin pudor.

La baronesa volvió a reírse y se acercó a Hilda, que había dejado la costura y estaba dispuesta a irse tras una señal.

—Te lo ruego, lleva a Peter a su habitación —se lo dejó con delicadeza y la siguió con la mirada mientras dejaba la habitación con el pequeño bulto.

Stephan se rio.

—Ningún hombre podría desear una mujer más obediente —se acercó y la tiró hacia sí.

Regina cerró los ojos y apoyó la cabeza en el hombro, después le rodeó la nuca con los brazos.

—Te amo tanto, Stephan, me alegra que decidieras traerme aquí, lejos de todo... —no tenía el valor de confesarle lo que sintió cuando la llevó a Pavía,

después de verle partir para seguir asediando Crema y después de saber de la caída de la ciudad. Jamás le contaría su rabia y su resentimiento.

Pero él sabía lo que quería decir y no era el momento de decirle que no sería para siempre, pues antes o después, en un año o diez, el emperador le pediría de nuevo a los Deinburg que siguieran su causa, y tendría que partir. Nada cambiaría, después de todo, y se repetiría. Peter, un día, también se adentraría en la llanura al sur de Suabia. Pero en un futuro lejano, muy lejano. El presente era el cuerpo suave de Regina contra el suyo, sus manos delicadas que le acariciaban el pelo, su mirada enamorada y sus atractivos labios.

—Yo también te amo, como nunca creí que te amaría —dijo con voz ronca. Le cogió la cara con las manos y la besó, lenta y sensualmente, después la levantó con los brazos y sin apartar la mirada de la suya se la llevó a la cama.

En el fondo no importaba mucho donde estuvieran, si en Suabia o en Italia, porque estarían juntos.

## **Agradecimientos**

Mi gratitud va hacia Maria Teresa Siciliano, que una vez más ha dedicado su tiempo a escribir el prefacio de este libro.

También doy las gracias a Silvia Basile, que desde hace años elabora con paciencia las cubiertas de mis novelas.

## La autora

Empecé a escribir sobre amor y aventura en el año 1983, publicando algunas novelas contemporáneas en las editoriales Curcio y Fabbri. Después escribí numerosas historias y novela cortas para revistas femeninas populares, como *Intimità* y *Confidenze*, y dos historias históricas, *Il crociato* y *Leonessa di marzo*, en otras tantas antologías para la serie *I Romanzi Mondadori*.

Desde 1989 también me dedico al romance histórico y he publicado en la editorial Mondadori *Capelli di luna*, *Un uomo da odiare*, *Isabella per sempre* y la trilogía *Cronache settecentesche*, que incluye los títulos: *Il destino in una stella*, *Amabile Canaglia*, *Una perla fra le mani* y la historia *Fino al nostro ultimo respiro*.

Si queréis visitar mi página web, me encantará daros la bienvenida.

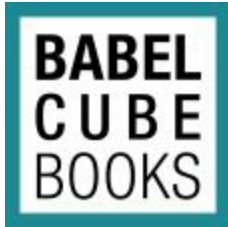
[www.miriamformenti.altervista.org](http://www.miriamformenti.altervista.org)

## **Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales**

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor **deja un comentario**, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

## ¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?



### **Tus Libros, Tu Idioma**

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web:

[www.babelcubebooks.com](http://www.babelcubebooks.com)